

# Cuenta atrás



(Manhattan  
Beach 3)

RAQUEL  
VILLAAMIL

Đ

**Cuenta atrás**  
**(Manhattan Beach 3)**

Raquel Villaamil



Primera edición: junio de 2018

© Raquel Villaamil Pellón

© Editorial Diéresis, S.L.

Travessera de les Corts, 171

08028 Barcelona

Tel: 93 491 15 60

[info@editorialdieresis.com](mailto:info@editorialdieresis.com)

© Ilustración de portada: Sonia León

eISBN: 978-84-948849-2-4

Todos los derechos reservados.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático, y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos.

[www.editorialdieresis.com](http://www.editorialdieresis.com)

Twitter: [@EdDieresis](https://twitter.com/EdDieresis)

# LA AUTORA



**RAQUEL VILLAAMIL** Nació en Madrid y tiene ascendencia norteamericana. Devoradora incansable de libros (alguno conserva aún las huellas de sus dientes de leche), en cuanto empezó a leer acabó con la biblioteca del colegio y ganó como premio acudir a la Feria del Libro. Ahí decidió que sería escritora. Su primer cuento lo escribió con seis años y su primera novela con nueve. Durante bastante tiempo ha ejercido como arquitecto técnico pero por carambolas del destino y mil alineaciones planetarias, en la actualidad trabaja como guionista de videojuegos. Esta es la tercera y última entrega de su trilogía *Manhattan Beach*.

Para ti,  
que durante las próximas horas serás la protagonista  
de esta historia.

*Llegaba el final. Lo sabía. Pero lo que desconocía desde mi tremenda ignorancia era el resultado. Tenía tantas probabilidades de acabar sumido en el peor de los fracasos como de alzarme con la gloria. Mas daba igual, el camino recorrido era lo importante.*

*Guión de Manhattan Beach,  
Edward Dylan*

No podía imaginar en absoluto que varias cuentas atrás se iniciarían en el mismo momento para distintas personas. Ni siquiera fui consciente de ello hasta que los plazos comenzaron a agotarse.

Puede que todas empezaran aquel enero, justo después de concluir el año perfecto (o completamente imperfecto) anterior, con sus cadáveres, asesinos y pérdidas de memoria.

O puede que ocurrieran sin más, alimentadas por motivos corrientes tales como fuerzas extraterrestres o presencias fantasmagóricas.

Quién sabe cuál fue la razón. Y seguramente no importaba. La increíble realidad era que, simultáneamente, los números de nuestras vidas iniciaron una inexorable cuenta atrás, como la de un reloj de la NASA que avisa del lanzamiento de un cohete con destino desconocido.

**30**, **29**, **28**...



*Miriam.*

El eco de aquella voz retumbó por las paredes, amarga, ronca. No quería abrir los ojos porque sabía que él estaría allí, mirándome. Su rostro sería el de un ser inhumano, un monstruo carente de sentimientos, un demonio.

*Has sido mala.*

Luché por mantener los párpados cerrados para no verle pero sentía su aliento agrio en mi cara, notaba su presencia en cada nervio de mi cuerpo.

*Necesitas un castigo.*

Y entonces escuché la detonación. Una, dos veces. Salí despedida contra la pared, no pude evitar mirar la sangre que brotaba de mi vientre, que se vertía entre mis dedos. Escuché su risa jocosa, diabólica.

*Estás muerta.*

••

Salté en la cama con una necesidad imperiosa de aire. Notaba una opresión en el pecho que me impedía tomar oxígeno, el corazón galopaba entre mis costillas, su sonido rítmico burbujeaba en mis oídos como campanadas estridentes.

Caminé hacia la ventana mientras mi cuerpo comenzaba a equilibrarse, a despertar de la pesadilla, a recordar que aquello quedaba muy atrás.

El sol madrugador tiznaba con brochazos anaranjados el cielo pálido de la mañana. Las gaviotas paseaban por la playa sembrándola de sus huellas, levantando el vuelo solo cuando las perturbaba la proximidad de algún surfista temprano.

Observaba el amanecer desde otra ventana distinta a la acostumbrada en los tres últimos años. Y no solo eso era diferente: también la pared lisa blanca, el suelo de tarima, los muebles nuevos. A mi derecha quedaba la casa de Sandra. Desde donde yo me encontraba, alcanzaba a divisar la ventana de mi antigua habitación en ella, sus contraventanas azules, sus estores plisados. Echaba de menos aquella casa con sus inolvidables recuerdos, pero era el momento de forjarse unos nuevos. Y aquel parecía el mejor lugar para hacerlo.

Retrocedí sobre mis pasos y me acurruqué en la cama junto a Sean. Pese a que estábamos en marzo, él dormía destapado y vestido únicamente con un pantalón de pijama ligero. Ocupaba tres cuartas partes del colchón, como si en vez de un guapísimo actor de cine se tratase de un prehistórico calamar gigante.

A su lado, las pesadillas se disipaban en mi memoria y volvían a un lugar remoto de la inconsciencia.

Busqué en su rostro alguna imperfección, algún detalle que me hiciera recordar que se trataba de un mortal más y no de una estrella de Hollywood. Pero no lo encontré. Sin maquillaje, ni esmoquin, ni lanzagranadas era absolutamente perfecto.

—Si me sigues mirando así, pediré una orden de alejamiento.

Perdida en mis pensamientos, no me había dado cuenta de que él me observaba con sus ojos oscuros. Me sonrojé estúpidamente, como pillada en una fechoría.

—Deberías estar acostumbrado a que te contemplan sin miramientos.

—¿Con lujuria desmedida? Sí.

—¿Así te miro yo? —me señalé con aire inocente.

—Lo tuyo va un paso más allá y es lo verdaderamente escalofriante —se incorporó apoyándose en los codos—. Veo una pizca de amor en sus ojos,

señorita Sanabria.

—Solo una pizca.

Se rio y me dio un beso. El roce de sus labios fue como un subidón de adrenalina.

—Buenos días, madrugadora —miró el despertador de soslayo—, ¿qué demonios es tan interesante como para despertarse a las seis de la mañana?

—Hay que prepararse para ir a trabajar.

—Qué horror, a mí me quedan unas cinco horas de sueño.

Bajé de la cama con pereza.

—Alguien ha de trabajar en esta casa y sacar el país adelante.

—Muy bien, me encanta ser un mantenido —esta vez se tapó con la sábana haciéndose un ovillo debajo.

Sonreí mientras ponía en marcha la ducha. Algo que no constituía una tarea fácil. Aquel invento maquiavélico, mitad sonda aeroespacial mitad *cyborg*, necesitaba de un manual de instrucciones más grueso que todos los tomos juntos de *El señor de los anillos*. Pero después de más de un mes, ya sabía modificar la temperatura del agua, hacer salir correctamente del cabezal superior un solo chorro y que no me atacaran un montón de ellos por todos lados con sus agudas punzadas.

Me colé bajo el agua sintiendo desentumecerse y despertarse cada músculo de mi cuerpo. Una radio sonaba también dentro de la ducha con unas guitarras eléctricas a todo trapo:

*There's something about your touch, that makes me delirious. It's hard to believe if all they say is true, then the Oscar goes to you...<sup>1</sup>*

No pude evitar remontarme a dos noches antes y eso que me había jurado a mí misma no volver a recordar mis traspiés en el dichoso evento. Oh, sí. Había demasiadas cosas de la gala de los Óscar que debía borrar de mi mente. Demasiadas.

Primera metedura de pata: la pareja que, cogida de la mano, nos precedía en la alfombra roja no eran Angelina Jolie y Brad Pitt. No. Y hubiera sido

mejor no saludarles con esos nombres.

Segunda: es preferible no responder a una reportera dicharachera creyendo que tu nivel de inglés es lo suficientemente alto para hacerlo. Porque nunca lo es.

Tercera: hay que tratar de mantener los ojos abiertos y no bizquear cuando te hacen fotos. Aunque los flashes de esas cámaras sean peores que mirar al sol directamente.

Cuarta: no hay que creerse y saludar. No. Nadie te conoce, ni siquiera una misma.

¿Que cualquiera hubiera sabido comportarse mejor que yo? Seguramente. Pero le invito a probarlo. Todo parece muy fácil desde el cómodo sofá de casa, incluso para mí.

—Venga, no pasa nada. El famoso soy yo —me había dicho Sean nada más salir del coche y tras golpearme el recogido del pelo con el marco de la puerta—. Solo se fijarán en ti para criticarte.

—No sabes lo tranquila que me dejas.

Me tomó de la mano para ayudarme a levantarme. Su mano cálida sobre la mía me reconfortó. Su preciosa sonrisa me hizo dar un paso adelante.

La alfombra roja no podía ser para tanto. Quizás influían en mi nerviosismo los cientos o millones de periodistas, fotógrafos y público que se agolpaban a ambos lados, retenidos por livianas vallas metálicas y por algún que otro chicarrón de seguridad.

Era un trayecto pequeño por la acera del Hollywood Boulevard, donde la alfombra ocultaba las estrellas del paseo de la Fama, hasta el grandioso Teatro Dolby. Tras unos primeros pasos inseguros, me di cuenta de que la gente estaba realmente más concentrada en aquella pareja que nos precedía que en nosotros, así que respiré con alivio y mientras ellos se detenían a posar para las fotos, nosotros avanzamos con tranquilidad.

Hasta que llegó el primer grito. Taladrador como un martillo neumático en plena hora de la siesta. A ese grito desgarrador le sucedieron otros. Apreté la mano de Sean al ver cómo varias mujeres intentaban aplastar al guarda de

seguridad para acercarse hacia nosotros mientras coreaban el nombre de Sean en todos los tonos posibles.

Él soltó mi mano despacio y se aproximó al enrojecido guarda. Se hizo fotos con ellas, les habló brevemente y las abandonó con una sonrisa impecable.

Volvió a tomarme de la mano y reemprendimos nuestro camino.

—Impresionante —murmuré.

—Eso dicen todas —bromeó él.

Le di un imperceptible caderazo y se rio.

—Odio esto —me susurró al oído—, de verdad. Preferiría mil veces estar tumbado en la arena de Manhattan Beach junto a ti.

Sonreí embobada y me dejé llevar, con la mirada puesta en los edificios que me rodeaban y en la preciosa noche estrellada que se intuía.

Y así fue... más o menos.



Me percaté de que debía llevar más de media hora en la ducha por los dedos arrugados de mis manos, casi espesas escamas. Corriendo un auténtico sprint, me lavé la cabeza y el cuerpo en tiempo récord.

Me zampé un buen desayuno con algo más de calma mientras leía en la tablet las últimas noticias, pasando por alto cualquier foto de la ceremonia. El sol entraba a raudales por la ventana de la cocina, incidiendo en el cuarzo de la impoluta encimera de granito y haciéndolo brillar como un diamante. La casa aún olía a nueva, a recién pintada, a madera serrada, no me había atrevido a preparar ningún plato especiado y menos siquiera una fritura para no eliminar el aroma. Sin embargo, tarde o temprano la necesidad de proteína bruta haría necesario sustituir los olores a revista de decoración por los de un buen solomillo... o incluso unas sardinas con su insustituible ración de omega 3.

Sonreí ante la idea y le di el último mordisco a la tostada, salté del taburete, me lavé los dientes en el aseo que lindaba con la cocina y echando una última ojeada a aquel lugar tan elegante, minimalista y acogedor llamado hogar, salí rauda a la calle.

El sol me cegó un instante y estuve a punto de chocar con la persona que se encontraba en el pequeño trozo de jardín que daba a Ocean Drive.

Di un paso hacia atrás sorprendida. Era un hombre negro, vestido con un traje oscuro, sus ojos ocultos tras unas gafas de sol, la cabeza calva y brillante bajo el reflejo solar. Su rostro adusto, puede que enfadado, y el destello de un objeto metálico oculto por su chaqueta me hizo retroceder hasta que mi espalda topó con la puerta de entrada que aún se estaba cerrando. La empujé, consiguiendo entrar a trompicones.

Mi corazón botaba mientras las imágenes del asesino de la mujer de Sean, apuntándome con un arma, regresaban a mi cabeza.

—¿Ya has vuelto? —preguntó Sean que bajaba por las escaleras en ese instante.

—Hay un tipo...

—Ups, se me olvidó decírtelo.

—Puede que se trate de un psicópata... —reparé en lo que Sean me decía a media frase y giré mi cabeza hacia él—. ¿Decirme qué?

—El hombre que está fuera se llama Santo —caminó hasta la nevera y rebuscó en su interior.

—¿Trabaja contigo? —levanté el estor para verle mejor.

—No. Contigo.

La cuerda del estor resbaló de mis dedos.

—Por tu seguridad —continuó él quitándole la tapa a un yogur—, no quiero más locos indeseables cerca.

—¿Me has puesto un guardaespaldas?

—Dicho así, suena cinematográfico.

—No me lo puedo creer.

—Créetelo, dicen que trabajó hasta para un presidente —comentó Sean con indiferencia.

—Espero que no fuera para Kennedy.

Se rio.

—Ahora entiendo por qué pidió un salario tan económico.

Me acerqué hacia Sean confusa.

—En serio, ¿crees que necesito un guardaespaldas?

—Es solo un acompañante para ir y volver del trabajo.

La sorpresa había mutado en enfado. ¿Era yo una niña a la que defender? ¿Debía estar escoltada para mi protección? Sean desvió su mirada hacia la ventana. Ocultaba algo.

—¿Qué es lo que no me cuentas? —pregunté.

—Todo continúa igual, Miriam. De la misma forma que recibo correos, mensajes y cartas de admiradores, también sigo recibiendo insultos, tonterías y... amenazas. Casi te pierdo en tres ocasiones el pasado año, en dos por mi culpa, por ser quien soy, por lo que hago. Lo siento, no puedo arriesgarme a ponerte en peligro de nuevo. Jamás podría perdonármelo.

Ya no había atisbo de serenidad en su rostro. La coraza de actor había cedido, solo tenía ante mí a un chico preocupado, intranquilo.

—Deberías habérmelo consultado.

—No quería asustarte.

—Pues no haber puesto a Sansón en nuestra puerta. Casi me da un infarto.

—Se me olvidó que empezaba hoy.

Resoplé observando a Santo, inmóvil como una pétrea gárgola con gafas.

—¿Qué dirán en mi trabajo? —murmuré.

—No sabrán que existe.

—¿Se lanzará a la yugular de cualquiera de los millones de hombres que

me piropean por la calle?

—No, sabe distinguir las situaciones. Ni siquiera reaccionará si el Negativo trata de besarte, y sabemos que es algo que intentará de nuevo este año.

—Todo un detalle por su parte.

—Lo sé —sonrió ampliamente, notaba que estaba ganando—. Venga, dale una oportunidad, será tu sombra.

—¿Sabe conducir?

—Doctorado en conducción disuasoria y evasiva. Y se mantiene silencioso en los atascos.

—Vale. Una semana. Si no estoy cómoda, te lo devuelvo.

Me encaminé de nuevo a la puerta, recogí el bolso, las llaves y regresé al exterior, preparada para mi primer día con guardaespaldas. Aunque no se pareciera al de la película de Bruce Willis... ¿o era Kevin Costner?

••

Una hora después nos manteníamos en un tenso silencio en la autopista Interestatal 110, colapsada debido al choque entre un camión que transportaba bebidas y otro con ganado porcino. Los gorrinos, todos ilesos sin excepción, se rebozaban alegremente en los grandes charcos de Coca-Cola, como si fuera un spa burbujeante improvisado sobre el asfalto. Iba a hacer un comentario simpático pero me di cuenta de que me acompañaba Santo al volante. Su perfil parecía trazado con escuadra y cartabón y estaba rígido con la mirada al frente.

—Hay una opción de ruta alternativa —dijo con voz grave y profunda—, la salida de Manchester Avenue.

—Ya la hemos pasado —señalé el cartel que se encontraba varios metros atrás—, creo que...

En ese momento aceleró, dejándome con la palabra en la boca y los dientes apretados. Se echó a la derecha, pitó, se hizo hueco entre dos coches, giró el volante, se puso en el sentido contrario a la marcha, llegó al arcén y tomó la salida como un kamikaze loco haciendo chirriar las ruedas.

—Pero... —conseguí balbucear en cuanto se detuvo en el primer semáforo —, eso no ha sido muy...

—¿Cívico?

—Muy legal, quería decir.

—El término «legal» es difuso. Sus connotaciones resultan muy amplias.

Arrancó con tranquilidad en cuanto el semáforo se puso en verde y a la velocidad máxima permitida, sorteó el tráfico de la ciudad sin añadir una sola palabra más. En breve habíamos llegado a mi edificio. La torre negra enmarcada en blanco, tan característica en el *skyline* de Los Ángeles, bullía de actividad con personas que entraban y salían.

—Estaré en el aparcamiento —dijo Santo con la cabeza girada hacia mí en un perfecto ángulo de noventa grados.

—¿Hasta la hora de salida? —pregunté, a la vez que me escapaba del asiento—. ¿No prefiere...

—Hasta la hora de salida.

Cerré la puerta justo cuando se marchaba pero permaneció en la esquina del edificio hasta que entré en el vestíbulo; después desapareció por la calle transversal.

—Esto es de locos —murmuré y llamé al ascensor rogando para que nadie hubiera visto la escena.

Entré al mismo tiempo que una decena de personas. A pesar de todas ellas, conseguí pulsar el botón del piso treinta a la vez que el dedo regordete y masculino de mi jefa Angelina.

—Hoy llegamos a la hora —me gritó como si estuviera sorda y a tres kilómetros de distancia. Su voz estentórea despertó a todos los ocupantes del ascensor, alguno incluso asintió con la cabeza dándose por aludido.

—Me he librado del atasco de milagro —contesté.

—Ya veo.

Las puertas se abrieron en nuestra planta y nos hicimos hueco para salir, ella aplastando contra la pared a un par de inocentes y hundiéndoles las costillas con los codos.

La recepcionista, Kate, nos dirigió una sonrisa perfecta mientras la saludábamos. El cartel de Social Architecture estaba bien visible tras su alto moño.

—El señor Tornos quiere verte a las doce —me dijo—. Está de buen humor, no creo que quiera despedirte —añadió acto seguido, con tono de confidencia, en cuanto mi jefa desapareció.

—Gracias por la información, Kate. ¿Se me ve preocupada siempre que el señor Tornos me llama a su despacho?

—Parece que vayas a la hoguera —me guiñó un ojo, delimitado con maestría por una recta línea negra—. Tú vales mucho, deberías creértelo.

—Eres un sol.

Se rio.

—Venga, adentro, Angelina no tiene el mismo carácter que el jefe.

—Y que lo digas —Me pregunté si había visto alguna vez a Angelina sonreír. En efecto: nunca—. Nos vemos en la comida.

Pasé entre las mesas de los compañeros que ya habían llegado. Alguno me devolvió el saludo, el resto parecían robots con grandes cascos de música adosados a sus orejas.

Angelina se movía por la extensa y diáfana planta con la determinación de un sargento vigilando a sus reclutas. Me senté en mi silla contemplando la nota sobre la mesa en la que Kate me había apuntado la reunión con Mario Tornos padre.

Mientras ponía en marcha el ordenador, comencé a divagar buscando un motivo para haber sido llamada. Al fin y al cabo, solo había puesto el pie en el despacho del jefe en cuatro ocasiones y en una, a punto estuvo de

despedirme... o eso creía yo. Fuera lo que fuese, llevaba casi dos años trabajando allí y estaba muy cerca de conseguir la ansiada Tarjeta Verde de residencia. El señor Tornos me estaba patrocinando (sí, como a un equipo ciclista) para obtenerla. El procedimiento no era nada fácil y resultaba imprescindible, además del contrato de trabajo, un jefe patrocinador, porque en el caso de que me quedara sin empleo, tendría los segundos contados para salir del país. Moví la cabeza para espantar la idea. Tres compañeros, dos suecos y un italiano, ya habían obtenido la Tarjeta Verde gracias al señor Tornos. Yo sería la siguiente.

—¿Qué demonios es eso? —una voz rugió a mis espaldas.

Mi pantalla mostraba la imagen del cartel de la película *Manhattan Beach*, con Sean de perfil a la sombra de las palmeras. Moví el ratón rápidamente hasta buscar la carpeta del proyecto en el que trabajábamos, pero sin demasiada pericia y la mandé a la papelera de reciclaje.

—¿Qué demonios es eso? —Angelina bramó de nuevo.

—Es... —comencé a disculparme sin darme cuenta de que mi jefa se dirigía a mi compañero de mesa.

—El vestíbulo del hotel —contestaba él con un hilillo de voz.

—Pues parece un supermercado —señaló la pantalla poniendo sus dedos sobre ella—, solo te faltan ahí las lechugas y los tomates.

—Dijiste que... —intentó apuntar el muchacho.

Craso error.

—¿Me estás llamando mentirosa? —los cortos cabellos del cogote de Angelina, visibles desde mi posición, se erizaron, su espalda se curvó, los brazos parecieron muscularse. ¡Aquella mujer iba a transformarse en hombre-lobo!

—No, no. Yo pensé que te referías... pensé que querías...

—No pienses.

—No lo haré.

—Bien —el cuerpo de Angelina retomó su posición original—, y ahora

haz un vestíbulo decente, que tiene cinco estrellas, no cinco lechugas.

Y se rio, si es que aquello fue una risa, mientras se alejaba hacia su despacho.

Mi compañero soltó el aire que retenía en los pulmones.

—Vaya comienzo de semana —murmuró mirándome de reojo.

—No parece un supermercado —sonreí—, más bien un restaurante chino.

—Muy graciosa.

—¿Para qué estamos los compañeros sino para ayudar? Venga, eres un interiorista estupendo. Demuestra a nuestra *Transformer* lo que vales.

—Eso voy a hacer —y se giró hacia su pantalla más motivado—. Gracias.

Miré el proyecto que se abría en mi ordenador en varios planos superpuestos. Era un hotel en una playa, ecológico, sostenible, sofisticado y muy, muy caro. Solo me quedaba comprobar lo ya comprobado por undécima vez. No podía haber un error. Empecé de nuevo por la estructura poniendo toda mi atención puesta en cada uno de sus pilares.

••

Cuando llegaron las doce menos cuarto me levanté de un salto de la silla, me alisé la falda y exhalé todo el aire para tranquilizarme. Nada hacía presuponer que el jefe fuera a despedirme, ni siquiera a echarme una bronca. Que yo supiera no había cometido ni una sola idiotez en los meses anteriores.

—¿Dónde vas, alma cándida? —Angelina me cortó el paso.

—Tengo una reunión con el señor Tornos.

—Oh —contestó únicamente ella poniéndome de pronto más nerviosa.

—¿Oh? —pregunté sin querer.

—Pasa y vuelve rápido sin entretenerte con Lisa o Mary, o como se llame la de recepción.

—Kate.

Resopló y sin más regresó al interior de su despacho que, sumido en una lúgubre oscuridad, más parecía la cueva de un oso.

Así que, de nuevo intranquila, me presenté frente a la puerta del dueño del estudio de arquitectura, presidente del mismo y padre de mi antiguo compañero de master, Mario.

Llamé dos veces sin que hubiera respuesta. Cuando iba a intentarlo una tercera, oí una voz del interior. Abrí la sólida puerta de madera y entré en el amplio despacho del señor Tornos. La claridad exterior lo invadía, pasando a través de los enormes ventanales que mostraban la ciudad. A lo lejos, casi creí distinguir el océano entre la bruma de la contaminación.

Él colgaba el teléfono en ese instante y se volvió hacia mí. En su rostro, generalmente serio, aparecía además un matiz de preocupación.

—¿Todo bien? —pregunté sin reflexionar demasiado, y quizás metiéndome donde no me llamaban. Conseguir cerrar la boca a tiempo seguía sin formar parte de mis cualidades.

El señor Tornos enarcó las cejas sorprendido.

—No, no es nada, trabajo.

Asentí como si entendiera mientras me mordía la lengua.

—¿Cómo estás? —preguntó.

La pregunta me pilló desprevenida.

—Bien —respondí por inercia.

—Mario me ha estado informando de tu estado de salud, siento no haberte preguntado yo mismo, pero han sido unos meses de locos.

Ah, mi salud.

—No estoy muy acostumbrado —continuó— a que disparen a mis empleados.

—Ni yo a recibir disparos.

—¿Recuperada entonces?

—Solo me queda en el cuerpo una cicatriz y un susto de muerte —sonreí tratando de hacer que el asunto pareciera trivial—. Sé que fueron muy lentos en darme el alta, hubiera preferido incorporarme antes pero no lo conseguí. Lo siento.

—No te preocupes por eso, ahora lo que me interesa sobre todo es saber cómo te encontrarías para viajar.

—Muy bien. ¿A dónde?

La última vez me había mandado a Florida durante tres meses. La idea de estar un tiempo tan prolongado fuera de Los Ángeles ya no me parecía agradable. Me encantaba mi trabajo y ver crecer mis diseños en vivo y en directo pero... ahora una persona me retenía en aquella ciudad. Una persona que en esos momentos solo aceptaba guiones que se pudieran grabar en Los Ángeles, para pasar el mayor tiempo posible conmigo.

—A Hawái.

—¿Por el hotel? —murmuré. El interminable hotel de planos aún más interminables.

—Precisamente. Me preocupa su evolución. Aunque estamos casi al principio, los gastos se están descontrolando... Necesito que viajes a la isla y me informes de lo que sucede.

La pregunta «¿por cuánto tiempo?» estaba pugnando ya por articularse en mis cuerdas vocales, pero evité dejarla salir. Aquel proyecto podría durar dos años si se torcía.

—Piénsatelo —añadió y dio por finalizada la conversación, cogiendo el teléfono.

Salí del despacho confusa. Por un lado, agradecida de que el jefe confiara en mí para ese proyecto; por otro, sin ganas de abandonar mi nuevo hogar.

—¿Cómo ha ido? —Kate me miraba con una sonrisa en los labios—. No puede haber sido tan malo.

—Oh, no. Quiere que supervise unas obras.

—¿Muy lejos de tu bombón de cine?

—Mucho —contesté sorprendida. Jamás había hablado de Sean con nadie de la oficina.

—Tranquila, no todo el mundo lo sabe —añadió en un susurro—, son muy raros aquí, casi marcianos. Pero ¿quién no sigue la gala de los Óscar viviendo en Los Ángeles? Me encantó tu respuesta a la periodista, casi me parto de...

—¡Muchacha! —la voz con extra de decibelios de mi jefa aulló por el pasillo.

Me despedí de Kate corriendo y me planté en un suspiro ante Angelina.

—A ver cómo te lo digo para que me entiendas. No sé de qué forma lo hiciste en Florida para que todo el mundo quedara satisfecho —me gruñó—, pero hazlo igual en Hawái. Estaré orgullosa.

Y se marchó dejándome sumida en la perplejidad.



Atardecía detrás de los altos edificios que circundaban Wilshire Boulevard. Contemplé fascinada el rojo cegador que emitían las cristaleras de los rascacielos como despedida a los últimos rayos de sol.

—Resulta inquietante trabajar en un sitio así.

Santo apareció a mi espalda. Su cuerpo robusto enfundado en el traje negro inmaculado se erguía con tanta rectitud como si fuera a pasar lista a un batallón.

—Hola —dirigí la vista a mi oficina—, ¿por qué es inquietante?

—Su altura y su escasa superficie en planta no lo hacen en absoluto adecuado para una zona de actividad sísmica tan pronunciada.

—Caray, Santo.

—Suba al vehículo —señaló con la mano mi coche dejando al descubierto un reloj de oro inmenso en su muñeca.

Me senté en el asiento del copiloto mientras echaba una última ojeada, ahora con preocupación, a mi edificio. Quizás sí era demasiado estrecho para sus más de 260 metros de altura.

—Sería preferible y seguro que optara por los asientos traseros —dijo mi nuevo experto en seguridad abrochándose el cinturón.

—¿Hay menos probabilidades de que un pirado me ataque? —comenté divertida.

—El 89,72 por ciento menos.

Sostuve por un segundo la mirada a la negrura de sus gafas y levanté las

manos claudicando.

—Vale, me voy a la retaguardia.

—Es lo más sensato.

—Yo no lo soy mucho.

—Ya me lo advirtió el señor Weller.

—¿Y le ha dicho algo más ese metomentodo? —resoplé.

—Que utiliza palabras raras. Y veo que es cierto.

El ruido del motor al encenderse ahogó mi risa. Qué bien se me definía en solo dos frases.

••

Santo me acompañó hasta la puerta. Como medida de seguridad, en vez de la típica cerradura, la entrada estaba dotada de una pantalla que reconocía el pulgar de los habitantes de la casa. Apoyé el dedo ante la mirada fija de Santo hasta que el monitor se coloreó en verde y la puerta se abrió.

—Gracias por acompañarme —me vi en la obligación de decir.

—Es mi trabajo, señora.

La última palabra me sentó como un jarro de agua fría pero evité que se me notara al hablar:

—Llámame Miriam.

—Lo recordaré, señora.

Empujé la puerta y entré. Escuché el ronroneo de otro motor diferente al mío y al mirar por la ventana, Santo había desaparecido.

¿Señora? ¿Cuántos años aparentaba? ¿Cien? Vale, solo era una forma cortés de hablar pero la palabra «señorita» también resultaba cortés y mucho más... favorecedora.

Lo primero que vi con extrañeza al girarme hacia el gran salón, que comenzaba desde la misma entrada hasta la cristalera de fondo, fueron unos pies apoyados en el sofá y el resto de Sean tumbado boca arriba en el suelo. Sus ojos cerrados con los brazos extendidos a los lados y multitud de papeles diseminados a su alrededor.

—No estoy muerto —murmuró antes de que todos mis sentidos entraran en alerta.

Suspiré con alivio y me acerqué, sentándome junto a él.

—Tienes demasiado buen color para ser un cadáver. ¿Se puede saber qué haces así?

Mantuvo los párpados cerrados. La frente estaba fruncida con arrugas de preocupación.

—Han disparado a mi nave —explicó—, hay poco oxígeno en la cabina y no puedo salir.

—Buf, mal lo veo —me reí—. La próxima vez que vayas al espacio no te vistas con ropa de deporte.

—Lo recordaré sargento pero ahora mismo la situación es realmente grave —me tendió la hoja que estaba más cerca de su mano sin siquiera mirarme. Era un extracto de un guion de cine.

—Tienes que encontrar la forma de llegar hasta la base —recité, leyendo mi parte del diálogo, con una sonrisa en los labios y entonando como si fuera un miembro del ejército.

—Repito: la situación es grave.

—No me vengas ahora con esas Jack, has salido de otras peores —leí.

—Pierdo sangre y tengo las dos piernas rotas.

—En ese caso... Lo siento Jack, la vas a palmar.

Sean se incorporó como accionado por un resorte.

—¿Dice eso? —miró la hoja y después a mí—. Te lo has inventado.

Me reí con ganas.

—¡No puedo evitarlo! ¡Es muy gracioso!

—¿Qué tiene de gracioso morir en el espacio? —cuanto más hablaba él, más me reía— ¿Sabes lo que ha pasado este pobre piloto para aterrizar en el planeta?

Me senté a horcajadas encima de su vientre aplastándole de nuevo contra el suelo.

—Jack, no regresarás vivo a la Tierra, ve haciéndote a la idea.

Sus ojos oscuros me recorrieron de abajo a arriba hasta encontrarse con los míos.

—Lo sé. Por la falta de oxígeno empiezo a tener alucinaciones, veo a una alienígena asesina muy sexy encima de mí, creo que intenta copularme.

—¿Copuarte? ¿Es eso lo que hacen en ese planeta?

—Sí, de formas muy salvajes —se incorporó hasta situar su rostro a mi altura, sus pupilas brillaban con picardía.

—Ah, no lo sabía.

—Pues es muy cierto —sus manos se asentaron en mis rodillas y fueron ascendiendo por mis muslos, muy muy despacio

Contuve el aire cuando traspasaron el largo de la falda y se colaron por debajo. Los dedos largos y enérgicos de Sean se posaron en mi trasero.

—Los astronautas moribundos son mi debilidad —dije tan cerca de su boca como me fue posible sin rozar sus labios.

El aire cálido que exhalaba me puso, en contraposición, la piel de gallina. Sus hombros fuertes perfilados bajo la ropa, su cuello tenso preparado para atacar a alguna presa débil, sus ojos voraces rogando para que me acercara más. Me desabotoné la blusa, le arranqué su camiseta y le empujé de nuevo al suelo.

—Estoy en tus manos —susurró. Y la sangre me empezó a hervir.

—¡Qué asco! ¡Tapaos, por Dios!

Pegué un salto buscando mi blusa y tapé mi desnudez con ella mientras contemplaba con una mezcla de susto y odio a mi antigua compañera de casa.

Sean la miró distraído mientras volvía a ponerse la camiseta despacio, vanagloriándose de cada uno de sus asquerosamente bien marcados abdominales.

—¿Qué demonios haces aquí, Sandra? —exclamé recuperada solo en parte de la sorpresa.

—Venía a haceros una visita... y me encuentro con esto —caminó hasta el sillón más cercano y se desplomó en él, hojeando la única revista que había en todo el salón: el catálogo de Ikea.

Me giré hacia Sean.

—¿Cómo ha entrado? —mascullé por lo bajo—. ¿No éramos la «cúspide» de la seguridad?

—La cúspide no, el culmen.

—Lo que sea, pero Sandra se ha colado.

—Tengo mi huella registrada —contestó Sandra perdida entre las páginas del catálogo—, uno de los operarios encargados de la seguridad de la casa fue muy simpático conmigo.

—No me lo puedo creer —gemí.

—Vamos a ver, somos amigas, Miriam. Eso significa no tener secretos, compartir los coches, las llaves de las casas... los novios —se rio con su ocurrencia—, no va por ti, Sean.

—Sin problema —dijo él mientras se dirigía a la cocina—, ¿algo de beber, chicas?

Me tiré de los pelos.

—Te quedarás calva si haces eso —murmuró Sandra.

—Y tú muerta —la apunté con el dedo—, la gente necesita intimidad.

—Tonterías. Pero la próxima vez poned un cartel de que estáis... pues eso... haciendo lo que sea que estabais haciendo...

—Oh, claro, ¡cómo no habremos caído! —me senté en el brazo del sofá y le quité la revista de la mano—. No se puede entrar en las casas ajenas sin más.

Ella hizo puchereros.

—¿Le estás diciendo a tu mejor y única —que quede claro— única amiga americana que no la quieres ver en tu casa?

—Claro que no —interrumpió Sean tendiéndole una botella de agua—, solamente que te pongas algo más provocativo y te unas a la fiesta.

Le amonesté con la mirada mientras ella fingía una arcada.

—A ver... ¿se puede saber cuándo compraréis una tele? —señaló el aparador vacío frente a los sillones—. La casa es muy bonita y todo lo que queráis pero faltan cosas indispensables.

—Mira —apunté a una inmensa librería que ocupaba toda la pared izquierda—, ahí está lo indispensable.

—Has vuelto a las andadas, ya veo. Sean —se giró hacia él—, creé una cinéfila de la nada y tú la has echado a perder.

—Algún defecto tenía que tener.

Le empujé con el hombro mientras me sonreía y yo babeaba, mentalmente, como un caracol.

—Os daré por perdidos... pero a propósito de cine... —esbozó una sonrisa que inundó su cara—, tengo entendido que estáis rodando una película de piratas y que... ¡necesitáis secundarios de lujo!

Se señaló a sí misma mientras modelaba su cuerpo con una pose seductora.

—Venga... —rogó con cara inocente viendo que Sean no decía nada.

—Pásate el próximo sábado por los estudios, empiezan los castings.

Ella aplaudió satisfecha.

—Pero no te prometo nada, las piratas no dan tu perfil.

—Eres un desalmado —se cruzó de brazos—. ¿Quién en su sano juicio puede haberte contratado a ti, teniendo a Johnny Depp disponible?

—Alguien con buen gusto.

Me levanté para parar de raíz la previsible discusión.

—¿Te quedas para cenar, Sandra?

—No tengo mucha hambre pero me quedo—y se abrazó a mí complacida mientras nos dirigíamos a la cocina.



Algunas estrellas brillaban solitarias en el cielo azabache mientras contemplaba a Sandra alejarse por el Strand, el paseo de la playa, en dirección a su casa. La despedí con la mano cuando me lanzó una última mirada y subió las escaleras de su porche. En aquel lugar habíamos pasado horas al sol hablando de muchas cosas, casi todas superficiales, pero que me dejaban el regusto de un recuerdo entrañable.

La espuma del mar era el único signo visible que daba pistas de que el Pacífico se encontraba a pocos metros de mi posición. La brisa fresca de la noche me revolvió la melena y hurgó en los pensamientos que se agolpaban en mi cabeza. Repasaba mi conversación con el señor Tornos: el hotel, Hawái... jamás había llevado de cerca una obra de aquella magnitud, era un honor, un desafío, una oportunidad... un despropósito.

Inspiré hinchando el pecho del aire salino y lo expulsé rápidamente cuando la puerta de cristal se abrió a mi espalda.

Sean avanzó silencioso hasta colocarse a mi lado, sus pies seguramente descalzos, su cuerpo tibio pese a la humedad de la noche. Apoyé la cabeza en su pecho y él me acarició el pelo con suavidad.

—¿Me contarás en algún momento que lleva atormentándote desde que llegaste? —me susurró al oído.

—Estoy hecha un lío, Sean —murmuré cerrando los ojos, apretando aún

más mi cuerpo contra el suyo.

—¿Es por Santo?

—No, no —no sabía cómo exponer mis ideas cuando ni siquiera yo las tenía claras—. Mi jefe quiere que vaya a supervisar una obra.

—Eso está bien, aún no ha perdido la confianza en ti. Algo raro —bromeó.

—En Hawái.

—Un Estado como cualquier otro pero a una distancia algo mayor.

Elevé los ojos hacia él.

—Está a 6.400 km, lo he mirado.

—6 horas de nada en avión —replicó tranquilo—. Vamos a ver, ¿tú quieres ir? ¿Quieres participar en esa obra?

—No lo sé.

Puso sus manos en mis hombros.

—Te lo preguntaré de otra forma: si yo no existiera, ¿te lo pensarías lo mismo que ahora?

—No.

—Lo único que te hace replanteártelo es una relación con un actor tremendamente atractivo que está loco por ti, ¿no?

—Y que ha hecho lo imposible por rodar películas únicamente cerca de casa, rechazando grandes producciones en el extranjero.

—Grandes, grandes... bah, medianitas. No hay que exagerar.

—Tu agente me lo ha contado.

—David habla demasiado.

—No. Se preocupa por ti y por tu carrera como actor —tomé su cara entre mis manos—. Yo estoy feliz de tenerte siempre, de poder despertarme a tu lado cada día pero sé que actuar es lo que te llena.

—Lo mismo que a ti te llena levantar edificios. Ve a Hawái, disfruta de la experiencia, yo te visitaré siempre que pueda, le pediré prestado el avión

privado a Harrison, a Nicholas, a cualquier amigo, o viajaré apretado en clase turista. Tú ve.

Se me llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Por qué me lo pones tan fácil? —le pregunté intentando no echarme a llorar como una tonta.

—Porque te quiero. Y en eso consiste querer a alguien, en dejarle volar cuando es necesario, en agarrarle fuerte cuando lo necesita, en sostenerle cuando se cae —me guiñó un ojo.

—Hala, qué bonito —balbuceé.

—Página veintisiete de *Manhattan Beach*.

—Ya decía yo que me sonaba —reí.

—Sé que mis palabras nunca son tan acertadas como esas, jamás podré exponer mis sentimientos de una forma tan hermosa. Pero aunque no sean mías, dicen lo que de verdad siento.

Me abracé con fuerza a él hasta dejarle sin aire. Lo que sentía en mi interior por Sean superaba lo humanamente conocido.



*Miriam.*

*Estás muerta.*

Sandra tiró el vestido en su cama con disgusto. Las perchas chocaron entre sí como el ruido de un disparo y me encogí en la silla.

—¡Me queda pequeño!

—Te queda perfecto —dije por tercera vez callando las voces que rugían en mi cabeza, temibles, odiosas—, es imposible que a alguien le pueda quedar mejor.

Crucé las piernas impaciente mientras la veía probarse de nuevo la ropa y mirarse desde todos los ángulos posibles del enorme espejo de su dormitorio.

—Venga, vámonos a comer —le insté—. Además, ¿la boda no es el próximo invierno? Ya te lo probarás entonces.

—Soy la dama de honor. Tengo que estar inigualable.

Inaguantable diría yo.

—No me lo puedo creer —murmuré satisfecha—. Indy..., esto, Eduardo y Kelly se nos casan.

Sandra ejecutó algún tipo de sonido animal enfurecido pero no me importó, podría decirse que yo había sido la Celestina de aquella unión, había presentado a mi entrañable encargado de obra de Florida a una de las mejores amigas de Sandra. A los dos les unían los fracasos amorosos y un corazón grandioso. Sonreí feliz. Se lo merecían.

—¿Y tú? —preguntaba Sandra.

—Yo, ¿qué?

—¿Algún día me harás llevar un vestido así?

—¿Azul?

Arrugó la nariz con rabia contenida.

—No te hagas la tonta. Sabes a qué me refiero.

—Pues ya sabes entonces mi respuesta —forcé una sonrisa burlona.

—Eres insufrible.

Me reí.

—¿Significa eso que nos vamos a comer?

—Vale, pesada, pero yo escojo el lugar.

Miedo me daba. En las últimas semanas éramos clientas asiduas de una cadena de restaurantes que solo servía ensaladas. Ensaladas vegetarianas, para más inri.

—Al Salad Garden —dijo.

Bingo.

—O te gusta el camarero o estás intentando convertirte en oveja. Dime que es la primera opción —la seguí por la casa, mi antigua casa. Todo se mantenía igual: el aroma a melocotón, la misma tonalidad de luz al atravesar las contraventanas, el frío suelo cerámico.

—Por ahora estoy contenta con Nicholas —contestó abriendo las cristaleras que daban a la playa. Su falda corta ondeó con la brisa marina, su precioso pelo rubio flotó hacia mí metiéndoseme en los ojos—. No me fijo en nadie más.

Nicholas Adams era el joven director de *Manhattan Beach*. Él y Sandra debían llevar saliendo más de seis meses (un logro para ella) y aunque Nicholas parecía buena gente no lo...

—Antes paso yo por el altar que tú —me soltó pérfida.

—Me alegraré por ti.

—Siento decirte la verdad pero te mueres de ganas de que bombón Weller te lo pida.

—No necesito casarme para estar bien.

—No necesito casarme para estar bien —repitió burlándose—. Vale, vale, lo que tú digas pero eso es un clavo en tu corazoncito.

—Tú sí que eres un clavo —reí—, pero en el culo.

—Serás cochina —intentó golpearme con su bolso de Armani pero me lancé a la carrera por el paseo—. ¿Qué clase de inglés aprendes?

Me entró flato de reírme y correr a la vez y me paré a descansar al llegar junto al muelle largo y endeble de Manhattan Beach. Allí arrancaba la avenida donde se situaban los restaurantes y el comercio de la zona. Los toldos a rayas ondeaban a la brisa, el sol se reflejaba en cada ventana.

Sandra llegó a mi lado y tiró de mí hacia el Salad Garden. No es que la comida me disgustara en aquel lugar, era rica y estaba presentada con esmero, incluso el local decorado como un antiguo invernadero invitaba a entrar. El único pero era que, por más lechuga que comiera, siempre salía con hambre.

Me brillaron los ojos cuando encontré que habían añadido la ensalada César a la carta. Por fin un poco de pollo, como pedía la receta.

Sacrilegio.

Lechuga, algo de queso, dos biscotes de pan y salsa. ¿Dónde demonios estaba el pollo? Miré el tenedor de Sandra que dibujaba círculos en su plato. Su atención perdida entre las verduras.

—¿Qué te sucede? —pregunté.

—Nada —se encogió de hombros.

—No te has llevado ni un pedazo a la boca en diez minutos —cortó un trozo de tomate en tantos pequeños fragmentos que casi se hizo ketchup—. ¿Estás preocupada? ¿Por la boda?

Apareció una minúscula arruga en su frente.

—Anda, es eso —seguí—. ¿No te parece Indy... esto, Eduardo, bueno para ella?

—Me parece bastante bien, no es que sea la caña pero... está decente.

—¿Decente? Ese chico tiene un corazón de oro.

—Cásate tú con él —me lanzó afilada.

—Kelly va a ser muy feliz —añadí.

—¿Te lo ha dicho el despertador o el fantasma de mi padre? —replicó con sorna.

Unté con pan la salsa para calmar el rugido del estómago y miré de soslayo la carta de postres.

—El despertador murió y tu padre se ha quedado entre los muros de tu casa.

—No trates de asustarme, no he vuelto al piso de arriba por tu culpa.

—Me alquilaste una habitación con fantasma —murmuré—, eso fue diabólico por tu parte.

—Te lo advertí y te dio igual.

—Me hubiera lanzado a un pozo con tiburones por no pagar alquiler, así que fue lo menos malo que encontré —solté con una risita.

—Serás bruja —me increpó—, ¿lo menos malo? Una preciosa casa junto a la playa con una compañera extraordinaria. Te presenté a mis amigos, te convertí en alguien interesante, no en un alien-ratón de biblioteca, te ayudé a solucionar tus problemas con el género masculino... y así me lo agradeces. «¿Cuántas son las guerras de las galaxias?», me dijiste. Y no te eché a patadas a pesar de esa blasfemia, serás ingrata.

—¿Te acuerdas de eso?

—¡Hombre, es memorable! ¿Y cuándo te rebozaste en mierda de perro para llamar la atención de Sean?

—¡Hey! ¡Eso no ocurrió así! Fue un accidente.

Nos reímos con ganas.

—Eres un desastre —dijo ella entre lágrimas—, pero te apañas para que todo te salga bien... y nunca pierdes la sonrisa, ni la visión optimista del

mundo pese a todo lo que... ha ocurrido —su rostro se tornó algo sombrío—. Te envidio.

Me señalé con las manos sorprendida.

—¿Tú? ¿A mí? Sandra, me estás dando miedo. Creo que tanta comida verde te está germinando en el cerebro.

Hizo una mueca.

—No me hagas caso.

—Locura transitoria —apunté—. Lo sabía.

Pedimos un par de flanes, que por no tener no tenían ni huevo y me comí el mío y el de ella.

—Me mandan a Hawái —le dije dejando la cucharita en el plato—, puede que esté fuera unos meses.

Su mirada se enturbió por un instante.

—Vuelves a las andadas —dijo aparentando despreocupación—, nunca estás quieta en ningún lado. ¿Sabes lo malo que es para el cutis viajar en avión?

—No lo había pensado.

—Te deshidrata, se come la piel. Parecerás una pasa arrugada antes de los cuarenta —pidió la cuenta con una caída de ojos al camarero—. Mi único viaje desde que salí de Williamsburg fue contigo a Venecia, un viaje romántico en toda regla, y la breve boda de Florida.

—¿No has pensado en regresar a tu ciudad? ¿Ver a tu madre después de tantos años?

—¿A esa? ¡No! —exclamó asqueada—. ¿Sabes una cosa? Me llamó cuando aparecí en los Globos de Oro.

—¿Qué te dijo?

—¡Nada! Le colgué el teléfono en cuanto oí su voz. Ahora que soy famosa seguramente querrá dinero. Es un parásito, Miriam.

Decir algo así de una madre me parecía abominable, pero mi experiencia

con la mía nada tenía que ver con lo que Sandra había sufrido.

—¿Sabes? Yo llevaba dinero a casa mientras ella estaba con sus amiguitos. Jamás me quiso en su vida como tampoco quiso a mi padre; a él le echó, yo no esperé a que hiciera lo mismo conmigo y me marché.

—Tienes mucho mérito. Te has forjado tu camino tú sola, has sido muy valiente.

—No. Soy la cabecita loca que a ti te hace gracia —esbozó una sonrisa que embelleció sus ojos.

—Eso también es verdad.

Puso su mano delgada encima de la mía, mis dedos parecían de cavernícola en comparación con la elegancia de los suyos.

—¿Tú estás mejor? Quiero decir... ¿cómo llevas lo del... incidente?

—Muy bien, no te preocupes —curvé rápidamente los labios en una sonrisa para evitar que indagara más—. Agua pasada.

—Yo tendría pesadillas, la verdad —alzó su mirada. Si no fuera porque sabía que Sandra era en realidad una replicante sin sentimientos tipo *Blade Runner*, hubiera leído cierta tristeza en su rostro—. Vuelve pronto de Hawái, ¿vale?

Asentí notando que la emoción me embargaba. Tragué saliva para ahuyentarla.

—Lo intentaré. Mi vida está aquí.

En ese momento tuve un presentimiento, una sensación vaga de advertencia, de peligro quizás. Algo me advertía de que, al regresar, nada sería igual en Manhattan Beach.

••

Santo se mantenía en un silencio sepulcral. La carretera, de nuevo, estaba atestada de vehículos.

—Hay una ruta altern...

—Mejor no —le corté—, ¿qué le decimos a la policía cuando nos paren por incumplir veinte normas de circulación?

—Que había un código 52.

—¿Qué es un código 52?

—Posible amenaza de secuestro —contestó monocorde, manteniendo su atención al frente.

—Ah, ¿y eso cuela?

—El rapto de personas relevantes es muy frecuente.

—Entonces —señalé hacia atrás—, hay una salida por ahí.

Desde mi posición en el asiento trasero creí intuir en él una sonrisa antes de que girara el volante hasta casi hacerle saltar de los goznes, pitar, acelerar, frenar, maniobrar y derrapar hasta tomar el desvío.

Respiré al tomar la calle a un ritmo normal.

—Impresionante. ¿Hay alguna academia donde enseñen a conducir así?

—Lo aprendí en la universidad —lo dijo con tanta seriedad que era imposible que me estuviera tomando el pelo—, por las noches apostábamos y hacíamos carreras de coches.

—Un malote en toda regla.

—Sí, señora. De los peores.

—¿Puedo preguntar que estudiaste allí?

—Odontología.

Silbé asombrada.

—No me fue bien —añadió—, los pacientes no regresaban a mi consulta. Algunos ni siquiera llegaban a entrar en ella.

—Pues no lo entiendo —mentí. Imaginarme a Santo como dentista, con su bata blanca a punto de reventar en su cuerpo de boxeador y un taladro en la mano para arreglarme una caries me daba pánico. Sin lugar a dudas, yo no

hubiera pasado de la puerta—. ¿Cómo llegaste a ser guardaespaldas?

—Tendría que matarla si se lo dijera.

Esperaba una risa después de la típica frase. No llegó.

—¿De verdad? —pregunté.

Él asintió. Y, de pronto, frenó en seco.

—Hemos llegado, señora —señaló la torre negra—. Estaré esperando a la salida.

Y yo escapé del coche rauda como el viento dando las gracias hasta dos veces y sin mirar atrás.

—¿Qué es lo que ven mis ojazos?

Me detuve en mi carrera antes de llegar a la puerta giratoria de acceso al edificio.

—Buenos días, Angelina —me volví hacia ella.

—¿Mi pobre ortiga silvestre tiene chófer?

—No es lo que parece.

—Una pregunta —dijo, obviando mi respuesta—: ¿por qué trabajas?

Una pregunta-trampa como una casa.

—Podrías vivir muy bien —continuó—, con lo que cobra tu hombre por una sola película, sin despeinarte ni madrugar.

Tomé aire y la miré directamente a los ojos, tan redondos los suyos como avellanas. El vello de su entrecejo crecía indomable, su boca era una línea recta perfecta.

—Me gusta lo que hago —dije con sinceridad—, además soy un ser independiente y por desgracia, en algunas ocasiones, el amor no dura para siempre.

Hizo una mueca de satisfacción y detuvo la puerta giratoria para pasar dejando encerrados a un par de incautos.

—Un cerebro bien puesto en una cabeza tan pequeña. Vamos, vas a llegar

tarde —instó pese a las quejas de los prisioneros—. ¿Sabes? Creo que no es mal actor tu chico.

Asentí sorprendida, comenzaba a caerme bien mi jefa.

••

Cuando llegamos arriba, pedí cita para hablar con el señor Tornos. Kate apuntó diligente mi solicitud.

—¿Qué vas a hacer? ¿Te animas a visitar las paradisíacas playas de Hawái?

—Tengo unas cuantas preguntas para el jefe, pero creo que sí.

—Muy bien, te aviso en cuanto él me diga algo.

Caminé tras la estela de ambientador cítrico de Angelina y, tras saludar a mi compañero, encendí el ordenador. El cartel de *Manhattan Beach* me dio la bienvenida a la vez que varios mensajes de la red interna de comunicación. Todos eran de Kate:

«Reunión con el señor Tornos a las 4:30 pm». «Está de buen humor». «¿Viste ayer la entrevista a Patrick Starck? Menudo imbécil». «Pensar que me moría por él cuando hizo de 007».

Respondí a cada uno de ellos:

«Gracias. Me lo apunto». «Me lo apunto también». «No tengo tele... aún. ¿Qué ha dicho?»

Patrick Starck. Los recuerdos cobraron vida. Era como retroceder unos meses en segundos, me acordaba de la fiesta que organizó aquel actor de porte distinguido en su casa, recordaba bailar con él y pasarlo bien, pero también recordaba la presencia de su hermano William. Sí, el William tranquilo y encantador que alojaba un monstruo en su interior. Un demonio psicópata que había asesinado a la mujer y al padre de Sean entre otros, porque aún se seguían sacando restos humanos de las casas que vendía, y que había intentado hacer lo mismo conmigo.

Mi corazón galopaba con los recuerdos y meforcé a respirar pausadamente para tranquilizarlo.

William estaba muerto. Yo no.

Llegó un nuevo mensaje de Kate con un enlace a un vídeo de YouTube. Oteé el horizonte buscando a Angelina y la encontré echando la bronca a los de marketing. Me coloqué los cascos y pulsé el inicio del vídeo.

Allí estaba él, apuesto, sonriente pero enseguida molesto cuando la presentadora del programa nocturno le preguntó sobre su hermano William.

—¿Sigue pensando que su hermano era inocente?

—Will murió asesinado —dijo tajante, la musculatura de su mandíbula en tensión—. Fue conducido a una trampa para inculparle.

—Pero hay pruebas que indican...

—No seguiré hablando de ese tema.

Después la grabación giró en torno a sus nuevas películas, así que me arranqué los cascos con frustración llevándome un pendiente con ellos.

—Mierda —mascullé.

Mi compañero me miró de reojo, pero siguió enfrascado en sus planos.

«¿Cómo se puede ser tan ciego?», tecleé indignada a Kate. «¿Es tan difícil de creer lo que hizo su hermano?»

Enseguida contestó. «Pensaba que los actores tendrían más cerebro. ¿No decían que entre sus víctimas estaba la mujer de Sean Weller?»

Recordé de sopetón que nadie sabía, a excepción de mi jefe y en versión edulcorada, mi implicación en ese caso. Así que mentí al contestar:

«Ni idea».

«¿Eso quiere decir que no me vas a contar nada?»

«No, es que no lo sé. De verdad».

Kate era demasiado educada para continuar insistiendo.

«Te veo para comer. Que se te dé bien la mañana».

«Lo mismo digo».

Abrí la carpeta de Hawái y bucéé entre todos los planos buscando el más farragoso de ellos. Cotas, medidas y superficies ocuparon la inmensa pantalla. Me enfrasqué en comprobaciones y cálculos, tratando de olvidar a aquel sujeto, sus palabras y el infierno que viví con su hermano.

••

Permanecí en un silencio denso, mis pensamientos monopolizados por recuerdos horribles, algunos incluso ni siquiera habían sucedido y jamás sucederían pero se entremezclaban con los reales en una telaraña, tejiendo una absurda fantasía.

Santo carraspeó y me di cuenta de que llevábamos la mitad de camino recorrido. La ciudad llegaba a su fin, entrábamos en territorio de Inglewood. El océano cada vez más próximo, el sol deslizándose hacia su horizonte.

—¿Un día duro? —preguntó sobresaltándose.

—No... no. Un día normal.

—Entiendo.

—Bueno... —desde mi asiento solo veía su perfil abrupto, como una roca modelada a cincelazos—. ¿Te apetece un helado?

—No tomo azúcar en horas de servicio.

Sonreí.

—¿Y puedo yo?

—Conozco una heladería cerca —se desvió hacia El Segundo y continuamos por la carretera que bordeaba el Pacífico hasta detenernos en El Porto, con sus estrechas calles en forma de retícula y sus tiendas y escuelas de surf.

Aparcó junto a un restaurante italiano que también vendía helados.

—Estadísticamente, los helados de Italia son los mejores al otro lado del

Atlántico —me informó mientras bajábamos del coche.

Me decanté por uno enorme de mango; él tomó un café tan negro como sus manos.

Desde la terraza del restaurante se contemplaba una panorámica preciosa de la puesta de sol. Nos mantuvimos mudos mientras el cielo comenzaba a oscurecerse y a perder sus tonalidades anaranjadas.

—Gracias —dije más apaciguada. El horizonte engullía no solo los últimos rayos, sino también los recuerdos escabrosos—. Realmente no ha sido un buen día.

—Entiendo.

—¿Le han disparado alguna vez? —solté consiguiendo que su semblante se desequilibrara por un breve segundo.

—Eso no...

—Ah, ya sé. Si me lo dijera tendría que matarme.

—Siete. Me han disparado siete veces.

Me atraganté.

—¿Siete? ¡Qué barbaridad! ¿Por proteger a sus... clientes?

—Puede ser.

—Madre mía. A mí solo una y tengo el cerebro saturado de imágenes, no quiero figurarme si fueran siete.

—Eso solo sucede en la primera, el resto ya no tienen tanta importancia.

—Todo un alivio —esboqué una sonrisa—. Me quedo mucho más tranquila.

—Esta es mi profesión, asumo los riesgos. Pero, en su caso, ha sido muy valiente, demasiado quizás. Los hay que no salen en meses de sus casas. El miedo es tan humano como cualquier otro sentimiento. Es necesario experimentarlo para curar el cuerpo.

—¿Odontólogo dijiste?

—Y un año de psicología infantil.

Solté una carcajada.

—Gracias por este rato, Santo.

—Un placer.

—¿Nos vamos? —apuré el helado con fruición y, con el astro rey oculto completamente, abandonamos el restaurante.

••

Sean no estaba en el salón. Escuché una canción del hilo musical que provenía de la primera planta y subí las modernas escaleras de cristal. Menos mal que no había heredado el vértigo de mi madre, porque sus escalones transparentes daban miedo a las alturas a cualquiera. Desde allí arriba la vista del salón era abrumadora: las cristaleras que ocupaban toda la pared que daba al mar, el techo inclinado de vigas restauradas de madera, la pasarela metálica que llevaba a las habitaciones, todo se unía en un armonioso, moderno y a la par acogedor diseño real.

Seguí la música dejando a mi lado las puertas de los tres dormitorios y la de mi estudio, con Naranjito apoyado en el escritorio como un encantador fósil. Llegué al gimnasio.

*Come on now, follow my lead. I may be crazy, don't mind me. Say, boy, let's not talk too much. Grab on my waist and put that body on me...*<sup>2</sup>

Como una vulgar mirona, observé parapetada tras el marco de la puerta a Sean tumbado en un banco de entrenamiento levantando pesas. Solo llevaba puesto el pantalón de deporte, así que casi todo su cuerpo se mostraba a la vista, sudoroso, con los músculos en tensión, su respiración agitada mientras elevaba toneladas desde su pecho hasta la barra.

Resoplé mientras me regodeaba en la imagen, cual lujuriosa vecina escudriñando tras la cortina de la cocina. Sentía mi cuerpo vibrar mientras la letra de la canción parecía leer mi pensamiento.

*I'm in love with the shape of you. We push and pull like a magnet do. Although my heart is falling too. I'm in love with your body...<sup>3</sup>*

Avancé inducida por cada nota, impulsada hacia el cuerpo perfecto que yacía en el banco. Conforme avanzaba por la alfombra de Pilates, me liberé de los zapatos.

Se dio cuenta de mi presencia y lentamente posó la barra en los apoyos. Poco a poco bajé la cremallera del vestido y lo dejé caer hasta el suelo. Él siguió quieto sin apartar su mirada de mí, su respiración aún jadeante por el esfuerzo, su pecho humedecido, se irguió lo mínimo para apoyarse sobre los codos, sus brazos marcaron cada músculo.

Me aproximé algo más. Despacio, muy despacio, me deshice de la ropa interior. Me mantuve inmóvil observándole inquieta. En un segundo le tuve pegado a mí. Sorprendida, nerviosa, respondí a cada una de sus caricias, a sus labios. Deslicé las manos por su espalda resbalando por el sudor, chocamos contra la bicicleta estática, contra la cinta de correr, me dirigió con sus grandes manos ancladas a mi cadera hacia el banco donde un segundo antes él estaba, donde le había devorado con la mirada y ahora era él quien hacía lo mismo. Algo intimidada, estiré los brazos hacia él, su cuerpo se unió al mío, su boca me devoró, sus manos me recorrieron y las estrellas, tímidas, comenzaron a despuntar al otro lado del cristal del ventanal.

••

—He perdido el número de repeticiones que llevaba. Tendré que empezar la serie de ejercicios desde el principio.

Sentados en el suelo del gimnasio, Sean apoyaba su espalda en el banco de musculación, con su brazo alrededor de mi cuerpo. Mi única indumentaria era su toalla.

—No haberme provocado —gruñí. —¿Yo? Solo intentaba ejercitarme.

—No se puede tener ese cuerpo y encima exhibirlo sudoroso.

Soltó una carcajada.

—Yo que pensaba que eras inmune al poder del físico, que solo te atraían los grandes intelectos.

—Eso creía yo —me solté de su abrazo y le miré. Qué difícil se me hacía decir aquello y más en ese momento—. Voy a ir a Hawái, Sean.

Se mordió el interior del labio pensativo, luego esbozó una sonrisa.

—Y yo te iré a ver en cuanto pueda.

Exhalé el aire retenido.

—He acordado con mi jefe que estaré un máximo de dos meses. Más adelante veremos si es necesario que continúe por allí.

—Si cada vez que nos veamos vas a desnudarte y lanzarte encima de mí, no tengo objeción alguna.

—Eres un sol —murmuré.

—No, una estrella. De cine —soltó una risita—. Chiste malo.

Le empujé sin conseguir moverle del sitio.

—Quiero que sepas una cosa —le apunté con un dedo acusatorio—, este trabajo es importante para mí pero más lo eres tú, así que si me echas muchísimo de menos y me necesitas a tu lado para darte calorcito en la cama, me lo dices y regresaré.

—Mentira atroz, siempre tienes los pies helados.

—Vale, eso no.

—Muy bien. Te digo lo mismo, señorita Sanabria: solo tienes que silbar y acudiré.

Me apretujé contra su pecho dejándole sin respiración. Solo eran dos meses y el tiempo volaba, ¿no?



Conseguí aparcar el coche a por lo menos un año luz de la entrada a los estudios de la Warner Bros. Sandra se había quedado dormida de nuevo en el asiento del copiloto y tuve que tirar de ella para sacarla del vehículo.

—¿Por qué sales de marcha antes de presentarte a un casting? —la increpé mientras le tendía sus zapatos de tacón.

—Porque era viernes —gruñó revisándose la cara y el pelo, colocando cada mechón rubio en su lugar correspondiente. Llevaba un vestido de gasa azul a juego con sus ojos. Era la belleza personificada, una Helena de Troya con mala leche.

Se estiró en medio de la calle y miró a ambos lados.

—¿Dónde demonios estamos?

—Cerca de los estudios.

—Pues no los veo por ningún lado. Ya entiendo, toca caminar.

—Correr, más bien —murmuré consultando el reloj.

Había estacionado en una urbanización colindante con el área ocupada por la Warner Bros, delimitada por un alto muro y espesa vegetación.

—¿Y si...? —Sandra señaló la tapia.

—Ni se te ocurra. Vamos —empezamos a andar con rapidez.

Mi teléfono vibró con un mensaje de Sean: «¿Dónde estáis?»

Contesté sin detenerme: «Enn calle Cakkliorfoniaa».

«Si eso significa la calle California, girad a la izquierda en la primera

entrada que veáis, os encuentro allí».

«Ojk».

—Por aquí —cogí de la mano a Sandra y cruzamos la calle hasta situarnos junto al muro.

—No llegamos —resopló ella.

—Has tardado una hora en vestirme, no te quejes ahora.

—Porque voy preciosa, no como otras.

Tiré de ella y apreté el paso. A los pocos metros encontramos una entrada abierta, casi camuflada por los arbustos. Sean nos esperaba al otro lado acompañado de un guardia de seguridad de rostro inescrutable y pinganillo en la oreja.

—Seguidme —dijo él manteniendo la distancia—, aún no han empezado las visitas turísticas, así que tenemos cierta libertad.

Nos colamos en un bosque. Los altos árboles nos rodeaban, tapando la claridad del inicio del día. Anduvimos por un camino de tierra y grava; a nuestra izquierda dejamos una vieja cabaña de madera pintada de azul, otras casas aparecieron a nuestro paso, desperdigadas entre los árboles y matorrales. Parecíamos haber viajado al antiguo Oeste.

—¡Oh, Dios mío! —gimió Sandra con la boca abierta mostrando hasta la campanilla—. Aquí se grabó *Rebelde sin causa*, ¿verdad?

—Entre muchas otras, muy bien. ¿Y aquí? —Sean señaló la calle, ahora asfaltada que cruzábamos. Del bosque habíamos pasado directamente a una zona residencial, con casas unifamiliares a ambos lados y jardines perfectamente cortados. Hubiera pensado que nos encontrábamos en cualquier urbanización de Nueva Inglaterra si no fuera por la extraña sensación de que éramos los únicos humanos en la zona. Ni un coche, ni una persona, ni un ruido.

—¡*Las chicas Gilmore!* —gritó Sandra haciendo que el de seguridad diera un salto—. Impresionante.

La calle giró y las casas desaparecieron. Enfrente nos encontramos con un edificio rectangular, feo en comparación con el resto. En una de las puertas de

acceso había una cola de personas, alborotadas, hablando en alto, riendo nerviosas. La fila daba la vuelta al edificio hasta desaparecer calle arriba.

—Oh, no —masculló Sandra—, los extras.

—Oh, sí —dijo Sean, pero señaló otro acceso—. Me debes una, Sandra.

Ella le miró con ojos de cordero degollado.

—¡Gracias! —y se tiró a su cuello.

El de seguridad se lanzó casi en un movimiento de quarterback a por Sandra, Sean trató de detenerle, y los tres cayeron al suelo mientras yo era incapaz de moverme, absorta en la contemplación de la escena.

—¡Es Sean Weller! —gritó de repente una voz.

Y mientras trataba de levantar a mi amiga de debajo del tipo de seguridad, escuché un ruido grave, un temblor en la tierra, un movimiento de los que parecen preceder a un terremoto... o peor aún, a una estampida. Levanté los ojos para encontrarme con la fila casi íntegra de aspirantes a extras corriendo en nuestra dirección.

—Rápido —encomió el de seguridad, recuperado ya del placaje—, vamos por la puerta 3.

Le seguimos volando y cerramos la puerta a nuestras espaldas en el momento en que la jauría se estampaba contra ella y la aporreaba sin piedad.

—Por poco —murmuró Sean con una breve sonrisa.

—¿Esto es siempre así? —le pregunté.

—A veces no —me guiñó un ojo—. Vamos.

Nos encontrábamos en algo más parecido a una fábrica que a lo que yo creía sería un estudio. Había tres salas gigantes; una de ellas, la última, disponía de una piscina inmensa, más bien un tanque de agua titánico cercado por altas paredes de madera que se elevaban a una altura superior a los seis metros.

—Aquí colocarán medio galeón a escala y se grabarán algunas secuencias del mar, pero casi todo será rodado en exteriores reales —me echó un vistazo furtivo—, puede que en Hawái, aún estamos en conversaciones.

Mi corazón dio una voltereta mientras accedíamos a una sala más estrecha con butacas y una mesa con varias sillas delante de un pequeño escenario.

—En seguida llegarán los encargados del casting y comenzarán las pruebas —explicó Sean—. Sandra, eres la primera. Más no puedo hacer.

—Eres un cielo —dijo ella.

—A mí nunca me has dicho nada tan bonito —le recriminé divertida.

—Celosona —y me estrujó entre sus delicados brazos por un breve segundo—. Como lo consiga, vais a... un momento. ¿No habrá ninguna escena en la que mi personaje se líe con el tuyo? —giró su cabeza hacia Sean—. ¿Verdad?

—Sandra, aún no tienes siquiera personaje. Puedes ser desde una tabernera, con suerte, hasta un molusco gigante.

—Qué asco.

—Te lo advertí.

Miré a ambos hipnotizada por aquel extraño mundo que se escondía tras la tapia. Todo resultaba irreal, casi mágico. Mi estudio de arquitectura parecía en esos momentos lo más aburrido y gris del planeta.

—Es increíble —murmuré hablando conmigo misma en el momento en que tres personas entraron en la sala. Saludaron a Sean, intercambiaron breves palabras en las que se presentó Sandra y le dieron unas hojas grapadas. Ella me sonrió con el nerviosismo que solo yo detectaba y con el aplomo que mostraba al mundo exterior.

Sean me indicó la puerta y abandonamos la sala con el guarda de seguridad detrás.

—Ya puedes dejarnos, Louis —Sean le palmeó el hombro.

—¿Seguro? —me echó una ojeada como si yo fuera un asesino en potencia.

—Seguro —asintió Sean tomándome de la mano. Observó hasta que el guarda giró en el pasillo y entonces me rodeó con sus brazos y me dio un beso, suave, largo—. Bienvenida a mi mundo.

—Fascinante... —titubeé recuperando el aliento—, no me imaginaba esto así.

—Pues aún queda lo mejor. Ven —con su mano envolviendo la mía, me guio hacia una de las primeras estancias que habíamos dejado a nuestro paso. Lo que vi en el interior me dejó si cabe más perpleja. Era una... una taberna, vieja, decrepita, de mesas carcomidas y taburetes desiguales. Del techo de vigas de madera colgaban candeleros oxidados, en las paredes extraños y oscuros cuadros. Hubiera esperado un olor rancio, a alcohol o quizás a vómito pero solo respiré una cierta estela de lavanda. Al final de la taberna, donde el decorado acababa y empezaban kilómetros de cable y varias cámaras, dos hombres se batían en un extraño duelo en el que sus espadas no chocaban entre ellas, resultando más una coreografía que una pelea de bar del siglo XVII.

Noté la mirada de Sean en la sien.

—Impresionante —susurré.

—Se te están acabando los adjetivos.

—Me queda algún otro para más adelante.

—Mmm., entonces te enseñaré otra cosa —señaló una puerta abierta—, quizás esto te guste.

Entramos en un largo corredor con infinitas baldas a ambos lados, de las que colgaban los más singulares ropajes que jamás hubiera visto: vestidos con filigrana dorada y pedrería, calzones piratas, patas de palo, sombreros, incluso tentáculos y ojos de cristal metidos en un frasco.

—Soberbio —musité.

—Ese es bueno. Me lo quedo —señaló un vestido largo, pesado, de una belleza mayúscula—. ¿Quieres probártelo?

—Es que... nunca me ha gustado disfrazarme, sobre todo desde que interpreté al niño Jesús con solo un pañal delante de todo mi colegio —tragué saliva al recordarlo—. Tenía ocho años, fue traumático.

Lanzó una carcajada.

—No tiene nada de gracia. Cuando me levanté a saludar, la cuna de madera se me había quedado encajada en el trasero. Fue realmente

vergonzoso.

Sean no dejaba de reír y al final tuve que unirme a él.

—Vale, estaba graciosa pero visto ahora, veinte años después. A partir de entonces no volví a disfrazarme hasta que hice de animadora, con pompones incluidos, en un musical del instituto.

—Creo que ese me gustaría verlo: ¿falda corta, muy corta, y trenzas?

—Tu mente en modo viejo verde está hablando por ti.

—Es verdad, mil perdones —me tendió el traje—. Venga, elimina traumas.

—Vaaaale. Pero sal fuera —le empujé hasta quedarme sola en aquel corredor. Con más dificultad de lo imaginado conseguí colarme dentro del vestido, que pesaba una tonelada y abrigaba lo indecible. La tripa se me quedó aplastada en cuanto subí la cremallera, perfectamente disimulada entre las costuras, y el pecho se elevó por encima de la línea del escote. Apenas podía respirar y moverme pero, tras un largo examen en un espejo, tuve que aceptar que el resultado era más que halagador.

—Aquí estás —dijo una voz chillona de repente. Una mujer de tamaño reducido y portentosas caderas se acercaba a toda velocidad por el pasillo—. Acompáñame.

Era una orden en toda regla que apenas me dio tiempo de discutir, ya que me asió del brazo y tiró de mí hacia un tocador que se encontraba al otro lado del corredor.

—Siéntate —me empujó hacia una silla con una fuerza tal que no parecía corresponderse con su escasa estatura.

—Creo que se está equivocando de persona.

—No —comenzó a cepillarme el pelo con ganas.

—Pero...

—No hay tiempo —echó una ojeada a mi reflejo en el espejo—. Vamos a ver: cara ovalada, pómulos altos, labios bonitos... y un pelo precioso. Creo que podremos lograr algo bueno de todo esto.

—Se lo agradezco pero yo solo he venido acompañando...

—A Sean, ya lo sé. Tranquila, muchacha, estás en buenas manos. Te voy a convertir en una auténtica dama.

Dejé de buscar una explicación lógica a la situación. Sean había encargado a aquella mujer que me peinara, también maquillara y dejara lista como a una... El resultado fue impactante. Tuve que mirarme en el espejo en dos ocasiones para verificar que realmente era yo la que allí se reflejaba.

—Por todos los...

—Sí, sí, eso dicen todos —la mujer sonrió—, ahora ya puedes salir.

—No sé qué decir —musité sonriendo—, muchas gracias.

—Todo un placer. No estoy acostumbrada a que agradezcan mi trabajo así que yo también me voy contenta. Ánimo con Sean, es un presuntuoso pero tiene buen fondo.

—Lo sé, gracias de nuevo. Me ha transformado en una mujer impresionante.

—No, querida, eso ya lo eres. Solo lo he acentuado un poco —y se alejó a toda velocidad por el pasillo. Pensé que en realidad era un hada madrina diminuta, que había desaparecido tan rápido como llegó.

Arrastrando el vestido me acerqué a la puerta y la abrí lo justo para vislumbrar lo que sucedía al otro lado. Ahora la falsa taberna estaba solitaria y en penumbra. Entré desconfiada mientras los tablones de madera desvencijada del suelo chirriaban con tristeza a mi paso. Caminé hasta la barra, no era difícil imaginarse al tabernero al otro lado, su pelo grasiento y su tripa prominente mientras servía ron a piratas, bucaneros y mujeres de vida alegre.

Me paseé entre las mesas en las que platos y vasos se encontraban llenos de comida de cera, algunos vertidos, otros rotos. Llegué a una chimenea manchada, oscurecida, con un cochinillo trinchado. Me acerqué a sus brasas, casi parecían estar aún calientes pero solo era un efecto de la pintura.

—Yo no haría eso —la voz me resultó conocida, quizás porque aún vagaba en algún sueño, en alguna pesadilla. El acento era claramente británico y conforme avanzaba hacia mí haciendo crujir la tarima y su cuerpo se hacía más

patente frente a la oscuridad del fondo de la sala, le reconocí—. Puedes quemarte.

No supe qué añadir. Ante mí, vestido como un elegante corsario, se encontraba Patrick Starck.

—No te alegras demasiado de verme, ¿verdad?

Mi cara debía de ser un poema. Era el hombre que había asegurado que su hermano no podía ser un asesino, que no había suficientes pruebas, que todo era un engaño. Aquel hombre debía odiarme. Por mi culpa, William estaba muerto.

Retrocedí involuntariamente hasta topar con la pared.

—Yo no... —no se me ocurría qué decir. Había planeado durante un tiempo hablar con él, pedirle una especie de perdón, no porque su hermano lo mereciera sino para tratar de explicarle lo que sabía, lo que sucedió realmente.

Avanzó dos largas zancadas y se situó muy cerca de mí. Su sonrisa, tan cercana, era más bien una mueca de desprecio.

—Deja a la muchacha —escuché a Sean—. Si quieres buscar responsables, aquí me tienes.

Respiré con alivio mientras Patrick se giraba hacia él. Entonces me di cuenta de que éste también vestía como un pirata. Estaba sucio, desaliñado, incluso su pelo era más largo.

Ambos sacaron sus espadas a la vez mientras se aproximaban el uno al otro, y entonces mi cerebro se cortocircuitó. ¿Qué demonios era aquello? Me giré hacia la oscuridad. Ahora podía distinguir un batiburrillo de gente en la penumbra, las luces de las cámaras estaban encendidas y se dirigían en ese momento hacia Sean y Patrick, que habían comenzado a luchar.

Oh, no. No me lo podía creer. ¡Estaban rodando la película! Las mejillas se me encendieron de golpe y noté un calor iracundo subir por mis venas. Caminé hacia los dos piratas casi sin darme cuenta, movida por un cabreo monumental.

—Sois unos imbéciles —solté en medio de los dos sin amilanarme por los

brillantes aceros—, sois unos auténticos imbéciles.

—Corten —escuché proveniente de las sombras—. ¡Perfecto!

Me encaré a Sean, indignada, enojada.

—Me has utilizado —masqué las palabras con rabia.

—Solo un poquito —su cara se mostraba inocente entre la mata de pelo y la suciedad—, necesitábamos una reacción de sorpresa como la que has tenido.

—No era sorpresa, id... —me comí la palabra «idiota» por poco—, estaba asustada.

—¿Por mí? —intercedió Patrick con su elegante acento y su porte distinguido—. Mi única intención era turbarte.

—Pues lo has conseguido, y mucho. He creído que querías venganza por lo de tu hermano.

—Eso es otro asunto —puntualizó él.

—No para mí —me encaré—. Aún tengo pesadillas con él y ¿sabes? me da igual que creas que era inocente porque estás equivocado. William trató de asesinarme y no lo consiguió por poco —todo lo que sentía y trataba de ocultar al mundo comenzó a salir por mi boca, desorganizado, inconsistente—. No tienes ni idea de lo que he pasado. Creía que tú sí, Sean. Ahora veo que no.

Tomé aire. El vestido me apretaba tanto los pulmones que apenas me llegaba una pizca de oxígeno.

—¿Queríais divertirlos a mi costa? Pues que os cunda, sois unos indeseables.

—Una toma perfecta —un hombre se dirigía a nosotros aplaudiendo, al parecer ajeno a nuestra conversación—. Miriam, ¿verdad? Hay una actriz increíble en ese cuerpecillo.

Me mordí la lengua y traté de esbozar una sonrisa.

—Se lo agradezco pero yo no pedí aparecer en esta película.

—Lo sé —dijo él. A contraluz solo distinguía una gorra, barba y gafas—. Ha sido algo improvisado. Al enterarme de que la novia de Sean estaba aquí le pedí que me hiciera este favor. Puede que no haya sido una estrategia muy respetable pero ha salido una toma muy buena.

—Muy bien —hice un gesto con la cabeza para tratar de parecer cortés y enfilé hacia el vestuario—. Me voy.

Sean me siguió, incluso cuando me adentré en el corredor y comencé a arrancarme los alfileres que recogían mi cabello, mientras trataba de desabrocharme el vestido.

—Espera, te ayudo.

—No —mascullé—, lo que has hecho no tiene nombre.

—Ahora me doy cuenta, Miriam —me tomó de los brazos para que cesara en mi intento de extraerme el vestido por la fuerza—. No pensé. Creía que sería divertido.

—¿Divertido? Divertido hubiera sido si nada de lo que pasó hubiera sucedido. En ese caso, te hubiera dado una patada el culo por haberme metido en ese lío pero incluso, puede que incluso, me hubiera reído. Sin embargo, por si no lo sabes, el hermano de Patrick me retuvo, me amenazó con matarme y me disparó. Y ese de ahí fuera sigue pensando que era inocente. ¿Cómo quieres que me sienta al tenerle enfrente?

—Soy un gilipollas.

—Estamos de acuerdo en algo.

—Perdóname —sus manos rodearon mi cara y limpiaron unas lágrimas que, no me había dado cuenta, resbalaban por ella—. Entiendo cómo te has sentido pero, para tu alivio, te diré que Patrick hace tiempo que ya no piensa así. Fue únicamente al principio. Todo resultó muy chocante para él.

—Merecía saberlo.

—Lo sé y lo siento, de verdad, ha sido una idiotez —sus ojos, fijos en los míos, pedían disculpas—. Y sí, también me acuerdo muy bien de cada minuto que pasamos en aquella maldita casa de la piscina, recuerdo cada segundo como si fuera a cámara lenta, cada movimiento, cada conversación. Aquel día

pensé que te perdía entre mis brazos. ¡Te vi morir en ellos!

Asentí en silencio y dejé que me ayudara a quitarme el vestido. Mis ojos habían dejado ya de llorar, mi angustia por fin había salido a la luz y con ella una especie de liberación.

—Vámonos a casa —me dijo asiéndome de la cintura. Miré su cara, la de un pirata zarrapastroso.

—¿Vas a marcharte así? —musité.

—Tienes razón, dame quince minutos y nos vamos a pasear por la playa. Trataré de que olvides lo descerebrado que puedo ser a veces.

—¿Sandra estará ya lista?

—Ve a por ella. Nos vemos fuera —señaló una puerta en el extremo opuesto.

Asentí mientras me encaminé hacia allí, consciente de que la mirada de Sean se mantenía en mí. Sin volverme, salí a un pasillo. Me encontré con una larga fila de personas; la misma que habíamos visto en el exterior ahora llenaba aquel lugar.

Sorteeé a la gente y seguí la cola hasta su inicio. Llegué a una sala de espera en la que sus escasos asientos estaban ocupados. Había personas que se mordían las uñas mientras esperaban, otras que aprovechaban mejor el tiempo interpretando en parejas textos que aferraban entre sus manos. Y había otras llorando. Encontré con facilidad a Sandra. Destacaba no solo por su belleza, sino por algún tipo de encantamiento que la hacía sobresalir siempre de la marabunta.

Me saludó con la mano y se acercó abriéndose paso, como si se tratara de Moisés frente al Mar Rojo.

—¿Qué tal te ha ido? —pregunté haciéndome oír con dificultad en aquel ensordecedor ambiente, buscando la salida.

—Bueno. Ya me llamarán.

Salir al exterior fue un gran alivio.

—¿Qué tuviste que hacer?

—Un extraño monólogo. Una sirena hablando para su reflejo.

—Como pirata no te veía, pero como sirena... no puede haber otra mejor desde Ariel.

—No te creas —dijo en una mueca—, ha entrado una hace un minuto con conchas de mar en los pechos.

Me reí tratando de olvidar las últimas horas.

—¿Y a ti qué te ha pasado? ¿Qué te han hecho? —preguntó observándome con interés. Madre mía, no se le escapaba una.

—¿Cómo sabes que ha sucedido algo?

—Es muy fácil. Pareces un oso panda.

Me miré en el reflejo de una ventana. El rímel con el que mi hada madrina había untado mis pestañas se derramaba ahora por todo el contorno de mis ojos.

—Has llorado como un grifo —añadió.

—No tiene importancia.

—Es porque te da envidia que yo aparezca en una película y tú no, ¿verdad?

—Por supuesto —asentí.

—Me lo imaginaba. No te preocupes, tú estás contenta haciendo casitas y esas cosas. Y además, recuerda que te has llevado a uno de los tíos más buenos de Hollywood. ¿A que nunca te imaginaste algo así?

—La verdad es que no.

—Pues a ser feliz, que son dos días y uno ya ha pasado.

Le di un abrazo. Si no fuera porque se empeñaba en vivir interpretando en el papel de rubia sexy descerebrada, Sandra sería toda una filósofa.

—¿Me pierdo algo? —Sean llegó paseando dando un rodeo al edificio.

—Nada que no vayas a tener en un rato —Sandra se liberó de mi abrazo como quien espanta a las moscas y se giró hacia él—. ¿Te han dicho algo de

mi actuación?

—No. Aún tienen mucho trabajo por delante.

Llevaba el pelo húmedo y ni rastro de maquillaje, signos inequívocos de haber pasado por una ducha mientras que yo... me limpié con rapidez mis ojos de mapache. Él me dirigió una mirada breve, arrepentida, y se colocó acto seguido las gafas de sol.

—Sandra, ¿te importa ir sola para casa? —preguntó distendido—. Voy a llevar a mi chica a dar un paseo.

—Ya veo, enseguida sobro —pasó sus ojos melodramáticos de uno a otro—. No hace falta que me acompañéis, conozco la salida.

Le tendí las llaves del coche con un ápice de culpabilidad y muy digna caminó por donde habíamos venido como en una pasarela, con el único acompañamiento del sonido de sus tacones en la grava.

—Tengo la moto a la vuelta —me propuso Sean.

—Hoy quieres matarme a disgustos.

—Uno más, uno menos...

Me tomó de la mano y me guio hasta donde se encontraba aparcada su Suzuki Bandit. Se montó de un salto y le imité con cierta dificultad, me embutí el casco y apreté mis brazos alrededor de su cintura.

—¿Lista para volar?

—Lista para mantenerme con vida.

Y arrancó dejando un torbellino de grava y hojas tras de sí.

••

Las olas rompían con suavidad. A la izquierda, en la lejanía, se apreciaba la silueta de la enorme noria de Santa Mónica. Debía haber el mismo bullicio de todos los sábados al mediodía. Sin embargo, a escasos diez kilómetros más al norte, Sean y yo estábamos prácticamente solos en una estrecha playa, con

una laguna verdosa y las empinadas laderas de las montañas de Malibú a nuestras espaldas.

Me quité los zapatos y hundí los dedos de los pies en la arena blanca, sintiendo el frescor del mes de marzo. Sean mantenía el rostro fijo en el mar. Sin la chaqueta motera, lucía sus brazos fornidos, sobre los que estaba apoyado.

Inspiré intensamente y fui soltando el aire despacio, relajándome. En esos momentos me sentía absurda por la escenita de la taberna pirata.

—Deberías hablar conmigo —dijo Sean sin apartar la mirada del agua—, contarme cómo te sientes, cómo sobrellevas aquel... incidente.

—Quería olvidarlo. Creo que cuanto menos hable de él, antes se disipará, pronto quedará como un recuerdo molesto. Nada más que eso.

—No es cierto —subió sus gafas hasta apoyarlas en su pelo y se giró hacia mí—. Hay sentimientos, hay problemas que si no se reparan, regresan una y otra vez, te carcomen por dentro, te asfixian.

Asentí despacio.

—¿Por qué no me has dicho que tienes pesadillas? —preguntó.

—Han aparecido hace poco —murmuré recreando en mi mente la última, la voz angustiada del asesino, su presencia en mi dormitorio—. Al principio sentía alivio por estar viva, me sentía feliz, ahora... ahora su imagen me persigue, le escucho hablándome, a veces en los sueños muero yo; otras, lo haces tú.

La mano de Sean se acercó a la mía, nuestros dedos se entrelazaron. La preocupación era visible en su rostro bronceado, las líneas de expresión se habían endurecido, en los ojos oscuros brillaba un sentimiento tenebroso: ira, quizás odio.

—Ojalá le hubiera matado yo con mis propias manos —masculló.

—¿Para qué? —traté de sonreír—. Te has ahorrado un montón de papeleo y horas en comisaría. Y el resultado es el mismo: está muerto. En este mismo momento, su cuerpo es pasto de los gusanos y sin embargo nosotros, estamos vivos. Vivos y juntos.

Sus hombros se relajaron y apreté su mano.

—Llevo todo este tiempo sin hablar del asunto porque quería olvidarlo, quería recuperarme pronto, regresar a la vida rutinaria, dejar atrás los malos momentos. Mostré a todo el mundo mi lado más despreocupado para que no se inquietaran por mí: a mis padres, a mis amigos... a ti. Pero me equivoqué. Ahora necesito ayuda para afrontarlo.

—Yo estoy a tu lado para todo, para lo bueno y lo terrible, para lo que necesites. No me niegues esa parte de ti, la vulnerable, la que teme —deslizó su mano por mi brazo hasta llegar a mi cuello, se mantuvo en él mientras acariciaba mi rostro con el pulgar—. Puede que mi coeficiente intelectual no sea comparable al tuyo, pero tengo unos pectorales de revista de gimnasio para llorar sobre ellos.

Sonreí negando con la cabeza.

—Tienes *todo* de revista —maticé y me recliné contra su pecho—, incluido ese cerebro.

—Bah, eso se lo dirás a todos. Y como veo que esta conversación se está volviendo algo cursi, iré a lo importante: ¿comida tailandesa? Hay un restaurante cerca de aquí.

Me di cuenta de que me rugía el estómago.

—Sí, por favor —me tendió la mano y nos levantamos de la arena. El mar seguía en calma cuando abandonamos la playa, el cielo estaba despejado y mi corazón... mucho más aliviado.



Era mejor que nadie supiera dónde me iba, así no necesitaría un Santo en la isla para llevarme a todos los lados. En eso estaba pensando mientras llegaba a casa tras un largo día de trabajo. Mejor que nadie se enterara...

—¡SORPRESA! —corearon varias voces a la vez mientras la puerta de entrada se abría.

Alucinada comprobé que los amigos de Sandra, todos los Hilfiger al completo, ocupaban el salón de casa vestidos de... hawaianos. Llevaban faldas de tiras de colores, flores en collares y en el pelo, mientras se contoneaban al ritmo de un ukelele.

Kelly, con su melena dorada cayéndole por los hombros en cascada y un mini bikini que quitaba el hipo, cantaba en un escenario improvisado:

*Somewhere over the rainbow blue birds fly and the dreams that you dreamed of, dreams really do come true ooh oh...*<sup>4</sup>

—Me lavo las manos —se disculpó Sean mientras recogía el bolso de mis manos antes de que se me cayera al suelo del susto—. Culpa de Sandra.

Con mis ojos abiertos como ensaladeras, miré a Sean. ¡También vestía una falda hawaiana!

—¡Aloha! —me gritó Sandra colocándome una guirnalda de flores alrededor del cuello.

La música cesó, todos me miraron expectantes, con sus sonrisas inigualables.

—¡Vaya! —exclamé sin saber qué decir—. ¡Gracias!

Kelly vino corriendo descalza y enroscó sus brazos a mi alrededor. Olía tan bien como una tienda de jabones.

—Te vamos a echar mucho de menos —me susurró con sus ojos azules un poco vidriosos.

—Yo también —le respondí con sinceridad. De pronto, marcharme se me volvía a hacer difícil.

Con Kelly cogiéndome de la cintura avancé hasta el centro del salón, pasé la vista por todos ellos, tan perfectos como un anuncio de la tele, tan entrañables y amistosos. Después volví a mirar a Sean. Incluso vestido de hawaiano era el hombre de mi vida.

Las lágrimas me anegaron los ojos antes de darme cuenta. Hubo un generalizado y largo «Ohhh» y todos me rodearon en un abrazo comunitario conmovedor.

—¿Quién quiere unos Mai Tai? —gritó Sandra a pleno pulmón.

Para mi alivio, el abrazo se deshizo, y unos camareros también caracterizados de habitantes de las islas aparecieron con bandejas con cócteles de colores llamativos. Tomé uno al vuelo. Ron con un toque de lima. Estaba fuerte pero rico.

—No quiero saber qué locuras podrías hacer borracha —me musitó Sean al oído.

—¿Una locura como quedarme?

Me abrazó.

—Pensaba en algo más indecente, la verdad.

El timbre sonó como una súbita detonación para mis oídos y me encogí bajo los brazos de Sean.

—Es solo la puerta —me sonrió dulcemente y acudió a abrir. Le escuché decir en tono sarcástico a quien quiera que estuviera fuera de la casa—: Hombre, el tercero en discordia.

En el umbral estaba el anteriormente conocido como el Negativo, Mario Tornos hijo. Más pálido que de costumbre, su pelo rubio ondulado, sus ojos

claros concentrados en la visión de una panda de hawaianos danzando en mi salón.

—Hola Mario —le di un corto abrazo—, no traes falda. Tienes vetada la entrada.

—Paso de hacer el ridículo... —se calló cuando comprobó que Sean vestía una.

—Yo con esas piernas de garza tampoco me la pondría —murmuró Sean agarrando dos bebidas. Le tendió una—. Venga, arquitecto, ven a ver tu obra.

Mario avanzó un paso dentro del salón. Durante el tiempo que Sean mantuvo en secreto que había comprado la casa vecina a la de Sandra, mi antiguo compañero de master se encargó de diseñar una reforma completa. No podía imaginarme a Sean y a Mario trabajando juntos en algo, pero aquí tenía el resultado.

—Hay algún remate que mejorar —dijo Mario tras dar un rápido vistazo.

—Es la mejor casa del mundo —añadí yo.

—Me alegro de que te gustara —respondió al parecer sincero, sus ojos fijos en los míos—. Buscaba algo que fuera con tu personalidad, con tu forma de ser.

—Sí, sí. Todos estamos muy, muy contentos —intervino Sean con una mueca—, ¿algo de comer?

Los camareros aparecieron con bandejas repletas de canapés, brochetas, y otros pequeños y succulentos manjares. El timbre sonó de nuevo. Nicholas, el novio de Sandra, entró más asustado que un insecto en una jaula de osos hormigueros.

—Hombre, director —Sean estrechó su mano—. ¿Alguna cosa nueva para mí?

—Pues la verdad es que sí...

Sandra le interrumpió lanzándose a sus brazos en un movimiento que dejaba corto el salto de Baby hacia Johnny en *Dirty Dancing*. Nicholas se puso colorado mientras la agarraba a duras penas.

—Cómo pesas —gimió. La cara de Sandra mutó de la alegría a una expresión casi de ogro pero no dijo nada, se dio la vuelta y volvió con sus amigas. Nicholas se giró hacia nosotros con las palmas hacia arriba—. ¿Qué he dicho?

Sean le restó importancia con la mano.

—¿Qué me decías de una película...?

—Ah, sí. Tengo un guion interesante de terror. Pero no un terror cualquiera, el terror que va de la mano de una estatuilla de Óscar.

—Eso me encanta. Pásamelo en cuanto puedas —Sean parecía interesado.

—¿No hay un papelito para Sandra? —añadí yo.

—No veo conveniente tenerla en el rodaje... es bastante... visceral... y...

—Ya veo. Las mujeres con carácter son difíciles de manejar —mascullé.

—Eso es lo que quería decir.

Ahogué un insulto para mis adentros mordiéndome la lengua. Este tío era tonto.

—Si me disculpáis... ven Mario, te voy a presentar a una nueva amiga de Sandra.

—Aléjate de mí, alcahueta —rugió con un inicio de sonrisa, pero no interpuso resistencia cuando tiré de su brazo hacia donde mis amigos bailaban, comían y bebían.

—Hola, cuñado —canturreó Kelly situándose a nuestro lado.

—Ostras, es verdad —caí en la cuenta—, dentro de nada seréis familia. Por cierto, ¿dónde está tu hermano? Creía que tu padre le había destinado a Los Ángeles indefinidamente.

Indy... esto Eddy, no paraba de viajar pero había pedido a su padre un tiempo de estabilidad tras conocer a Kelly. Mario se encogió de hombros mientras daba un sorbo a la bebida, tosía y devolvía el vaso a la bandeja.

—Está finalizando algunas obras que quedaban pendientes por la costa Oeste —me explicó ella—. ¿Sabes Miriam? Ahora que estoy metida en el

ámbito de la construcción, y sé lo que significa fachada, dintel y forjado, me parece un mundo impresionante. Creo que es un trabajo muy interesante. ¡No me extraña que tuviéramos que arrancarte de la silla para poder llevarte de marcha al principio!

Me reí. Hacía tan poco de aquello pero a la vez lo veía muy lejano. Sentía que la Miriam de entonces había mutado, había madurado... bueno, eso no, simplemente era diferente. Y todo, todo, marchaba perfectamente.



Ya era bien entrada la noche pero nadie parecía deseoso de marcharse. La música más suave, las luces tenues, la conversación sosegada y alguna risa comedida. Kelly y Michael miraban por la ventana, sus bellos rostros vueltos hacia la oscuridad. Ahora ella ya no estaba enamorada de él, ya no le dolía permanecer a su lado sin que Michael la pudiera corresponder. Por fin podían disfrutar realmente de ser solo amigos. No muy lejos, Alison y Billy discutiendo y haciéndose mimos a parte iguales; Pedro, Helena y Sandra charlando sobre moda, últimamente todos los diseños de Pedro arrasaban en la tienda de mi compañera. Nicholas llevaba una cogorza terrible y dormitaba colgando boca abajo del sofá. Mario se había marchado a la media hora de llegar alegando que «no todos estamos tan ociosos y necesitamos trabajar al día siguiente». Se despidió de mí con un rápido abrazo deseándome suerte, estrechó la mano de Sean y se marchó. Durante un segundo me quedé mirando la puerta al cerrarse tras él.

Sean se colocó a mi lado, por fin había cambiado su falda por un vaquero y era más fácil dialogar con él sin soltar una carcajada. Dirigió su mirada también hacia la puerta.

—¿Sigues sintiendo algo por él? —preguntó con la misma tranquilidad con la que uno pregunta la hora.

—No —respondí sintiendo mis mejillas ruborizarse—. Por supuesto que no.

—Ah, vale.

—Solo me da pena que no encuentre a nadie para él.

—Hay gente que está mejor sola y... la verdad es que es un ser bastante... peculiar.

—Supongo que sí —asentí—. No es un buen ejemplo de amabilidad.

—Ha sido un capítulo importante de tu historia, debería estar contento con pertenecer a tu vida.

Me puse más roja aún.

—¿Alguien debe sentirse bien por estar en mi vida?

—Claro. Eres una persona excepcional. Yo me siento orgulloso de ocupar casi todos los párrafos desde que llegaste a Los Ángeles.

—Eso es cierto, has copado cada palabra de mi diario. Eres un abusón.

Enarcó las cejas con incredulidad.

—¿Escribes un diario?

—Sí. Voy por el tercer tomo —los señalé arrugando la nariz—. Ni se te ocurra acercarte a menos de un kilómetro de ellos.

—¿Cuánto es en millas?

—0,62.

—Vale, palabra. Pero, ¿dónde los guardas? Y más aún, ¿cómo no me he dado cuenta?

—Ni se te ocurra... —me reí haciéndole un gesto de cortarle el cuello—, o lo lamentarás.

Me moría de ganas de irme a la cama y emplear mis dos últimos días en Manhattan Beach para acurrucarme en ella junto a Sean. Sin embargo los Hilfiger no parecían compartir mis expectativas.

—Vámonos arriba —Sean me tomó de la mano, leyéndome el pensamiento—. No se darán cuenta.

Cedí rápidamente. Conforme avanzaba por cada escalón, posé mi vista en

mis amigos. Aunque fueran algo pesados a veces, tenía una suerte tremenda de haberlos conocido y de que me consideraran su amiga.



La claridad llenaba la habitación jugando con los estores, tropezando con el ventilador del techo, moviéndose por los cuadros. Debían de ser más de las diez cuando abrí los ojos y me encontré el dormitorio inundado por la luz del día. Estaba hecha un ovillo en una esquina con el edredón cual gusano de seda y Sean ocupando el resto de la cama.

Traté de empujarle a un lado, pero resultaba tan difícil como mover una losa de hormigón. Me di por vencida y caminé hasta la ventana aún embutida en la ropa de cama. El sol salpicaba el mar de reflejos brillantes, pintando de purpurina plateada su superficie. No había surfistas a la vista, puesto que en ese momento el agua estaba en calma. Tan tranquila como mi propio interior. Si no recordaba mal, era la primera noche desde hacía un mes que no tenía ninguna pesadilla.

—Pronto regresarás —susurró Sean a mi espalda, tan cerca que su aliento caldeó mi cuello—. Vamos a darnos un baño.

Señalé el Pacífico.

—¿Ahí? Estás loco. No salen icebergs porque los leones marinos se los comen.

—Quince fresquitos grados, exagerada... vamos —me izó hasta su hombro dejándome colgada como un vulgar saco de patatas. Por más que pataleé, no me soltó mientras bajaba las escaleras.

—Suéltame o... —le grité boca abajo, con la sangre descendiendo hasta mi cabeza.

—¿O? —tuvo la osadía de darme un cachete en el culo.

—O te mato. Sé jiu-jitsu, Santo me ha enseñado.

—Claro que sí —se detuvo antes de traspasar la puerta que daba al porche

—. Un momento, no te meteré en el agua si me haces un favor.

—El que sea —gemí pensando en el mar helado convirtiendo en estalactitas cada parte de mi cuerpo.

Me bajó al suelo.

—Lo has prometido —dijo.

—Me temo lo peor.

—Sube arriba y...

—Lo sabía. Eres un cochino de mente sucia.

—... y vístete —sonrió de lado a lado—. Vas a hacerme un gran favor.

••

La barrera custodiada de los estudios Warner Bros. se abrió en cuanto Sean presentó su pase. No dije una palabra mientras la moto bordeaba los grandes edificios más turísticos y se internó entre las avenidas que delimitaban las diferentes naves de los platós de grabación.

Sorteamos una pequeña furgoneta con visitantes cámara en mano; el guía saludó a Sean y les explicó a los turistas con quien se acababan de cruzar. Pese al casco, escuché gritos y emoción.

Sean aparcó tras la nave 19 y me ayudó a bajar de la moto. Le tendí el casco con el ceño fruncido.

—¿Qué hacemos aquí? —mascullé monocorde, masticando las palabras.

—Terminar lo que empezamos.

—Espero que signifique que me vas a dejar y no algo más escabroso.

Soltó una carcajada.

—Aún no. Pero recuerda que me has prometido este favor. Si no, volvemos y te remojo de lo lindo.

—Eres un sádico.

Entrelazó su mano con la mía y se encaminó hasta el edificio del que había salido espantada pocos días atrás.

—Va a ser divertido —dijo.

Y le odié por ello.



Un bucle de pelo rozaba mi mejilla sonrosada por el maquillaje, mis labios estaban coloreados en rojo sangre, mis ojos bañados en rímel y el estómago encogido por el vestido y los nervios.

Intenté llenar los pulmones de aire pero solo conseguí clavarme el corsé en el esternón.

—Me alegro de que hayas vuelto, Miriam —me dijo el director mientras el hada madrina del día anterior me colocaba el pelo sobre los hombros—. Aquella toma quedó impresionante y ninguna de las que hemos rodado después con otras actrices ha salido igual —debió de notar la angustia de mi cara porque añadió—: solo será un segundo. Imagina que Sean, es decir Henry Every, es un pirata cruel que decide retirarse gracias a una hermosa mujer que conoce en una taberna. Y esa eres tú. Vas a convertir a un despiadado maleante en un educado caballero poseedor de una inmensa fortuna.

Miré por encima de su hombro, Sean asentía con una mueca.

—La historia de nuestra vida —comentó.

—Piensa que no estamos aquí —continuó el director—. Olvídate de nosotros, de las cámaras. Ni siquiera tienes que decir una palabra, Henry siente algo por ti, algo que hasta el momento es desconocido para un pirata desalmado y tú... no lo sé. Haz lo que sientas.

Quise añadir algo pero no sabía qué. El director comenzó a alejarse, mi pequeña hada madrina también. La taberna quedó en silencio, en una tenue penumbra. Los pasos de Sean hacia mí resonaron en los tablones de madera

como latas oxidadas, el aire se volvió más denso e irrespirable teniéndole tan cerca.

—Tranquila —susurró.

—Te mataré por esto —murmuré en un débil siseo.

—Qué va, se lo contarás a nuestros nietos con orgullo.

Que utilizara el adjetivo posesivo «nuestros» delante de «nietos» hizo botar mi estómago dentro de su ceñido cautiverio. Unos papeles cayeron a mi izquierda, una cámara se movió y vi sus pilotos encenderse. Madre mía, ¿dónde me había metido?

—Susan —esa debía ser yo.

Sean dio otro paso hacia mí. Retrocedí hasta topar con una mesa. Los platos se desplazaron sobre su superficie chocando contra las copas.

—No tengas miedo —siguió diciendo, puede que al personaje, puede que a mí.

Elevó su mano hacia mi cara, apenas nos separaban unos centímetros. Pese a los tacones que yo llevaba, Sean seguía sacándome una cabeza. Se inclinó hasta ponerla a mi altura. Incluso vestido de pirata, incluso sucio y desaliñado, era muy atractivo. Demasiado.

¿Cuántas jovencitas en el cine, suspirarían cuando el sanguinario filibustero Henry Every se acercara a la dama asustada de la taberna? ¿Cuántas desearían estar en el lugar de Susan? Es decir, ¿en el mío?

Nuestros ojos se encontraron, los suyos oscuros, como cuando deseaba algo con ferocidad. Su boca entreabierta, respirando en un silencioso jadeo, seguramente tan nervioso como yo.

Su palma tocó mi mejilla, sentí el calor extenderse desde sus yemas hasta mi cuello y bajarme por la espalda. Ya no había nadie más en aquella cochambrosa taberna que no fuéramos él y yo. Su cara frente a la mía, el aire que exhalaba rozando mi piel, su mano deslizándose hacia mi cuello. Entonces cerré los ojos. No quería irme lejos, no quería perder un segundo sin él, sin su tacto, sin su olor, sin sus palabras. Y le besé. Le besé con angustia, con pena. Sentir su respuesta, sus manos enredadas en mi pelo, mi cuerpo adherido al

suyo... no pude evitar que las lágrimas acudieran a mis ojos.

Me separé un poco de él, para respirar dentro de aquella coraza de seda, para secar mis mejillas. Él sonrió, su boca curvada en la más bonita de las sonrisas.

Y entonces el silencio se rompió en un aplauso. Salté del susto, despertando de un sueño extraño. Sean me tomó de la mano y besó mis nudillos. El director se acercó entusiasmado.

—Miriam, deberías dedicarte a esto —dijo entusiasta.

—No, no —conseguí articular con los mofletes en ebullición. Señalé el vestido—. ¿Puedo salir de esta tortura?

—Por supuesto. No hay que repetir la toma, ha sido sencillamente perfecta —palmeó el hombro de Sean y regresó a su puesto tras las cámaras. Otros actores ya caracterizados entraban en esos momentos por la puerta leyendo sus respectivos guiones para tomarnos el relevo.

Sean me señaló el vestuario. Cuando entramos mis piernas aún flaqueaban, me giré hacia él y conseguí esbozar una tímida sonrisa.

—Eres una caja de sorpresas —susurró con la espalda apoyada en la puerta. Tiró de uno de los lazos de mi vestido hasta atraerme hacia él.

—Te equivocas. No he actuado, he sido yo misma. Sentía cada roce tuyo, cada caricia como si estuviéramos solos.

—Lo sé. Yo también. Poco me ha faltado para meterte mano.

Le empujé y él tiró más de la cinta hasta dejarme pegada a su cuerpo.

—Ahora estamos solos —musité a su oído, alzándome de puntillas.

Soltó mi lazo, sus manos se agarraron a mi pelo, retorcieron mis bucles entre ellos, su boca se posó en la mía, lamió mis labios, su aliento caliente invadió mi garganta.

—Necesito esos trajes —la voz de la diminuta hada madrina tronó como un petardo.

La miramos con odio.

—¿Ahora mismo? —jadeó Sean.

—Eso es —se plantó desafiante a nuestro lado.

Me separé de Sean mordiéndome el labio. Él me guiñó un ojo y empezó a desvestirse. El hada madrina se había convertido de repente en la cruel madrastra de Cenicienta.



El avión volaba sobre el océano desde que despegamos del aeropuerto de Los Ángeles. Llevaba más de cinco horas sin ver nada que no fuera una inmensa masa azul interminable. Dirigí mi atención a la guía de viajes que tenía abierta sobre las rodillas y leí: «Hawái es un archipiélago perteneciente a los Estados Unidos, ubicado en el Pacífico Norte. Compuesto por ocho islas de origen volcánico, un paraíso de playas y vegetación con un sinfín de atractivos turísticos».

No sonaba nada mal. Kate se había encargado personalmente de organizar los vuelos y conseguirme un buen asiento. Ahora volaba cómodamente en clase *business*, con las piernas estiradas tras haber degustado una buena comida.

Me fijé en el sobre que me había dado con todas las indicaciones. Volaba directa hasta Kauai, la cuarta isla más grande y allí debía esperar a alguien que me llevaría hasta el hotel. Pasé las hojas de la guía hasta que llegué a la parte dedicada a esa isla: «Apodada la Isla Jardín, Kauai es considerada por muchos como la isla con mayor vegetación y belleza natural de Hawái. Las actividades al aire libre que se pueden realizar aquí son incomparables»- Me perdí embelesada por la sobrecogedora belleza de imágenes de riachuelos, cascadas entre frondosas montañas y espectaculares playas. Me imaginé en una de ellas de la mano de Sean, con nuestros cuerpos rebozados en arena blanca y desnudos... Agité la cabeza como un perro empapado tratando de liberarla de ideas lascivas.

La voz del comandante avisó de que tomaríamos tierra en breve. Por mi ventana en seguida pude ver las islas, muy verdes, puntiagudas, en medio de la inmensidad azul. El avión viró hacia la derecha en dirección a la isla más

redonda. Desde allí arriba y conforme descendíamos, la panorámica se volvió más impresionante: un vergel frondoso coronado por un volcán, playas blancas, el mar turquesa arremetiendo contra ellas y una diminuta, muy diminuta, pista de aterrizaje.

Por suerte, logré bajar del avión de una pieza, con una temperatura fantástica de veintitrés grados centígrados y una humedad colosal que rápidamente adhirió a mi piel toda mi ropa.

El aeropuerto de Kauai parecía una gran cabaña en comparación con la inmensidad de Los Ángeles: tenía una sola altura y tejados inclinados. Al salir del control esperé junto a un busto de piedra volcánica negra. A mi alrededor se agolpaban turistas en pantalones cortos de cuadros, gorras y prominentes barrigas con un tono de piel de gamba cocida y yo sin saber a quién esperar.

—¿Miriam? —preguntó una chica joven de pelo lacio muy oscuro y ojos achinados. Llevaba unos vaqueros cortos y una camiseta de Mickey Mouse—. Bienvenida, o como decimos aquí, *aloha*. Mi nombre es Lilo. Sí, como la de Disney.

Esboqué una sonrisa sin comprender a qué se refería.

—¿Qué tal el vuelo? ¿Muchas turbulencias? —continuó ella persistente mientras señalaba las puertas de salida—. ¿A que da miedo una pista de aterrizaje tan corta?

—No, no. Ha ido muy bien —la seguí arrastrando mi maleta. Fuera nos esperaba una furgoneta blanca, a cuyo conductor nunca llegué a ver.

Nos subimos detrás. Lilo no apeaba la sonrisa del rostro mientras me miraba sin recato.

—¿Europea me han dicho?

—Sí, de España.

—¿Dónde está eso?

—Debajo de Francia —la furgoneta arrancó con un sonido ronco. El edificio de la terminal pronto quedó oculto entre las palmeras. Tomamos una carretera de dos sentidos de pavimento irregular y pintura desgastada—. ¿Queda muy lejos nuestro hotel?

—A treinta minutos.

Kauai parecía muy frondosa, a mi derecha se alzaban montañas verdes llenas de vegetación, a ambos lados de la carretera crecían los arbustos en flor.

—Desde el aire la isla se ve preciosa —comenté.

—¿Nunca has estado en Hawái antes?

—Oh, no. Pero he visto tres documentales seguidos esta semana y tiene unos paisajes increíbles.

—Ya lo creo. Kauai, para mi gusto y porque nací aquí, es la más bella de las ocho. Pese al turismo aún se conserva bastante natural.

—Hablas muy bien inglés —apunté sorprendida. Mucho mejor que yo.

—Es la lengua oficial aquí. Piensa que somos norteamericanos desde 1959. Pero donde vamos apenas lo hablan, han conservado un dialecto del hawaiano. Algunos de ellos están trabajando en la obra como peones; a veces es difícil comunicarse con ellos y eso entorpece bastante el trabajo. Yo me manejo en hawaiano y sirvo de intérprete además de ayudante del encargado.

—¿Y por eso avanzan algo... lentas las obras? —qué difícil resultaba hablar sin ofender en un idioma diferente al materno. Medí las palabras lo máximo que me permitía mi vocabulario.

—No. Ese es el menor de los problemas —me sonrió—. Ya verás en un rato a lo que nos enfrentamos.

—Me estás dando miedo.

Se rio.

—¿No te contaron nada en Los Ángeles? ¿No has visto los planos?

—Sí. Llevo meses con ellos pero no me han hablado demasiado del asunto.

—Enseguida lo verás.

Durante un tiempo avanzamos en solitario, bosques a nuestro paso, alguna edificación de madera. Después alcanzamos un pueblo costero llamado Eleele

con un pequeño puerto pesquero y, tras él, Kaumakani. La furgoneta se detuvo a la izquierda de la carretera en un espacio de tierra abierto. Lilo bajó y me ayudó con la maleta, que pesaba como el plomo. Un cartel en una cabaña alargada llamó mi atención: «Ni'ihau Helicopters, Inc.» Lilo se dirigió hacia allí y la seguí sin entender.

—¿Ya hemos llegado? —pregunté buscando con la mirada alguna construcción a medio hacer.

—¡Qué va! Falta otro viajecito —saludó a un hombre que, enfundado en un mono azul y con un casco oscuro, parecía esperarnos—. Miriam, este es Akoni. Nos llevará al hotel.

Un zumbido impidió que mi saludo fuera audible. Giré la cabeza en aquella dirección. Detrás de la cabaña había un helicóptero.

—Ay.

—¿Primera vez en helicóptero? —preguntó Lilo avanzando hacia el aparato volador.

Asentí despacio, tragando saliva.

—¡Cuántas primeras veces! —exclamó feliz y me hizo agachar la cabeza para evitar las aspas.

El helicóptero parecía una maqueta de juguete destartada. Nunca había visto algo así de cerca pero no inspiraba nada de confianza. Lilo deslizó la puerta corredera y alzó la maleta hacia uno de los cuatro asientos. Me tendió la mano para ayudarme a subir, algo que agradecí porque mis piernas habían empezado a temblar sin compasión.

—¿Nerviosa?

—No —mentí a punto de castañear los dientes.

Por dentro parecía un coche cómodo. Cuatro asientos enfrentados con grandes ventanas a los lados. Delante, el piloto con un panel plagado de botones, luces y esferas.

Me abroché el cinturón de seguridad aunque sabía que si aquello caía no quedaría más de mí que la funda de una muela.

De repente, aquel aparato del demonio comenzó a vibrar y moverse como si fuera una batidora, el piloto dijo algo que no entendí y me agarré al apoyabrazos con las uñas. Lilo observaba por la ventanilla alegre, ajena al tembleque poco halagüeño del helicóptero. Traté de tragar saliva pero se me había agotado. En un breve segundo, el aparato se había elevado del suelo, en dos, la cabaña quedaba abajo, muy abajo.

—Lilo —murmuré pese al ruido—, te he mentado. Estoy en un nivel supersónico de pánico. ¿Saldremos vivas de ésta?

Me cogió de la mano. Ese gesto por parte de una persona que acaba de conocer hacía menos de una hora podría dar mala espina, pero se la apreté.

—Tú mira abajo. Ya verás como luego querrás comprarte un bicho de estos.

Eché una ojeada por la ventanilla. La isla de Kauai quedaba atrás, enfrente se materializaba otra más pequeña de forma alargada. Conforme se acercaba parecía aún más agreste que la anterior, ni siquiera podía avistar población alguna y menos aún un aeropuerto.

—Esa es Ni'ihau —indicó Lilo—. Pero la nuestra está por allí.

Pasaron unos minutos hasta que pude vislumbrar una especie de islote con forma de media luna, o más bien de cruasán, al norte de Ni'ihau.

—Lehua.

Contemplé la isla mientras el helicóptero descendía rodeándola. Era muy abrupta, su lado sur estaba formado por abruptos acantilados contra los que se estrellaba un mar enfurecido; en el otro, protegida por los dos brazos del cruasán, había una extensa playa de arena pálida y en ella, lo que parecía una obra en construcción.

—Madredelamorhermoso —murmuré sin respirar—. ¿Cómo demonios vamos a...? ¿Cómo podemos...? Esto es una locura.

Ella rio como respuesta a mis preguntas a medio hacer.

—No sé a quién se le ocurrió hacer esto, pero está auténticamente chiflado.

El helicóptero descendió con un errático vaivén hasta una plataforma de

hormigón con una H pintada a mano.

—Cuidado con la cabeza —dijo el piloto mientras Lilo descorría la puerta.

Asentí con un gracias y salí al exterior, comprimiendo mi espalda hasta casi parecer una oruga deslizándose por el suelo y no recuperé mi forma natural hasta que el aparato maldito quedó muy lejos.

—¿Crees que las aspas miden un kilómetro? —preguntó Lilo divertida.

—Por si acaso —el helicóptero despegó alejándose rápidamente de nosotras. El ruido fue desapareciendo hasta que solo quedó el de las olas rompiendo en la orilla. Miré el mar cristalino, después la pared volcánica y casi vertical que se alzaba tras las obras del hotel.

Se me escapó un taco y Lilo soltó una carcajada.

—Sois divertidos los españoles.

Pero diversión era lo único que no tenía en el cuerpo.

—¿Quién ha podido...?

—Anda, ven —bajó a la arena y caminó en dirección a la obra. Levanté mi maleta en volandas y la llevé en brazos hasta que la playa dio paso a un camino de arena. El chirrido de las ruedas era lo único que se escuchaba. Debía estar ahuyentando a todos los animales de la isla, porque humanos no se veía a ninguno.

—¿No hay nadie trabajando? —alcancé a Lilo. Más adelante se divisaba un inicio de estructura.

—Ha habido marejada y no han llegado los operarios.

—Esto es un despropósito.

Dejé la maleta y me acerqué a lo que debería ser un increíble hotel y en ese momento era poco más que cimientos, pilares y vigas.

Resoplé, en parte por el calor, en parte porque no sabía cómo sacaría aquello adelante.

—¿Cuántas veces a la semana no pueden venir a trabajar?

—Dos o tres, depende —contestó Lilo algo avergonzada—. El campamento provisional está en Ni’ihau pero aunque parezca cercano, nuestros botes no son muy fiables.

Mi informe para el señor Tornos iba a ser bastante sencillo: sin obreros no hay hotel.

—¿Nosotras también viviremos en Ni’ihau?

—Sí. Es una isla privada pero sus dueños nos han prestado un espacio para acampar en la zona más cercana a Lehua.

¡A la porra conocer Kauai y sus espectaculares paisajes y bellezas naturales! Merodeé por el lugar, comprobé el perímetro, observé los materiales apilados en cobertizos improvisados. Elevé la cabeza para ver la cima de la isla, unos doscientos metros más arriba, con sus paredes de material volcánico formando ondulaciones.

Luego observé la forma de cruasán y me entraron los siete males.

—Esto es un volcán, ¿verdad Lilo? Estamos sobre el cráter de un volcán sumergido.

—Se puede decir así.

—¿Activo?

—No creo.

—¡Ay, madre! —me senté en el suelo con las piernas más tambaleantes que en el helicóptero—. Encima vamos a morir.

Ella esbozó una vaga sonrisa, su rostro mostraba preocupación.

—¿Nos echarán la bronca?

—Nos tirarán a los tiburones —dije sacando el móvil y haciendo unas fotos—, solo eso.

Comprobé además que no había cobertura, ni siquiera para una llamada de emergencia.

La cara tostada de Lilo había perdido color y me sentí fatal. Ella llevaba allí desde el principio, viviendo en un campamento y seguramente intentando

hacer todo lo mejor posible.

—No te preocupes —añadí, intentando imprimir seguridad a mi voz—. Haremos que esto funcione. ¿Cómo se va a mi nuevo hogar?

Señaló una caseta amplia a pie de playa, junto a uno de los brazos de la isla. Tomé mi maleta y la seguí. Dentro había varias lanchas motoras. Empujó una de ellas y la ayudé a arrastrarla hasta la orilla. Mis zapatos se empaparon mientras subía con la maleta a cuestas. Lilo puso la embarcación en marcha. Las primeras olas golpearon de frente mojando lo que me quedaba seco y la barca cobró velocidad internándose mar adentro y dejando atrás la extraña forma de la isla. Desde allí pude apreciar sus reducidas dimensiones, no más que un islote. Aquel era el lugar adecuado para desaparecer de la faz de la tierra con una pareja, no para construir un hotel. Tomé aire antes de que el impacto de una ola traicionera me dejara KO.

••

Llegar hasta la playa de Ni'ihau no nos llevó más de quince minutos. Ambas islas estaban separadas por menos de dos kilómetros. Se me ocurrió que los obreros podrían llegar nadando, pero preferí no proponerles la idea, no sea que me hicieran ir a mí la primera.

Ni'ihau, pese a tener la misma superficie que una pequeña ciudad, parecía inmensa en comparación al islote del que procedíamos. Habíamos atracado en una playa salvaje en forma de concha, rodeada de arbustos y maleza. Cuatro lanchas más estaban allí, cubiertas por lonas. Arrastramos la nuestra junto al resto y cruzamos la playa hasta llegar a un camino de grava donde se podían apreciar ligeras marcas de neumáticos.

Bendita civilización.

O no.

Lilo levantó el índice señalando unos montones de escombros. Distinguí placas metálicas, paneles de madera formando... tejados... No. No eran escombros. Eso iba a ser nuestro alojamiento.

—No es tan malo como parece —dijo ella viendo mi cara de pánico supino—. Digamos que son cabañas ecológicas, hechas de materiales reciclados.

Conforme llegamos, distinguí más construcciones. Entre ellas, había una fogata alrededor de la que al menos veinte hombres preparaban la cena. Asaban carne, servían bebida. Sus cuerpos eran fornidos pero gruesos; sus brazos, más anchos que el canal de Panamá.

Lilo nos presentó y levantaron un segundo la cabeza para saludar antes de continuar a lo suyo.

—Bienvenida —un chico decidió hacer una pausa en el festín y me tendió la mano—. Me llamo Ben.

Era un muchacho pelirrojo, pecoso, de piel rosada por el sol. Vestía ropa deportiva y una gorra del revés.

—Es el encargado de la obra —añadió Lilo.

—Encantada —dije.

—¿Seguro? —me miró arrugando los ojos verdosos—. Nadie puede estar encantado viendo lo que hay en el islote.

—Ya —giré la cabeza en todos los sentidos buscando lo más parecido a algún lugar para dormir y, sobre todo, para ir al baño—. ¿Dónde podría...?

—Ah, sí —Ben, con mi maleta en mano, me guio por el laberinto de chozas hasta la última. Abrió una puerta de chapa y entramos en una estancia alargada con tres camas y poco más, sin ventanas, directamente apoyada sobre la tierra—. Aquí dormimos los tres y esta es la puerta del baño. Intenta no tirar el papel al váter o tendremos una inundación.

Asentí mirando el cuarto de baño de obra que habían añadido a la habitación. Era lo más avanzado que había en todo el lugar.

—Gracias —respiré hondo al decirlo. La verdad es que me entraban ganas de echarme a correr... si no estuviera rodeada por el Océano Pacífico.

—Las camas son cómodas —dijo él intuyendo mi congoja. Colocó mi equipaje encima de una de ellas—. Y no hay muchos bichos.

Entré en el baño y apoyé la espalda en la puerta mirándome en el raquítico espejo que tenía delante. Trataba de sonreír pero las comisuras de mis labios se negaban, deslizándose con insistencia hacia abajo. En comparación, mi caravana en los Cayos de Florida, cuando estuve dirigiendo la construcción de la casa del señor X, ahora me parecía el culmen del lujo. Eché un ojo a la pantalla del móvil, tan desconectada y aislada del mundo como yo.

••

Cenamos un asado de algo pequeño y peludo, no pregunté qué era pero estaba bueno y lo engullí sin miramientos. Tras un rato junto a la hoguera, solo quedamos Lilo, Ben y yo.

—¿Por qué te han enviado aquí? —preguntó Ben. Sus ojos verdes brillaban a la luz del fuego.

—Creo que acabo de descubrir que mi jefe me odia profundamente —suspiré con una mueca—. No sabía cómo librarse de mí y me ha mandado a la boca de un volcán.

—Y nunca mejor dicho —rio Lilo.

Ben levantó su vaso de plástico.

—Por los marginados en el culo del mundo.

—¡Eh! No te metas con este lugar, aquí está mi casa —le contestó Lilo.

—No —replicó él—. Tu casa está junto a un precioso jardín tropical, junto a una paradisiaca playa en Kauai. No aquí.

—También es verdad.

—¿Os conocéis desde hace mucho? —pregunté.

—Ambos trabajamos para la misma constructora en Hawái —contestó Lilo—, desde hace dos años.

—Tres —matizó Ben.

—Vale, tres. Hay mucho trabajo en las islas: se construyen grandes

mansiones para famosos, se renuevan unos hoteles, se levantan otros... —miró hacia el lugar donde debía alzarse la isla de Lehua, invisible en la oscuridad—. Este será el primero que no llevemos a buen puerto.

—Eso sí que no —intercedí—. Lo terminaremos como sea. Más difícil lo tuvieron los egipcios con las pirámides o los griegos con el Partenón, así que solo admito ideas optimistas. Nada de pensamientos negativos.

Ellos intercambiaron una mirada jocosa.

—Los egipcios contaban con mucha mano de obra —dijo Lilo.

Sonreí.

—Pues sí y, ¿sabéis por qué? Porque tenían sus poblados junto a las obras, no separados por el mar. Mañana vamos a trasladar este campamento al cruasán...

—Se le ha subido la rata a la cabeza —comentó Ben.

Borré de mi mente lo que acababa de escuchar.

—Aunque tenga que hacerlo yo solita —argumenté en su lugar.

Aquella noche soñé, enredada en un saco de dormir que olía a naftalina, con ratas peludas asándose en brochetas.



Durante tres días y ayudados por una barcaza de carga, transportamos nuestras viviendas de último diseño troglodita a Lehua. No llevó más que unas horas ponerlas en pie y algo más adecentarlas. Los suministros, como cada lunes y jueves, nos llegaron en helicóptero desde Kauai, esta vez con más latas de comida que no incluyeran roedores.

El hotel comenzó de nuevo a levantarse. Los ruidos de la obra llenaron la tranquila bahía, bandadas de extraños pájaros se situaron en la montaña y en los brazos de la isla para observarnos con interés.

No quería pensar cómo cambiaría la pequeña isla cuando fuera tomada por

un hotel. Daba pena romper el equilibrio tan bello de la naturaleza en aquel lugar. Pero yo no tenía que cuestionar las decisiones, sino acatarlas. Y en eso estábamos.

—¡Miriam, llamada! —me gritó Ben imponiéndose al ronquido de la hormigonera. Estábamos cas cuando casi a punto de acabar la semana.

Me acerqué a la primera cabaña, llamada «la oficina», donde teníamos mesas llenas de planos, dos portátiles y aparatos de medición. También disponíamos de un equipo de radiocomunicación, superviviente de la batalla de Pearl Harbor, conocido como «el móvil».

Me acerqué a la radio y tomé el micrófono.

—¿Hola? —dije tras varios silbidos largos en la línea.

—Miriam, soy Mario Tornos.

Me cuadré como si tuviera a mi jefe delante.

—Buenos días. He tratado de comunicar con Los Ángeles durante estos días pero ha sido imposible —expliqué.

—Ya me han comentado los problemas —añadió con múltiples interferencias—. Estás haciendo un buen trabajo.

Ben me dio un codazo mientras sonreía.

—Gracias pero...

—Lo sé. Nadie nos informó de lo que ocurría realmente. Intenta seguir así, tomaré cartas en el asunto en cuanto se aclaren algunas circunstancias. En breve... —la comunicación se cortó—... irá el arquitecto... para inspeccionar....

Un largo pitido y la línea se quedó muerta. Acto seguido se oyó otra voz, más clara y próxima que la anterior.

—Lo siento, hemos perdido la comunicación con Los Ángeles —hablaba la radio de Kauai.

—¿Habéis podido contactar con el móvil que os facilité? —pregunté esperanzada. Hacía varios días que les había pedido el favor de comunicarse con Sean y decirle que me encontraba a salvo y parcialmente sana.

—Sí. Transcribo la respuesta: «*Ya me enteré por otros medios de tu llegada. Cuidate, preciosa*» —el hombre carraspeó al otro lado antes de continuar—, «*demuestra que puedes con todo. Te quiero*».

Me sonrojé hasta la punta de las orejas, Ben contuvo una risita tapándose la boca. El interlocutor de la radio se mantuvo un rato en silencio y después añadió:

—¿Algún mensaje más?

—No, gracias.

—Avisaré si hay alguna novedad.

—Gracias de nuevo.

Me giré hacia Ben, que mantenía la mano apretando sus labios.

—¡¿Qué?! —alcé las palmas con el ceño fruncido.

—Ha sido muy... emotivo.

—Muy amable. Vamos a trabajar.

—Por supuesto... preciosa.

—Te la ganas.

Lilo nos interceptó en el camino. No se sabía cuál de nosotros dos estaba más colorado, Ben el zanahoria o una servidora.

—Venid a ver esto —nos dijo con premura—. Tenemos todos los pilares, esto marcha.

Corrimos siguiéndola, como si nuestra obra fuera a moverse de allí si no llegábamos enseguida. Las palabras de Sean, pese a la voz robótica del interlocutor, me hicieron sonreír.



Hacia las cinco de la tarde todos los obreros dejaban de trabajar. Algunos se liberaban de sus monos de trabajo y se lanzaban a surfear olas con sus trajes de baño de alegres flores. No teníamos demasiadas comodidades en Lehua pero sí muchas tablas de surf.

Me estiré en la arena descansando la espalda. Llevaba dos días cargando yo también sacos de cemento, cualquier ayuda era poca. Ya no había roles en la isla, todos éramos peones trabajando para un mismo fin.

El viento trasladaba nubes algodonosas que mutaban conforme pasaban sobre mi cabeza. Ví un lagarto convertirse en delfín, un helicóptero en moto y una rata en brocheta.

Cerré los ojos. Sin el ruido de la obra aquello era un paraíso.

—¿Un baño? —dijo Lilo sentándose a mi lado.

—Oh no. Estoy en la gloria ahora mismo —contesté sin abrir los párpados.

—Tú te lo pierdes, ahí abajo hay unos bancos de peces increíbles. Algunos barcos se acercan hasta aquí solo para bucear.

Me incorporé.

—Suena bien pero no sé bucear con bombona y esas cosas.

Me tendió un tubo de *snorkel* y unas gafas.

—Esto sabe hacerlo hasta un niño pequeño.

Unos minutos después, caminaba marcha atrás con unas aletas gigantes negras incrustadas en los pies, el bikini más casto que encontré y la cara oculta

tras las gafas y el tubo.

El agua estaba fresca, aún era marzo, pero me sumergí en ella gracias a la primera ola que me azotó el trasero.

Ben, que nadaba cerca de uno de los brazos del cruasán que protegían la playa, hacía aspavientos en nuestra dirección.

—Por aquí —nos indicó.

Nadamos hasta alcanzarle. Allí el fondo de arena se intuía varios metros hacia abajo en las aguas cristalinas.

Enfrente, el brazo de roca estaba agrietado formando un espacioso túnel por el que se podía cruzar al otro lado.

—Los he visto —murmuró señalando hacia delante—. Seguidme.

Sumergió la cabeza y pataleó. Le acompañamos hacia el túnel de piedra, resultado de miles de años de erosión. Trozos de la antigua pared yacían en el fondo, moluscos y algas habían hecho de ellos sus nuevos refugios.

Tomé aire despacio por el tubo. Escuché mi propia respiración con cierto agobio. Nadé hacia mis compañeros, que se habían detenido junto a una roca plana que surgía del fondo como una gran mesa de comedor.

Vi algo impresionante. Peces planos amarillos, negros, otros diminutos como alfileres, otros a rayas, brillantes, relucientes, acercándose a los brazos extendidos de Ben. Le rozaban, curioseaban y se marchaban, algunos regresaban dejando una estela de burbujas. Pronto nos rodearon, mi respiración se había paralizado ante tanta hermosura. Subí a la superficie para respirar, con Lilo a mi lado.

—¡Increíble! —exclamé jadeando.

—Te voy a presentar al auténtico propietario de Lehua —dijo ella con una sonrisa—. Toma aire. Está tras la roca.

Hinché los pulmones al máximo y me lancé tras ellas. Sus aletas se movían rápidamente, casi como una sirena. Y al atravesar el túnel, del que solo sentía su sombra bajo el agua, me topé de frente con un ser alargado y cabezón. La foca me observó con el mismo interés que yo a ella. Flotaba en el agua sin esfuerzo, como si volara por los aires. De repente, giró sobre sí misma, se

escondió tras una roca y desapareció.

Lilo me indicó la superficie y subimos a tomar aire.

Escupí el agua que almacenaba en la boca sin poder hablar.

—¡Qué pasada!

—Una foca monje —dijo ella—. Hay varias entre Ni’ihau y Lehua.

Ben apareció a nuestro lado.

—¿La habéis visto? Se ha marchado porque huele a los tiburones.

Las piernas se me paralizaron.

—¿Hay...?

—Sí, muchos. Pero no suelen atacar. Tienen toda la comida que quieren y más. ¿Para qué zamparse a turistas untados en crema bronceadora?

Las ganas de disfrutar de los placeres del agua habían desaparecido y, en su lugar, sentía nervios hasta en los dedos de los pies.

—Ya es hora de volver —dije con urgencia.

—La has asustado —se quejó Lilo.

—Vale, salgamos. Pero la próxima vez te enseñaré los tiburones grises. Son realmente impresionantes.

No lo dudaba pero aceleré mis brazadas todo lo que pude.

••

Llegó el viernes. Nadie se había pedido libre el anterior fin de semana, durante el que habíamos levantado nuestro nuevo campamento trabajando sin pausa. Sin embargo, este era para descansar. Un barco con capacidad suficiente para todos llegó pasadas las cinco. Desde su cubierta, observé como, poco a poco, la isla de Lehua y su silueta de cruasán comenzaban a desdibujarse en el horizonte, cómo su alto pico de piedra volcánica se fundía en el mar hasta desaparecer.

Una hora después llegábamos al puerto de Eleele en la isla de Kauai. Muchos de los obreros tenían allí sus coches o motos aparcados.

Me di cuenta en ese instante de que no tenía ni idea de a dónde ir ni qué hacer. Cada cual tenía su vida en la isla y hasta el lunes no les volvería a ver.

—¿Te vas a quedar ahí todo el día? ¡Vamos! —gritó Lilo sentada en un Ford Escape rojo chillón haciéndome gestos con las manos. Ben estaba a su lado de copiloto, así que me subí contenta al asiento posterior—. ¿Qué ibas a hacer?

—Pensaba buscar alojamiento cerca.

—Pues, este fin de semana no —Ben sacudió la cabeza, moviendo su roja cabellera—. Vamos a llevarte a un sitio mejor.

—Gracias, os lo agradezco mucho.

Lilo salió del pueblo y tomó de nuevo la carretera en dirección a la capital. El sol se deslizaba hacia su límite con el Pacífico Norte tan lentamente que incluso con la ventanilla bajada, sentía su calor en mi mejilla.

Pronto Lilo tomó un desvío hacia Shipwrecks Beach, la Playa de los Naufragios. Grandes plantaciones de palmeras bullían a ambos lados de la carretera, alguna urbanización de bonitos chalés ocultos en la vegetación, arbustos con flores rosas y violetas.

Llegamos a la entrada de un aparcamiento. Enfrente, un hotel de tres plantas, con grandes ventanales y un tejado inclinado verde, su fachada soportada por dos grandes columnas. En ella se leía: Grand Hyatt Kauai Resort and Spa.

—Un momento —murmuré sacando la cabeza por entre sus dos asientos y viendo que Lilo buscaba un lugar donde aparcar—. Ese hotel tiene pinta de ser un poquito caro, ¿no?

Ben se rio.

—Bastante —contestó.

—Pues yo no sé cómo serán los salarios por aquí, pero el mío deja mucho que desear.

El coche se detuvo y ambos se apearon. Les imité mientras calculaba cuánto dinero quedaba en mi tarjeta de crédito.

—Miriam —expuso Lilo enroscando su brazo al mío—, llevamos diez días sin un aseo decente.

—Estoy de acuerdo pero me valía un tres estrellas, lo juro —realmente me moría por una bañera de agua caliente con burbujas, muchas burbujas.

Entramos en un vestíbulo palaciego de techos de madera oscura, suelos de mármol con preciosas alfombras y sofás coloniales.

—Quédate aquí y curioseá —me dijo soltando mi brazo—. Ben, acompáñame a la recepción.

Di una vuelta sobre mí misma, se respiraba tranquilidad en aquel lugar. Una pareja conversaba en tono suave, se escuchaba el ligero ronroneo de una corriente de agua cercana pero de desconocida procedencia.

Avancé hacia el lado opuesto. El vestíbulo se convertía en un patio rodeado de palmeras, altas de troncos finos o chatas y rollizas. Llegué a una terraza bajo la que se mostraban interminables piscinas: unas circulares, otras sinuosas formando ríos entre ellas, escondidas entre la vegetación. Y más allá el mar, mientras el cielo tomaba un color anaranjado anunciando el crepúsculo.

—Deberíamos añadir una piscina en nuestro jardín.

Me giré en redondo al escuchar esa voz, tan próxima, tan turbadora. Mi corazón se disparó como loco. Sean estaba allí, apoyado en una columna: sus brazos cruzados, una sonrisa pícaro en el rostro, su pelo oscuro despeinado.

Me lancé hacia él emocionada. Su calor me reconfortó más que mil baños de espuma, sus manos se posaron en mi espalda y subieron hasta mi cara. Abarcó todo mi rostro con ellas y me besó. Respondí como si no le hubiera visto en cien años.

—¿Cómo...? —me separé lo justo para poder hablar.

—He tenido compinches —señaló a mis compañeros, que se acercaban cruzando el patio con sendas sonrisas de oreja a oreja—. Me han ayudado a darte esta sorpresa.

Lilo se detuvo paralizada a poco más de un metro de nosotros. Sus ojos oscuros y almendrados se habían quedado inmóviles. Ben siguió su mirada y se topó con el rostro de Sean. Su cara pecosa y pálida se ruborizó y abrió la boca para decir algo, aunque sus palabras no llegaron a salir.

—Miriam—Lilo avanzó hasta colocarse a mi lado—, es... es...

—Me llamo Sean Weller —Sean le tendió una mano—, encantado de conocerte por fin en persona, Lilo.

Ella se la estrechó muy despacio. Ben pareció reaccionar y se acercó también.

—Yo soy Ben, el encargado de obra —también le dio la mano a Sean—. Un placer conoc... pues... —carraspeó—. Lo siento, me estoy comportando como un estúpido, no suelo encontrarme con actores muy a menudo.

Sean sonrió.

—Ah, ¿es eso? Comenzaba a pensar que llevaba algo pegado en la cara —dijo provocando sus risas.

—¿Cómo conseguisteis hablar con él? —pregunté para llenar un nuevo silencio.

—Le mandamos un mensaje a través de la radio de Kauai —contestó Lilo, al parecer repuesta del shock—. Pero claro, no nos podíamos imaginar que él era... bueno pues eso... quien es.

Ben tosió de nuevo.

—Uy, Lilo, deberíamos irnos —le agarró del brazo—. Descansa Miriam, el lunes por la mañana nos vemos en el puerto. El barco zarpa a las seis.

—Quedaos a cenar —les invitó Sean—, tengo que daros las gracias de algún modo.

Asentí con la cabeza entusiasmada. Lilo dudó pero Ben tiró de ella.

—Ah, no. Es vuestro momento —añadió—. Miriam se merece un buen descanso, ha sido una semana dura. ¿Verdad, Lilo?

—Vale, sí —ella hizo una mueca—. Ha sido casi un infierno. Nos vemos el lunes.

Y se alejaron discutiendo y empujándose.

—¿Son pareja? —preguntó Sean volviendo su atención a mí, cercado mi cintura con sus manos.

—Creo que no —ni siquiera lo había considerado. Alcé mis ojos hacia él. La luz del ocaso brillaba en sus ojos otorgándoles infinidad de matices—. Gracias por venir.

—Me moría de ganas.

—Me parece increíble tenerte de nuevo a mi lado —apoyé mi cabeza en su pecho.

—Me han dicho que estás trabajando como una mula y que necesitas un baño de agua caliente —me olfateó el cuello—, es cierto, hueles a cangrejo y a... rata.

—Sshh, no menciones esa palabra.

—Vamos, te voy a preparar uno.

—Con burbujas.

—Cientos de ellas —me colgué de su brazo con fuerza mientras entrábamos de nuevo al vestíbulo. Si aquello era un sueño, no quería despertar todavía.

••

La bañera gigante, redonda, estaba colmada de espuma, tanta que rebosaba por sus bordes, mojando el suelo de mármol. Al otro lado de la ventana, el sol se ocultaba en el horizonte, dorando el baño en sus tonos pastel.

Los dedos de Sean, largos, fuertes masajearon mis hombros, mi espalda, sentada entre sus piernas.

—Estás muy tensa —susurró. Notaba su cuerpo húmedo rodeando el mío—. ¿Has estado preparando hormigón?

—Casi —ronroneé. Mis músculos se relajaron por el calor y por la acción

de sus manos—. He cargado sacos de cemento y he construido un campamento.

—Tu trabajo está mal pagado.

—El señor Tornos me ha traído aquí para que muera.

—¿No sería más fácil despedirte? —apoyó sus labios donde antes habían estado sus manos. Sus dedos danzaron hacia mi cintura. Di un respingo mientras sentía como se acercaban a mi abdomen. Sentí su sonrisa contra mis hombros.

—¿Y la indemnización? Seguro que quiere ahorrársela.

—¡Será despiadado! —me mordió el lóbulo de la oreja. Sus manos descendían desde mi ombligo hacia los muslos. Retuve el aire en los pulmones, sintiendo, notándole, deseando que bajara mucho más rápido pero se detuvo—. ¿Debería entonces, dejarte descansar?

—Ni se te ocurra —gruñí.

Soltó una carcajada, su cuerpo se pegó al mío.

—Como desees.

••

Cenamos con las vistas de las piscinas, del mar oscuro, de la multitud de estrellas que brillaban en aquel cielo carente de contaminación.

—Hay que mudarse a otra casa —comentó Sean sin parar de comer—, la nuestra no tiene ni piscina, ni bañera redonda ni estrellas. Es un fiasco total.

—Al menos compartimos el Pacífico.

—Lo único.

Una preciosa mujer comenzó a cantar acompañada por su ukelele, en un tono suave, sedoso:

*Night and you  
and blue Hawaii.*

*The night is heavenly  
and you are heaven to me...<sup>5</sup>*

—Si tan mal avanza el hotel —dijo Sean—, ¿crees que podrás volver a casa en dos meses?

—Imposible —musité—. Si lo hubiera sabido, jamás habría venido. A esta obra le falta de todo: gente, material, maquinaria, organización... es una auténtica locura. No sé aún qué hago yo aquí y en qué puedo ayudar.

—Solo se me ocurre que el Negativo le haya pedido a su padre que te aleje de mí.

—Lo dudo mucho.

—Las argucias del enemigo son infinitas —me señaló con el tenedor—, pero pelearé por ti como el pirata Henry Every que soy.

Me reí.

—¿Cómo va la película? ¿Al final mantendrán mi solemne actuación?

—Van a censurarla: demasiada química—me guiñó un ojo—. No, en serio, todavía es temprano para saber qué secuencias aparecerán, queda mucha grabación por delante y se me va a solapar con la del astronauta. Su rodaje empieza el próximo viernes.

—¿Cuál? ¿El tipo ese de las piernas rotas al que tratan de copular todas las hembras de la galaxia?

—El mismo, pero eso lo han censurado también.

Una mujer se acercó con una niña y tras disculparse, solicitó un autógrafo. La pequeña le tendió un papel y un bolígrafo, muy nerviosa.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Sean.

Sus ojos se iluminaron y contestó rápidamente:

—Paula.

Sean escribió algo y firmó.

—¿Y qué quieres ser de mayor, Paula? ¿Actriz?

—No —musitó—, quiero ser forense.

Él alzó las cejas sorprendido, la madre rio un poco avergonzada.

—Eso está bien, en todas las familias se necesita un buen forense —le devolvió el papel y el boli—. Estudia mucho, ¿vale?

La niña y su madre asintieron repetidamente y regresaron entre murmullos a su mesa.

—Se te dan muy bien los niños, señor Weller —le dije reclinándome en la silla.

—¿Es eso un mensaje subliminal?

—¡Oh, no! —me enrojecí ante la idea— Solo es una observación.

—Y tú, ¿qué? ¿Te ves siendo madre? —apoyó la barbilla sobre las manos—. ¿De cuántos?

Me puse aún más roja. Notaba mis mejillas arder como sopletes.

—No lo he pensado —contesté evasiva—. Quiero a mis sobrinos con locura, menos cuando me pegan chicle en el pelo, pero ser madre... son palabras mayores. ¿Y tú?

—¿Me la devuelves? Vale —giró su rostro hacia la cantante. Su perfil a contraluz era imponente—. Tengo una teoría que se basa en la genética. Mi padre era todo lo contrario a lo que se espera de un buen progenitor.

Recordé cómo me lo había definido una vez: «Un escocés mal bicho que desapareció sin dejar rastro y del que realmente espero que se haya ahogado entre la basura».

—Si es cierto que eso pasa de padres a hijos —continuó serio, demasiado serio—, si es cierto que algo suyo está en mí o puede salir a flote más tarde... no quiero averiguarlo.

Tomé su mentón entre mis dedos y le obligué a mirarme.

—Tú no eres como él. Cuando creces con un padre así, tienes dos opciones: seguir su ejemplo o tomar el camino contrario. Tú elegiste ser diferente.

Bajó la vista al plato.

—No lo sé —dijo finalmente—, y creo que no deseo comprobarlo.

El estómago se me había hecho un nudo al percibir su dolor. Recordaba perfectamente las fotos que William me había mandado, fotos en las que se veía a un Sean adolescente recibiendo una paliza de su padre.

—Tú no eres él —repetí y señalé la pista de baile donde algunas parejas empezaban a marcarse unos pasos. La cantante había sido suplida por un disc jockey—. Vamos a bailar.

Alzó su mirada hacia la mía, ahora tenía un brillo divertido.

—¿Sí? Cuando te levantes de esa silla y vayas a bailar, todo el mundo te mirará. Todos sus ojos puestos en ti.

—¿Porque voy con una súper estrella de cine?

—No, porque vas preciosa.

—No trates de amilanarme —me levanté con ánimo. Mi vestido azul grisáceo, que había aparecido en el armario de la suite sospechosamente y con la etiqueta de compra aun colgando, rozó mis rodillas, suave como la seda. Sonaba una canción pegadiza:

*Oh don't you dare look back. Just keep your eyes on me. I said you're holding back. She said shut up and dance with me...*<sup>6</sup>

—Muy bien, señorita —tomó mi mano y me condujo hacia la pista de baile.

Allí bailamos mucho tiempo sabiendo que con cada paso, con cada sonrisa o abrazo, la imagen de aquel padre quedaba relegada en el olvido, de donde nunca debió de haber salido.

••

Volaron aquellos dos días como si hubieran sido minutos. Se me hizo muy corto el tiempo que pasé en sus brazos, a su lado. También los baños en las

piscinas, las bebidas con sombrillita de colores, los desayunos completos, sí, el beicon, qué breve se me hizo el beicon.

Conforme el coche alquilado de Sean me llevaba al puerto de Eleele, recordé la sensación de saltar desde el acantilado en aquella playa de los Naufragios a diez metros de altura; de intentar mantenerme sobre una tabla de surf; de despertar en la arena junto a una foca monje; de colocar una pelota de golf en su hoyo a una distancia «prácticamente imposible» según Sean, de un solo golpe.

Apoyé la mano en su rodilla, el aire fresco de la mañana en mi rostro. Pese a trabajar en un rincón olvidado del mundo y comer rata algunos días, seguía siendo una chica con suerte, con muchísima suerte.

••

Durante la semana siguiente tuve que aguantar los cuchicheos de Lilo y Ben, sus sonrisitas.

—A ver... —me acerqué en un descanso—, ¿qué os sucede a vosotros dos?

—Te lo tenías muy callado —dijo Lilo.

—Ah, es eso.

—¿Qué se siente? —preguntó ella, los ojos abiertos como dos canicas negras—. ¿Cómo es salir con un actor?

—Bueno, yo salgo con una persona que a veces actúa.

Ben torció el gesto.

—Ya, ya. ¿Tú eres o no arquitecto todo el tiempo?

—A partir de las seis, trato de no serlo.

Me dio un empujoncito en el hombro.

—¡Dios! ¡Eres indescifrable! —gruñó—. Nos morimos de ganas de saber.

Pasé los ojos del uno al otro. Seguramente aquella isla formaba parte del *Gran Hermano* que veía Sandra, y nosotros éramos experimentos de socialización frente a adversidades. La gente comía palomitas observando a tres pobres supervivientes conviviendo en una minúscula isla con forma de cruasán.

Resoplé. Estaba harta ya de retener todo lo que sentía.

—Vale. Es la mejor persona que he conocido jamás —me lancé—. Es dulce, inteligente y divertido.

—Y está muy bueno —rio Lilo.

—Vaya, eso no lo había notado.

Ben soltó una carcajada. Esta vez le empujé yo y cayó de espaldas en la arena muerto de risa.

—Y ahora me toca a mí —dije maliciosa mientras Lilo tiraba del brazo de Ben para levantarlo—, ¿qué hay entre vosotros?

Lilo soltó a Ben, que volvió a caer de espaldas. Su rostro siempre moreno tenía un matiz rosado. Sin embargo, su compañero estaba tan rojo como una cabina de teléfono británica.

—Nada —dijo ella rápidamente—, somos amigos.

—Ah —me encogí de hombros—, veía yo algo...

—No —añadió Ben incorporándose—, Lilo está colada por el arquitecto que diseñó este hotel... puedo decirlo, ¿no?

—Ya lo has hecho —contestó ella cruzándose de brazos.

—¿Ah, sí? —me interesé—. Nunca he sabido su nombre. No figura en los planos que nosotros teníamos. *Top secret* absoluto. Yo solo debía controlar que estuvieran correctos.

—Nuestra constructora tuvo varias reuniones con él antes de comenzar —me explicó Ben. Como mujer perspicaz que soy noté cierta aversión en su tono—, era tan atento con nuestra Lilo que la tiene embelesada todavía.

Ella le tiró un puñado de arena.

—No... no demasiado. Solo... —Lilo trató de explicarse—, él es un arquitecto importante y que considere mis opiniones y me trate con tanto... respeto me hace sentir bien, solo eso.

—Todos te tenemos respeto, Lilo —murmuró Ben limpiándose de arena mientras se levantaba, enfadado por primera vez.

Tragué saliva, sintiéndome culpable por haber desencadenado aquella situación.

—Siento haberos molestado, de verdad.

—No te preocupes Miriam —me dio una palmada en la espalda antes de echar a andar hacia la obra—. Nunca entenderé a Lilo. Tendré que preguntarle a ese Samuel Perry.

En ese momento todo el mundo se me vino abajo. Samuel Perry. Odiaba aquel nombre y lo que significaba. Odiaba la forma en que Perry había tratado de propasarme conmigo en Nueva York, pero quizás me odiaba más a mí misma por no haberlo previsto.

—Samuel Perry —musité.

—¿Le conoces? —preguntó Lilo, desviando su interés de su compañero que se marchaba hacia mí—. Tiene un gran estudio de arquitectura en Nueva York y dice que...

—No le hagas caso —mascullé cada palabra. Mi tono era gélido.

—¿Por qué?

—No te conviene en absoluto.

—¿Otra como Ben? —su rostro se encrespó—. Ninguno de vosotros sabéis lo que me conviene o no. ¿Es demasiado hombre para una simple ayudante de obra? ¡Ya lo sé! Dejadme en paz.

Y huyó en sentido contrario a Ben. Dejé que lo hiciera, no podría ir muy lejos. Mi cuerpo se quedó petrificado, como si hubiera recibido una bofetada, como si un nuevo recuerdo oculto en el disco duro de mi memoria hubiera salido a la luz a destiempo.

De pronto me asaltaron más dudas. ¿Vendría a la isla? ¿Sabía que yo me

encontraba aquí? Me froté la cara con las manos furiosa. Todos mis pensamientos caminaban en la misma dirección: ¿qué haría si me lo volvía a encontrar?



# Mario

Tamborileó impaciente en la pared del ascensor mientras éste marcaba los números no tan rápido como él hubiera deseado.

Las puertas por fin se abrieron en la planta treinta. La recepción tan sobria como siempre, nada parecía indicar lo que estaba sucediendo. Avanzó con paso decidido hacia el despacho de su padre. Kate trató de detenerle:

—Está ocupado...

—Para mí, no.

Traspasó la doble puerta de madera maciza sin llamar antes. La luz de la tarde se reflejaba contra los cristales de todos los edificios, al otro lado de los ventanales, rebotando de uno a otro. Cajas de cartón cubrían sin orden el suelo, los cuadros embalados y apilados juntos, su marca oscura en la pared.

—Hijo —exclamó sorprendido levantando la cabeza de su ordenador. Su expresión se volvió sombría—. Ya te has enterado.

—El último en saberlo me parece —Mario se dejó caer en uno de los sillones con la vista más allá de su padre—. ¿Qué ha sucedido?

—Unas veces se gana, Mario, otras se pierde —tomó aire—. Hace unos meses tuve que añadir un socio al estudio, los proyectos iban bien pero...

—Alguien me dijo una vez que la avaricia rompe el saco.

—Yo no soy así.

—Claro que sí. No estabas satisfecho con un buen estudio en Los Ángeles, mejor uno más grande en la torre negra, mejor aún dos plantas enteras. ¿Para qué esperar a tener varios proyectos terminados para comenzar otro? Mejor empezar mil a la vez... con todos los gastos y ni un solo ingreso. Papá —esta vez le dirigió una mirada implacable—, es de cajón.

Su padre sorteó la gran mesa y se apoyó en el borde, enfrente de su hijo.

—Son mis negocios, Mario —se cruzó de brazos—. Y esta vez han salido mal.

—¿Con quién te asociaste?

—Con Samuel Perry.

Mario se echó adelante, los codos anclados en sus rodillas, su barbilla sobre las manos.

—Increíble —masticó la palabra con asco—. Te has asociado con el mayor gilipollas del planeta.

—Pensé que ese era yo.

Mario tragó saliva. No era momento de sonreír.

—¿Y el hotel de Hawái? —preguntó.

Su padre torció el gesto y apretó los puños con fuerza.

—Samuel es el arquitecto del proyecto. Ha estado llevándolo directamente desde las islas, o eso decía. En verdad la obra ha ido a la deriva hasta que llegó Miriam.

Mario alzó los ojos hacia su padre pero no dijo nada. El hombre continuó:

—Me obligó a involucrarme en ese proyecto faraónico. Ahora que ya estoy al límite de fondos me veo obligado a venderle, más bien a cederle, mi parte de la sociedad.

—¿Lo vas a hacer?

—Está hecho. Samuel Perry es, desde el pasado lunes, el único dueño de Social Architecture.

Mario resopló sonoramente. Odiaba a Perry, le odiaba por lo que sucedió en Nueva York, por lo que trató de hacerle a Miriam. Le odiaba porque era un espécimen de hombre repulsivo, un manipulador y un ególatra narcisista.

—¿Dónde está? —preguntó.

—¿Samuel? Estuvo aquí para las firmas, para la cesión del estudio. Luego voló a ver su proyecto. El dichoso proyecto que ha hundido mi vida.

—¿A Hawái? —el corazón de Mario comenzó a latir deprisa—. ¿Ha ido a Hawái?

Su padre lentamente asintió, por su gesto estaba claro que no alcanzaba a comprender.

—Lleva allí casi una semana.

—Joder.

—¿Qué sucede?

—¿Sabe que Miriam trabaja en ella? ¿Sabe que Miriam lleva la obra?

El hombre movió la cabeza en sentido afirmativo.

—Sí, fue él quien insistió en enviarla...

—Joder.

—¿Me vas a decir qué pasa?

Mario se levantó de un salto del asiento y corrió dejando las puertas del despacho abiertas, voló por la recepción sin atender a lo que le decía Kate y llamó al ascensor. Por suerte estaba en una planta cercana y llegó rápidamente.

Una vez en el aparcamiento, saltó a su coche. Tenía la cabeza a punto de estallar, incapaz de pensar en qué hacer. Miriam estaba incomunicada y aquel despojo humano no tardaría en buscarla, si no lo había hecho ya. Resopló.

Arrancó el motor y condujo temerariamente por la rampa del garaje, después por la abarrotada Wilshire Avenue y sus calles aledañas. Se detuvo en un semáforo, buscó en el iPhone el vuelo más temprano a Hawái. Había uno a las diez de la noche. Un único asiento disponible. Lo compró. Un coche pitó detrás. Avanzó como pudo con el móvil en una mano mientras sorteaba vehículos, buscando la forma más rápida de llegar al aeropuerto.

Consiguió tomar la autopista. Estaba colapsada. Cerró los ojos y los apretó pensando. La imagen de Samuel Perry se materializó en su cabeza. Recordó la forma en que miraba a su amiga en Nueva York, sus ojos brillantes, como los de un depredador delante de su víctima. Recordó cada lágrima que ella vertió por su causa, su miedo, su frustración. Y en esos momentos puede que estuvieran juntos.

Golpeó el volante con el puño. «Piensa, piensa». Oyó una ambulancia, los coches comenzaron a apartarse para dejarle sitio. En cuanto pasó a su lado, Mario no lo dudó un segundo y se lanzó en pos de ella, poniéndose a rebufo y recorriendo el camino que la ambulancia le abría.

No faltaba demasiado para la salida del aeropuerto. Un poco más y podría... Sí, podría ayudarla pero antes debía hacer algo. Algo para lo que no estaba preparado ni quería hacer.

Evitó el aeropuerto y tomó el desvío hacia Manhattan Beach. Se maldijo mientras surcaba sus calles, mientras buscaba el 694 de Ocean Drive. Se insultó cuando aparcó frente a la perfecta casa y bajó del coche. Pese a que su dichoso corazón le pedía lo contrario, llamó a la puerta. La aporreó. Nadie abrió. Volvió a golpear, dio una patada, gritó.

Entonces Sandra salió de la casa contigua.

—¡Estás loco! —le increpó—. ¿Se puede saber qué demonios estás haciendo? Vas a hacer saltar la alarma.

—¿Dónde está Mister Hollywood?

—No pienso contestar. Tienes pinta de ir a meterle dos tiros.

Mario saltó por encima de la diminuta y frágil verja blanca que separaba ambos jardines. Sandra dio un paso asustada hacia atrás.

—Dímelo —la agarró por la muñeca. Una muñeca tan escuálida que pudo rodearla con todos los dedos sin dificultad—. Miriam tiene problemas.

—Ha salido a correr. Hará casi un hora, debe estar al caer —trató de soltarse—. ¿Qué le pasa a Miriam?

—Es largo de contar.

—Tengo tiempo.

—Yo no. Voy a tomar el vuelo de las diez para Hawái pero tengo... creo que debo... decírselo a tu vecino antes.

—Se llama Sean —dijo ella y señaló con la cabeza hacia el interior de su casa—. Entra y le esperamos en el porche.

—Sí —Mario estaba sudando, lo notó en ese momento. El corazón seguía

bombeando deprisa. Por una vez en su vida, se sentía completamente nervioso, fuera de control.

—¿Un poco de agua? No se te ve bien.

—No —giró la cabeza hacia todos los lados conforme avanzaba hacia el ventanal que daba al mar, no recordaba que la casa de Sandra hubiera estado alguna vez tan desorganizada. Vio revistas de moda recortadas, modelos de ropa, seguramente para su tienda. Pero lo que le hizo detenerse un segundo fue encontrar que a todas las modelos les había recortado la cabeza, a algunas los brazos.

Sandra se detuvo a su lado y dándose cuenta comenzó a guardar todo y meterlo en una caja. Mario se volvió hacia ella. El pelo dorado recogido en una coleta mostraba un cuello delicado pero, más abajo, se convertía en puro tendón al tocar con las clavículas. Sus hombros delgados estaban ahora cadavéricos, huesos sobre los que rotaban los esqueléticos brazos.

—¿Estás enferma? —preguntó preocupado.

—No —ella arrugó la frente con inocencia—. ¿Por qué?

—Estás muy delgada.

—Siempre he sido delgada.

—Buscaré otra palabra más adecuada —dijo él—, pareces un cadáver.

—Me pregunto qué vi en ti —abrió el ventanal y salió al porche. Nubes de tormenta se formaban en el horizonte.

Mario la siguió con la vista fija en las huesudas rodillas de la chica. Ella no estaba bien, no podía estarlo.

En ese momento Sandra se tambaleó. Mario la sujetó antes de que cayera y la ayudó a sentarse en la tumbona.

—Perdona, me he mareado. He estado haciendo ejercicio y...

Mario se puso en cuclillas a su lado.

—¿Te traigo algo de comer?

—No, gracias —su bonita nariz se arrugó. Mario vio asco en aquel gesto.

—¿Qué te sucede Sandra?

—Nada —contestó ella con enfado—. ¿A quién le importa lo que me pase? ¿Ves a alguien preocupado? ¡Qué más da!

—A mí me preocupa.

—No. A ti solo te preocupa Miriam y tú mismo. No sé en qué orden de preferencia.

Una figura comenzó a acercarse por el Strand, corría deprisa. Mario pasó la mirada de Sandra a Sean. Tragó saliva, también su orgullo, se repitió que era lo mejor, lo que tenía que hacer, lo que Miriam quería que hiciese y dio un paso hacia las escaleras.

Sean se detuvo, estirando las piernas. Mario bajó al paseo.

—Tenemos que hablar —dijo sin saludar. Así le era más fácil.

El rostro del actor era la sorpresa personificada.

—¿Qué sucede? —jadeaba por el esfuerzo, quizás también por el desconcierto.

—¿Miriam te habló de Samuel Perry?

—¿El arquitecto hijo de puta?

Mario asintió. No lo podía haber definido mejor, su estómago se destensó un poco.

—Hace casi una semana que está en Hawái. Él diseñó el hotel que lleva Miriam.

—Pero eso...

—Eso significa que la va a acosar o cualquier otra cosa, sé que lo hará, si no ha sucedido ya —notó como el actor se perturbaba por momentos, conforme comprendía—. Me he enterado hace un rato, no hay tiempo que perder.

—Me voy para Hawái. Sandra déjame la tablet tengo que comprar un billete —masculló Sean apretando la mandíbula y saltando de dos en dos los escalones del porche.

Mario recapacitó un segundo, dos. Pensó en su amiga.

—Tengo el último billete —dijo casi en un susurro—. Cambiaré el titular a tu nombre. Sean, sales a las diez.

••

Levantó la muñeca de nuevo para consultar la hora. Pasaban de las diez. Un punto iluminado en la oscuridad de la noche podría ser el avión del actor rumbo a Hawái.

Mario se levantó del escalón del porche y buscó en la negrura del horizonte alguna explicación lógica a lo que había hecho.

—¿Por qué, Mario? —Sandra había salido al exterior. Llevaba una gruesa manta a cuadros—. ¿Por qué no fuiste tú a salvarla del malvado? Serías el héroe, el vencedor. Puede incluso que se rindiera a tus pies.

—Ella no necesita que nadie la salve. Se apañará perfectamente sola.

—Has perdido tu momento.

Se giró hacia ella. Llevaba una taza humeante en las manos y tiritaba. Su imagen enfermiza quebró sus pensamientos, que coincidían con lo que ella había dicho. Realmente había perdido su momento.

—¿Es eso un café? —preguntó en su lugar.

—No. Té.

—Debería verte un médico.

—Y a ti un psiquiatra.

No pudo evitar esbozar una sonrisa pero la hizo desaparecer en cuanto se dio cuenta.

—Volveré mañana a verte —dijo secamente.

Ella arrugó la nariz.

—No te necesito por aquí.

—Vendré de todos modos.

Mario deslizó la puerta de cristal y entró en la casa. Antes de salir hacia la calle se detuvo y se encaminó a la cocina. No había platos en el fregadero. Abrió la nevera. Sus ojos toparon únicamente con botellas de agua, una lechuga y un tomate. La preocupación empezó a crecer: revisó armarios y buscó restos orgánicos en la basura pero no halló nada.

Desde allí podía ver la coleta rubia de Sandra meciéndose por la brisa en el porche. Sentada de espaldas a la ventana, abrazada a su manta. Mario dio una patada a un taburete y rápidamente se escapó de la casa.

Aquella noche apenas pudo pegar ojo, intentó trabajar hasta última hora en su ordenador pero a las tres de la mañana se tumbó de nuevo. Miró el móvil. Ningún mensaje. Tampoco lo esperaba.

Flexionó los brazos tras su cabeza y miró al techo. Había hecho tantas cosas mal. Había actuado mal desde el primer día en que se encontró con aquella española de sonrisa perenne. Miss Optimismo. Sí, él también le había dado un mote. Aunque el de Negativo desde luego que resultaba más original.

Había desperdiciado un tiempo precioso para tratar de ser su amigo, un buen amigo. En su lugar la había visto como un posible obstáculo en su camino para convertirse en... ¿qué? ¿Un gran arquitecto en Estados Unidos? Había hecho de la mentalidad triunfadora y egoísta de su padre la suya propia. Y ahora... ahora no tenía nada.

Había perdido.

Lo tenía merecido.

Apretó los párpados hasta que comenzaron a dolerle. Necesitaba descansar, dejar de pensar. Nada que hiciera podría devolverle las oportunidades perdidas. Ella estaba enamorada de otro. Un actor nada menos. ¿Quién podía competir contra eso? Quizás hubo un tiempo en que tuvo la oportunidad de hacerlo. Si en vez de dejar enfriar los momentos que pasaron juntos en Nueva York... si en vez de comportarse como un estúpido sin sentimientos... le hubiera dicho lo que pasaba por su cabeza cuando la veía sonreír, o hablar, o tocarse el pelo... quizás y solo quizás hubiera tenido una oportunidad.

Se sentó de nuevo y tomó un trago de lo que llevaba varias horas bebiendo: whisky y encima de marca blanca, un auténtico asco. Pero con cada sorbo, los pensamientos comenzaron a diluirse y el sueño a acercarse.

Se tumbó de lado. Era un estúpido integral.



Al día siguiente acudió a trabajar, como siempre, pero no podía concentrarse. Tenía una resaca atroz y le dolía la cabeza. Se pasó una mano por el pelo rubio alborotándolo y apoyó la cara sobre sus palmas encima de la mesa de dibujo.

—Tienes una pinta horrible —Miranda, la secretaria de la empresa constructora, entró con un café humeante en una bandeja.

—Agradezco tu sinceridad.

—Es la verdad. ¿Por qué no te tomas unos días de vacaciones? Con ese aspecto espantarás a cualquier posible cliente —depositó la bebida a su lado.

Mario le dedicó una mirada.

—Gracias.

—¿Cuánto hace que no descansas? ¿Un siglo? Toma en serio mi recomendación o te convertirás en breve en un viejo amargado y arrugado.

—Eres un cielo.

—Tú también. Lástima que no lo demuestres demasiado —y se marchó dando un portazo tras ella.

Mario tomó la taza de café con ambas manos y notó como el calor pasaba desde ellas hasta su espalda. Tragó dos aspirinas con el primer sorbo y se apartó de la mesa. No podía trabajar.

Se levantó. Descolgó su chaqueta del perchero y salió hasta donde se encontraba Miranda.

—Voy a salir un rato. Si hay algún problema llámame al móvil, por favor.

—Por supuesto. Anda, vete a que te dé el aire.

La calle Brighton estaba muy animada a aquellas horas de la mañana, no en vano se encontraba en pleno distrito de la moda de Beverly Hills. Se detuvo junto a la fachada de Bulgari. Dando un corto paseo se llegaba a la tienda de ropa de Sandra. Se encaminó cruzando Rodeo Drive y sus bellos edificios de marcas de lujo. En una bocacalle a la izquierda reconoció el rótulo de Alexandra Dylan's Boutique, situado en una fachada de granito de bastante buen gusto.

Entró. Alison, la amiga de Sandra, acudió enseguida a verle. Todas las dependientas llevaban el mismo conjunto negro de chaqueta y pantalón, con blusas color crema, salvo la de Alison que, como encargada jefe, era malva.

—¡Mario! ¿Qué haces por aquí? —le tendió las manos alrededor del cuello y le dio un abrazo.

—Trabajo al lado y... había pensado en saludar a Sandra.

—Pues no está, lo siento.

—¿Volverá pronto?

Ella torció los labios, brillantes en carmín rojo.

—No. No lo creo. Hace mucho que no acude a la tienda.

—Pensé que venía todas las mañanas.

—Hace meses que no —suavizó el tono y tomándole del codo le llevó a un lado—. Va todas las mañanas al gimnasio de Manhattan Beach y no quiere saber nada de esto. Me preocupa. Para ella la boutique era un sueño hecho realidad y ahora lo tiene olvidado. Es raro.

—¿No sabéis qué le sucede?

—Hemos intentado hablar con ella, pero cada vez se lo toma peor. La última vez que nos vimos, después de la fiesta de despedida de Miriam, se pilló un rebote impresionante. Desde entonces no hemos vuelto a hablar y menos aún a vernos.

—Entiendo —Mario asintió con la cabeza—. Si no te importa, voy a intentarlo yo.

—Claro. Pero, ¡cuidado! Protege tus partes nobles.

—Estaré alerta. Gracias, Alison.

Se dieron otro abrazo y Mario volvió sobre sus pasos hacia el aparcamiento. Por el camino, compró una caja de donuts que le costó casi todo el salario del mes. Pasara lo que pasara con Sandra, pensaba solucionarlo.

••

Aparcó en el bulevar de Manhattan Beach pero, tras comprobar que en el gimnasio no había ni rastro de Sandra, fue caminando por Ocean Drive hacia el número 692. Andar le servía para desentumecer la mente, no pudo evitar observar cada casa que aparecía a su paso, sus fachadas, sus estilos, los materiales de los que estaban hechas.

Llegó a la de Sandra siete minutos después. Comenzó a darse cuenta de detalles de los que hasta entonces no se había percatado: el jardín estaba seco, los arbustos no se habían cortado desde hacía meses y crecían asilvestrados, las flores habían desaparecido...

Sorteó la diminuta verja blanca y se coló en la parcela. Topó con un enanito descolorido, cuya cabeza se hallaba rota a un metro de distancia y que nadie había reparado.

Llamó a la puerta. No tenía más excusa para estar allí que la promesa del día anterior. Tras un buen rato escuchó pasos al otro lado, después un ruido en la mirilla. Mario se peinó y trató de esbozar una sonrisa afable.

Sandra abrió. Su rostro no había mejorado tras dormir, seguía abrazada a una manta, apenas tenía color en sus mejillas, los labios en otro momento carnosos estaban pálidos y agrietados.

—¿Qué haces aquí? —preguntó monocorde sin ninguna emoción.

—Ayer dije que volvería.

—¿Te crees *Terminator*?

Mario enarcó las cejas sin comprender.

—Cielo santo —ella puso los ojos en blanco—. Otro igual que Miriam. ¿Tampoco has visto ninguna peli de Schwarzenegger?

—Invítame dentro y vemos una.

Se apartó a un lado y Mario entró dando un repaso rápido a su alrededor. Comprobó que la cocina seguía igual de aséptica. Entonces le tendió la caja de donuts de Rodeo Drive.

Sandra apartó las manos como si aquella caja quemara. Mario la abrió y sacó uno de los apetitosos dulces redondos. Se lo ofreció.

—No, gracias —dijo.

—La Sandra que yo conocía se hubiera abalanzado sobre mí por uno de éstos.

—No tengo hambre.

—¿Qué has desayunado?

Su cara comenzó a ser de impaciencia.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—Estás hecha un asco.

—No —caminó hacia el salón y se dejó caer en el sofá—. Estaba mal y voy mejorando.

Mario la persiguió con el donut en la mano y volvió a tendersele.

—Come.

—No me da la gana.

—Juro que te obligaré.

Sandra debió pensar que él lo decía en serio porque lo agarró con desgana y le dio un mordisco. Tan pequeño como el de una pulga.

—Más grande.

Sus dedos temblaron. Mario sintió un segundo de lástima pero la miró con decisión.

—Come.

Entonces ella se encorvó y con un espasmo descomunal tuvo una arcada y vomitó mucho líquido y el pequeño trozo que había comido. Mario se levantó y acudió en su ayuda. Sujetó su frente mientras sufría más arcadas y su cuerpo temblaba.

Puso la manta a su alrededor y la recostó en el sofá cuando el vómito cesó. Fue a la cocina y regresó con la fregona para limpiar el suelo, y bayeta para la mesa y su móvil, que también había sido alcanzado.

Ella, exhausta, respiraba agitada, sus ojos cerrados, los huesos de sus mejillas muy pronunciados. Mario la miró sin saber qué hacer. Optó por sentarse en el reposabrazos y observarla en silencio.

—Deja de mirarme —murmuró ella con los parpados aún bajados.

—¿Eres vidente también?

—Noto como respiras y me está molestando.

—A mí tampoco me apetece pasar el día con un hueso de gallina que no sirve ni para caldo, pero no me iré hasta que no me digas qué te pasa.

—Estoy perfectamente —gruñó ella.

—Y ahora la verdad.

—Puede que haya pillado una gripe.

Mario tomó las manos delgadas de Sandra entre las suyas. Ella abrió los ojos sorprendida y pasó sus ojos cristalinos de sus manos a él.

—Estás enferma, Sandra —dijo él. Su voz sonó lo más suave que pudo modularla—. ¿Desde cuándo hace que no comes?

—No digas tonterías. Claro que como. ¿Vas a empezar como los plastas de mis amigos? ¿Te han avisado ellos? Pues diles que se vayan al infierno — soltó sus dedos de los de él—. No necesito vuestra ayuda.

—Permíteme que lo dude.

—Permíteme que piense que eres un gilipollas.

Mario soltó una carcajada.

—Vale. Lo soy y por eso no pienso irme a ningún lado hasta que hables conmigo, hasta que me digas qué te preocupa.

Ella se incorporó. Su mirada era muy fría cuando se enfrentó a la de él.

—Fuera.

—No pienso...

—He dicho fuera —se levantó con el dedo índice señalando la salida—, o llamaré a la policía.

Mario alzó las manos claudicando.

—Volveré mañana.

—Ni se te ocurra.

Caminó hacia la puerta y echó un último vistazo a Sandra antes de que cerrara. Al otro lado, Sandra echó el pestillo.

Bufó mientras la luz se le clavaba en las pupilas y buscó sus gafas de sol. El camino hacia el coche se le hizo cuesta arriba. No servía ni para ayudar.

••

Otra noche perdida entre extraños sueños y largos momentos de vigilia, otra botella de whisky vacía, Jack Daniel's esta vez, y un dolor de cabeza bestial al amanecer.

Condujo hacia el trabajo y comprobó que no había mensajes en el móvil. Miranda le echó un vistazo cuando pasó por delante de ella.

—Dime que te has pasado una noche loca —comentó.

—¿Alguna llamada? —la evitó él.

—Tienes los ojos inyectados en sangre. Pareces sacado de una película de terror.

—Estaré en mi despacho trabajando —abrió su puerta y se coló dentro de su refugio.

Encendió el ordenador y buscó alguna noticia de Hawái. Nada indicaba que hubiera sucedido algo fuera de lo normal. Entonces tecleó los síntomas de Sandra, lo que había apreciado. La respuesta fue contundente. Debía llevarla a un médico urgentemente.

Durante toda la mañana trató de localizar a un especialista que pudiera atenderla en su propia casa. Mario veía imposible arrancarla de aquella manta y meterla a la fuerza en el coche para trasladarla a un hospital. Era capaz de ponerse a chillar como una loca y conseguir que Mario pasara tres días en un calabozo por intento de secuestro.

Al final, una doctora accedió a acudir aquella misma tarde. Mario le facilitó la dirección, su número de tarjeta de crédito y, más relajado, consiguió sacar adelante algo de trabajo.

Antes de finalizar su jornada y bajo la férrea vigilancia de Miranda tras sus gafas de gruesos cristales, salió de la oficina hacia Manhattan Beach.

Llegó casi una hora después tras tragarse un atasco, un accidente y el corte de una calle por rodaje. Echando sapos y culebras por la boca, aparcó enfrente de la casa y en dos zancadas se situó ante la puerta.

Llamó una, dos veces. Alguien subió la música para evitar escucharle.

*They told him don't you ever come around here. Don't want to see your face, you better disappear. The fire's in their eyes and their words are really clear. So beat it, just beat it...*<sup>7</sup>

Las palabras de la canción claramente iban dirigidas a él.

—¡Sandra! —gritó—. ¡Abre la dichosa puerta!

*Just beat it, beat it. Beat it, beat it, beat it...*<sup>8</sup>

Dio la vuelta a la casa topando con la impresionante panorámica del Pacífico enfrente. Subió al porche y deslizó la puerta de cristal de entrada. Para variar, estaba abierta.

La canción se detuvo. Sandra salió de la cocina armada con una sartén.

—Ni un paso más —le amenazó.

—Venga ya —avanzó hacia ella. La sartén abultaba más que Sandra.

Ella retrocedió hasta la encimera. Su arma le temblaba en la mano. Mario la acorraló y le quitó la sartén con facilidad.

—¿No tienes nada mejor que hacer que molestarme? —rugió ella.

—Parece ser que no —guardó la sartén en un armario. Comprobó con satisfacción que había desaparecido un donut de chocolate de la caja que yacía en el granito—. En un rato va a venir una doctora a examinarte. Espero que seas algo más educada con ella que conmigo.

—¿Cómo te has atrevido? —su rostro se tornó iracundo, sus ojos llenos de furia—. Aquí no va a entrar nadie.

—Ya lo veremos —se agachó cuando Sandra trató de darle un bofetón y la agarró del brazo—. Deja de hacer cosas raras y siéntate.

Obedeció echando pestes y puso la tele. Mario se acomodó enfrente.

—¿Tienes noticias de Miriam? —le preguntó pasado un rato.

—No —fue su única respuesta.

—¿Y no te preocupa?

—Sabe cuidarse sola. Por si no te has dado cuenta tiene más de diez años.

Mario consultó su móvil. Ni un mensaje. Buscó el número de teléfono de Miriam y llamó. Ni siquiera dio señal. Si al menos comunicara o saltara el buzón...

—Ya lo he intentado yo —Sandra le miró de reojo—. Tampoco funciona el de Sean.

—Espero que estén bien.

—Has hablado en plural —masculló ella—. Todo un progreso.

El timbre de la puerta. Mario llegó a abrirla antes de que a Sandra le diera tiempo ni siquiera de quejarse.

Se encontró con una mujer alta de tez oscura y pelo extremadamente rizado. Vestía un traje de pantalón marino y zapatos de tacón alto. Si no fuera por la identificación de médico que le mostró y un maletín de mano, más parecería una modelo.

—¿Dónde está la paciente? —preguntó mientras Mario señalaba el salón.

—La paciente está perfectamente —gruñó Sandra con desgana.

La doctora Roquemore, según leyó Mario, se puso en cuclillas junto al sillón de Sandra y le dijo algo en voz baja. La melena rubia de Sandra se movió varias veces en sentido negativo.

—¿Podría salir? —la doctora se giró hacia Mario—. Necesito auscultarla y hacerle algunas pruebas.

Asintió, pasó junto a ella y evitó la cara de cabreo de Sandra hasta salir al porche.

Durante media hora se mantuvo apoyado en la barandilla observando el baile de las olas. La brisa fresca despejó su cabeza, ya no le dolía tanto pero volvía a tener sed. Y no de agua.

La cristalera se abrió a su espalda. La doctora se situó a su lado.

—Su amiga tiene un gran problema.

—¿Y algo que no sepa? —dijo secamente.

—¿Cuándo comenzaron los síntomas?

Mario giró su rostro hacia ella.

—No lo sé —tuvo que admitir—. No me he dado cuenta de su estado hasta hace dos días. Una amiga me ha comentado que lleva meses comportándose de forma extraña.

—Necesitaría que aceptara urgentemente tratamiento médico. Aún no es obligatorio ingresarla pero si sigue así, habrá que hacerlo.

—¿No podemos llevarla al hospital? ¿Aunque sea a la fuerza?

Ella negó con la cabeza.

—Esto no funciona así. Si ella no quiere, no servirá de nada. Ese paso debe darlo ella sola y consciente. No es solo un problema alimentario, fundamentalmente es psicológico. Hay que buscar sus causas, combatir las, darle apoyo y comprensión. Ese será su trabajo. Si consigue que acepte que está enferma y desee curarse, podremos tratarla.

—Pero...

—Si sigue así, con todos los estragos que la falta de alimento está provocando en su cuerpo me veré en breve en la obligación de recurrir a la hospitalización forzosa, pero apenas servirá si no curamos su mente. Cada día que pasa para su amiga es una cuenta atrás... que la llevará a la muerte.

El estómago de Mario dio un vuelco. Su cara debió volverse pálida porque la doctora le observó con preocupación.

—¿No tiene familia? —preguntó la doctora.

—Su padre falleció hace años y con su madre... creo que no tiene demasiada relación.

—Los trastornos alimenticios tienes muchos detonantes, búskelos. Dudo que la ayuda de una madre pueda ser negativa. Con cuanta más gente pueda contar Sandra, mejor —le tendió un libro—. Aquí encontrará algunas dudas resueltas. Para cualquier cosa, llámeme.

Acompañó a la doctora Roquemore hasta la puerta y vio cómo se alejaba en un Porsche Boxter. Entonces buscó a Sandra y la encontró tumbada en su cama, tapada con la manta.

—Podías haberme traído a George Clooney —bromeó—, le queda mejor la bata de hospital.

Él se apoyó en el marco de la puerta y cruzó los brazos.

—¿Te puedo preparar algo?

—No. Quiero que te vayas. Ya he soportado a tu estúpida doctora, ahora lárgate.

—Está bien. Mañana volveré.

—Me acordaré de cerrar las dos puertas esta vez.

Mario salió del dormitorio, buscó en el salón, en la cocina, alguna guía de teléfonos. Encontró el móvil de Sandra y rebuscó entre sus contactos, cientos de ellos, miles, ¿cómo podía tener memoria para algo más el aparato? Casi al final dio con una posible pista: «Mala-madre». Apuntó el teléfono y se marchó de la casa mientras las palabras «cuenta atrás» de la doctora taladraban su

mente.



Miranda le reprendió con la mirada pero esa mañana mantuvo la boca cerrada. Mario entró en su despacho, cerró la puerta y se apoltronó en su silla con una tonelada de hormigón por cabeza. Le parecía sentir a un obrero picando en su propio cerebro con un martillo neumático.

¿Cómo podía ayudar a Sandra si él mismo era un desastre? Buscó el teléfono que había anotado y lo marcó en el de la oficina. No se sentía con derecho a hacer aquella llamada. Era una intromisión escandalosa en la vida de Sandra pero tenía el presentimiento de que debía hacerlo. Empezar a guiarse por impulsos... ¡Dios mío! Era lo más parecido a actuar como Miriam. Desechó el pensamiento de su mente y llamó de todas formas.

Tras varios tonos, una mujer lo cogió al otro lado.

—Hola —se lanzó a decir Mario—, no sé si me habré equivocado pero estaba tratando de hablar con la madre de Sandra.

Un silencio.

—¿Hola? —repitió.

—Hola, hola. Sí... soy yo —parecía tan somnolienta como él y apenas se entendía lo que decía—. ¿Le ha sucedido algo?

—No... no. Está... bien. Me llamo Mario, soy un amigo —ahora se daba cuenta de que no sabía qué decir.

—Vi a Sandra en la tele hace unos meses —comentó ella— y sé que no está bien. Lo vi en su cara. La llamé, pero me colgó.

—Tiene razón, está enferma pero no está dispuesta a aceptarlo.

—Tan cabezota como su padre.

—Sí, tremendamente terca.

—¿Y qué puedo hacer yo? —inquirió ella—. Sé que no quiere saber nada de mí.

—¿Dónde vive?

—En Williamsburg, Virginia.

Un pensamiento brotó en la mente saturada de Mario.

—¿Podríamos hacerle una visita?

—Esto... es que... no soy un buen ejemplo... no soy la madre que debería tener. No creo que venir a verme sirva para mejorar algo...

—Sandra se muere —la interrumpió—, y tengo la extraña sensación de que ir a verla puede venirle bien.

Un silencio.

—¿Puedes apuntar la dirección?

—Por supuesto —Mario cogió un lápiz y escribió sobre uno de los planos.

Ahora solo faltaba la parte más difícil, por no decir imposible: conseguir que Sandra le acompañara.

••

Después de comer hizo la compra y la cargó en el coche. Había tratado de buscar alimentos frescos, apetecibles a simple vista, aunque sabía que no serviría de mucho.

Al llegar a Ocean Drive comenzó a llover con ganas. Las bolsas de cartón pronto quedaron empapadas mientras llamaba al timbre con insistencia.

Como Sandra había asegurado, ambas puertas, trasera y principal, estaban cerradas con llave. Golpeó la madera.

*Go away, won't you just go away. Go away, don't you come back one day, go away, just go away now. Take your stuff. Take all of your precious things. Leave right now...*<sup>9</sup>

La música atronaba por todas las ventanas. El agua empapaba el pelo de Mario y mojaba sus pestañas dificultándole la visión. Buscó la ventana de la cocina. Una de las hojas no estaba completamente cerrada. Introdujo los dedos y con dificultad consiguió abrirla. Se encaramó al alfeizar rogando para que nadie llamara a la policía y se coló dentro de la casa, tropezando con el grifo del fregadero y cayendo en plancha en el frío suelo.

—No tienes escrúpulos —Sandra de pie, con los brazos en jarras le observaba sin aparente preocupación. Bajó el volumen de la canción con el mando y esperó hasta que Mario se incorporara frotándose el costado, que había impactado contra las baldosas.

—Yo también me alegro de verte —la rodeó para acercarse a la puerta y recuperar de la calle las bolsas encharcadas. Las desperdigó por la encimera y fue colocando cada alimento en su sitio sin dirigirle la palabra.

—¿Qué te crees que estás haciendo? —masculló ella.

Mario tomó un cuchillo de uno de los cajones y peló varias manzanas, una pera y una naranja. Después introdujo la fruta en la licuadora y preparó un buen vaso de zumo. Se lo tendió.

—¿Qué quieres de mí? —dijo Sandra alterada.

—Que te lo bebas —lo sujetó firme cerca de ella. Su rostro inflexible, tosco—. Todo.

—No puedes obligarme.

—No. Pero nos vamos de viaje y no quiero llevarte a rastras todo el camino.

—¿Qué? —tomó el vaso—. ¿Dónde nos vamos? —sus facciones delicadas se tensaron—. No se te ocurrirá llevarme a un hospital, ¿no?

—Claro que no. Vamos a alejarnos de esta ciudad y de todos los recuerdos que nos trae —Mario se mantuvo rígido mientras observaba disimuladamente como ella se llevaba el vaso a los labios y tomaba un sorbo, seguramente de

forma involuntaria mientras meditaba la idea. Habló para continuar distrayéndola—. ¿No te apetece hacer un viaje? ¿Conocer otros sitios?

Ella asintió con la cabeza y dejó el vaso. Había bebido un tercio. Mario respiró algo más tranquilo.

—No estoy enferma —dijo ella suavemente—, solo me encuentro preocupada. Con todo lo que tengo debería ser feliz, pensé que debería ser feliz al llegar a este momento de mi vida y veo que no es así.

—A mí me sucede igual.

—Ya. Pero tú eres un delgaducho engreído y yo una tía buena. No es lo mismo.

—Supongo que tienes razón.

—¿Seguro que eres Mario? —sus labios se curvaron en una ligera sonrisa—. Tengo la sensación de que Miriam me ha mandado un clon para darme la tabarra. Pero esta copia no tiene un carácter tan amargo como el original.

—Dejaré que te metas conmigo todo lo que quieras, pero prepara tu maleta. Mañana cogemos un avión.

—¿En primera?

—Termínate el zumo y cambio los billetes a la clase que prefieras.

Ella pareció darse cuenta con sorpresa de que se había bebido parte del líquido.

—Eres malo —murmuró, pero dio otro sorbo—. Ya estoy llena. Dime qué ropa he de llevar. Y espero, por tu bien, que sea algo de verano.

••

Ya en casa, Mario metió en una maleta ropa de abrigo, el portátil y de nuevo miró el móvil. ¿Qué habría pasado en Hawái? ¿Estaría Miriam bien? ¿Sean le habría dicho que él, el Negativo, había ayudado en su rescate? No. No lo haría. Estúpido arrogante.

En el televisor que Mario mantenía encendido únicamente para no sentirse solo, el hombre del tiempo daba una previsión para el estado de Virginia de sol pero una temperatura máxima de quince grados. Sandra le mataría sin despeinarse.

La idea le hizo sonreír. Sacó la ropa interior de un cajón. Encima del mueble había otra botella de whisky. No se acordaba de haberla comprado, quizás fue con todo lo que llevó a casa de Sandra. Tampoco recordaba haberla colocado allí.

Cogió un vaso y lo llenó hasta la mitad. Era verdad lo que le había dicho a Sandra, también él pensaba que, llegado a ese momento de su vida, todo encajaría y, por ello, sería feliz. Sin embargo, no era así. Su vida seguía siendo un rompecabezas inconexo. Su padre había vendido su sueño, su famoso y valorado estudio de arquitectura, por avaricia. Él habría matado por trabajar en aquel sitio, por tenerlo como propio pero ni su padre le dio la oportunidad ni él se esforzó en buscarla y, menos aún, en implorarla. Hubo un momento en el que su padre le solicitó gente del máster para trabajar, contrató a compañeros suyos. No a él. ¿Por qué? ¿Porque tenían demasiadas diferencias? Entonces creía que sus prioridades eran contrarias, ahora se daba cuenta de que eran iguales.

Miró el vaso, volvía a estar vacío. Su boca aún seca. Lo rellenó de nuevo. Solo uno más.



El viaje le resultó eterno. Se despertó a duras penas y porque el despertador sonó al menos tres veces. Condujo hasta la oficina y le dijo a Miranda que se tomaría una semana de vacaciones, después siguió el camino a Manhattan Beach y consiguió entrar, gracias a Dios, por la puerta.

Ahora, en el segundo vuelo, ya que habían tenido que tomar un enlace, pidió a la azafata una cerveza mientras Sandra dormía en el asiento contiguo. Mechones de su pelo dorado cubrían su rostro. Se los apartó con cuidado de no despertarla. Respiraba de una forma tan liviana que por un segundo le

dieron ganas de comprobar si estaba viva.

Al menos había comido un poco de fruta y un té. No sabía cómo podía mantenerse en pie con lo poco que la había visto ingerir en las horas que llevaban juntos.

La arropó hasta los hombros, y entonces ella movió su brazo para sujetar la manta y puso su mano sobre la de él. Fría como un témpano y delgada. Mario no se atrevió a quitar la suya de debajo ni siquiera cuando comenzaban a darle calambres en la muñeca.

El comandante avisó de que aterrizarían en breve en el aeropuerto de Richmond. Sandra se despertó cuando la azafata indicó que debían poner los respaldos en posición vertical, como si en caso de accidente no se estuviera mejor tumbado y durmiendo. Ella se dio cuenta de que su mano cubría la de él y la separó rápidamente.

—Espero con ansia y parte de odio que me digas qué demonios hacemos en Virginia —masculló Sandra—. ¿No había un lugar más distante de California en todo el país?

—¿Sabes que aquí está la base naval más grande del mundo?

—¿Debería importarme?

El avión aterrizó en ese momento. Las ruedas se apoyaron en la pista con bastante maestría mientras algún loco aplaudía.

Casi una hora después, ya disponían de coche de alquiler y abandonaban el aeropuerto de Richmond conduciendo un Mustang descapotable.

—Fantástica elección para el invierno —refunfuñó ella.

—Ponte la bufanda.

—Y tú un cerebro.

Mario no pudo evitar soltar una carcajada.

—¿Ves cómo comer algo de fruta te devuelve tu gracia innata?

—Eres insufrible —miró las señales de la carretera—. ¿Me vas a decir ahora dónde vamos?

—Sorpresa.

Ella resopló como única contestación.

••

La autopista 64 transcurría entre bosques de grandes árboles y espesa vegetación. El cielo estaba gris pero la temperatura rozaba lo agradable. Durante casi cuarenta y cinco minutos avanzaron con poco tráfico, adelantando caravanas y camiones.

De pronto, Sandra se irguió en el asiento.

—Esto me suena.

—¿Ah sí?

—Yo nací en este Estado, mequetrefe.

—No lo sabía —Mario mantuvo su atención en la carretera—. ¿Dónde?

—En Willia... —el cartel que indicaba la salida hacia Williamsburg surgió de entre los árboles. Mario giró el volante en aquella dirección. A Sandra le entró el pánico—. ¡Qué haaaaces!

—Pues ir de vacaciones. ¿Sabías que aquí sucedieron grandes acontecimientos de vuestra historia? De los siglos XVII y XVIII más en concreto.

—¿Me estás tomando el pelo? ¿Me llevas a mi casa?

—Pues la verdad es que no, te traía a un entorno menos contaminado que Los Ángeles.

El bosque dejó paso a interesantes casas de madera pintada, con pequeños jardines delimitados por pintorescas vallas blancas.

—No lo recordaba así —Sandra había perdido la cara de perro rottweiler y parecía impresionada por las vistas.

Mario llegó a un hotel llamado Governor's Inn, no tan agraciado como su

entorno. Estaba formado por unos bloques de ladrillo con una piscina en medio. Detuvo el coche en el aparcamiento y sacó las dos maletas.

Sandra salió dubitativa.

—No puede ser casualidad que estemos en el mismo pueblo donde nací —murmuró.

—Deja de pensar, Alexandra Dylan, o te explotará el cerebro.

—¿No había algo más... elegante? —preguntó ella señalando el simplón edificio.

—De un día para otro no he tenido demasiadas opciones disponibles. Escoge, esto o un camping.

—Vale —cedió levantando las manos—, espero que al menos no compartamos habitación.

••

La habitación que compartían al menos era amplia. Tenía dos camas de matrimonio, una moqueta verde intenso y un baño decente.

Sandra había retornado a la cara de perro, esta vez de bóxer, y se había dejado caer en una de las camas.

—Dime que has venido para terminar de hacerme la vida más imposible —gimió mirando al techo.

—No te he obligado a acompañarme —Mario se sentó a su lado consultando un plano de la ciudad.

—Me gusta mucho viajar, pero en mejores condiciones... con Miriam estuve en un hotel increíble en Venecia. Nada que ver con esto.

La sola mención de la ciudad italiana revolvió el estómago de Mario. Si sus fuentes eran fidedignas, allí Miriam y Míster Hollywood habían vuelto a coincidir tras un año separados. Aquel fue el principio de su fin.

Volvió la atención al mapa. Sandra se incorporó sobre los codos y le miró

bajo sus espesas pestañas.

—Te duele, ¿verdad? ¿Te sigue doliendo que ella esté con él? —su tono era mordaz, venenoso.

—Déjame en paz —trató de mantener la estabilidad de su voz. Buscó el centro histórico de la ciudad para serenarse.

—Ya veo. Queda un poco patético que sigas colado por ella después de tanto tiempo.

—Te voy a acabar mandando a la mierda, así que no sigas por ahí.

—Oh, qué miedo —añadió sarcástica—, el gélido arquitecto tiene corazoncito.

Mario se levantó mapa en mano. Su sangre hervía. Inspiró para controlarse.

—Vamos —señaló la puerta.

Ella iba a decir algo más pero se detuvo al mirarle. El rostro de Mario se mantenía imperturbable. Era el único don, forjado por el tiempo, del que disponía; bueno, eso y diseñar edificios como el mejor.

—Vale —claudicó ella pasando delante y abrigándose con una chaqueta—, hay que ver qué humor gastan algunos.

—Hay que ver lo pavas que son otras —y cerró tras ellos con un sonoro portazo.

••

El hotel se encontraba a pocos pasos del centro histórico de Williamsburg. Con el largo vuelo y el cambio de hora, tres horas de adelanto, no se habían dado cuenta de que ya era tarde y la llamada zona colonial estaba cerrada al público. Así que dieron un paseo por las peculiares calles y jardines de la ciudad, que le hacían parecer el decorado de una película.

—No puedo creer que no hayas regresado a un sitio tan bucólico —

comentó Mario mientras vagaban por un extenso parque de árboles con gruesos troncos y copas frondosas.

—No me trae buenos recuerdos —su voz era un jadeo, estaba agotada.

—La verdad es que parece que nos hemos transportado al siglo XVIII como solo los americanos podéis hacer, pero tiene su encanto.

—Hazme caso, cuando entres en la zona colonial creerás haberlo hecho en Disneyworld. Estuve un año trabajando de posadera —se sentó en un banco—, fue demasiado. Yo llevaba dinero a casa y mi madre se lo gastaba, en beber, en hombres... No es una época que quiera recordar.

—¿Por eso te fuiste a Los Ángeles con tu padre?

—Sí. Pensé que allí tendría más oportunidades que en este pueblo.

—Pensaste bien.

Ella sonrió.

—A veces se me da bien.

Su sonrisa fue como un rayo de esperanza. Mario no pudo evitar perderse un segundo por aquellos labios, ahora reseco, pero curvados en un gesto perfecto. Rápidamente trasladó su mirada a la hierba, a las hormigas que en fila se encaminaban a su agujero.

—Si no como algo, me desmayaré —dijo—. Ya que esta es tu ciudad, ¿por qué no ejerces de anfitriona y me llevas a un sitio recomendable?

Ella hizo una mueca arrugando la nariz.

—Vale. Te acompaño, pero yo aún no tengo hambre.

—No me extraña. Un trozo de fruta en el avión es como una barrita energética en el espacio, hincha para dos días.

Sandra se levantó, los brazos en jarras y una mirada cansada pero socarrona.

—¿Sabes? Eres hasta gracioso.

Se irguió también.

—Lo tomaré como un cumplido.

Ella señaló más allá de un edificio viejo de ladrillo rosado por el tiempo y coronado por una gran veleta.

Le llevó a una pequeña cafetería con encanto. Unas pocas mesas se distribuían en su irregular interior, sorteando decoraciones antiguas y muebles de época. Mario pidió trucha con puré de patatas y brócoli y Sandra una sopa de gambas, de la que solo tomó el líquido y a duras penas.

—No creo que seas capaz de comerte a una pobre gamba —murmuró él sin parar de masticar. Realmente estaba hambriento.

—Me duele el estómago —se quejó Sandra reclinándose en la silla.

—Pienso pedir la tarta de cacahuete, tú verás.

El rostro de Sandra estaba demacrado. Se había maquillado los ojos pero solo acentuaban su delgadez. Mario sintió lástima. Levantó la mano para pedir una cerveza.

—Es la tercera que tomas —apuntó ella—. Menos mal que no hay que conducir.

Juraría que solo llevaba una, pero tenía tanta sed... Se la bebió en dos sorbos. Cuando iba a pedir una cuarta, Sandra se levantó. No parecía encontrarse bien.

—¿Regresamos al hotel?

—Claro —Mario pagó la cuenta y salieron al exterior. Con la noche, la temperatura había descendido bastante. Se abrochó la chaqueta y anduvieron al paso lento que llevaba Sandra. Recordaba que en el pasado había tenido que pedirle que fuera más despacio, siempre corría a todos lados. Sin embargo, ahora parecía una tortuga disgustada. Se mantuvo a su ritmo, ella sumida en algún tipo de pensamiento oscuro, él preguntándose si habría algo de beber en la diminuta nevera de la habitación.

Esperó a que estuviera dormida y tapada por tres mantas para quitar el tapón de la pequeña botella de whisky. No le llegó ni para humedecer su garganta, que parecía estropajo. Sandra murmuró algo en sueños y él se detuvo en su camino hacia el frigorífico.

¿Qué estaba haciendo? Nunca le había gustado beber y ahora se sentía inquieto porque no había suficientes asquerosas y raquíticas botellas de alcohol. Retrocedió y se tumbó en la cama. Su cabeza daba vueltas buscando algo por lo que preocuparse, algo con lo que hacerse daño. Sabía dónde rebuscaría su propia mente, así que apartó cualquier pensamiento negativo. Se dio cuenta de que la estaba mirando cuando ya debía llevar un tiempo haciéndolo. Bajo aquella pila de mantas solo distinguía sus facciones delicadas, su pequeña nariz, sus mechones despeinados cayendo sobre sus mejillas.

Sus ganas de levantarse hacia la nevera desaparecieron. Se quedó en aquella posición, de lado, con su cabeza apoyada en el brazo y su atención fija en aquella chica, comprobando que respirase, observando sus labios murmurar en silencio, hasta que le venció el sueño. Y por primera vez en bastante tiempo, descansó.



Eran las diez cuando Mario abrió los ojos incomodado por la luz que entraba por la ventana e impactaba directamente en ellos. Tras ver la cama vacía de Sandra dirigió su mirada al suelo, donde ella hacía abdominales sin percatarse de que él se había despertado.

Terminó una serie de cinco resoplando y se levantó para mirarse en el espejo. Subió su camiseta hasta el pecho para observar detenidamente su abdomen. Desde la cama, Mario pudo comprobar cómo se marcaba cada una de sus costillas y su columna vertebral.

Ella encogió y sacó una tripa inexistente con cara de preocupación. Se puso de perfil, de frente y después se dejó caer derrotada en la cama.

—Nunca he visto un saco de huesos tan de cerca —dijo Mario provocando que la aludida diera un bote del susto.

—¿Me estabas espiando?

—Duermo aquí y te aseguro que no tengo ningún interés en comprobar cómo un esqueleto se desviste. Ya lo descubrí en las clases de anatomía en el instituto.

—Muy simpático, pero tú comes y no engordas. Y si lo hicieras daría igual porque eres hombre y puedes lucir barrigón sin problemas. ¿Sabes lo que es ser mujer y tener que mantenerte en los estándares de belleza? Si subo una foto a Instagram gorda me abuchearían.

—¿Y qué?

—Para algunas cosas eras bien listo y para otras, idiota perdido.

Mario se sentó en la cama.

—Pues explícame entonces. ¿Cuándo te miras en ese espejo qué ves?

—No te importa.

—¡Claro que sí! ¿Qué demonios ves ahí que tanto odias?

Ella se levantó y acercándose le miró, tan intensamente que Mario se reclinó un poco hacia atrás.

—¿Quieres saberlo? ¿De verdad? Veo a alguien que necesita mejorar. Y eso estoy intentando. Ya podrías aplicarte el cuento.

—¿Yo? —se señaló con las manos mientras ella se alejaba hacia el baño.

—Bebes demasiado y con eso no conseguirás olvidar a nadie.

Y cerró la puerta tras de sí.



El Williamsburg Colonial era un gran museo al aire libre compuesto por antiguas edificaciones del siglo XVIII donde gente vestida de época ejercía las labores cotidianas de entonces entre carruajes de caballos, animales de granja y turistas cámara en mano.

Sandra parecía disfrutar de lo que estaba viendo, debía ser diferente trabajar allí que visitarlo porque no paraba de entrar en las diferentes casas y hablar con personas que mostraban cómo hacer sus diferentes oficios. Incluso reconoció a uno que hacía de joven presidente Thomas Jefferson y que había sido compañero de mesa en el colegio.

En un cierto momento se detuvo y mirando a Mario hizo un intento de sonrisa.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por haberme traído —y se marchó a saludar a una granjera que le

pareció reconocer.

Mario sabía que en un rato se jugaba completamente su amistad. Iba a llevarla a ver a su madre. La idea podía salir mal o rematadamente mal. En Los Ángeles le pareció una buena solución, ahora aquí lo dudaba. ¿Quién le mandaría a él meterse en semejantes líos? ¿No era mejor dejar a cada uno que siguiera con su vida? Miró a Sandra y recordó la imagen que proyectó el espejo. Si había alguna posibilidad de conseguir que ella mejorara, no iba a dejar de intentarlo.

Así que, después de comer él un sabroso pastel de carne y ella una ensalada, que subdividió en diminutos trocitos, le dijo que iban a dar una vuelta en coche hacia Jamestown, otra ciudad histórica junto al río James. No sospechó.

Quizás comenzó a dudar cuando Mario consultó la dirección en el jirón de papel que llevaba en el bolsillo.

—Tira hacia adelante —le indicó—, mi primer novio era de Jamestown. Un imbécil con poco cerebro.

—¿Cuántos años teníais?

—Nueve.

Mario se rio entre dientes.

—Digamos entonces que el pobre tenía el cerebro en crecimiento.

—Di lo que quieras, me dejó por una de once.

—Una vergüenza.

De pronto miró al frente, mientras Mario giraba el volante para meterse por una calle perpendicular.

—Por aquí no se va —murmuró ella.

—Lo sé —aceleró hasta que abandonaron la última urbanización de casas hechas con estilo para internarse entre otras más abandonadas.

—Esto no me gusta.

A la izquierda se abrió un claro con un montón de viejas caravanas.

Algunas destartaladas, otras con pintadas. Aparcó junto a una camioneta de color azul desteñido.

—No tienes derecho —masculló Sandra agarrada al cinturón de seguridad. Se quedó clavada en el asiento.

—Solo un minuto —rogó él, vuelto hacia ella—, dame un minuto.

—No sabes nada de mí, no me conoces. No te metas en mi pasado.

—Por favor —Mario descendió del coche y lo rodeó para abrir su puerta—. La Sandra que yo conocía hubiera levantado el mentón y hubiera avanzado entre todos estos analfabetos pueblerinos con la gracia de una estrella de cine.

—La Sandra que tú conocías era una gorda idiota.

—No —se inclinó sobre ella y desabrochó su cinturón de seguridad—, sal del maldito coche y demuestra lo que vales.

—Después de esto, me largaré a Los Ángeles. No quiero que vuelvas a hablar conmigo —sus manos temblaban cuando se sujetó a la puerta para bajar—. Vas a ver de qué pocilga vengo y espero que entiendas entonces lo que he tenido que hacer para dejarlo atrás.

Él simplemente asintió con la cabeza y la siguió por entre las caravanas, sorteando sábanas tendidas, sillas raídas y latas de cerveza aplastadas. La de su madre estaba marcada con un número cinco mal pintado en un lateral de la puerta. Tenía macetas rosas con plantas y dos enanos de jardín de gorros rojos que marcaban un pequeño sendero hasta la entrada. El exterior estaba limpio, había visillos en las ventanas y una gran antena de televisión.

Sandra se detuvo a un metro escaso de la puerta. Mario avanzó y golpeó la chapa. Dio un paso atrás y buscó con sus dedos la mano de Sandra, pero ella le rechazó con un empujón.

La puerta se abrió. Había una mujer detrás. En un momento fue bella, de ello no había duda: rubia, de pelo lacio y expresivos ojos aguamarina. Sin embargo, su delgadez extrema, los surcos azulados en sus mejillas y un mohín gastado en su boca habían borrado los rastros de un pasado mejor.

—Hola, Sandra —saludó nerviosa la mujer. Temblaba.

Sandra se apretó un poco contra Mario, los dedos de ambos se rozaron.

—Madre —contestó ella—, este es Mario. Pero supongo que ya le conoces.

—Hemos hablado por teléfono —murmuró ella, sus ojos estaban posados sobre su hija. Miraba lo mismo que Mario llevaba días mirando—. Por favor, pasad.

—¿No tienes ningún novio borracho en tu gran salón? —preguntó hiriente Sandra.

—No, desde hace tiempo no —indicó el interior. Mario pasó primero, Sandra dudó un instante pero le siguió.

La caravana olía a café recién hecho, también a ambientador de vainilla. A la derecha había una sala de estar con un sofá y dos sillas, una pequeña mesa entre ellos y un televisor menudo encima de varias cajas de zapatos. A la izquierda, una cocina de muebles viejos. Al fondo, una puerta entornada tras la que se veía una cama.

La mujer señaló el sofá y se sentaron.

—Me llamo Joan —dijo mientras servía el café en unas tazas desiguales—. Encantada de conocerte, Mario, gracias por esta visita.

—Solo será un minuto —saltó Sandra—, en ningún momento he querido venir. Me ha engañado.

—Lo entiendo —apoyó el café en la mesa y les pasó el azúcar—. Intenté hablar contigo en enero pero supongo que me colgaste.

—Supones muy bien. ¿Y se puede saber qué interés, que no sea económico, tenías?

—Te equivocas.

—Ya. Después de, ¿cuánto? ¿Diez años? ¿Me llamas para felicitarme por lo bien que me va la vida sin ti?

—No —el pulso de Joan tembló cuando se llevó la taza a los labios—. Te llamé porque vi en ti lo mismo que en mí.

La cara de Sandra se encendió.

—¿Disculpa?

Mario trató de tranquilizarla poniendo la mano en su rodilla, pero ella se la apartó de un manotazo.

—Has caído como yo caí —dijo Joan.

—No quiero escuchar más tonterías —se levantó. Su madre se irguió ante ella cerrándole el paso.

—Me vas a escuchar. Lo harás —su tono se endureció—. Tu padre colgaba cada vez que te llamé desde que te mudaste con él y después, cuando murió, ya era absurdo hacerlo. Hubieras pensado lo mismo que ahora, que tenía un interés. Pero te equivocas. He sido una madre pésima, lo sé, pero porque soy una persona pésima, desequilibrada, siempre me he sentido inferior, estúpida, gorda, fea y traje al mundo al ser más bello que podía haber.

—No...

—Y ahora ese ser bello, precioso se ha convertido en un fiel reflejo de mí misma, de mis inseguridades, de mis inestabilidades. Pero no puedo permitirlo. Tú eres mejor que todo eso. Tú estás hecha para triunfar, no para dejar que el mundo te hunda, te pise.

—No sabes nada de mi vida ni de cómo soy.

—Lo veo. No sé quién te ha hecho sentir inferior o qué te ha sucedido para martirizar así a tu cuerpo. Cuando te vi en los premios esos en la tele, mi alma se hundió. Aquella no eras tú, solo era una cáscara flaca y vacía.

Sandra la apartó a un lado y salió huyendo de la caravana. Mario se levantó rápidamente y antes de correr tras ella, puso su mano en el brazo de la mujer.

—Gracias —susurró.

Ella bajó la mirada, entre sus finas pestañas distinguió lágrimas.

El sol del exterior le hizo entornar los ojos mientras avanzaba hacia su coche. Sandra estaba apoyada contra él, su rostro contraído, furioso, sus manos agarrotadas clavándose las uñas en las palmas, los nudillos pálidos.

—Vámonos —ordenó.

El regreso al hotel discurrió en el más completo y tenso de los silencios.

Al entrar en la habitación, Sandra se lanzó a hacer su maleta a trompicones. Mario la observó desde la puerta, su espalda apoyada contra ella, sus brazos cruzados sobre el pecho.

—No hay avión hasta dentro de dos días —murmuró.

—Sé coger un autobús e incluso hacer auto-stop.

—Tardarías una eternidad en cruzar el país.

Ella continuó metiendo su ropa con desorden, empujándola hacia abajo para que cupiera toda. Mario se acercó y cerró la maleta.

—Déjalo. Puedes insultarme si quieres.

Sus ojos se encontraron. Podía leer la rabia en los de ella.

—¿Por qué quieres ayudarme? ¿Qué quieres de mí? ¿Sexo quizás? ¿Algo para olvidar a Miriam?

—No me gusta el sexo con esqueletos.

—Ya. Sé cómo me miras, como todos lo hacen. Queréis alguien perfecto de quien fardar, alguien que quede bien en las fotos, un trofeo.

Mario tragó saliva. Buscó en su interior el ser más despreciable que encontró y contestó:

—¿Cómo lo digo para no ofenderte? —empleó el tono borde, el de gilipollas—. ¡Vaya, no me sale! Resumiré entonces: así das asco, Sandra. No te querría ni como calzador para los zapatos.

La cara de Sandra quedó deshecha, desencajada. Le había dolido. Mario se odió por ello pero mantuvo el rostro serio, seco.

—Entonces, ¿qué quieres? —bramó ella. Las lágrimas surcaban sus mejillas hundidas.

—Ayudarte.

—Me ayudarías marchándote y no volviendo jamás. Eres un engreído, un pájaro carroñero. Esperando desde tu árbol cualquier tropiezo de Sean para lanzarte sobre su chica. Eres un perdedor.

—No me vas a ofender, así que guarda tu saliva para cuando comamos una hamburguesa.

Ella esbozó una sonrisa, casi diabólica.

—¿Por qué te acostaste conmigo? ¿Por qué era lo más parecido a estar con ella? ¿Por qué lo hiciste si tanto asco te doy?

—Porque eras imprevisible, fascinante. Eras una mujer preciosa.

Sandra cayó de rodillas delante de Mario, que no pudo cogerla antes de que sus piernas chocaran contra la moqueta. Comenzó a llorar con rabia, con angustia.

—Era —repitió ella gimiendo, hipando.

Mario la abrazó contra él. Su cuerpecillo temblaba entre sus brazos sin control. La apretó con más fuerza y apoyó su mejilla contra su pelo dorado hasta que poco a poco, los espasmos se fueron espaciando.

—Ayúdame —su voz fue un susurro.

19

# Sandra

Sandra salió de trabajar casi a media noche. Aquella Navidad las ventas se habían disparado y aunque se fiaba de que su amiga Alison se quedara al cargo de la boutique, a ella también le gustaba ayudar y, sobre todo, comprobar que el negocio funcionaba muy bien. Se sentía como una absoluta triunfadora.

Al salir a la calle sonrió elevando su vista al cielo. Su padre, que seguramente la estaría viendo desde allá arriba, ya que poco más se podía hacer allí, debía sentirse orgulloso de ella.

Dos adolescentes que salían de fiesta se detuvieron a mirarla. Ella se estiró sobre sus altos y caros tacones y giró su rostro hacia otro lado. Niños. Cuando condujeran un Porsche y no unas Converse rojas, que volvieran a por ella.

Tomó un taxi por los pelos y se sentó muy recta en el asiento posterior.

—692 de Ocean Drive, Manhattan Beach —dijo mientras observaba alejarse el precioso escaparate de su tienda.

Se sentía agotada pero feliz. Los sustos habían finalizado. Miriam ya estaba en casa, con una cicatriz feísima en la tripa pero viva al fin y al cabo; el asesino, muerto y enterrado; y lo más importante, su amiga y bombón Weller volvían a estar juntos. Ya no tendría que aguantar los lloros, lamentos y penas de aquellos dos cuando estaban separados. Era realmente insufrible.

—Una noche muy buena —comentó el taxista, dirigiéndole una sonrisa por el espejo retrovisor.

—Usted a lo suyo —le cortó.

El hombre devolvió su atención a la carretera y Sandra se relajó. Eso, ya no tendría que tragarse las danzas de apareamiento de aquellos dos. Dios mío, eran peor que adolescentes.

Sin embargo su relación con Nicholas iba viento en popa. Su novio (se repitió de nuevo a sí misma la palabra novio), un famoso director de cine nada menos, la tenía en un pedestal. No había nada mejor que escoger parejas menos agraciadas, así ella era como una diva, una diosa del... ¿cómo se llamaba el templo griego ese que se caía a trozos? Ah, sí. Una auténtica diosa del Coliseo.

En cuanto el taxi aterrizó en su calle y pudo poner un pie fuera de él, se dio cuenta de lo cansada que estaba. Y aún quedaban las rebajas, los Globos de Oro y los Óscar.

Su casa, bajo la única luz de una triste farola, parecía algo decrepita. Sobre todo si la comparaba con la dichosa mansión que el asqueroso de Sean estaba reformando al lado. Vamos, que no había otro sitio más cerca. Pared con pared.

Abrió la puerta y se deslizó en el interior. El aroma a hogar y a salchichas, que debía haber preparado su siempre hambrienta compañera, la invadió. No cambiaría aquella casa por la más fastuosa de Beverly Hills. Allí había vivido feliz con su padre, allí había despuntado como actriz, allí había acogido a un ratón de biblioteca más raro que un extraterrestre que seguramente dormitaba escaleras arriba, acompañada del pesado de su novio. A ver si se mudaban de una vez.

Fue a su habitación y se descalzó lanzando los zapatos a una esquina. Se quitó el Gucci de dos piezas sin apartar la mirada del largo espejo del dormitorio. Ya con tan solo su diminuta ropa interior de Victoria's Secret revisó de nuevo su reflejo. Era un asco comprobar que los años pasaban y que la ley esa por la que todo se cae, comenzaba a hacer efecto en ella. ¿Y para esa ley no había vacuna? Vaya mierda de científicos, mucho pelo blanco alborotado y poco descubrimiento importante.

Se puso el camisón y se coló entre las sábanas de raso y las cincuenta almohadas y cojines que decoraban su cama. Era una auténtica diosa.

Por si no había suficiente jaleo en aquellas fechas, les llegó un nuevo bombazo: David, el agente de Sean, y su hermana Kim se casaban.

Sandra abrió su vestidor con desidia y se situó entre las baldas y cajones llenos a rebosar de ropa y complementos. Buscó algo en concreto y tiró de una percha para localizarlo. Se trataba de un precioso vestido granate de Vera Wang con escote palabra de honor y un corte sirena que pondría de manifiesto su perfecta figura.

Se quitó la ropa deportiva con la que iba a ir al gimnasio hasta que se había enterado de la noticia y se introdujo dentro del vestido. Era una hermosura. Subió la cremallera pero su intento quedó frustrado al detenerse en sus caderas. Tiró de nuevo hacia arriba pero el maldito vestido no cedió.

—Mierda —masculló en voz alta.

¿Qué le pasaba en las caderas? ¿Habría echado culo? Se volvió a mirar en el espejo, dio vueltas sobre sí misma. Todo parecía en el mismo sitio que un día antes.

Bufó mientras se liberaba del vestido y lo lanzó a la cama. Tendría que mover la cremallera para que le entrara. Aquello resultaba vergonzoso, así que, en vez de llevarlo a arreglar a la costurera de su propia boutique, se lo encargaría a alguna desconocida.

Al menos los zapatos a juego seguían entrándole. Se tiró en la cama derrotada, el día comenzaba muy mal.

••

El olor a café fue lo único que le hizo levantarse y sacar la nariz fuera de su dormitorio. Se lanzó a por una taza mientras Miriam comentaba emocionada la nueva noticia. Tampoco era un acontecimiento tan importante, dos adultos muy adultos casándose no tenía nada de glamour, más bien todo lo contrario. Al menos serviría para acudir con Nicholas y demostrar al mundo la suerte que tenía.

Dejó a su compañera parloteando sobre un tal señor X que les prestaba su

isla en los Cayos de Florida para realizar la boda y salió al porche.

El aire fresco de diciembre le golpeó la cara. Las olas rompían como auténticas locas contra la arena y varios surfistas se afanaban por dominarlas. Sandra se divirtió viéndoles hacer el ridículo una y otra vez y, cuando comenzaron a prestar atención a la rubia que les miraba desde aquel porche, Sandra se dio por realizada. No sabía cuantos minutos pasarían hasta que alguno de ellos se lanzara a venir a hablar con ella, seguramente primero a pedirle la hora, pero no tenía ganas esta vez de quedarse a comprobarlo. Que el dichoso Vera Wang no le pasara de las caderas le molestaba cada vez más.

Decidida, volvió a entrar en casa y preparó su bolsa del gimnasio. Le iba a echar una bronca de campeonato a su entrenador personal por estar convirtiéndola en una Jennifer López. Tenía dos semanas escasas para volver a su talla anterior, más le valía a aquel hombrecillo de hombros anchos y patitas de gallina hacer un milagro con ella.

Se despidió de Miriam con la mano. Se estaba tomando la segunda tostada sin ningún remordimiento de conciencia. Realmente había traído a un extraterrestre a su casa.

••

En aquellas dos escasas semanas, la costurera y el entrenador personal hicieron el milagro y Sandra pudo lucirse en la boda como la estrella de Hollywood en la que se estaba convirtiendo.

La mansión del señor X, que resultó ser la que Miriam había estado construyendo los meses anteriores a su intento de asesinato, era como mínimo impresionante. Una isla privada con vegetación abundante rodeada por el agua clara de los Cayos.

Pese a que dar rienda suelta a sus emociones no solía ser algo habitual, los ojos de Sandra se enturbiaron al contemplar a David y a Kim ante el sacerdote. Al lado de cada uno, Sean y Miriam se lanzaban miradas cómplices. Si ella lo había pasado mal con todos los acontecimientos de aquel

horrible año, Sean aún más. Ahora lo que leía en él, en su rostro cuando miraba a su amiga, la enternecía, le parecía singularmente hermoso. Y dudaba que ella pudiera sentir algo así jamás.

Se apretujó contra Nicholas. Pese a que hacía una temperatura envidiable en Florida, la pérdida de calorías por todo el ejercicio y la dieta le provocaba tiritona.

—¿Tienes frío, cielo? —le preguntó él. Aunque su novio no tenía mal tipo y su cara resultaba simpática, su gusto para vestir dejaba mucho que desear. Sandra le colocó de nuevo la corbata a rayas verdes y diabólicamente naranjas.

—Un poco.

—Normal, mucha carne al aire —dijo Nicholas con indiferencia.

La palabra «carne» resonó en la cabeza de Sandra con estrépito.

—¿A qué te refieres? —siseó.

—Pues... —pareció darse cuenta de que la conversación no tomaba un buen camino—, que llevas los hombros al descubierto y parte de... la pechuga. Normal que tengas frío.

—Qué encantador —Sandra arrugó el ceño—, no entiendo por qué las mujeres no se lanzan a tus pies.

—No te pongas así, estás preciosa.

Ella sonrió ampliamente.

—Por supuesto que lo estoy. ¿Te gusta el Vera Wang?

—¿Quién es esa?

—Una diseñadora, tonto. Hasta los escolares lo saben.

—Pues sí. Me encanta tu Vera lo que sea —susurró—, pero...

—¿Pero?

—Pero, ¿no te es incómodo tan ajustado a las caderas?

—Eres idiota —masculló ella alejándose y dejando una silla vacía entre

los dos.

Él levantó los hombros sin comprender. En ese momento, los contrayentes se daban un beso y los asistentes comenzaron a aplaudir. Sandra se vio en la obligación de hacerlo también y relegó a un momentáneo olvido aquella fastidiosa conversación.

••

No sabía por qué una tontería insignificante como aquella conversación le martilleaba sin cesar el cerebro. Era como tener un disco rayado en la cabeza con el mismo pensamiento repitiéndose una y otra vez. Ahora parecía que las prendas de ropa ya no le quedaban igual de bien que antes. Sin embargo, la báscula marcaba los mismos kilos.

Se bajó de la bicicleta estática sudando como un pollo y se bebió la botella de agua. Su monitor la instó a continuar con cara de perro pero no le prestó atención. Su mirada se había quedado fija en una belleza rubia de unos veinte años que lucía una figura estupenda en la clase de al lado. Miró su cintura de avispa, las delicadas líneas de sus largas piernas, sus fibrosos brazos.

—Manuel, quiero estar como esa —Sandra la señaló.

—Cariño —su entrenador se situó a su lado quitándole la botella de la mano—, le sacas diez años a la criatura. Es imposible tratar de igualarla.

—La palabra imposible no existe para mí. Dame una tabla de ejercicios buena.

—Tienes la mejor, ven todos los días en vez de dos, uno o ninguno a la semana.

—Me da una pereza terrible pensar en verte todos los días —Sandra sonrió.

—Y a mí más tener que escuchar tus quejas.

—Vale. Vendré, tenlo por seguro.

Él hizo una mueca de desagrado.

—Ya me has amargado la semana.

Ella le golpeó la tripa con el puño.

—Prepárate para la nueva Sandra.

••

Y cabezona como la que más, comenzó a acudir cada día, primero dos horas, después tres, mientras lanzaba miradas asesinas a la rubia de la otra clase y comparaba sus cuerpos realizando las mismas posturas.

—Me vas a asustar a la niña —le gruñó Manuel—, pareces una auténtica psicópata.

—No me hagas hablar de psicópatas, que ya tengo un máster.

Él le señaló la máquina de correr.

—Media hora a buen ritmo. Sin parar.

—Te falta un látigo.

—No me dejan usarlo.

Sandra rio cansadamente pero subió a la cinta y comenzó a andar rápido.

—¿Por qué quieres parecerte a esa Barbie? —preguntó su entrenador aumentando con un dedo y cara de malicia la intensidad de la máquina—. Tú estás mejor que ella.

—No hace falta que me piropes, pienso pagarte lo mismo —jadeó ella corriendo, su coleta bamboleándose hacia todos los lados.

—Vale, señorita infeliz con su cuerpo de escándalo, pero cuidado con pasarse con las comparaciones o corres el riesgo de jamás contentarte con el resultado.

—¿Te pago también por aconsejarme?

—Me pagas lo suficiente para que cometa al menos un asesinato en tu nombre.

Ella resopló.

—¿Puedo parar?

—Diez minutos más, vaga. Dos series de abdominales y directa a por una ensalada.

—Te odio.

—Yo también.

••

En el vestuario se encontró con las gemelas Olsen. No es que se tratara de ellas precisamente pero lo parecían. Siempre iban vestidas, peinadas y maquilladas de igual forma y siempre la seguían con la mirada en su camino desde la ducha hasta la taquilla, sumidas en el silencio.

—Hola —la saludaron.

—Hola —respondió Sandra buscando ropa interior limpia en su bolsa.

—¿Ahora vienes todos los días? —preguntó una de ellas mientras se rebozaba en crema hidratante.

—Sí.

—No lo necesitas —añadió la otra—, estás fabulosa.

Sandra se giró hacia ellas intrigada. Ambas esbozaron una sonrisa.

—Gracias. Vosotras también —lo decía en serio. Aquellas dos chicas eran la perfección en su estado más puro.

—Eres muy amable, pero tener a la súper modelo Charlotte en la clase contigua no anima demasiado —contestó una.

—Ah, es ella. Ya decía yo que me sonaba —Sandra recordó el último desfile de Victoria's Secret y a su nueva incorporación, una francesa llamada

Charlotte—. Dicen que sale con Leonardo di Caprio.

—Eso no tiene ningún mérito —murmuró una—, ¿quién no ha salido con ese tipo alguna vez?

—Yo desde luego que no. Creo que me acordaría —Sandra sonrió terminando de vestirse.

—No nos hemos presentado —la que ya parecía una tostada de tanta crema untada le tendió la mano—, me llamo Mia y ella es mi amiga Anna.

—Encantada —Sandra se la estrechó—, yo soy Sandra.

—Sabemos quién eres —dijo Anna—, la hija del guionista de cine. Es increíble conocerte.

Sandra se hinchó de orgullo.

—Bueno, gracias. No es para tanto.

—Para nosotras eres un ejemplo a seguir —añadió Mia—. Vamos a dar un paseo por la playa, ¿te gustaría acompañarnos?

—Vale —aquellas dos chicas le empezaban a caer bien—, me apunto.

••

Durante más de una hora parlotearon sin parar sobre las fiestas de Hollywood, preguntaron a Sandra infinidad de curiosidades sobre los famosos o las ceremonias de premios, la inundaron de elogios e hicieron que durante ese rato volviera a sentirse perfecta.

—Mi hermana se casa en un mes —contaba Mia—, el vestido de dama de honor era un horror de pequeño pero claro, no iba a ser yo la única en cambiar la talla si al resto de damas les valía, así que comencé una dieta estupenda que me recomendó Anna. En solo dos semanas no solo entro en el vestido sino que igual hasta me queda grande.

—Vaya —Sandra la miró sorprendida, ella tenía el mismo problema para la boda de Kelly—. ¿Y en qué consiste esa dieta?

Anna detuvo su paso y la tomó de la mano.

—Sandra, si te la cuento deberás mantenerla en secreto.

—Vale. Soy como una tumba.

—Tenemos más amigas que la están realizando —continuó ella—, hemos hecho un grupo de WhatsApp y nos contamos los avances, los gramos que perdemos, lo que comemos o no, somos como una gran familia. Y estaríamos súper felices si alguien como tú quisiera compartir su tiempo y su experiencia con nosotras.

—Suenan bien —pensar que aquellas chicas casi adolescentes le mostraran tanta estima le hacía sentirse muy halagada—. Me encantará pertenecer a vuestro grupo.

Ambas la abrazaron con sonrisas pletóricas.



Durante las siguientes semanas comenzó a llevar a la práctica las sugerencias que le hacían sus nuevas amigas: anotar lo que comía en un bloc, apuntar cantidades y calorías, gramos que ganaba o perdía... En aquellos días se pesaba tantas veces que tuvo que mover la báscula del baño a su dormitorio, junto al espejo, para poder admirar los progresos.

Las otras chicas del chat resultaban igual de simpáticas y cariñosas y parecían tenerla por una estrella. Le mandaban fotos, le enseñaban la ropa que ya les quedaba grande y también le enseñaban trucos para disimular con la dieta.

No todo el mundo iba a entender como ellas que castigar un poco al cuerpo de vez en cuando y privarle de alimento y bebida resultaba beneficioso. En las mentes de la gente predominaba la idea de que comer era tan necesario como respirar y no se daban cuenta de lo equivocados que estaban. El hambre no podía vencer sobre nuestro cerebro, todo era una invención de una sociedad consumista que agotaba los recursos de la tierra sobrealimentándose.

Y de entre todos, la peor era Miriam. Tenía una obsesión enfermiza por comer cada tres horas, como si fuera un bebé de pecho. Aquella situación comenzaba a hacerse insostenible para Sandra, por lo que rogaba para que la remodelación de la casa se terminara de una vez y su compañera se marchara. Así no podría servirle un nuevo filete en cuanto veía su plato limpio.

Gracias a Dios le habían dado un truco infalible donde lo demás fallaba: los laxantes. Si se veía en la obligación de comer algo más de la cuenta, se tomaba uno y mano de santo, enseguida desaparecía de su organismo, dejándola limpia. La sensación de triunfo aumentaba con cada gramo menos, con cada ánimo de más.

Sandra cerró la libreta donde apuntaba sus logros y la escondió en el cajón de su mesita de noche. Aún quedaba mucho para la boda de Kelly y ya cabía en el vestido, pero seguía pensando que podía mejorar más. El espejo siempre le devolvía una imagen triste de su persona. Ya no se veía guapa, solo notaba demasiadas curvas en sus caderas o una cintura gruesa; a veces sus muslos le resultaban tremendamente gordos o su vientre relleno, como el de un pavo de Acción de Gracias. Cuando eso le pasaba, hablaba con sus amigas del grupo de WhatsApp y entre todas siempre encontraban las palabras para hacerla sentir bien, la animaban, la apoyaban.

En ese periodo, sus otros amigos empezaron a resultarles un fastidioso estorbo. Ya no solo querían salir de fiesta, sino que se empeñaban en ir de cena de vez en cuando. Sandra los odiaba por eso. Llegarían a viejos con tanta grasa en el cuerpo que al morir se derretirían en mantequilla. La sola idea le dio un asco espantoso y tuvo que ir a vomitar al baño.

Llamó a Kelly y le dijo que no se encontraba bien para acompañarlos. Después fue postergando cada vez más sus visitas a la boutique, para no tener que encontrarse con Alison, y fue aumentando las del gimnasio. También iba a las casas de Mia y Anna, que aunque todavía vivían con sus padres, pasaban la mayor parte del tiempo solas. Allí estaba tranquila. No tenía que fingir. Era únicamente ella.

••

Llegaron los Óscar. La alfombra roja tembló con su perfecto modelo en dorado de Donatella Versace, abierto desde los costados hasta los muslos. Estaba realmente impresionante, lo sabía. A Nicholas casi le da un patatús al verla, pero solo la elogió en dos ocasiones para luego deshacerse en halagos al pulcro y virginal vestido aburrido de Cate Blanchett. Los hombres eran estúpidos, no había duda.

Aunque la ceremonia fue suya y brilló con más luz que nadie, sus amigos solo recordaban a Miriam y su incoherente respuesta a una reportera. Vaya panda de idiotas. Los Hilfiger, los llamaba su compañera. Los Hidiotas, los

iba a llamar ella.

Al menos, Miriam ya había abandonado el nido y se había largado a su nuevo hogar. Mejor.

Sandra se quitó las sandalias y se masajó los pies. Aquellos tacones resultaban infernales pero la culpa, la verdadera culpa, la tenía su cuerpo que era demasiado voluminoso para sostenerse sobre sus dos pequeños pies. Fue al baño a limpiar su organismo de las pocas cosas que había comido y después se puso el camisón.

El silencio en el piso de arriba resultaba aterrador. Odiaba que su compañera moviera la cama al meterse en ella, pero ahora odiaba más no escucharla.

Estaba sola de nuevo. Sola con todos sus problemas, con sus desdichas, con su infelicidad. Ya no podía gritarle algo hiriente a su amiga para que bajara, se pelearan y luego se reconciliaran. Ya no podría buscar su ayuda sin parecer querer hacerlo.

Se metió en la cama y con una brusca tiritona se tapó con el edredón. Un siseo apenas perceptible se deslizó por las baldosas del piso de arriba. Otra vez el fantasma. Cerró los ojos con fuerza. No permitiría que trastocara sus pensamientos.

••

A Hawái. Miriam se largaba a Hawái. Y ella, ¿qué? A nadie le importaba si estaba bien, si se sentía sola, si necesitaba algo. Era invisible para todo el mundo.

Solo sus amigas la consolaban. Hacía unos días, una de ellas había sido ingresada en un hospital. Sus padres la habían obligado a ir aduciendo que estaba enferma. ¿Enferma de qué? Era una chica que sacaba unas notas envidiables, campeona de gimnasia rítmica, amable y dulce y la ingresaron por estar delgada. De lo que tendría que preocuparse aquella madre era de no pavonearse ante ella y hacerla sentirse siempre como una porquería. Allí la

única que actuaba mal era ella y el invisible y trabajador padre.

El chat resultó el mejor sitio de reunión, de terapia. En aquel lugar Sandra se sentía tan a gusto y acompañada que ya no ansiaba nada más.

Organizó la fiesta de despedida de Miriam sin demasiadas ganas, ya que tendría que reencontrarse con sus otros amigos. Compró disfraces hawaianos, encargó comida por teléfono para no tener siquiera que verla, llamó a todos los conocidos y preparó la mejor de sus sonrisas.

Nadie pareció darse cuenta durante la fiesta de que ella había cambiado, de que se estaba convirtiendo en alguien mejor, de que la verdadera belleza iba saliendo a la luz. Nadie preguntó. A nadie le interesaba.

Y Nicholas. Nicholas la llamó gorda en su cara, delante de todos. Aquello fue el final. Sus amigas del grupo de WhatsApp la animaron a dejarle. Era un imbécil sin sentimientos que no se merecía ni una de sus sonrisas.

Ahora ya estaba libre de sujeciones. Miriam en Hawái, Nicholas triste y solo, los Hilfiger desaparecidos. Era el momento de tratar de ser feliz.

••

Se arropó con una manta mientras contemplaba un catálogo de moda. Alison le seguía mandando mensajes explicándole cómo iban las ventas, pero ella ya no respondía. Se apañaban perfectamente sin ella.

Cogió unas tijeras y empezó a recortar lo preciosos cuerpos de las modelos hasta hacerse con un sinfín de pequeñas mujeres en bonitos trajes y vestidos. Todas fastuosas, brillantes, perfectas... delgadas.

Odió cada parte de ellas, amputó sus pies, después sus manos, brazos, piernas, algunas cabezas. Ahora ya no serían tan felices. El frío se acrecentó y se tapó hasta la nariz.

El siseo del piso de arriba se hizo patente. Podía escuchar pisadas en las baldosas.

—¡Déjame! —gritó.

Su voz flotó en el salón hasta desaparecer. El silencio volvió a adueñarse de la habitación. Si aquel maldito fantasma era su padre, ¿qué quería ahora? Unos años atrás, trataba de mostrar el guion que había escondido, el que le dio de nuevo la fama. ¿Y ahora?

Se frotó la frente con una mano harta de semejantes pensamientos sin sentido. Estaba cansada. Se fatigaba tanto y tan pronto que debía ir a la cama en cuanto caía el sol.

Se levantó agarrada a su manta. Entonces empezó a escuchar los golpes. El corazón le dio un vuelco, ¿qué diablos era eso?

Abrió la ventana de la cocina y sacó la cabeza. Alguien aporreaba la puerta de casa de Sean con decisión. Con tanta que parecía querer tirarla abajo.

Se dio cuenta de que bajo la maraña de pelos despeinados rubios estaba el Negativo. Salió a la calle sorprendida.

—¡Estás loco! —le increpó—. ¿Se puede saber qué demonios estás haciendo? Vas a hacer saltar la alarma.

—¿Dónde está Míster Hollywood?

—No pienso contestar. Tienes pinta de ir a meterle dos tiros.

Mario saltó por encima de la diminuta y frágil verja blanca que separaba ambos jardines. Sandra dio un paso asustada hacia atrás. Aquel chico estaba desequilibrado.

—Dímelo —la agarró por la muñeca con fuerza. Su perfecta, grácil y delgada muñeca, signo de su nueva belleza—. Miriam tiene problemas.

17

# Miriam

Saber que Samuel Perry había diseñado aquel hotel no iba a incapacitarme. El señor Tornos había apostado por mí y haría lo que pudiese mientras el volcán no entrara en erupción o se me zampara un tiburón con mala leche.

Lilo estaba tan enfadada tras nuestra conversación sobre el arquitecto manilargo que no me volvió a hablar por temas extralaborales hasta pasados varios días. Quería explicarle cómo era aquel individuo pero, ¿y si había cambiado? ¿Y si le estaba condenando antes de tiempo?

—Un chiste —Ben llevaba un rato quieto a mi lado mientras veíamos subir los palés a la primera planta de la construcción—: una rata se hace novia de un murciélago y otra rata amiga suya le dice: «Vaya novio tan feo que te has echado». A lo que la primera le responde: «Sí, pero es piloto».

Sonreí. Sin más.

—Es muy malo.

—Ya, pero te ha alegrado la cara —su pelo rojizo se descolocaba por la brisa de la mañana—. ¿Estás así por Lilo? ¡Pasa de ella! Desde que ese arquitecto apareció por la constructora ya no es la misma.

Me volví hacia él.

—Noto cierto deje celoso.

Se sonrojó.

—Esa es una batalla perdida.

—¿Puedo preguntar si has hecho algún movimiento en la batalla para pensar así?

—Bueno, lo intenté. Le mandé una invitación para un concierto firmada por un admirador secreto. Y aunque no te lo creas, no fue.

—No me extraña, podía tratarse de un psicópata peligroso. ¿Y algo un poco más directo y... personal?

Él torció el gesto y como siempre, lamenté profundamente inmiscuirme en los problemas de corazones ajenos.

—¿Sabes, Ben? —comencé a decirle. Sabía que mis palabras me dolerían pero aun así debía explicárselo—. Yo fui una vez una Lilo. También trabajé con Samuel Perry, también pensé que todo lo que yo diseñaba le gustaba y también me sentí apreciada y reconocida. No hice caso a las recomendaciones de un amigo, me dejé llevar por las palabras del arquitecto, aquellas que mi autoestima ansiaba escuchar, y de repente me vi acosada por él. Pudo haber sido peor —tomé aire recordando su cuerpo pegado al mío en una sala de la Biblioteca Pública de Nueva York— pero tuve suerte. Yo escapé.

La cara de Ben estaba pálida.

—Nunca me ha gustado ese hombre —murmuró.

—Yo fui idiota y no me di cuenta. He intentado hablar con Lilo, pero no me hace caso. Puede que Samuel haya cambiado o que yo... —agité la cabeza—. No sé cómo decírselo.

—Yo lo haré —apuntó tajante—, más vale que me escuche. Si no, dimíto.

—Hombre...

—Sí, me vuelvo al continente. No sabes lo que me apetece estar en algún lugar frío donde no me tenga que untar factor de protección de niños cada vez que salgo de casa.

Lilo hacía señas desde la caseta de nuestra oficina. Nos acercamos.

—Una llamada para Miriam —dijo mirando a Ben y evitándome a mí.

—Me doy por enterada —entré en la cabaña. La radio estaba conectada y silbando. Producía un ruido grimoso que seguro invitaba a más de uno al suicidio—. Kauai, aquí isla Cruasán.

—Cruasán —repitió el hombre al otro lado. Ahora ya sabía que se llamaba Malako—, tengo un mensaje de Sandra Dylan de Manhattan Beach.

—A la escucha.

—*Hola cielo* —carraspeó con su voz ausente de emoción—, *espero que estés disfrutando haciendo tus cosas. ¿Hay muchos hawaianos cachas en falda por ahí? Dímelo y cojo un vuelo. Por aquí todo bien. Aunque no me lo creo ni yo, tengo ganas de verte. Un beso para ti y otro para el dueño de esa voz masculina de Kauai.*

—Gracias, Malako —pude decir entre avergonzada y divertida.

—¿Alguna respuesta? —preguntó con la misma robótica entonación.

—Vale. Ahí va: *Yo también te echo de manos, Sandra. Ven cuando quieras, esto te va a encantar.*

—Bien. ¿Algo más?

—Nada. Gracias de nuevo.

La conexión se interrumpió. La radio volvió a chirriar con desesperación.

Ben y Lilo disimulaban desde la puerta como si no hubieran escuchado la conversación, pero una sonrisa guasona invadía la cara del muchacho.

—Odio esta radio —murmuré al pasar a su lado.

—Darle un mensaje a Malako es como mínimo cortante. Llevo sin decirle a mi madre que la quiero desde que llegamos —me sacó la lengua.

—¿Y tu novio? —preguntó de repente Lilo—. ¿Le verás este fin de semana?

—No. Ha comenzado a rodar una nueva película. Quizás el siguiente —me extrañó el súbito interés—. ¿Por qué?

—Por nada —giró su rostro hacia la cima negra que nos guarecía—, pero si no tienes otro sitio al que ir, puedes venir a mi casa estos días.

—Te lo agradezco mucho, Lilo.

Ella torció el gesto y se marchó a echar la bronca a unos obreros que dormitaban bajo la sombra de una palmera.

—Ya se le ha pasado —dijo Ben con los brazos en jarras, observando a su amiga—. Es como un diminuto volcán, ruge y echa humo pero luego se calma rápido.

Asentí. Quizás ese fin de semana fuera un buen momento para contarle lo que me sucedió con Perry. Esperaba que no lo llevara mal.



El viernes llegó una tormenta. El mar se embraveció hasta límites nunca vistos para mí. Los dos brazos de nuestra isla protegían la playa de las grandes embestidas que se producían contra las rocas, levantando inmensas olas acompañadas de un ruido ensordecedor.

Los cuatro conejos y las tres ratas que constituían la fauna silvestre de Lehua habían desaparecido. La colonia de aves que se posaban cada día para contemplar el proceso de construcción desde la colina habían salido en estampida el día anterior, previendo lo que se avecinaba.

Así que el fin de semana se convirtió en una especie de diluvio universal del que no podíamos escapar, ya que ningún barco en su sano juicio se atrevía a cruzar el océano para venir a por nosotros. Además, nuestra caseta dormitorio se vino abajo y tuvimos que mudarnos a una de las que ocupaban los obreros. Nueve almas empapadas nos apelotonábamos bajo el mismo techo tambaleante, rogando para que no se desplomara aplastándonos a todos.

—Realmente el señor Tornos me trajo aquí a morir —le susurré a Lilo mientras los truenos hacían vibrar las paredes de chapa—; si no entra en erupción el volcán, me comerán los tiburones y si no, nos ahogaremos bajo la tormenta perfecta.

—Y hemos perdido la radio. No tenemos conexión con Kauai.

Hinché mis mofletes con aire cargado de pesimismo. En ese momento uno de los obreros, a quien yo llamaba El Cantor, ya que no paraba de entonar melodías durante el día, la noche o cuando iba al baño, sacó de debajo de su cama un ukelele. Otros le imitaron sentándose en corro en el suelo con tambores, maracas y palillos y empezaron a cantar. De las otras dos casetas llegaron el resto de obreros. La habitación se llenó de gente, pronto brotaron las risas y las notas de música, que borraron los pensamientos negativos.

Hasta nos animamos a bailar.

—¿Qué dice la canción? —le pregunté a Lilo cuando ya no pude evitar mover las caderas con el ritmo—. Es muy bonita.

—Bueno, habla sobre una tormenta que arrancó una isla del mar y la estampó en el cielo.

La miré perpleja.

—No fastidies.

—Ya ves. Tienen sentido del humor.

Suspiré sin saber si ponerme a bailar o a rezar, pero me di cuenta de que el agua ya no chocaba contra el techo con la misma fuerza. Asomé la cabeza por nuestra endeble puerta y, para mi sorpresa, vi que el cielo comenzaba a despejarse de nubarrones grises.

—Magia —me dijo El Cantor con el ukelele en la mano—, este trozo de madera con cuerdas siempre me ha dado suerte. Sabe qué hacer en el momento correcto.

Y salió al exterior alargando los brazos hacia unos rayos de sol que comenzaban a bañar la arena pálida de la playa, llena en ese momento de charcos, más bien lagunas. A la derecha, nuestra obra se había convertido en un lodazal. Patiné entre el barro hundiéndome hasta las rodillas mientras trataba de avanzar hacia ella. Al menos, seguía en pie.

Lo que obtuvimos de semejante tempestad fueron varios días de retraso, muchos materiales perdidos y a Ben enfermo.

Nuestra primera baja fue enviada a Kauai en helicóptero en cuanto el viento cesó. Lilo le acompañó quejándose de qué malos enfermos resultan los hombres, mientras el pobre chico se consumía por la fiebre.

Me quedé en tierra preocupada por Ben mientras observaba cómo los obreros se afanaban por quitar el lodo que recubría pilares, vigas, techos y suelos.

A última hora comprobé la radio, que había funcionado para pedir ayuda para Ben, pero que enseguida se había sumido en el más sepulcral de los silencios.

—Demonios —mascullé. No había nada peor que sentirse desconectada del mundo sin quererlo.

Salí al escuchar un ruido. Supe que regresaba el helicóptero antes de verlo aparecer, pero no se trataba del mismo.

Puse mi mano en forma de visera para observar mejor mientras el aparato descendía y se posaba con gracia en la desdibujada H de hormigón de nuestro modesto helipuerto.

Fui a su encuentro. Distinguí al piloto que se mantenía a los mandos y a otro hombre a su lado. Un tercero empezó a descender del aparato. Me mantuve lejos de las aspas, intrigada. El sol tardío se reflejaba en la superficie del agua dificultándome la visión.

Aquel hombre permaneció para mí como una oscura silueta hasta que estuvo casi a mi lado.

—Señorita Sanabria —dijo—, volvemos a encontrarnos.



Un segundo, quizás un año, tardé en contestar a Samuel Perry. Tenerlo frente a frente, con su perfecta sonrisa y sus más perfectos dientes tan cerca, me hizo dar un paso atrás.

—Buenas tardes —dije. Mi estómago encogido, mi corazón bombeando a toda velocidad, las piernas endebles.

Él extendió su brazo hacia mí.

—Un placer —mantuvo su sonrisa, su mano pidiendo que se la estrechara.

Lo hice. Samuel la retuvo entre las suyas mientras observaba el futuro hotel, con la vista fija en él. El calor de su piel me quemaba. Arranqué mi mano y señalé la obra.

—¿Qué le parece? —pregunté en un intento de mostrarme despreocupada mientras mi pulso parecía batir cualquier record de palpitations por minuto.

—Una porquería.

Mantuve el rostro imperturbable.

—Nos acaba de asolar un ciclón. Limpio no iba a estar.

—Si solo fuera eso —soltó una carcajada horrenda—. Lleva un retraso de seis meses y me encuentro una única planta a medio hacer. ¿Qué mierda de arquitecta eres, Miriam?

Cerré los puños a los lados de mi cuerpo. Me mordí la lengua.

—Una que está consiguiendo sacar adelante un proyecto imposible —musité.

El copiloto se acercó.

—Señor Perry, las ráfagas de viento están aumentando. Deberíamos regresar.

Él torció el gesto.

—Mira Dave —le dijo—. Esta es la encargada de semejante horror. ¿Ves aquí alguna señal de que se esté logrando algo? Yo no —Samuel pasó su sonrisa burlona del copiloto a mí—. ¿No aprendiste nada en mi estudio, Miriam? ¡Por supuesto que no! Estabas más interesada en flirtear conmigo, ¿verdad?

Sus palabras me abofetearon, dirigí mi mirada al otro hombre de rostro inmutable.

—Qué asco me dan estas niñas que solo pretenden escalar a costa de los demás. Querías hundir mi prestigio, ¿cierto? Casi lo consigues, malnacida.

Me resultaba tan difícil digerir lo que me decía, y más delante de otra persona, que era incapaz de coordinar una respuesta. Cerré la boca, que se había quedado abierta de asombro.

—No sé de qué me hablas —conseguí mascullar al final.

—No, claro —echó un vistazo a las casetas—. Vamos dentro y te lo explico.

—No —dije—. Si hay que hablar de algo, que sea aquí fuera.

Él arrugó la frente y se volvió hacia el copiloto.

—Dave, regresad en un rato. Quiero estar a solas con ella.

Busqué con la vista a los obreros. Seguían atareados en limpiar y arreglar desperfectos. Tan lejanos, tan inaccesibles.

—¿Tienes miedo? —preguntó.

—¿Por qué?

—Porque una vez ya corríste asustada como un cervatillo. Y ahora pretendes hacerlo de nuevo.

—Mire, señor Perry. Si no le gusta mi trabajo, lo dice y regreso a Los Ángeles, no tengo ningún problema.

Él se rio. Su carcajada quedó ahogada por el ruido del helicóptero al elevarse y sobrevolar la playa tomando dirección hacia Kauai.

—¿Ningún problema? Yo no diría eso. Más bien pensaría que estás en un gran aprieto, señorita.

—¿Ah, sí?

—Mario Tornos ya no es el dueño de Social Architecture —dijo saboreando cada palabra, observando lo que significaban para mí—, ahora lo soy yo. Y le he despedido.

—¿Qué?

—Lo que oyes. Así que muestra más respeto por tu nuevo jefe.

—Pero...

—Pero nada. Aunque no te des cuenta aún, tu trabajo me pertenece, tu vida... ¿crees que no sé que Tornos te estaba patrocinando para la Tarjeta Verde de residencia? ¿Sabes lo que significa si te despido yo ahora? Que perderás todas tus opciones de quedarte en mi hermoso país y a lo sumo en una semanita deberás abandonarlo.

La boca se me había quedado seca. En solo un segundo mi vida se había vuelto del revés. En solo un segundo, todos mis sueños, mis deseos, mi tranquila existencia se habían esfumado.

—No puedes...

—Por supuesto que sí, querida —ladeó la cabeza observándome con atención. Sus ojos estaban hambrientos—. Ahora vamos a entrar en esa caseta y me vas a mostrar qué me perdí cuando saliste huyendo de aquella biblioteca.

—No —susurré. Mi ira aumentaba por momentos.

—Te echarán del país, preciosa.

Por mi mente pasaron grandes recuerdos, Sean, Sandra, mi casa de Manhattan Beach, mis amigos... todo iba a desmoronarse como una torre de naipes. Sabía que Samuel lo llevaría a cabo, que destruiría mi vida y todo lo que me importaba, sabía que lo haría.

Negué despacio con la cabeza.

—No.

—Muy bien —hizo ademán de regresar al helipuerto pero en su lugar me agarró con fuerza del brazo y tiró de mí hacia la primera de las casetas. Le propiné una patada en la espinilla y me escabullí de sus brazos. Entonces me dio una bofetada que me tiró al suelo.

Caí boca arriba sobre la arena, pero mi cabeza golpeó contra algo más duro. Entorné los ojos, la visión se hizo algo borrosa. El cuerpo fuerte de Samuel, tan ancho como un nadador olímpico, tan alto como un ciprés, me contemplaba con los brazos cruzados.

—Entra en esa caseta —rugió, desmenuzando cada palabra.

Me incorporé despacio. Busqué con la vista el hotel, a los obreros, una salida. Pese a que había gritado, me di cuenta del ruido que envolvía la isla: las olas al chocar contra los dos diques de piedra, la hormigonera, un taladro. Todo resonaba de forma exagerada en mi maltrecho cerebro.

Me levanté completamente. Encaré sus ojos, fríos, distantes y a la vez violentos.

—¿No tienes otro sitio donde perder el tiempo? —murmuré.

Su frente se arrugó.

—Esta isla es mía. Y hago aquí lo que quiero.

—El peñón más feo de todo el Pacífico.

Su cara era una máscara sudorosa, una cubierta templada del mal que bullía dentro.

—Entra —me empujó.

Avancé a trompicones. Mi mente luchaba contra el pánico.

Llegamos a la caseta. Era el dormitorio donde hacía nada habíamos bailado despreocupados al son de la música.

Samuel se situó en el centro, donde se encontraba la cama del Cantor. De un manotazo tiró al suelo todos los instrumentos musicales, muchos quedaron empapados en los charcos que se habían filtrado por el techo.

—Aquí —golpeó el colchón—. Ven aquí.

—No.

—¿Cuándo te vas a dar cuenta de que no es una negociación?

—¿Cuándo te vas a dar cuenta que no es no?

—Niña idiota. La semana que viene estarás en tu país, llorando por tu oportunidad perdida.

Me acerqué a él. Contuve la respiración, apreté las manos en puños... mi instinto se abría paso.

—¿Sabes? Cuando me hice socio de Tornos tenía en perspectiva quitarle su estudio, era un caramelo deseable en la Costa Oeste. Qué gracia me hizo ver que tú figurabas entre sus empleadas. El destino da unos giros de lo más escabroso. Desde hace una semana, cada día ha sido una cuenta atrás fantástica para volver a encontrarte. Te escapaste una vez, no volverás a hacerlo de nuevo.

El ruido de un helicóptero se escuchó de repente, muy cerca de la caseta. La chapa del techo vibró. Samuel separó un instante sus horribles ojos de mí. Un solo instante.

Lo aproveché. Agarré del suelo el ukelele del Cantor y con toda la fuerza que adquirieron mis brazos en décimas de segundo, se lo reventé en la cabeza.

Samuel trastabilló, cayendo sobre la cama. Algunas astillas de madera se habían clavado en su frente y comenzó a sangrar. Busqué otro objeto rápidamente, encontré un *ipu*, el tambor de calabaza. Se estampó contra su cráneo con un ruido sordo, hueco.

Entonces y solo entonces, corrí hacia la salida. La puerta tan cercana, la salvación tan próxima. No me di cuenta de que Samuel se había levantado. Me propinó un golpe por la espalda que me hizo caer como un fardo junto a la puerta. Extendí mis dedos hacia ella.

Entonces se abrió. La claridad exterior cegó mis ojos. Una figura oscura se delineó en el umbral.

—Cuidado —murmuré ahogadamente.

Samuel atacó al individuo desde un lado, desestabilizándolo por sorpresa. Desde mi posición en el suelo me aferré a la pierna de Samuel evitando que embistiera de nuevo. Sé liberó de mí con una patada pero, al menos, la otra persona tuvo el tiempo suficiente para atizarle un puñetazo en el estómago, seguido de otro en la cara que le lanzó contra la endeble puerta. Ésta cedió hacia afuera, libre de sus oxidados goznes, mostrando la última claridad del día y a un Samuel desfigurado aplastado en el lodo.



—Por Dios, Miriam.

El ser mágico que había irrumpido en mi trifulca con Samuel, se agachó en cuclillas a mi lado. Sus manos recorrieron mi cara, su olor despertó mi consciencia.

—¿Sean? —dudé. Distinguí sus rasgos entre la película nebulosa que atenazaba mis ojos—. ¿Cómo has...?

Apoyó un dedo en mis labios pidiendo silencio.

—¿Puedes andar? —preguntó.

Asentí mientras me incorporaba. Me dolía todo pero la sensación resultaba extrañamente maravillosa. Cuando me dispararon tiempo atrás no sentí nada, ahora la vida punzaba, quemaba, y aquello era buena señal.

—Estoy perfecta —susurré notando el regusto salino de la sangre en mis labios.

Sean me tomó por el codo y me ayudó a avanzar hacia el exterior. Sin querer evitarlo, pisoteé el estómago de Samuel al pasar por encima. Su quejido quedó mitigado por el oleaje.

Varios obreros parecían, al fin, haberse dado cuenta de la extraña situación y venían en nuestra dirección. Distinguí un helicóptero de histriónico color amarillo en el que había aterrizado mi salvador.

—No todos los superhéroes llevan capa —le dije intentando sonreír—, algunos vuelan en helicóptero.

Me abrazó contra él hasta casi impedirme respirar. Mi corazón empezó a

apaciguarse, mis piernas se estabilizaron.

—Necesito urgentemente que dejes de meterte en follones —musitó con su boca pegada en mi pelo.

—Los atraigo, no puedo evitarlo.

Al sonido de las hélices del helicóptero se sumó de pronto el de un barco, que enseguida hizo su aparición. En su casco grisáceo llevaba el logotipo de la policía.

Miré hacia atrás, los obreros rodeaban a Samuel. A buenas horas. El Cantor se llevó las manos a la cabeza al ver los restos de su ukelele. Le propinó una patada al maltrecho arquitecto mientras acariciaba lo que restaba de su querido instrumento. Le compraría uno nuevo, se lo debía, uno que tuviera los mismos poderes mágicos. Había sido cierto que aquel ukelele sabía qué hacer en el momento oportuno.

Me agarré más fuerte a Sean. La apacible playa de mi isla Cruasán se llenó de policías, de obreros, de gritos y confusión. Sabía que no regresaría jamás y no me importó lo más mínimo.



Fueron varios días de interrogatorios. Primero en el hospital, en el que tuve que permanecer veinticuatro horas por los golpes en la cabeza. Dos agentes me preguntaron de diferentes formas lo mismo: ¿por qué había atacado a Samuel Perry? ¿Por qué su piloto había dicho que era yo la instigadora?

A Sean se lo habían llevado a declarar en comisaría mientras que yo, en un camión semitransparente de lunares rosas debía contestar a los dos agentes. Me subí la manta azul hasta el cuello y resoplé. Los agentes vestidos de calle pero en los mismos tonos azules parecían dos clones: oscuros de piel, pelo rapado, boca rígida.

—Mírenme —dije tras tratar de explicar la secuencia de los hechos de muchas maneras—, miren a Samuel. ¿Quién tiene pinta de atacar a quién?

—¿Ha mantenido un idilio con él?

Lo que me faltaba.

—¡No! Samuel Perry trató de propasarse conmigo hace dos años en Nueva York. Solo eso.

—¿Hubo testigos?

—Dos guardas de la Biblioteca pero dudo que vieran realmente algo.

—¿Incitó a Samuel Perry?

Clavé mis uñas en las palmas para no gritar.

—No —respondí tajante.

—El piloto dice...

—Me importa una mierda lo que diga su empleado —estaba muy irritada.

—¿Atacó al señor Perry —continuó el agente como si nada— con un ukelele y un tambor?

—Sí, con un *ipu* y de los grandes. Después de que me golpeará, me abofeteará y me tirará al suelo.

—El señor Perry estaba desarmado.

—El señor Perry me saca dos cabezas.

Entró una enfermera y me retiró el vendaje de la cabeza, aplicó algo en la herida y cambió las gasas. Nos mantuvimos en silencio. Me dieron ganas de abrazarme a la pobre mujer y rogarle que me rescatara. Me sentía sumamente impotente.

—¿Tiene testigos que avalen lo sucedido?

—Sean Weller.

—¿Su novio? —sonrió como si aquello no valiera para nada.

—Sí, mi novio. Y veinte obreros.

—Ya les estamos interrogando. Gracias, señorita Sanabria —dijo haciendo de mi apellido un auténtico trabalenguas—. En cuanto le den el alta, continuaremos en comisaría.

El deseo de ahogar a aquel agente casi accionaba mis manos. Apreté los puños y traté de mantener una cara agradable mientras se marchaban.

Mi compañera de habitación era una señora mayor de pelo blanco teñido en una especie de color morado consecuencia del sol. Se había mantenido en silencio durante todo el interrogatorio, tapada con la sábana hasta los ojos.

—Yo que tú me fugaba —me habló desde su escondite.

Le sonreí. Ganas me daban.



La comisaría de Kauai se encontraba junto al aeropuerto de la capital, Lehue. Un edificio blanco de dos alturas en medio de un gran jardín. Durante dos días frecuenté aquellas instalaciones más que el más péfido de los criminales. Permanecí vigilada mientras dormía en una sala de espera y no me pude comunicar con Sean en todo ese tiempo.

Comencé a preocuparme en serio. Ya no me valía con haber salido bastante ilesa de aquella pesadilla, ahora debía demostrar que no era la malvada de la historia. Estaba nerviosa, desmotivada, me sentía incapaz, me sentía sola.

Entonces entró en juego un nuevo aliado: el Abogado. Con mayúsculas. Consiguió que dejaran de interrogarme, una pizza y organizar un encuentro con Sean.

El Abogado venía del mejor bufete de Los Ángeles. Sus zapatos parecían más caros que mi coche y su traje estaba impecable a pesar de la humedad de las islas.

—Vas a firmar una declaración —me dijo despacio como si estuviera hablando con un niño de guardería—, la revisaremos entre los dos.

Asentí mientras poníamos por escrito todo lo que pasó aquella nefasta tarde, cuidando meticulosamente las palabras. Después firmé y pude salir de allí.

Me encontré con Sean en el vestíbulo. Me pareció un auténtico sueño poder abrazarme a él. Nos quedamos un buen rato adheridos el uno al otro mientras policías, delincuentes y demás fauna de la comisaría nos miraban entre cuchicheos.

El Abogado nos indicó una puerta diferente a la principal.

—Hay un par de reporteros en la entrada —le susurró a Sean—, he dejado un coche atrás.

Sean le palmeó el hombro.

—Gracias Roger, por todo.

—No podía perderme un viaje a Hawái —señaló un Jeep Grand Cherokee negro de lunas tintadas—. Eso sí, tenemos que esperar hasta que nos den permiso para regresar a California. No creo que se postergue más de un día o dos. Al menos tenemos suerte de estar en el mismo país.

El Abogado arrancó el todoterreno y nos indicó el asiento trasero. En cuanto los periodistas escucharon el sonido de un motor, aparecieron rodeando el edificio. Pero para entonces, nuestro coche ya llegaba a la carretera.

—Os he buscado un hotel, también tenéis ropa y productos de aseo. Tus enseres de Lehue los tiene la policía —me dijo.

—Gracias —musité—, pueden quedarse lo que quieran. Solo me traen malos recuerdos —alcé la cabeza hacia Sean. Sus dedos se entrelazaron con los míos en el asiento—. ¿Cómo lo hiciste? ¿Sabías que Samuel venía a por mí o fue pura casualidad?

Él esbozó una sonrisa contenida. Su rostro parecía más relajado pero aún con muestras de preocupación.

—Tuve ayuda. Tienes un ángel de la guarda y se llama Mario.

Silbé. ¿Mario?

—¿Qué? No entiendo nada.

—Mario se enteró por su padre de que Samuel se encontraba en Hawái. Y ató cabos. Incluso me dio un billete de avión, pero no pude llegar a la isla hasta que amainó la tormenta.

—Samuel escogió el peor día para venir a por mí.

—Los astros se pusieron en su contra —depositó un beso en mi frente—, y los instrumentos musicales también.

—Es verdad. Ahora le debo un ukelele nuevo a un amigo.

—Me haré cargo —dijo el Abogado.

—Pero debe ser mágico —añadí yo—, no vale cualquiera.

—No hay nada que no consiga.

Sonreí. El cinturón de seguridad me dio un tirón al tratar de acercarme más a Sean.

—Gracias por salvarme —le susurré desde la escasa distancia que nos separaba.

—Ya habías hecho lo más difícil. Y además, te debía una.

—En paz entonces.

Puso los ojos en blanco.

—Estaré en paz cuando metan a ese tío entre rejas.

—No tardará en salir —apunté—, en realidad solo me ha dado una paliza.

—De dos a tres años —añadió el Abogado—, intentaré que sean más.

—Menos mal —eché la cabeza hacia atrás. Al otro lado de la ventana, divisaba la capital, que me parecía como una urbanización de pequeñas casas, campos verdes, vegetación. En mi cabeza tenía la imagen de Mario. Un Mario que debía haberse peleado consigo mismo lo indecible para contar lo que sabía a Sean, para facilitarle un billete de avión. ¿Qué estaría haciendo en aquel momento? ¿Dándose cabezazos contra la pared?

Estuviera donde estuviera, esperaba que al menos le llegara un poquito de la gran gratitud que sentía.

15

# Mario

*Gracias.*

Mario abrió los ojos tras haber escuchado una voz que resonaba desde un sueño lejano. Se incorporó despacio mientras contemplaba la hora. Las dos de la mañana. Buscó con la mirada a Sandra, que dormía en la cama contigua. Su rostro plácido, sosegado, después de caer rendida tras llorar más de una hora.

Su manta se había deslizado al suelo. Mario la recogió y se la volvió a poner encima. Sandra parecía un pequeño bulto agazapado bajo las sábanas. Se puso en cuclillas a su lado. La respiración era tenue pero rítmica. Su boca entreabierta exhalando el aire, sus bonitos labios resecaos. Alargó la mano para rozar su cara pero la mantuvo en el aire para finalmente dejarla caer.

Le había dicho cosas horribles para hacerla reaccionar. No podía olvidar cómo había destrozado sus sentimientos, cómo la había herido.

Se sentó en la moqueta apoyando la espalda en su cama. La veló mientras dormía. Pese a sentirse como un cabrón sin ninguna empatía, notaba mucho alivio. Ella le había pedido ayuda. Y aquella había sido la mejor frase que sus oídos habían escuchado desde hacía mucho tiempo.

••

Se despertó con la sensación de caer desde un quinto piso. Ahogó un gemido a la vez que se daba cuenta de que se había desplomado hacia un lado y yacía en ese momento tumbado en la moqueta.

—Buenos días —dijo Sandra apoyando un pie descalzo en su pecho—. ¿Se puede saber por qué duermes en el suelo?

Mario se quedó en aquella posición con los ojos entreabiertos mirándola desde el suelo.

—¿Me vigilas mientras duermo? —ella persistió en sus preguntas—. ¿No es eso algo enfermizo? Deberías hacértelo mirar.

—Estás parlanchina.

—Estoy harta, eso es lo que estoy. No quiero compartir mi habitación contigo ni que me espíes por las noches ni que me sigas a todas partes. Soy adulta, maldita sea.

—Pero anoche...

—Anoche fui una estúpida. No hagas caso de mis palabras. Me encuentro muy bien, no necesito ni tu ayuda ni tu lástima. Lo único que quiero es largarme de aquí.

Mario se incorporó resoplando. Cuando se ponía así le daban ganas de mandarla a la mierda.

—Hoy vamos a la playa —comentó como si no la hubiera escuchado.

—Ve tú solo.

—Te cogí un bikini por si acaso. Está en mi maleta.

—¡Asqueroso fetichista! ¿Has metido tus sucias zarpas en mis cajones? —su cara delicada se había convertido en una bola de fuego humeante.

—Sí. Incluso te robé unas bragas.

—Serás... —se lanzó encima de él tumbándole de nuevo en la moqueta. Le golpeó sin fuerza con los puños cerrados. Mario se protegió la cara hasta que consiguió detener sus manos.

Se miraron cara a cara. La de ella enrojecida, rabiosa. Estaba incómoda ante la situación. Él mantenía sus manos sujetas, sus cuerpos solapados, ella encima luchando para soltarse.

—Cómo quieres que te diga que no practico sexo con esqueletos —musitó él tan cerca de sus labios que le resultó imposible no mirarlos.

—Eres un cabrón —le escupió. Mario soltó sus manos y se limpió la cara mientras ella se escapaba hacia el baño.

—Me da igual cómo te pongas. Vamos a ir a la playa. Necesitamos unos

rayos de sol.

—Oblígame —desafió tras la puerta del aseo—. No serás capaz.

••

Mario bebió un sorbo de café. Sus ojos puestos en el plato lleno de Sandra. Había pedido una macedonia de frutas pero después de media hora y por más vueltas que les daba, seguían todas ahí.

—¿Crees que desaparecerán solo con desearlo? —separó la taza de sus labios para hablar.

El desayuno había sido igual de improductivo. Sandra únicamente había bebido medio zumo de naranja y mordisqueado una tostada. Después de una hora en coche y un largo paseo por el frente marítimo de Virginia Beach, debería sentir cierto apetito.

—No tengo hambre —musitó.

—¿Sed? —Mario empujó el vaso de agua hacia ella.

—No —su frente se arrugó en señal de enfado. La comida la convertía en una especie de Doctor Jekyll y Mister Hyde.

—No nos marcharemos hasta que te comas al menos medio plato. Tú verás.

—Eres un engreído.

—Ya empezamos.

—Déjame en paz —le gritó. Los escasos clientes del restaurante les miraron sorprendidos.

—Baja la voz.

—¡Me da igual! ¿Quieres que coma? Muy bien —empezó a llenarse la boca hasta rebosar, masticó y tragó—. Hala, ¿contento?

—Sí, mucho. Te queda el agua.

—Que te den por culo.

—Esa lengua, señorita —Mario pidió la cuenta con una seña al camarero. El rostro de Sandra estaba encendido, sus puños apretados encima de la mesa.

—¿Puedo ir al baño, amo? ¿O primero he de lamer mi plato?

Mario asintió divertido y mientras ella se marchaba revisó la factura. Un precio exorbitado para cuatro minucias que habían pedido. Sacó dinero para pagar mientras mantenía la vista en el cristal, que mostraba una bella estampa de la extensa playa blanca de Virginia Beach con el largo muelle de madera extendiéndose delante. La arena estaba vacía, rondaban los doce grados centígrados y soplaba un poco de viento, pero apetecía tirarse en ella y cerrar un poco los ojos.

Se giró hacia el baño con preocupación. La puerta seguía cerrada. Se levantó de un salto y entró en los aseos. Enseguida escuchó a Sandra. Empujó la puerta del baño femenino con ímpetu golpeando la pared. Separó a Sandra del váter mientras se introducía los dedos en la boca para provocarse el vómito.

—Vete a la mierda —le increpó, mientras él le sujetaba los brazos a su espalda.

—¿Has vomitado mucho? —preguntó a gritos Mario.

Ella se rio por toda respuesta.

—Qué más te da —sus preciosos ojos azules eran ahora dos témpanos de hielo, gélidos, furiosos.

—Es cierto. ¡Qué más me da! —la arrastró fuera del baño sin soltarle los brazos. Los clientes chismorrearon mientras se la llevaba a la fuerza. Ella le insultaba, a la vez que le propinaba patadas en las espinillas.

—Pediré socorro hasta que venga la policía.

—Te dejaré con gusto con ellos. Eres insufrible.

—Y tú gilipollas.

—Lo sé —soltó sus manos—. Mira, me voy a sentar en la arena. Si quieres acompañarme estupendo, si no te veo en el coche dentro de una hora.

Cruzó el paseo marítimo dejando los altos edificios a su espalda y bajó a la arena. Nunca le había gustado demasiado la playa, más bien la aborrecía, pero necesitaba sentarse, recapacitar, dejar de sentirse como un desgraciado, como un fracasado.

—Vale. Diez minutos —Sandra acudió a su lado y se sentó cerca de la orilla. El pelo dorado moviéndose por la brisa, sus ojos de color idéntico al mar fijos en las olas, su perfil perfecto, hermoso.

Mario se dejó caer junto a ella. Trató de controlar ese mal carácter que le corroía. Debía construir una coraza bien dura para aguantar sus embistes, para no reventar.

*It's hard to believe that there's nobody out there. It's hard to believe that I'm all alone. At least I have her love, the city she loves me...*<sup>10</sup>

El viento traía la música que escuchaban unos chavales sentados en círculo unos metros más a la izquierda. La letra definía el interior de Mario. Tragó saliva. Intentó mantener la vista ocupada en el horizonte.

*The city of Angels lonely as I am. Together we cry...*<sup>11</sup>

—Esa canción parece hablar de mí —susurró Sandra.

Sí, también hablaba de ella. Ambos eran iguales, ambos estaban en la misma situación. Solos, infelices, confusos, metidos en problemas.

—Somos un asco, Sandra —soltó Mario con una extraña sonrisa en su rostro—. Tenemos todo para ser dichosos y queremos amargarnos la vida por voluntad propia.

Ella le miró estupefacta.

—¿Y te ríes?

—¿Qué quieres que haga? ¿Llorar? Creo que no echo una lágrima desde que... desde que mi madre murió —desvió sus ojos de los de ella—. He perdido la costumbre. Dime, de verdad: ¿por qué eres infeliz?

—No creo que este sea el momento...

—No sabía que eras una cobarde.

—¡Dios! —se llevó las manos a la cara—. Te prefería cuando apenas hablabas.

—¿Qué te preocupa, Sandra Dylan?

Resopló hinchando las huesudas mejillas.

—No gustar. Quedarme sola. No encontrar jamás a alguien que me mire como Sean lo hace con Miriam.

—¿Y Nicholas?

—Ya está fuera de mi vida. Él me ha hecho ver lo imperfecta que soy.

—Habría que matarle por algo así.

—¿Y tú? —giró su rostro hacia él, apartando los mechones que volaban por la brisa y rozaban el rostro de Mario—. ¿Por qué no es feliz el Negativo?

—No me he dado cuenta hasta hace unos días de lo imbécil que soy. Quería ser un gran arquitecto, quería ser la mano derecha de mi padre en su estudio, sucederle, quería diseñar maravillas. Pero soy tan... parco.

—Más bien diría desaborido.

—Sí. Creo que no tengo sentimientos, o que alguna conexión neuronal no funciona correctamente —sonrió con melancolía.

—¿Por eso bebes tanto?

—Bebo porque acalla mi conciencia. Bebo porque siempre tengo sed. Bebo porque ya no puedo parar.

—Vaya par —ella curvó sus labios.

Mario asintió con la cabeza.

—Tengo la sensación de que ya es hora de arreglar nuestros problemas y pasar página.

Sandra se puso de rodillas y comenzó a desabrocharse la chaqueta ante los ojos estupefactos de Mario. Se quitó un jersey, la camiseta. Debajo llevaba el bikini que Mario había robado de su dormitorio.

—Pero...

—A ver quién es el cobarde ahora —se bajó sus estrechos vaqueros y los lanzó a la arena. Entonces se dirigió hacia el agua.

—Mierda.

Le envió un saludo mientras sus tobillos se introducían en el océano.

Mario comenzó a desnudarse rápidamente. No llevaba bañador, así que se quedó en ropa interior. Le dio igual que alguien le viera, lo que pensasen los chavales de la radio a todo volumen. Por una vez le daba igual todo.

Corrió tras ella. La temperatura del agua entumecía sus tobillos, pero siguió a Sandra mientras saltaba sobre las olas, mientras su cuerpo se desplazaba golpeado por ellas. La alcanzó. Sandra tiritaba pero una sonrisa se marcaba en su rostro. Le empujó con ambos brazos consiguiendo que perdiera el equilibrio. Mientras el mar helado atizaba su cabeza, no pudo evitar reír. Puede que por el frío, puede que por haber conseguido expresar sus emociones. Se sentía absolutamente liberado. Congelado pero libre.

••

Con una tiritona descomunal y envuelto en su chaqueta, Mario consiguió comprar un par de toallas en una de las muchas tiendas de playa. Le tendió una a Sandra, que ya tenía los labios amoratados y vibraba lo mismo que una lavadora en el programa de centrifugado.

—Estás loca —murmuró con una mueca mientras le pasaba la toalla alrededor de su cuerpo.

—¿Es más loco el que comienza o el que le sigue? —sus dientes castañeaban pero algo en sus ojos brillaba. Una llamita de esperanza, de vida.

—Vale. Tienes razón —Mario comenzó a vestirse con dificultad. Los chicos de la radio les miraban de reojo, así que tuvo que hacer auténticas peripecias para liberarse de la empapada ropa interior y mudarse bajo la toalla—. Ambos estamos para que nos encierren en un manicomio.

*Call me crazy crazy crazy crazy I'm yours. I ain't going nowhere,*

*you're my life support. Call me crazy crazy crazy crazy...* <sup>12</sup>

La música resonaba en la playa y Sandra se había quitado el bikini con algún truco de magia y ya estaba perfectamente vestida.

—*Call me crazy* —cantó ella mientras bailaba agitando la toalla.

—Te llamaré muchas más cosas si no dejas que te ayude.

Sandra se detuvo. Su pelo aún chorreaba agua, mojándole la chaqueta.

—¿Qué quieres que haga?

—Reconoce que estás enferma, que lo tuyo no es normal.

—Vale. Lo haré si tú también lo haces.

Comenzaron a andar hacia el paseo marítimo. Mario tiró el calzoncillo empapado a una papelería y agitó la cabeza para secarse el pelo.

—Muy bien. Me llamo Mario y tengo un problema con la bebida.

Ella esbozó una sonrisa nerviosa. Mario se detuvo y entrelazó sus dedos con los de ella. Los ojos de Sandra se fijaron en las dos manos juntas.

—Yo soy Sandra... y básicamente...

—¿Sí?

—Básicamente veo un monstruo cada vez que me miro en el espejo.

Levantó la mirada hacia el rostro de Mario tímidamente, turbada. Pasó la lengua por los labios resecaos y tomó aire.

—Romperemos el espejo —dijo Mario, su tono era íntimo, suave—. Y ese monstruo quedará atrapado al otro lado. Aquí fuera no veo ningún ser abominable.

—¿Y qué ves cuando me miras? —preguntó directa, apretando ligeramente su mano.

Mario tragó saliva sin saber cómo expresarse. Se tensó cuando ella dio un imperceptible paso hacia él.

—A una persona atractiva pero muy delgada que me hace sentir demasiadas cosas, que me lleva a todos los extremos.

—¿Te vuelvo loco entonces?

—Me vuelves loco en todos los sentidos de la palabra.

Quizás ese hubiera sido el momento perfecto. El momento en que se quedaron en silencio, sus miradas entrelazadas, sus respiraciones acompasadas, sus cuerpos tan próximos. El momento perfecto para dar un simple paso, acercarse un milímetro a su cara, inspirarla, rozarla.

Pero como siempre en la vida de Mario, aquel momento pasó. Ella entendió, retrocedió. Y aunque a Mario le hubiera gustado gritar que se quedara junto a él, no lo hizo. Nunca lo hacía.

Sus manos se soltaron, emprendieron de nuevo el camino. Pronto llegaron al paseo, después al coche, al día siguiente regresarían a California y todo, el momento, la oportunidad, los sentimientos, quedarían como siempre. Atrás.

14

# Miriam

El Abogado nos dejó solos tras relatar, contabilizar y apuntar lo que sucedería en los días venideros, lo que podría pasar y lo que esperaba que no ocurriera. Eran casi las nueve de la noche, el cielo se tornó negro al otro lado de la ventana, las estrellas titilaban incesantes, mi mundo temblaba a la deriva.

La puerta se cerró a mi espalda. Me di la vuelta percatándome de que no me había despedido del Abogado y que solo le había agradecido veinte veces su presencia allí.

—No me he dado cuenta de que se ha ido —dije volviendo mi atención a un espejo grande de bordes policromados que lucía en una de las paredes enteladas del dormitorio. Mi imagen rebotó en el cristal como un espectro deforme. Tenía heridas en la cara, un corte en el labio, la barbilla ennegrecida. Sin quererlo empecé a temblar, las imágenes volaron por mi mente a la velocidad de la luz. Me di cuenta del miedo que había pasado, del miedo que aún tenía.

Sean me sostuvo por la cintura cuando creí venirme abajo. Me ayudó a sentarme en la cama y se colocó a mi lado, su mano acariciando mi espalda, reconfortándome.

—¿Qué sucedió allí? Puedes contármelo —me susurró.

—Me trató de... —subí la vista hacia su rostro—, lo intentó, ¿sabes? ¿Por qué no grité más alto? ¿Por qué entré en la cabaña?

Todo me parecía inconsistente, absurdo, incomprensible. Me harían esas preguntas y la única respuesta sería que era idiota.

—Porque te obligó, porque tenías miedo —contestó Sean por mí.

—¡Dios! —me froté la cara con las manos con fuerza—. Otra vez.

—Miriam —Sean se puso en cuclillas en el suelo mirándome desde abajo, sus ojos comprensivos pero también enojados—, tú no eres culpable de nada.

Solo él. Así que olvida que pudiste impedir algo o comportarte de otra forma. Hiciste lo correcto.

—Le rompí un ukelele en la cabeza —musité.

—Eso me hubiera encantado verlo.

Intenté sonreír.

—¿La mejor forma de destraumatizarse de un asesino en serie es un violador en potencia?

—Un clavo quita a otro clavo —dijo en un tono despreocupado pero con la mandíbula apretada, tensa.

—Siempre le di a esa frase un sentido diferente.

Se apoyó en mis rodillas.

—Ya ha pasado todo. Pronto ese... cretino estará en la cárcel y nosotros en nuestra casa decidiendo el tamaño de la tele.

—¿Habrá tele al final?

—Por supuesto, necesito ver en grande la cara de mi chica cuando aparezca en una peli de piratas.

—Oh, no. ¿Saldrá mi intervención?

—Puede.

—Madre mía. Mi abuela no esperará al día del espectador para ir a verla... ¡y se llevará a todas sus amigas!

—Tumbate conmigo —me susurró—. Necesito tenerte a mi lado, necesito escucharte respirar junto a mí.

—No podré dormir en un colchón tan cómodo —repté hasta el cabecero de la cama y me derrumbé sobre las almohadas.

—Pues no dormiremos —se tendió a mi lado y pasando uno de sus brazos bajo mi cuello me acarició la cara—. He estado en el espacio, en guerras, en ataques alienígenas, puedo perfectamente pasar una noche sin dormir.

Me apretujé contra él y respiré su olor.

—¿Cómo puede ser que huelas bien pese a llevar dos días en una comisaría? ¿Eso también te lo dan de serie por ser actor?

Él rio. Su risa bloqueó mis pensamientos, los mandó al cubo de reciclaje que yacía en una esquina de mi cerebro y que comenzaba a encontrarse absolutamente sobrecargado.



A finales de semana abandonábamos Kauai. Los Ángeles, de un color ceniciento, nos saludó entre nubes de tormenta.

—Pisé el suelo de la soleada California un día gris —murmuré mientras subía los dos escalones de nuestra casa.

Sean ya había abierto la puerta y encendido las luces. El salón brillaba pese al encapotado exterior. El Pacífico rugía enfrente bajo olas endemoniadas.

Saboreé cada paso dentro de mi hogar, de mi lugar seguro.

—No sé nada de Sandra —caí en la cuenta de repente. Ni siquiera había podido consultar mi móvil, ya que aún lo tenían en comisaría junto al resto de mis pertenencias.

—La última vez que la vi estaba acompañada del Negativo.

—Entonces puede perfectamente haberse cometido un asesinato en la casa de al lado —esboqué una media sonrisa—. Voy a ir a verla, ¿vale?

—Claro. Su llave está en el primer cajón, dale un buen susto —señaló el mueble de la entrada—. Por favor, si pregunta, cuéntale que yo solito acabé con el tipo malo.

—Serás mentiroso... —tomé la llave y salí al exterior.

Golpeé la puerta y puse la oreja en la madera para escuchar. Nada. Allí no había nadie. Abrí la cerradura y me colé dentro. Podía esconderme en su dormitorio y esperar a que llegara. No debería tardar mucho, nunca lo hacía.

Crucé el salón y entré en su habitación. Encima de la cama había una gran pila de ropa descolocada. Tropecé con la báscula cuando caminé hacia el baño. Faltaban todos los elementos de aseo, se había marchado a algún sitio.

Extrañada me senté en un lado de la cama. Sandra nunca dejaba nada fuera de lugar y menos aún su ropa cara, que ahora reposaba desordenada, como vulgares trapos.

Entonces escuché un siseo, débil, apenas perceptible, como un cuchicheo tras una pared. Miré al techo. Provenía de arriba, de mi antiguo dormitorio.

Me levanté despacio. Algo me llamaba desde la primera planta, algo que conocía. En ese momento debí tropezar con la mesilla de noche, o fue ella la que se movió, pero el cajón superior cayó frente de mis pies.

Lo cogí para colocarlo en su lugar. Un cuaderno de tapas rosas había quedado abierto en el suelo. Lo tomé con las yemas de los dedos y miré a otro lado. Si aquello era el diario de Sandra, no quería leer ni una palabra. Seguro que me ponía verde limón.

Pero mis ojos se detuvieron, juro que sin querer, en una extraña tabla de números.

—Ayúdala.

La voz fue tan real como extraña, parecía provenir de todos lados y de ninguno. La libreta estuvo a punto de resbalar de mis manos, mi pulso tembló con la impresión. Sin embargo, no me sentía tan asustada como debería, quizás porque imaginaba quién era el propietario de esa voz y sabía que no debía temerle.

Me acerqué las notas de Sandra. El siseo se había detenido. El silencio era absoluto. Vi filas y filas de cantidades en gramos, algunas señaladas con una carita sonriente, otras tachadas con disgusto. Leí las columnas: peso antes de comer, peso después, peso después del baño. Si aquello era correcto, Sandra había perdido desde el inicio de la tabla... quince kilos. ¡Quince! La saliva se me atragantó. Pero... ¿por qué?

Movida por un nefasto presentimiento, me lancé a por su portátil, que se encontraba encima del tocador. Mi vista se topó con el espejo. Estaba pintado en negro con lo que parecía laca de uñas.

Encendí el ordenador con el estómago retorcido por el temor. Una contraseña. La pantalla me pedía una contraseña y yo la sabía. Pero no me acordaba. Un actor, era un actor. El del martillo. ¿Cómo demonios se llamaba Thor? Piensa, piensa.

Salí al porche y llamé a gritos a Sean. Salió asustado a nuestra terraza.

—Por favor, dime cómo se llama el actor de Thor.

—¿Es una apuesta con Sandra? —preguntó aliviado.

—No. Ella no está. Y le ha pasado algo, creo que algo malo. Pero necesito entrar en su ordenador y no sé cómo demonios se llama Thor.

—Chris Hemsworth.

—Gracias —entré corriendo y tecleé la contraseña. La pantalla me mostró la imagen de dos conejitos en un campo de flores. Rebusqué entre sus documentos, en los archivos de descarga y uno tras otro encontré miles de artículos, enlaces a páginas para perder peso. Después llegaron las imágenes. Horribles, tristes. Entendiendo todo de golpe, me di cuenta de que las lágrimas mojaban mis mejillas. Me las sequé con el dorso de la mano mientras pasaba con el ratón la larga retahíla de fotografías de mujeres casi en los huesos, esqueletos con una mínima capa de piel bajo la cual alguna vez hubo músculos y... vida. Abajo había una carpeta llamada «YO». Mi pulso pareció detenerse cuando la abrí. El dolor se me hizo inaguantable. Allí había cientos de fotos de una amiga a la que había fallado en todos los sentidos. Una amiga que me costaba reconocer, pese a que apenas hacía un mes que no nos habíamos visto, una amiga enferma, perdida, a la que no había ayudado. Apoyé la cara sobre las manos y rompí a llorar con angustia.

Sean entró en ese momento en el dormitorio. Debió toparse con las mismas fotos. Solo le escuché resoplar con fuerza.

—Vi todos los indicios, estaban justo delante —jadeé tapándome la cara —, y no hice nada. No hice absolutamente nada.

*Ayúdala.* La voz rugió en mi mente. *Ayúdala.*

Y después silencio.

Me estrujé las meninges desesperada. De nuevo en nuestro salón, no podía dejar de dar vueltas mientras trataba de recordar.

—¿No sabes el número de teléfono de Sandra? —preguntó Sean con el móvil en la mano.

—¡No! ¡Ya no sé ni el de mi madre! Se apuntan en la agenda y luego se olvidan, así funciona.

—La tecnología no está volviendo estúpidos.

—Gracias, hombre —musité.

—Joder, es verdad. Yo me sabía el número de todos mis compañeros del instituto, aún hoy me acuerdo. Sin embargo, no recuerdo el teléfono de mi agente.

—¿Ves? No soy un bicho tan raro.

—¡Un momento! —saltó él y yo por acto reflejo—. Llamemos al Negativo, ese número sí que lo tengo. Puede que sepa el de Sandra.

—¿Tienes el teléfono de Mario? —me extrañé más que si hubiera dicho que tenía el de la Casa Blanca.

—Estuvimos trabajando en la reforma de esta casa, lo tuve que apuntar por si acaso —lo localizó y se puso el aparato en la oreja—. Está apagado.

—Mierda.

—Cuando te encontré en el islote aquel le mandé un mensaje para decirle que estabas bien... para que no se preocupara. Pero no me contestó.

—No es muy amigo de los móviles.

—Ni de los humanos.

Me dejé caer en el sofá de piel. Mi cabeza todavía no podía apartarse de las terribles imágenes de Sandra en los huesos.

—No entiendo como una chica tan bonita... —comencé a decir—. No le

habrá pasado nada malo, ¿verdad? No habrá cometido una locura, ¿no?

Él se sentó a mi lado.

—No, claro que no —pero su tono no sonó nada convencido.

••

Me desperté al escuchar una puerta cerrarse. Me había quedado dormida pasadas las cuatro de la mañana y por puro agotamiento. Busqué con la mirada a Sean, que estaba tirado en el otro sofá, profundamente dormido.

De nuevo oí pasos, como si algo se arrastrara. Y me di cuenta con alegría de que el sonido provenía de la casa de Sandra. Salí corriendo hacia ella y golpeé la puerta con entusiasmo, con incertidumbre.

Me encontré a Mario al otro lado. No tenía buena cara pero esbozó una sonrisa turbada.

—¡Estás bien! —dijo sorprendido.

—¿Y Sandra? —pregunté rápidamente.

—Ha ido a tumbarse. Está cansada —se desplazó a un lado para dejarme paso.

—Está enferma, Mario. He visto sus...

—Lo sé —me cortó. Su tono era suave, tranquilo—. Tiene un trastorno alimenticio muy grave.

Me senté en uno de los taburetes de la cocina con las piernas flaqueando.

—Dios mío.

—Una auténtica putada —se apoyó contra la encimera y revolvió sus rizos rubios con los dedos.

—¿Qué hacemos? ¿Qué tengo...?

—Hemos pasado una semana complicada, pero creo que se está dando cuenta de que necesita ayuda. Hace unos días la vio una doctora, intentaré que

me dé... que nos dé una pauta para conseguir sacarla del pozo en el que está metida.

Cada palabra era como un trallazo de culpabilidad, por no ver, por no saber.

—Ahora está bien —me dijo—, durmiendo como un bebé. Pero, ¿y tú? ¿Qué ha sucedido?

—Samuel Perry vino a por mí, Mario. Como suponías.

Su rostro se volvió oscuro. Apretó los labios.

—¿Estás bien? —masculló con rabia.

—Sí. Gracias a ti —le sonreí—. Sean me contó lo que hiciste para ayudarme. Sin tu aviso y tu billete de avión, él no hubiera llegado a tiempo.

—Seguro que te hubieras valido sola.

—No lo sé.

—¿Y ese cabrón?

—En el hospital. Recibió una buena paliza. Ahora se enfrentará a algunos años de cárcel por agredirme.

Alzó las cejas atónito.

—Joder —resopló.

—Sí.

—Nunca pasa nada en Manhattan Beach y sin embargo esta semana no han podido suceder más cosas.

Recordé el presentimiento que me embargó cuando comí la última vez con Sandra, una sensación vaga de advertencia. Una alarma que me advertía que, al regresar de Hawái, nada sería igual en Manhattan Beach.

Había resultado completamente cierta.



Me tragué las lágrimas y la cara de pena y llamé a la puerta de Sandra inspirando profundamente y esbozando una tímida sonrisa.

Me abrazó nada más verme. Durante unos segundos nos mantuvimos así. Yo intentaba no ponerme a llorar, sacando todo el optimismo que siempre me acompañaba y que había comenzado a flaquear.

—Lo he dejado con Nicholas —fue lo primero que me dijo tras soltarme.

Observé su rostro, algo demacrado pero bello. La pérdida de peso resultaba muy patente en sus brazos, en su cintura.

—Si te digo la verdad —comenté tratando de apartar mi atención de su físico—, me parecía poca cosa para ti.

—¿Para mí? —alzó las cejas abrumada.

—Sí, para ti. No me hagas repetirlo, que se te subirá a la cabeza.

Caminé hacia el salón y me senté sin esperar a ser invitada. Ella hizo lo mismo a mi lado.

—¿Qué pasó en Hawái? ¿Ese arquitectucho trató de meterte mano?

—Sí, no perdió oportunidad. Pero me deshice de él con un ukelele y un tambor de calabaza.

—Qué bruta eres, mujer —sonrió de oreja a oreja.

Oí un carraspeo y me di cuenta de que Mario estaba en la cocina.

—Es mi carabina —explicó Sandra—, no me deja ni a sol ni a sombra. Un auténtico pesado.

Saludé a Mario con la mano.

—¿Por la noche también? —pregunté sorprendida.

—Ya te digo. Ha tomado tu antiguo cuarto y, ¿sabes? No hace tanto ruido como tú. Así que queda demostrado que no es que yo sea una «maniática de los decibelios», como tú decías, es que tú eres una escandalosa.

—Oh, venga ya. Mario no emite ningún sonido porque es un ente superior tipo ninja. Todos lo sabemos.

Escuché una risita a mi espalda.

—Vuestras conversaciones son de programa de la tele —comentó él acercándose y sentándose en una silla enfrente.

—*Friends* segunda parte —añadió Sandra—, me pido a Rachel.

Mi mirada se cruzó una fracción de segundo con la de Mario. Sus ojos me instaban a seguir hablando. Torcí el gesto y medité mis palabras.

—Te veo... algo... desmejorada —comenté con aparente despreocupación.

—¿Se lo has contado? —Sandra se giró hacia mi amigo con un latigazo de cuello—. No me lo puedo creer.

—No, no —intercedí—, él no me ha dicho nada. Es que te he notado muy delgada. ¿Estás bien? ¿Qué podría haberme contado?

Ella se pasó las manos por la cara y me dirigió una mirada.

—Parece que estoy enferma, o eso dice él —le costó continuar—. Es cierto que hace tiempo que no me encuentro bien conmigo misma, así que empecé una dieta y creo que se me ha ido un poco de las manos.

—Sandra, tú estabas perfecta antes —apunté—. Eras la mujer más bonita que nunca he conocido.

—Quiero seguir siéndolo —apretó los labios en una fina línea—, pero es muy difícil. No os podéis hacer idea de lo duro que es mirarte al espejo y ver a un monstruo en él. Aunque me obligue a pensar que es mi cerebro jugándome una mala pasada, no me lo creo. Me da asco la comida, incluso olerla, ¿cómo voy a poder tragarla?

—La tengo a base de zumos, peor que una niña pequeña con brócoli delante —añadió Mario haciendo caso omiso de la mirada asesina de mi antigua compañera de casa.

Pasé la vista del uno a la otra y viceversa. Me estaba perdiendo algo.

—Y, ¿dónde habéis estado estos días? —pregunté sin dejar de observar sus reacciones.

—Me obligó a ver a mi madre en Williamsburg —masticó Sandra.

—¡Vaya! Pero eso es... ¿genial? ¿Fue bien?

—Bueno... —Mario se encogió de hombros—, el tiempo dirá.

—Carabina, nutricionista y futurólogo —añadió Sandra con cara de aburrimiento—, tres en uno.

Me reí.

—Seguro que todo irá bien —añadí más seria—, esta vez no pienso dejarte sola, te lo advierto.

—Soy una mujer con una suerte espantosa —añadió con desidia, poniendo los ojos en blanco—. Si no me bastaba con uno, ahora la otra.

Palmeé su pierna. No encontré carne bajo su pantalón, solo hueso. El contacto resultó triste, la caricia se congeló en mis dedos. Traté de que no se me notara cuando levanté la vista.

—Os dejo solos —dije—, si me necesitáis, golpead la pared.

Y abandoné la casa con pena pero, sobre todo, con una gran dosis de culpabilidad.

••

Debía ir a Social Architecture, o lo que quedase del estudio, debía saber qué sucedería a partir de ahora. Me habían llegado noticias de que Samuel Perry había salido del hospital y se había celebrado la vista con el juez. Todo parecía indicar que iría a prisión hasta que tuviera lugar otro juicio.

Suspiré aliviada por no ser considerada ya el agresor sino la víctima. Pero a pesar de ello, la situación de Sandra seguía afectándome. Me obligué a desayunar bien antes de presentarme en mi antigua oficina.

Santo hacía un rato que se encontraba fuera de mi casa y había rechazado un café y una invitación a entrar, así que le dejé por imposible y continué con mis tostadas.

Sean todavía dormía. No entendía que yo quisiera regresar al estudio. Decía que bastaría una simple llamada a Kate para conocer lo que sucedía por allí. Pero yo necesitaba comprobarlo con mis propios ojos. Ver que mi sitio quizás estuviera ocupado por otro o que, por el contrario, la puerta se encontrase cerrada con un candado por orden judicial.

Bebí el último sorbo de café y entonces me di cuenta de que Santo hablaba con alguien fuera en un tono poco amistoso. Oteé desde la ventana de la cocina. Un hombre trajeado con un sobre en la mano hacía aspavientos para acercarse a nuestra puerta mientras un Santo aún más hinchado que de costumbre se convertía en muro de roca maciza para no dejarle avanzar.

—Tendré que reducirle si lo sigue intentando, señor —declaraba Santo en un tono monótono pero agresivo.

—Tengo que entregárselo en mano a la señorita Sanabria —decía el hombre con el rostro enrojecido por los esfuerzos—, soy...

En ese momento Santo le cogió del cuello y le tiró contra el caminito de entrada con una perfecta llave de judo. Ahogué un grito mientras contemplaba como espachurraba su cara contra la arena.

—Deme esa carta —masculló Santo arrancándosela de la mano. Con un movimiento rápido también sacó de un bolso interior de la chaqueta de la pobre víctima su cartera. Observó la documentación con una sola mano mientras que con la otra continuaba aplastando al hombre y entonces le soltó —: Le entregaré la carta a la señora.

—Debo hacerlo yo —gruñó el hombre recolocándose el traje, sus gestos vacilantes, asustados.

—Vale. Pero permaneceré a su lado.

Sonó el timbre y pese a que lo esperaba, di un salto. Avancé despacio hacia la puerta. A mi espalda escuché las pisadas de Sean en las escaleras.

—¿Quién demonios...?

Giré el pomo. El aire fresco de la mañana se coló en la casa. Frente a mí estaba el hombre de cara roja y piedrecillas incrustadas en el moflete, con Santo pegado a su costado.

—Pregunta por usted —me dijo.

El señor trajeado me tendió el sobre y lo cogí. Tenía un sello en el que se leía Departamento de Seguridad Nacional, seguido de las palabras Servicios de Ciudadanía e Inmigración.

La última palabra resonó en mi interior. Oh, no.

—¿Qué es eso? —preguntó Sean a mi lado, con su brazo alrededor de mi cintura y la vista puesta en aquel individuo.

—Soy de Inmigración —dijo el funcionario, repuesto del placaje de Santo —, es una notificación para la señorita Sanabria.

En ese instante pareció darse cuenta de quién tenía enfrente y la cara se le coloreó de un rojo más intenso.

—Usted es actor... —comenzó a decir.

Yo había abierto la carta, toda la atención de Sean se dirigió a mis manos temblorosas.

El documento oficial que tenía ante mis ojos era un galimatías de palabras técnicas, de fechas y códigos.

—La notificación está entregada —añadió el hombre—. Buenos días.

Eché una ojeada rápida a Santo, se abotonó la chaqueta y salió presuroso del jardín hacia la calle.

—Mierda —murmuré.

Santo se retiró mientras yo retrocedía hacia el interior. Sean me condujo al salón. A medida que mi vista descendía por el papel, me daba cuenta de la realidad.

—¿Qué dice? —susurró Sean.

—Samuel era el propietario de Social Architecture —respondí ausente—, y me despidió. Sean, tengo que abandonar el país.

Se quedó estupefacto.

—Pero...

—En la isla me amenazó con echarme si no accedía... si no colaboraba, dijo. Pero según lo que pone aquí, ya me había despedido un día antes.

—Será cabrón. Tenía que haberle matado.

Apoyé una mano en su espalda para calmarle. Sus músculos estaban tensos como piedras, los brazos apoyados con fuerza en el respaldo del sofá.

—No digas eso.

—Voy a llamar al Abogado. Algo se podrá hacer, ¿no?

Torcí el gesto. La rabia crecía por momentos en mi interior. Tenía una fecha tope para abandonar el país. Mi cuenta atrás finalizaba en una semana.

••

Llegué a las puertas del oscuro edificio que durante dos años había sido mi centro de trabajo. Entré en uno de los ascensores y pulsé, seguramente por última vez, el botón de la planta 30.

Los pisos se sucedieron demasiado rápido mientras rescataba recuerdos de mis inicios, de mi primera entrevista. Allí había hecho lo que me gustaba. Incluso estando agobiada por la férrea vigilancia de mi jefa, me sentía realizada.

Me apeé con la vista fija en el cartel de Social Architecture en el panel de madera tras la recepción.

Kate estaba allí, solo ella. Avancé despacio, sus ojos parecían tan tristes como los míos. Esbozó una sonrisa lánguida.

—Hola, guapa —me dijo.

—Hola. ¿Qué ha sucedido? —no alcanzaba a ver ninguna mesa ocupada. Los pasillos estaban a oscuras.

—Samuel Perry se hizo con el estudio pero ahora que está en prisión, hemos cerrado. Solo quedo yo para recoger llamadas.

—¿Y Mario Tornos? ¿No va a remplazarle?

—Creo que lo intentará, pero por ahora es imposible.

Me apoyé en el mostrador y hundí la cara entre las manos.

—Me tengo que ir, Kate. Me echan del país.

—¡Pero eso no puede ser! —exclamó. Sus ojos se llenaron de lágrimas—. ¿Por qué?

—El muy cabrón de Samuel me despidió. Ya no tengo contrato, ya no soy nadie aquí.

—¿Cuándo? —salió de detrás de la mesa y tomó mis manos entre las suyas. Las apretó.

—En una semana.

—¿Y si te contrato yo? ¿O tu chico? ¿No servirá?

Negué con la cabeza lentamente.

—Es un proceso largo, requiere demostrar que no hay ningún norteamericano que pueda hacer ese trabajo en mi lugar, papeleo y tiempo, mucho tiempo. Algo de lo que no dispongo.

—Santo cielo.

—No te preocupes, ya se nos ocurrirá algo —hice una mueca—, con lo que me costó llegar hasta aquí, juro que regresaré. Como sea.

Ella achinó sus ojos en un intento de sonrisa comedida.

—Por favor, si te puedo ayudar en algo dímelo.

Nos abrazamos. En ese momento el teléfono sonó como una ametralladora en el silencio de la planta.

—Cógelo. Ya me voy —me despedí con un beso y me encaminé al ascensor que, como signo inequívoco de la inexistente actividad en aquel lugar, todavía seguía en el mismo piso.

Las puertas se cerraron dejando tras de ella el rostro preocupado de Kate y muchos de mis sueños.

••

Santo se mantuvo en silencio en el coche mientras avanzábamos por las colapsadas calles de Los Ángeles, pero me observaba a través del espejo retrovisor.

Todas las ideas que se me habían ocurrido para poder quedarme también habían pasado por el cerebro de Sean, y a todas y a cada una, el Abogado les dio una respuesta negativa.

—Mierda —escupí sobresaltando al impassible de mi conductor.

—No es el fin del mundo —dijo monótono—. Si ha podido con un balazo, puede perfectamente con una orden de extradición.

No pude evitar sonreír.

—Gracias.

—No quiero perder mi trabajo, solo eso.

El horizonte se convirtió en un perfil azulado. El Pacífico delimitaba mi visión, el aeropuerto pasó a nuestro lado, después el bulevar de Manhattan Beach, sus pequeñas tiendas y restaurantes con toldos a rayas, al fondo el extenso muelle y la gran bandera de Estados Unidos.

Abrí la ventana e inspiré el aire salino de mi ciudad mientras Santo tomaba Ocean Drive. La casa apareció junto a la de Sandra, magnífica, majestuosa. Salí del coche titubeante. Me despedí de Santo y con la mirada del guardaespaldas clavada en mi espalda, entré en mi hogar.

Topé de bruces con Sandra.

—¿Dónde estabas mujer? —me increpó.

—Hola.

—Ya me he enterado del lío —dijo—. Una inmigrante ilegal nada menos.

—Legal hasta el martes.

—Dios mío, qué horror. Jamás pensé que nuestra historia pudiera finalizar así. Arrestada, tal vez. En la cárcel, quizás. Pero, ¿deportada? ¡No!

—¿Me veías en la cárcel?

—Por aburrida —puntualizó con los ojos brillando—. Te quiero Miriam, pero eres un rato sosa.

Me lancé a por su cuello y ella empezó a correr despavorida.

—Serás bruja. Te he dado mis mejores años —la perseguí sorteando los sofás hasta que Sandra se tiró derrotada en una silla.

—No me quiero imaginar cómo fueron el resto.

Rio cansada, jadeando.

Me dejé caer en el suelo a su lado y apoyé la cabeza en su pierna. Ella me acarició el pelo.

—Envidio tu cabello —susurró—, también tu sonrisa idiota perenne, la forma en que pronuncias «mundo» y «chica». Parece que te vas a tragar la campanilla. Y por desgracia, también me encanta la forma en que me abrazas. ¿Qué voy a hacer yo en mi vida sin alguien con todas esas magníficas cualidades?

Me levanté y la estreché entre mis brazos.

—Eres odiosa —murmuré hundiendo la cabeza en su cuello y llorando a moco tendido—. Yo también te quiero, un montón.

—No pienso besarte por más cariñosa que te pongas —dijo separándose de mí.

—Más te vale.

Se levantó y fue a por su bolso. De él sacó un papel doblado.

—Toma —me lo tendió—, parece que no me dejan contratarte en mi tienda para eludir que te larguen, así que he encontrado otra solución. Acostarme con el inspector de tu caso me ha parecido moralmente indebido, más que nada porque es una mujer.

Desdoblé la hoja y la miré dos veces.

—Sandra —musité asombrada—, es un contrato de adopción.

—¡Sí! Te voy a adoptar.

—¿Como perro?

—No mujer, como hija. Así no te pueden echar. Ya he rellenado todos los datos.

Esboqué una sonrisa.

—Te lo agradezco un montón. Pero soy mayor que tú. No puedo ser tu hija.

—Jolín, pues como madre. ¿Mejor así? ¿Y como abuela?

—No te pases —solté una carcajada.

Ella se encogió de hombros completamente desilusionada.

—¿No vale?

—Se lo propondré al Abogado pero creo que no... ¿De todas formas puedo quedármelo? Nunca nadie ha querido adoptarme.

—No me extraña, cielo —cierta alegría regresó a sus ojos—. Pues seguiré elucubrando.

La acompañé hasta la puerta. Cuando la cerré, me senté en el suelo. Tenía en mis manos el contrato de adopción y la voz de Tina Turner sonaba proveniente del hilo musical:

*I know I've only just met you. Maybe I should know better. But when you look at me that way, there's something inside that's so right. I don't want to lose you. I don't even want to say goodbye oh no...*<sup>13</sup>

No. No quería decir adiós a Sandra, sobre todo cuando debía cuidarla. No la iba a dejar en la estacada una vez más.



Las horas volaban irremisiblemente. El Abogado intentó lo impensable, incluso que Sandra me adoptara como madre, pero nada funcionó. El inspector de inmigración, que como dijo mi compañera, era una mujer, resultó implacable. No se ablandó ni ante mis lágrimas, ni ante mi gesto ensayado de cordero sacrificado. Era fría como el acero.

Bueno, hasta que apareció Sean en escena. Ahí descubrimos que quizás bajo su aburrida indumentaria gris podía existir un ser vivo. Nunca vi a nadie contener tanto tiempo la respiración mientras que Sean se presentaba y estrechaba su mano con delicadeza. Sin embargo, aunque la estrategia prometía, no resultó bien. Creo que aquella mujer entendió que si el atractivo actor era mi novio, lo conveniente era enviarme bien lejos y cuanto antes, para que volviera a estar disponible.

Así que se deshizo en sonrisas y halagos a la carrera de Sean, para luego girar su cabeza hacia mí y escupirme sin anestesia que me iba el martes y que no podría volver en dos años.

Aquello no me lo esperaba. Me levanté de sopetón de la silla de su despacho con los puños agarrotados a ambos lados de mi cuerpo y la cara roja de rabia.

—¡Eso es injusto! —grité como una energúmena.

—Yo no hago las leyes —contestó ella impasible.

—¿Dos años? ¡Mi vida está aquí!

—Eso dicen todos —esbozó una sonrisita que terminó de enfurecerme.

—La mato —y me lancé a por ella.

Gracias a que lo dije en español y a que Sean me detuvo antes de que la agarrara del cuello, la situación no llegó a más.

Salimos de aquella horrible oficina sin hablar. Habíamos agotado todos los recursos posibles y sentí que mi existencia se desvanecía bajo mis pies.

Sean entrelazó sus dedos a los míos. Su mano cálida me infundió una energía momentánea.

—Te aseguro que esto no se queda así —dijo deteniéndose mientras acariciaba mi mejilla con su otra mano—. Puede que tengas que irte el martes pero no dejaré de pelear para que regreses lo antes posible.

Asentí en silencio.

—Venga. Hay que animarse. Mañana voy a organizar una fiesta en tu honor.

Levanté una ceja desconcertada.

—¿Con faldas hawaianas?

—No, por Dios. La verdad es que la llevo planeando desde hace mucho tiempo pero decidiste marcharte a construir un hotel, así que tuve que posponerla.

—¿Sí? Me encantará entonces. Cualquier cosa que no organice Sandra es una bendición.

—Perfecto. Volvemos a donde empezamos a conocernos: el Pepper Lake Bar.

Sonreí.

—Hace mucho tiempo de eso —murmuré recordando el bar donde Sean tocaba la guitarra con su grupo. Todos los integrantes eran un encanto, pero la música... buff, realizaban una auténtica masacre con los clásicos— y será un placer volver.

Me agarró en volandas y ante el asombro de los viandantes, me llevó así hasta su Harley.

Me negaba a hacer la maleta. Un día después la seguía teniendo abierta de par en par en el suelo, pero cada vez que la veía le propinaba un enérgico puntapié que la lanzaba a la esquina contraria de la habitación.

«Es momentáneo», me repetía Sean pero sabía que no sería así. Resoplé de nuevo mirando a la maleta y le di una patada de nuevo.

*I gotta feeling that tonight's gonna be a good night. That tonight's gonna be a good night...*<sup>14</sup>

El hilo musical se lanzó a cantar. Había que llamar al electricista para que le echara un vistazo.

*I know that we'll have a ball. If we get down and go out and just lose it all. I feel stressed out, I wanna let it go. Let's go way out spaced out and losing all control...*<sup>15</sup>

Fui al cuadro de mandos pero no puedo evitar hacerlo bailando. Sí. Quisiera o no la bruja de inmigración, aquella noche sería una buena noche.

Conseguí detener la música y observé las luces del atardecer reflejándose en la pared. Mi sombra proyectada sobre ella me hacía parecer un fantasma. Pronto, eso sería lo único que quedaría de mí en aquella casa, una sombra.

No. No. Volví a encender el hilo musical, lo subí a todo trapo y bailé por todas las habitaciones como una loca despidiendo al sol, saludando a las tímidas estrellas que iban despuntando, saboreando los recuerdos de cada lugar que pisaba y a los que volvería tarde o temprano.



Tras una ducha reparadora, me puse un vestido nuevo negro con pequeñas estrellas brillantes, regalo de mi Papá Noel rubia y fabricado en su tienda de alta costura, la boutique Alexandra Dylan. La cicatriz del disparo quedó visible durante unos segundos mientras conseguía introducirme el diminuto vestido por la cabeza. Hasta hacía unos días, el incidente con el psicópata me

parecía lo más catastrófico del mundo; ahora yacía sepultado en un lugar lejano de mi subconsciente. Allí se tendría que quedar de por vida.

Di un par de vueltas ante el espejo del baño. Encontré agradable mi reflejo y me subí a unos tacones. Dejé mi cabello suelto, coloqué una sonrisa en mi cara y bajé al salón animada. Nada estropearía mi gran noche.

Golpeé la pared que compartíamos con la casa de Sandra y cogiendo mi bolso y una chaqueta, salí a la calle.

—Un golpe significa que ya estamos, dos que han entrado a robar —me gruñó Sandra desde su puerta—. Tú has dado tres. ¿Por qué demonios te empeñas en cambiar el lenguaje morsa?

—Morse.

—El que sea —se acercó luciendo un vestido dorado resplandeciente bajo la farola de la calle. De cerca, su pérdida de peso resultaba demasiado evidente—. ¿Cómo estoy?

—Fantástica —dije—, pero un poco esquelética para mi gusto.

—Tú nunca has tenido gusto.

—Anda, sube al coche o te dejo aquí tirada.

—Vale —levantó las manos torciendo la boca—, que la niña está hoy susceptible.

Me tragué alguna palabra malsonante y cuando fui a abrir la puerta del vehículo, choqué de frente con Santo, que salía en ese mismo instante de él.

—Hola... —me sorprendí— no sabía que vendrías a llevarnos.

—Tengo un plus por trabajar de noche —contestó y nos abrió las puertas traseras bajo la sonrisa divertida de Sandra—. No he podido resistirme.

—Santo, si hoy deciden raptarme, no lo evites. Así me quedo más tiempo en este país.

—En el 75,32% de los casos, la víctima regresa en rodajas.

Tragué saliva.

—Bien. No dejes que me secuestren.

—Perfecto, señora.

Y arrancó haciendo chirriar las ruedas y recorriendo Ocean Drive como si fuera un auténtico circuito de Fórmula 1.

Cruzamos Los Ángeles rápidamente. El tráfico generado por los trabajadores tardíos se agolpaba en dirección salida y nuestro camino de entrada aparecía despejado. Enseguida llegamos al Pepper Lake Bar. Una fila de no más de veinte personas se alineaba junto a la entrada mientras un grueso portero comprobaba sus acreditaciones.

Sandra dio un salto en el asiento mientras pegaba la nariz a la ventana.

—Acabo de ver a Ryan Gosling, lo juro.

—¿Quién es? ¿Un amigo tuyo?

Ella bufó como un bisonte salvaje.

—Santo, ¿has visto a qué tipo de compañera he tenido que aguantar durante tres años? —masculló.

—Me he dado cuenta, señora.

Saqué la cabeza por entre los asientos delanteros y miré a Santo.

—¿Tú también sabes quién es ese Ryan?

Entonces comenzó a cantar, dejándome boquiabierta:

—*City of stars. Are you shining just for me? City of stars. There's so much that I can't see...*<sup>16</sup>

Y lo hacía bien, realmente bien.

Sandra le imitó entre risas mientras mi guardaespaldas-cantante aparcaba el coche con toda la facilidad del mundo y sin perder la entonación.

—Ah, vale, el chico que tocaba el piano en la peli —tuve que conceder—, y que al final se queda más solo que la una. ¿No?

Santo dejó de cantar a la vez que nos abría la puerta.

—Que tengan buena noche, señoras.

—Gracias, guapo —Sandra le sonrió de oreja a oreja—, y busca un

karaoke. Se te da fenomenal.

Enrosqué mi brazo al de ella, el suyo tan delgado como un huesecillo de pollo, y nos acercamos a la entrada. Me dirigí a la cola pero Sandra se plantó delante del portero.

—Esta es la novia de Sean Weller —le dijo como si tal cosa—, ¿nos vas a hacer esperar?

El grandullón, cuyos bíceps estaban a un tris de romper su ajustada camiseta, miró sus apuntes descolocado.

—Esto, sí, digo, no, pero es que...—se agachó un segundo hacia Sandra y habló en tono bajo—, en la cola hay varios actores y... puede que se disgusten.

—¿Actores? ¿Guapos? —soltó Sandra.

—Mucho.

—Pues esperaremos nuestro turno —y volvió a ponerse en marcha arrastrando mi brazo y a mí misma hasta el último puesto de la cola.

—Eres muy rara, Sandra —murmuré.

—Habló la normal del grupo —puso los ojos en blanco—. Por si no te has dado cuenta, mujer de poco mundo, delante está Ryan Reynolds.

—¿Los que se llaman Ryan entran gratis? —bromeé—. ¿O era un requisito imprescindible para venir?

—Me desesperas.

Le saqué la lengua y ella me empujó desequilibrándome sobre mis tacones.

—¿Sus nombres?

El portero nos miraba solícito.

—Sandra Dylan y Miriam no sé qué —contestó con rapidez mi compañera.

—Sanabria —mascullé yo.

—Sí, gracias —señaló la puerta—, pueden pasar.

Entramos en el Pepper Lake. Mi impresión volvió a ser la misma que hacía

un par de años: parecía que nos hubiéramos colado en un refugio de montaña. Las paredes con tablones de madera, unas chimeneas de pega con sillones delante, una barra a la izquierda con el mismo hombre de grandes bigotes y prominente barriga.

—Ey, guapa —saludó levantando una mano—. Aquí está la homenajeadá.

Ni siquiera pensé que se fuera a acordar de mí. Le había visto una única vez, era el socio de Sean en aquel negocio.

—Hola Bob —le di la mano y él me la besó de forma escandalosa. La cara de Sandra fue de asco supino—, esta es mi amiga Sandra.

—Encantado —tras guiñarle un ojo, señaló una mesa alta a medio camino entre la barra y el escenario—, mesa reservada para las señoritas.

—Genial, gracias —anduve entre la gente tras Sandra, que se abrió paso a golpe de cadera, como una auténtica modelo. Tomamos asiento en dos taburetes—. Qué raro que aún no hayan llegado los Hilfig... tus amigos.

—Le pedí a Sean que no les invitara. No tengo ganas de dar explicaciones. Y Mario puede que venga luego.

En ese momento escuché unos chilliditos y Kelly se lanzó a mis brazos.

—Me parece que no te ha hecho mucho caso —me reí.

Alison, Billy, Michael, Pedro, Helena... todos se fueron turnando para abrazarme y después saludaron a Sandra sin ningún tipo de resentimiento aparente.

—Eh, jefa. Yo también necesito un achuchón.

Me giré reconociendo la voz de inmediato.

—¡Indy! —exclamé pero rectifiqué casi al instante—. ¡Eduardo! ¡Qué alegría!

Kelly esbozaba una sonrisa plena mientras se abrazaba a la cintura de su novio. Él me apretujó dejándome sin aire y después pasó un brazo por los hombros de mi amiga.

—No sabes la rabia que me ha dado todo esto —dijo disgustado—. Mi padre es un incompetente. Nada de esto hubiera ocurrido de no meterse en

tantos líos.

—No te preocupes —traté de sonar despreocupada—, agua pasada. Ahora toca encarar el futuro.

—Esa es mi jefa —se puso la mano en la frente como un militar y fue a buscar una silla para Kelly.

—Madre mía, Scarlett Johansson —siseó Billy haciendo que todos nos giráramos en la dirección que nos indicaba, como siguiendo una orden.

En ese momento comenzaron a probar la megafonía y dirigí mi atención hacia el escenario. Me sentía muy afortunada de tener aquellos amigos, de poder vivir aquel momento en su compañía, de haber pasado unos años tan felices a su lado. Las lágrimas intentaron abrirse paso en mis ojos, así que agité la cabeza espantándolas.

—Hola, hola —saludó Bob desde el escenario con un atuendo de vaquero consumado—, estoy muy feliz de ver a tantas bellezas juntas en mi pequeño bar. Bebed lo que queráis, bailad, cantad, ¡hoy invita la casa!

Se produjo un aplauso generalizado y algún grito típico del Lejano Oeste.

—Y empezamos nuestro espectáculo con el grupo de la cantante más buenorra del panorama musical: ¡Los Thrisha's!

La bella Trisha, vestida en cuero negro, salió al escenario en primer lugar, seguida por el batería, un guitarrista y, por último, Sean, que enseguida recibió silbidos femeninos.

Me buscó con la mirada y cuando nuestros ojos se encontraron, me dedicó una preciosa sonrisa que me hizo tambalearme en el taburete mientras los primeros acordes comenzaban a sonar.

Esta vez tocó asesinar un tema de The Mamas and The Papas, *California Dreamin'*, convirtiendo cada frase en una completa y malsonante desconocida. Esperaba que no hubiera ningún antiguo integrante de aquel grupo entre el público. Sin embargo, aplaudí como una loca en cuanto la canción finalizó.

Luego llegaron *Hotel California*, de los Eagles, y *California Gurls*, de Katy Perry. Todas iban regadas con cerveza, cacahuetes y más cervezas. Bailamos y nos reímos mientras Sean nos lanzaba divertidas miradas fugaces.

En un momento, se acercó al micrófono que Trisha sujetaba como si quisiera estrangularlo y secándose el sudor de la frente, se dirigió a todos:

—Amigos, gracias por haber venido hoy —me puse tensa mirándole. Estaba guapo a rabiar y encima sudado—. Es una noche muy especial para mí y quiero dedicársela a mi novia Miriam, que está ahí.

Un intenso foco blanquecino se proyectó en mi cara, dejándome momentáneamente sin visión periférica. Hubo un aplauso. Sonreí con vergüenza mientras las mejillas se me encendían, alentadas por el calor de la luz.

Kelly y Alison corearon mi nombre a mi espalda.

—Por eso y porque sé que mi grupo no es completamente de su...

Que no diga «agrado», por Dios.

—... de su estilo —puntualizó Sean—, he tenido que invitar a alguien un poquito más conocido que nosotros y que creo le apasiona... ¡Bruno Mars!

Me quedé sin palabras, mis amigas también. Rompimos a aplaudir incrédulas hasta que en el escenario apareció un muchacho de mediana estatura que parecía el hijo de Trisha. La gente gritó y se arremolinó.

Me di cuenta de que mientras Trisha hacía los coros iniciales de la canción, la atención del intérprete estaba puesta en mí, de forma que cuando comenzó a cantar parecía que me estuviera hablando directamente.

*When I see your face. there's not a thing that I would change 'cause you're amazing. Just the way you are. And when you smile, the whole world stops and stares for a while. 'Cause girl you're amazing, just the way you are...*<sup>17</sup>

Tragué saliva impactada. Todos coreaban a mi alrededor, yo era incapaz de creer que tenía a Bruno Mars tan cerca y cantando para mí.

Terminó la canción sin que yo me hubiera movido de mi posición inicial.

—Gracias Sean por invitarme, no me lo podía perder —dijo él con una gran sonrisa—. Y la siguiente canción va dedicada especialmente para Miriam. Es un mensaje de un chico que está loco... por ti:

Abrí la boca pasmada pero no pude pronunciar palabra alguna.

*It's a beautiful night, we're looking for something dumb to do. Hey baby, I think I wanna marry you...*<sup>18</sup>

¡Me encantaba aquella canción! ¿Cómo lo sabía Sean? Pasé la mirada de Bruno a Sean. Le encontré rígido, mordiéndose el labio inferior con nerviosismo. Entonces empecé a escuchar y a atender a la letra.

*Is it the look in your eyes, or is it this dancing juice. Who cares baby, I think I wanna marry you...*<sup>19</sup>

El corazón se me detuvo de golpe al comprender. Las piernas me temblaron y me agarré a la mesa. Mi círculo de amigos estaba más petrificado que yo, todos habíamos comprendido lo que aquello significaba a la vez.

—Ay, madre —susurró Sandra tapándose la boca con la mano.

*Just say I do. Tell me right now baby...*<sup>20</sup>

En ese momento Sean saltó del escenario y avanzó hacia mí. El horrible foco le siguió en su camino. La gente se apartó a su paso. Llegó hasta mí. Su rostro estaba tenso, inquieto. Yo mantenía la boca abierta. La cerré despacio mientras todo lo que había a mi alrededor desaparecía. Solo éramos él, yo y la voz de Bruno Mars en aquel extraño antro.

—¿Qué me dices? —preguntó, a un metro de mí, con un intento de sonrisa inquieta—. ¿Serías capaz de casarte conmigo?

Mi estómago se hizo un nudo, el corazón galopaba a su suerte.

—Si no te acercas, no te puedo escuchar —dije despacio, mis ojos clavados en los suyos. Le había oído perfectamente, yo y todo el público.

Soltó una carcajada y se aproximó abarcando mi cintura entre sus manos.

—Cásate conmigo.

—Sí —sonreí—. ¡Claro que sí!

Cuando me estrechó contra él ni siquiera me di cuenta del aplauso generalizado, de los gritos de mis amigas, de las fotos y videos que en pocos minutos volarían por Internet. Estaba entre los brazos del hombre que quería

con locura y aquello era más que suficiente.



Bruno Mars también dedicó una canción a Scarlett Johansson mientras Sean me llevaba hacia el almacén trasero donde guardaban desde instrumentos musicales a sacos gigantes de cacahuetes, pasando por millones de cajas de cerveza.

El ruido quedó mitigado cuando cerró la puerta tras nosotros. Apoyó la espalda en ella y me miró, impaciente. Avancé hasta él con una sonrisa boba en la cara.

—¿Has dicho que sí? —murmuró—. ¿Estás loca?

—No podía dejarte mal delante de todo el mundo —apoyé mis manos en su pecho. El corazón le latía rápido.

—Qué considerada —sonrió burlón—, siempre pensando en los demás.

—¿Realmente quieres casarte conmigo, o es una triquiñuela romántica para fastidiar a Inmigración?

Alargó sus brazos hasta mi espalda y tiró de mí hacia él. Sus manos se deslizaron por mi espina dorsal poniéndome la piel de gallina.

—Ahora ambas cosas. Pero hace un mes, que era cuando te iba a organizar este tinglado, solo se debía a la primera.

—Me fui y te fastidié el plan.

—Te fuiste y lo dejé para más adelante. Solo eso.

—Ojalá jamás me hubiera ido —murmuré—, no me hubiera encontrado con aquel tipo indeseable, no me hubiera despedido y puede que tuviera ya un anillo en mi dedo.

—¡Joder! —exclamó dando un salto—. ¡Es verdad!

—Pero yo no... —dije sintiéndome mal por mi comentario, que, puedo jurarlo, había sido inconsciente.

—No, tienes razón. Se me olvidaba algo... —rebuscó en su pantalón vaquero, en cada uno de los bolsillos, hasta que dio con algo en el más pequeño de todos. Un anillo brilló en la palma de su mano con la luz del fluorescente del techo. Era fino, de oro blanco, con su perímetro decorado de muchos pequeños diamantes.

—¿No tiene caja? —pregunté con las piernas temblando, saboreando el momento.

—No me cabía en el bolsillo —tomó mi mano con suavidad—. Miriam, me harías el hombre más feliz del universo si aceptas casarte conmigo pese a todos los problemas que eso conlleve.

—¿Muchos?

—Cientos —el anillo refulgía entre sus dedos.

—Entonces sí —con una ligera sonrisa lo introdujo en mi anular. Quedó perfecto. Lo miré estupefacta, incrédula aún. Levanté la vista hacia él—. Ahora puedo entender la fijación del asqueroso de Gollum con el anillo de Frodo.

—Te quiero, preciosa —me apretó contra él y bajando su cabeza me besó suave, dulce. Sentir sus labios sobre los míos era suficiente para que me entrara un hambre desahorada de él.

Bajé mis manos hasta sus caderas y enganche mis dedos en su cinturón.

—Yo también —musité separándome un poco—, muchísimo. Tanto que no me cabe en el pecho.

—Si fueras Pamela Anderson, eso no sería un problema —hizo una mueca.

—Me da igual quien sea esa señora, yo soy mejor. Y te lo puedo demostrar.

—¿Ah, sí? —elevó las cejas con picardía. Mis manos ascendieron bajo su camiseta, su piel estaba muy caliente, el palpito de su corazón retumbaba en sus músculos. Después mis extremidades resbalaron hacia su cinturón e inicié la difícil tarea de tratar de desabrochárselo.

—¿Qué le sucede a este cinturón? ¿Es a prueba de violaciones? —pregunté apretando los dientes y tirando de la correa.

—Cuánto que aprender aún —siseó quitandoselo con un solo movimiento y tirándolo al suelo. Me cogió de la mano. Avanzó hacia una mesa y tomándome de las axilas, me sentó en ella.

Respiré hondo cuando se colocó entre mis piernas. Se despojó de su camiseta dejando a la vista su cuerpo espectacular. Rocé su pecho con los dedos. Mi anular lanzaba destellos.

—Me gustaría ver cómo te queda ese anillo —sonrió malicioso. Tomó el extremo de mi corto vestido de estrellas y me lo deslizó por la cabeza—, sin nada más.

Abracé sus piernas con las mías mientras él paseaba una mirada demasiado exhaustiva por mi cuerpo, desde mis labios hasta los pies.

—Creo que lo he seleccionado bien.

Le apreté contra mí. Como siguiendo una orden silenciosa, dejó de mirarme y sus manos recorrieron el camino que sus ojos habían trazado un segundo antes, mientras la música y el alboroto quedaban a años luz tras la puerta.



# Mario

Miranda le observó detenidamente tras sus espesas gafas antes de tenderle su café.

—Tienes hasta cierto color en la piel —dijo mientras Mario tomaba un sorbo—. Las vacaciones no te han sentado tan mal.

—Han sido extrañas, solo eso.

—Ah, bien. Pero has debido de estar realmente ocupado para no contestar ni uno solo de mis mensajes.

Mario enarcó las cejas arrugando el ceño.

—No he recibido ninguno.

—Pues entonces tienes el móvil estropeado. Cómprate otro antes de que los señores Howard decidan buscar a otro arquitecto.

—¿Les gustó mi proyecto? —preguntó esperanzado.

—¿Qué si les gustó? ¡Sueñan con él! Así que ponte a trabajar —se llevó la taza de café vacía y cerró la puerta tras ella con un movimiento de su trasero.

Mario se frotó el pelo con satisfacción. Los Howard se iban a gastar en su casa la considerable suma de dos millones de dólares y les había encantado su diseño. ¡Por supuesto! Era el mejor.

Miró su móvil y abrió la tapa trasera. Estaba hecho un asco por dentro, no era de extrañar que no recibiera ninguna comunicación. Se acordó de que, hacía unos días, Sandra había tenido la ocurrencia de vomitar encima. Sacó la tarjeta, limpió el dispositivo con cuidado y lo volvió a montar.

Enseguida comenzaron a llegar mensajes y llamadas perdidas de días anteriores. El primero de Sean, diciendo que todo había ido bien y que Miriam se encontraba en buen estado.

Se sintió mal por haber dudado de él. Al fin y al cabo, no iba a resultar tan

mal tipo. Dejó a un lado cualquier pensamiento que no estuviera relacionado con el trabajo y llamó a los Howard. Les iba a construir la mejor casa de todo Malibú.



Se marchó después de comer y tras haber dejado todo terminado para el día siguiente. Le quedaban por escoger algunos materiales para la nueva obra pero podría hacerlo desde casa de Sandra.

Tenía prisa por llegar, no se fiaba en absoluto de su amiga. Puede que tuviera la intención de ponerse mejor pero de propósitos no se vivía, había que llevarlos a cabo.

Llegó a Manhattan Beach y aparcó tras el viejo coche de Sandra. A su lado, su Mini Cooper parecía de último diseño.

Al menos ya disponía de llaves para entrar y no tendría que buscar ninguna ventana medio abierta. Le sorprendió no encontrar a nadie dentro de la casa. Comprobó con agrado que Sandra se había bebido la mitad del zumo energético que le había dejado preparado por la mañana y que también habían desaparecido dos manzanas.

Bastante satisfecho, subió a su nueva habitación con la intención de sacar adelante algo más de trabajo. Las vistas del Pacífico llamaron su atención nada más poner pie en el dormitorio. El sol se clavaba en la superficie del agua lanzando destellos molestos. Bajó los estores y abrió su portátil en el escritorio.

Mientras se encendía, se quitó los zapatos y anduvo en círculos observando las antiguas posesiones de Miriam. La sola idea de estar ocupando la misma habitación que ella había utilizado le produjo sentimientos encontrados. Evitó echar leña a su cerebro y se concentró en trabajar.

Comprobó los planos para la casa de los señores Howard y empezó a medir superficies para calcular los metros cuadrados necesarios de tarima de madera.

Media hora más tarde, escuchó la puerta del porche al cerrarse y las voces de Sandra y un par de acompañantes charlando animadamente en el salón.

No reconoció de quién se trataba pero se alegró de que Sandra tuviera amigas, así que prefirió continuar trabajando y dejarle a ella algo de tiempo de esparcimiento, antes de recordarle que debía merendar un poco.

Lo que en un principio pareció un débil pitido, como el de un coche muy lejano, se convirtió de repente en un silbido suave proveniente de algún lugar de la habitación. Giró el cuello buscando la procedencia de aquel incómodo ruido. Se levantó a comprobar si se trataba de su móvil que intentaba sobreponerse del vómito de alguna extraña forma. En ese momento, la tapa de su ordenador se cerró de golpe. Pegó un salto sorprendido y avanzó hacia el aparato consciente de que resultaba imposible que se hubiera cerrado solo.

Levantó la tapa de nuevo con un ligero temblor en sus dedos. Empezaba a recordar lo que Miriam le había contado de aquella habitación y del supuesto fantasma que vagaba por ella.

—No puede ser —murmuró.

Abajo las voces seguían hablando, pero lo que a él le llamó la atención fue un siseo que recorrió la pared de enfrente de su habitación. Un cuadro se torció, sus zapatos vibraron. Siguió el sonido, que le conducía hacia la puerta, hacia las escaleras. Fuera lo que fuera aquello, quería que bajara.

La puerta se abrió de par en par golpeando contra la pared. Mario no pudo evitar dar otro bote.

—Mierda. ¿Qué demonios...? —anduvo hasta el rellano de las escaleras. Desde allí, la conversación entre las chicas era perfectamente audible.

El ruido que le había llevado hasta allí se detuvo repentinamente, permitiéndole escuchar mejor.

—Ponte ropa más ancha —decía una de las voces—, así no lo notarán tanto. Van a estar vigilándote, así que deberás ser cuidadosa. Los laxantes son menos escandalosos que provocarse el vómito. Tenlo en cuenta.

—Y no vuelvas a hablar de ello, cielo —comentaba otra—. Es normal haber caído una vez pero ellos no quieren ayudarte, quieren hundirte. Ellos no

entienden lo que hay que sufrir en el camino a la perfección, nosotras sí.

—Si ves que no te dejan tranquila, te mudas a mi casa. Mi madre estará de gira casi dos meses. Imagínate la tranquilidad que tendremos.

—Pero —oyó a Sandra—, Mario parece tener buena intención. Creo que realmente le importo.

—¿Importar? Oh no, cielo. Ese quiere usar tu cuerpo. ¿No ves que eres preciosa? Todas las chicas del grupo te admiran, eres nuestra inspiración.

Aquello le pareció demasiado. Mario bajó las escaleras volando y se encontró frente a dos muchachas escuálidas sentadas rodeando a Sandra. Ellas se quedaron absolutamente sorprendidas de verle.

—Fuera —aulló él roncamente.

Ellas esbozaron una sonrisa. A Mario le pareció un gesto diabólico, incluso creyó que, cuando una de ellas habló, sus pupilas tomaban una tonalidad rojiza:

—Es la casa de Sandra, tú aquí no mandas.

—Me da igual. Os sacaré a patadas si es necesario.

—Sandra, díselo —murmuró la otra con cara de santurrón—. Dile que somos tus amigas.

—¿Amigas? —Mario soltó una carcajada amarga—. ¿Qué tipo de amigas te conducen a la muerte? ¡Fuera!

Sandra se levantó. Sus mejillas estaban ligeramente ruborizadas.

—No, Mario. No puedes echarlas.

—¿Que no? —de dos zancadas llegó a la puerta que daba al porche, la abrió y señalándola, se giró hacia las chicas—. U os vais o llamo a la policía.

Viendo que no se movían, cogió a la primera de su raquítico brazo y la arrastró hasta la puerta. Fue como mover una hoja de papel. Ella gruñó. Aunque le pareció irracional, creyó ver una lengua de serpiente dentro de aquella boca demacrada.

La otra muchacha salió por su propio pie antes de que Mario se

aproximara.

—No volváis, no os acerquéis, juro que me enteraré de donde vivís y hablaré con vuestros padres —meditó un segundo—, la verdad es que pienso hacerlo de todas formas. Largaos ya de aquí.

Las dos chicas se cogieron de la mano y se marcharon rápidamente, lanzando una última mirada lastimosa a Sandra.

—Eres un imbécil —dijo ella desde el marco de la puerta—, ¿con qué derecho te crees para espantar a mis amigas?

Él se volvió hacia Sandra. Trató de meterse en su mente, trató de pensar como ella.

—Te están matando —susurró—, y odio quedarme quieto viendo cómo lo consiguen.

—No tienes ni idea de nada.

—Pues explícamelo tú —rogó—. Haz que lo entienda.

Ella no habló y Mario señaló hacia el paseo marítimo.

—¿Damos una vuelta? —preguntó—. Podremos charlar tranquilos.

—Estoy cansada —contestó ella. Su rostro era una helada máscara rígida. Se dio la vuelta metiéndose en casa y dejando a Mario solo y perdido en aquella terraza.

••

Tener a aquellas dos víboras físicamente apartadas de la casa no sería suficiente en el mundo de la tecnología y las redes sociales. Mario sabía que debía comportarse como un auténtico lunático para erradicar aquella plaga.

Robó el móvil de Sandra en cuanto se fue a dormir pero por desgracia tenía clave. Llamó a Miranda. A pesar de su aspecto, Miranda era una hacker consumada, había entrado dos veces en el sistema del Pentágono porque se aburría y una en el de Disneyland para conseguir entradas gratuitas. Ahí la

pillaron. La informática no tenía ningún secreto para ella, la había aprendido con su hijo. «Si no puedes con el enemigo, únete a él», había dicho. Y la aprendiz superó al maestro.

Ahora estaba reinsertándose en la sociedad en un sencillo puesto de secretaria.

En cuanto Mario le explicó el problema, ella se presentó en su casa sin dilación.

—Esto es un caso humanitario —musitó mientras se sentaba en un taburete de la cocina de Sandra, se ponía las gafas y empezaba a revisar el móvil—. No creo que el tipo de la condicional se enfade por ello.

—No quiero causarte problemas.

—Ninguno —tecleó una serie de cosas en un pequeño dispositivo electrónico que había traído y enchufado al teléfono—. Ya está. Esta chica tiene una imaginación prodigiosa. La contraseña es 1234, como casi el 90% de la humanidad.

—Debería haber empezado por ahí —esbozó una media sonrisa de alivio.

—Podrías haber bloqueado el móvil. Mejor así —guardó sus útiles de trabajo—. Así que te has centrado gracias a una chica con problemas. Eres bien raro.

—Me gustan las causas perdidas.

Ella asintió con la cabeza mientras Mario la acompañaba hasta el coche. La temperatura a las once de la noche era bastante agradable. Ya estaban en primavera.

—Bloquea como te he enseñado los grupos que pueda tener, para que no reciba mensajes. Pensará que pasan de ella.

—Muchas gracias, Miranda.

—Cuídate y mañana trae mejor cara. Vienen los Howard.

La despidió con un gesto mientras el coche arrancaba y desaparecía por Ocean Drive. Regresó a la casa. Tenía mucho trabajo por delante y desde luego que no se le presentaba gustoso.

••

Cuando al fin pudo irse a la cama, se sintió mezquino. Bucear en el móvil de otra persona era como colarse en su intimidad, como leer su diario.

Por desgracia se había encontrado con lo que ya se temía e incluso cosas peores aún. Había un grupo de WhatsApp con las dos viperinas esmirriadas de administradoras y varios correos electrónicos para pasarse archivos y fotografías. Lo bloqueó como le había enseñado Miranda y después entró en sus perfiles de diferentes redes sociales sin saber bien qué buscar. Se dio cuenta de que en Instagram, Sandra tenía una gran social, y mostraba su mejor cara, con preciosas fotos en la playa, en el mar, o en fiestas y premios. Todas acumulaban miles de «Me gusta» y de comentarios. Se fijó en una imagen de un festival de cine: acompañada del bobo del director, ella iba enfundada en un espectacular vestido. Resultaba imposible apartar la vista de su cuerpo, incluso para él. Sin embargo y pese a lo atractiva que estaba, había comentarios poniéndola verde: la llamaban gorda, fea, vaca... Era increíble. Cuánta maldad se amparaba tras el anonimato.

Con el estómago revuelto, dejó el móvil en perfecto estado y se lo devolvió a Sandra. Por un segundo se detuvo a contemplarla mientras dormía. La sensación de placidez le invadió a él también.

Le hubiera gustado acercarse, rozar su mejilla, quizás también tumbarse a su lado, darle el calor que le faltaba, estrecharla entre sus brazos. Sin embargo, dio media vuelta y regresó a su dormitorio.

••

Aunque en la oficina todo iba muy bien (a la futura casa de los Howard se unía otro diseño para unos amigos suyos), la situación en Manhattan Beach se desmoronaba por momentos.

Samuel Perry había cometido su último acto de locura y por ello, Inmigración iba a echar a Miriam. Mario le propuso al jefe de su estudio que intentara contratarla, pero este no pareció dispuesto. En cualquier caso, hubiera sido difícil que la puntillosa funcionaria diera el visto bueno.

El martes siguiente su amiga regresaría a Madrid y no podría volver a trabajar en Estados Unidos en dos años. Dos años. Quizás, con suerte, un visado de turista. Maldita burocracia.

Se reclinó en la silla de su despacho y miró el techo. Resopló. A Sandra se le agotaban las fuerzas, a Miriam, los días. Eran dos cuentas atrás que se sentía incapacitado de detener.

Por la noche, además, Mister Hollywood había organizado una fiesta de despedida en un bar. Ni que fuera un motivo para celebrar.

Qué putada.

—¿Cómo va tu amiga? —preguntó Miranda observándole desde la puerta.

Él se sentó derecho de nuevo.

—Igual. Además ahora me echa en cara que sus amigas no le responden en el chat. Dice que es culpa mía.

—Realmente es culpa tuya —sonrió ella.

—Sí. Y no me arrepiento.

—Quizá sería bueno ingresarla en un hospital.

—La doctora dijo que era necesario que la enferma quisiera hacerlo, que si no el tratamiento no serviría de nada —se frotó la cara con las manos—. Le estoy dando un poco de tiempo. Pero si la semana que viene esto sigue igual, solicitaré su ingreso. Puede que no consiga curar su enfermedad pero le salvaré la vida.

—Me parece que es la parrafada más largo que me has dedicado en los dos años que te conozco.

—Sí. Hasta se me ha secado la garganta.

Ella rio.

—Mario, eres un buen tipo. Cura a esa chica y después dile lo que sientes.

—¿Yo? —se señaló con las manos.

—No te hagas el tonto. Soy mujer, madre y hacker, nada se me escapa.

Él la empujó fuera del despacho y cerró la puerta. Su risa resonó al otro lado y Mario no pudo evitar sonreír mientras regresaba a su asiento. Aquella mujer estaba realmente loca.

••

Por la tarde, las dos reuniones que tenía se alargaron sobremanera. Contaba los minutos para poder regresar a casa de Sandra y ver si se encontraba bien. No se fiaba ni un pelo de aquellas dos arpías, seguro que volvían a por su presa.

Consultó el reloj por última vez a las nueve. Al otro lado de la ventana ya se había hecho de noche. Cuando la señora Howard, rubia, atlética, elegantemente vestida pero con un tatuaje de pasado salvaje sobre su pecho izquierdo que disimulaba su blusa de pedrería, se levantó arrastrando la silla, dedicó una amplia sonrisa de satisfacción a Mario.

—Ha convertido en realidad nuestros sueños, señor Tornos.

Mario agradeció el cumplido con una ligera inclinación de cabeza y estrechó su mano.

En cuanto la mujer salió de la oficina, su jefe le palmeó la espalda.

—Eres un buenísimo arquitecto, Mario. Llegarás lejos. Pero sonrío de vez en cuando, hombre. Y la próxima vez no te quedes embobado mirándole el pecho.

—El tatuaje tenía una falta de ortografía.

—Como si viene en arameo.

Iba a contestarle con una salida de tono pero decidió morderse la lengua, así que simplemente le ignoró y cogiendo su chaqueta del perchero, se marchó

rápidamente.

Al montarse en el coche recordó la estúpida fiesta de despedida. Había prometido tanto a Miriam como a Sandra que acudiría, por lo que no le quedaba otra opción que hacerlo si no quería morir.

Introdujo la dirección en el navegador y deambuló por las calles hasta que encontró el Pepper Lake Bar, un antro oscuro en un callejón de novela negra.

El portero consultó su nombre en una larga lista y le indicó que el concierto había comenzado hacía casi una hora. Asintió sin más y se adentró en el bar.

Estaba atestado de gente y olía a cerveza rancia. Pensó que quizás sería mejor idea darse la vuelta, hasta que un chaval moreno que acababa de aparecer en el escenario dijo algo sobre Miriam.

Un foco descubrió su paradero. Cerca, Sandra y el resto de la súper pandilla, incluso distinguió a su hermano.

Se acercó con la garganta seca y con muy pocas ganas. El cantante terminó una canción y comenzó otra. Llegó al grupo con indiferencia, ni siquiera se percataron de su presencia. Toda su atención estaba centrada en lo que sucedía en el escenario.

Míster Hollywood se acercó hacia ellos con un reflector, siguiendo su recorrido. Mario estaba a un escaso metro de la espalda de Miriam cuando escuchó aquellas palabras:

—¿Serías capaz de casarte conmigo?

La impresión fue fuerte. Sandra ahogó un gemido tapándose la boca a su lado, sus ojos inundados en lágrimas. El actor estaba tenso, nervioso. Mario aún más.

Y ella dijo que sí.

Durante el rato en que ellos se mantuvieron abrazados, mientras surgían flashes, aplausos y gritos, Mario no pudo moverse. La atmósfera acre de aquel antro empezó a agobiarle.

—¿Y ahora qué, Mario? —Sandra se había girado hacia él.

Mario separó la vista de la pareja, que se alejaba a la vez que el cantante volvía a reanudar su recital.

—¿Qué vas a hacer? —continuó ella con maldad—. Vas a tener que darte prisa para conseguir detener la boda. Tic, tac, tic, tac. Tu cuenta atrás ha comenzado.

—Eres una bruja.

—Me lo dicen a menudo.

Mario se dio la vuelta y salió de allí. Su cabeza estaba empeñada en devolverle imágenes de un pasado, en recordarle sentimientos, sensaciones; su mente criticaba su comportamiento, su forma de ser.

Se metió en el coche y condujo rápido para acallar los recuerdos, para apagar las emociones mientras la carretera serpenteaba hacia un oscuro horizonte.

10

# Sandra

No recordaba nada. Era como tener una niebla densa sobre la cabeza y, por más que se empeñaba en hacer memoria, la niebla crecía y se espesaba.

Ni siquiera quería abrir los ojos, porque el mundo que tenía ante sí no era el deseado. El control que mantenía sobre su vida, sobre su cuerpo, a base de tablas con gramos y de privarle de lo necesario, se había desvanecido. Ahora decidían por ella, ahora no era más que un cuerpo sin alma tumbado en una cama de hospital.

La claridad traspasaba sus párpados y por fin entreabrió los ojos. Sentada en una silla a su lado, reposando la cabeza sobre la sábana estaba Miriam. La mano de ella sujetando la suya.

—Hola, guapa —susurró adormilada.

—¿Qué día es? —Sandra notó la garganta terriblemente seca cuando habló.

—Lunes.

—¿Ya? —Se preguntó cuánto tiempo había dormido.

Miriam esbozó una sonrisa vaga, cansada.

—Sí. Llevas aquí desde el viernes.

—Pero... —la sucesión de imágenes llegó tan rápida que la abrumó. El concierto, las luces... la oscuridad.

—Te desmayaste en el Pepper Lake, ¿recuerdas?

—Creo que sí.

—He... hemos tenido que autorizar que te alimenten... —señaló el tubo que unía su brazo con una bolsa repleta de líquido—, o podrías... morir.

—Es mi vida, Miriam. Hago con ella lo que quiero. No deseo que nadie me dé de comer a la fuerza.

—Eres mi amiga, casi como una hermana. No puedo permitir que te hagas eso. Si ahora quieres arrancarte la aguja hazlo pero te advierto que debe doler mucho.

Sus ojos reflejaban una honda preocupación. Sandra miró el tubo.

—¿He engordado algo?

—No lo que deberías y eso no es una buena señal.

La forma que tuvo de decirlo no alegró a Sandra. Por un lado rogaba para no haber ganado ni un gramo pero la voz de Miriam era tan... triste.

—Me voy mañana, Sandra —apuntó su amiga—, y me parte el alma dejarte. Quiero marcharme despidiéndome de una Sandra mordaz y pizpireta, de una Sandra presumida y orgullosa, de una Sandra viva.

—Y dejas un despojo —murmuró ella.

—Un recuerdo de lo que fuiste... —Miriam besó la palma de su mano—, y de lo que serás. Porque te pondrás bien, tus ojos tendrán la misma luz pícara, tu cuerpo será igual de escandaloso, tus piernas... volverán a ser asquerosamente perfectas. Quiero seguir sintiéndome un patito feo a tu lado, de verdad que lo ansío con todas mis fuerzas. Quiero ser la fea, a la que vienen a hablar todos los mozalbetes para preguntarme por ti, quiero ser el bicho raro y estudioso y tú la divina compañera con bastante mala leche.

—¿Te has memorizado toda esa parrafada?

Un brillo de optimismo sacudió el rostro de Miriam. El optimismo perenne que la acompañaría hasta el mismísimo fin de la humanidad. Sandra se veía sentada en el porche junto a Miriam el día del apocalipsis mientras el mar se secaba, caían meteoritos y se abría el suelo lleno de lava y entonces su compañera diría con tranquilidad: «Por lo menos podemos ver de cerca el espectáculo».

Sonrió.

—¿Has sonreído? —saltó Miriam— ¿O es que ya tengo alucinaciones?

—Estaba pensando en que eres incorregible.

—Ya. Es un don.

Sandra se sentía agotada, pese a haber dormido mucho tiempo sentía la necesidad y las ganas de seguir haciéndolo.

—¿Dónde están los demás? —preguntó entrecerrando los ojos.

—Han ido viniendo por turnos. Seguro que esta tarde tienes aquí a todos.

—¿Qué les digo? —preguntó.

—No tienes por qué hablar. Aunque no lo creas, te quieren; incluso más si no dices nada.

Sandra bostezó.

—¿Y el pesado de Mario?

—No lo sé. No le veo desde antes del concierto. Pero le he dejado varios mensajes, seguro que está bien.

Los últimos pensamientos antes de caer de nuevo dormida fueron para él. Recordó con claridad la frase viperina que le había soltado. En ese momento odiaba que hubiera echado a sus amigas de casa, que la persiguiera con los asquerosos zumos, que... intentara ayudarla sin cesar.

Se sintió mal, mezquina. Y cuando empezó a soñar solo tuvo pesadillas.

••

Por la tarde seguía desganada pero se obligó a saludar a Miriam, que entraba en la habitación con una botella de agua en la mano.

—Vaya siestas que te echas —comentó alegre.

—¿Estás contenta por eso, o porque bombón Weller ha pedido tu manita?

—Hombre, Sandra, tú por aquí. Encantada de escuchar tu preciosa y viperina voz de nuevo —le sacó la lengua—. Estoy contenta porque te veo mejor y, por supuesto que feliz, sorprendida y algo aterrada de que Sean haya dado ese paso. ¡Sin consultármelo!

Simuló cara de pánico y Sandra tuvo que contener una risita.

—Al final hasta es un tío romántico.

—Es... increíble. Lo mejor que me ha pasado jamás.

—Bueno, vale. Me ha quedado claro. ¿Y qué vas a hacer?

Ella se encogió de hombros.

—Me refiero —continuó Sandra—, al tipo de boda, al vestido... ¡a todo!

—Ni idea.

—Genial.

Sandra puso los ojos en blanco. Después apretó el mando de la cama para incorporarse un poco.

—Vamos a ver —comenzó—, yo te haré el vestido. Digo, mi boutique lo hará. Ponte en pie.

Miriam se irguió.

—Necesito papel, lápiz y una cinta métrica —ordenó Sandra—. Ya.

—Vale, jefa. Pero por todo lo que me hayas querido en algunas ocasiones, no me conviertas en una tarta de merengue blanco.

—¿Quién diseña aquí? Porque que yo sepa, tú solo sabes hacer edificios.

—Porfi.

Y desapareció en búsqueda del material solicitado. Sandra se volvió hacia la ventana. El sol aún estaba alto. Bandadas de pájaros cruzaban el cielo formando largas uves, dos nubes algodonosas plasmaban el logotipo de Chanel. No recordaba cuándo se había detenido por última vez a mirar un paisaje y lo había disfrutado como aquel. Por un segundo, había olvidado su mísera existencia y se había percatado de su entorno. Regresó el sentimiento de culpa por Mario, por sus amigos. Se había convertido en un ser indeseable. Quizás siempre lo había sido.

—No puedo dejarte sola un segundo.

Sandra giró el cuello rápidamente hacia la puerta. El Negativo, su nuevo compañero de casa, su amigo, estaba allí. Los brazos en jarras, los pies cruzados, el pelo rubio revuelto, los ojos azules sombríos.

—Mario.

Y se echó a llorar. Profundamente, con angustia, con dolor. Lloró mientras él la acunaba entre sus brazos, lloró por lo que era, por lo que había sido, por el dolor que había causado, por la alegría de verle, por tenerle tan cerca.

—He sido una idiota —musitó—. Entiendo que me odies.

Él se rio.

—¿Odiarte? Eso es un sentimiento completamente improductivo. Únicamente causa dolor para una de las partes. Lo mejor es el asesinato.

Ella levantó la mirada, debía tener un aspecto espantoso, los ojos rojos, seguramente infinidad de mocos, el pelo desgreñado.

—¿Por qué eres tan bueno conmigo? —preguntó.

—Porque te lo mereces —secó sus lágrimas con los dedos—, y porque...

Silencio.

—¿Porque...? —le ayudó ella.

—Porque sí —respondió esquivo— El motivo da igual.

—Vale. Te lo agradezco.

—¿Te han drogado o algo? —saltó con horror—. ¿O me he equivocado de habitación? ¿Me lo agradeces? Este día tengo que apuntarlo en la agenda.

—No seas sarcástico. Te queda mal.

—Ya veo, una de cal y otra de arena.

Ella chasqueó la lengua.

—No vuelvas a desaparecer así, ¿vale? —sus pupilas fijas en las de él.

—Quería conocer San Francisco. Un sitio genial.

—Lo que tú digas, pero siento lo que te dije el otro día en el bar. Estaba resentida.

—No hubo nada malo en ello. Solo verdad —él se apartó, sentándose en una silla.

—¿Sigues enamorado...? —comenzó ella.

—Por favor, no continúes —la cortó. Tensó su rostro y lo apartó hacia las vistas de la ventana—. Escribió alguien una vez que el corazón tiene razones que la razón no entiende. Pues eso, así es.

—El que lo dijo era tonto.

—También que «el hombre tiene ilusiones como el pájaro alas. Eso es lo que lo sostiene».

Sandra frunció el ceño.

—No lo estás mejorando. El corazón... las ilusiones... parece un cuento de hadas. Nosotros somos de carne y hueso. ¿No dijo nada ese hombre que fuera medianamente real?

—«No es cierto que todo sea incierto».

—Por favor, dile a ese señor que yo también puedo hacer frases tan absurdas sin meditar demasiado.

Él rio.

—Bueno, Blaise Pascal falleció en el siglo XVII pero cuando me muera se lo diré de tu parte. Un momento... quizás se lo puedas contar tú primero, dependiendo de si decides curarte o seguir haciéndote creer que estás sana.

Sandra resopló.

—Dile una de esas frases a alguna chica y la tendrás a tus pies.

—No funciona —torció el gesto—. A ti te he dicho tres y sigues quieta en el sitio.

La puerta de cristal se abrió. Miriam entró cargada con una cinta métrica, un cuaderno y varios lápices.

—¡Hola! —saludó sorprendida a Mario.

—Hola —él se incorporó—, te dejo con la enferma. No para de hablar.

—Perfecto —Miriam se le quedó mirando—, ¿estás bien?

—Claro —hizo un gesto con la mano a modo de despedida—. Por cierto,

enhorabuena.

Y salió de la habitación.

••

Cuando todas las visitas desaparecieron, Sandra observó por última vez su diseño. Le había quedado absoluta y objetivamente grandioso. Haría de Miriam la novia más bella del planeta.

Hasta su amiga se había quedado maravillada con el resultado y eso que se trataba solo de un esbozo. Quizás aquello se le daba bien. Quizás ella servía para algo.

Le había dado una copia a Alison con una lista de los materiales y telas que necesitarían. Todos los Hilfig... vale, sí, todos los Hilfiger se habían mostrado felices de verla en mejor estado, de escucharla dando órdenes de nuevo, de reparar en su minúscula sonrisa. Y ella, aunque le costara admitirlo, también se alegraba de haberlos tenido a todos parloteando en la habitación, como si fuera una terraza famosa donde degustar nuevos cocteles.

Al final les echaron. Normal. Pero Sandra se quedó con sus caras amables, sus gestos simpáticos, sus muestras de cariño.

No. No estaba tan sola en el mundo como durante un tiempo se obligó a pensar. Quizás no tendría una familia a la que acudir pero le sobraban amigos.

Estiró el brazo que no estaba conectado a la bolsa perpetua de líquido transparente y llamó al timbre.

Una enfermera entró en la habitación a los pocos segundos. Su rostro era afable pero serio.

—¿Se encuentra bien? —preguntó.

—Sí —miró de soslayo el móvil que se hallaba bastante alejado de su alcance, ningún mensaje de sus supuestas amigas. La habían abandonado. Daba igual, tampoco tenía ganas de recibirlos—. ¿Hay algo para beber aquí que no vaya enchufado a la vena?

La enfermera alzó las cejas con escepticismo.

—¿Un zumo? —inquirió.

—De naranja. Natural. Los de bote tienen tantas calorías que parece que también te comes el envase.

—Ahora mismo —y salió rauda de la habitación al silencio del pasillo.

No tenía ganas de beber algo líquido pero quería intentarlo. Por sus amigos, por Miriam... por Mario.



Se despertó con una intensa luz en los ojos. Como su dormitorio en Manhattan Beach daba al oeste, no estaba acostumbrada a que fueran los rayos de sol los que la animaran a levantarse. Incorporó la cama y observó el amanecer como si fuera el primero que veía. Al fondo, distinguió las montañas de San Gabriel, con resquicios de nieve en sus cimas.

Alguien había depositado otro zumo en una mesa cercana. El experimento de la tarde anterior había resultado fallido. En cuanto el líquido rozó su paladar le sobrevino una arcada gigante. Absolutamente involuntaria.

La enfermera la animó diciendo que aquello era normal. Ya lo intentarían más adelante.

Estiró la mano y agarró el brick de melocotón e introdujo la pajita con desánimo. Olía tan dulzón como un ambientador de los baratos.

Se lo puso en los labios y cerró los ojos mientras absorbía despacio. Primero notó el líquido en la lengua, su cuerpo se tensó preparado para expulsar aquella amenaza. Apretó los párpados y pensó en mil cosas para olvidar que estaba añadiendo calorías a su organismo. Pensó en la vida desgraciada de su madre, la que ella tendría si no se esforzaba en curarse. Pensó en Mario, en lo reconfortante que resultaban sus brazos alrededor de su cuerpo.

Escuchó un ruido contenido en la puerta de acceso y se giró encontrándose

con la enfermera de la noche que la observaba incrédula.

Sandra se separó la bebida de la boca y tomó aire. Bien. No había vomitado. Y lo mejor... el envase estaba completamente vacío.

09

# Miriam

Amanecía sin que nada pudiera evitarlo. Si se produjera una invasión extraterrestre, los de Inmigración tendrían otras preocupaciones y seguramente se olvidarían de mí.

Pero pese a mis ruegos, ninguna nave espacial apareció en el cielo de California. Ni un solo zombi. Ni un demonio.

*We're leaving together, but still it's farewell. And maybe we'll come back to earth, who can tell? I guess there is no one to blame. We're leaving ground. Will things ever be the same again? It's the final countdown. The final countdown...*<sup>21</sup>

En mi mente, la última canción del loco hilo musical. Recliné la cabeza contra Sean. Ambos habíamos permanecido toda la noche en la arena de la playa de Manhattan Beach, apoyados en el montón de hamacas que en unas horas se distribuirían por todas partes. En unas horas en las que yo ya no estaría allí para verlo.

La maleta estaba en el coche. Solo una. Pensaba regresar.

El brazo fuerte de Sean me apretó contra su costado mientras las gaviotas tomaban tierra a nuestro alrededor, sembrando con sus huellas la perfecta arena lisa.

Mi anillo brilló con el primer rayo de sol que se coló entre las casas del paseo marítimo e incidió en la playa.

Sean cubrió mi mano con la suya. El anillo quedó atrapado dentro, como un diminuto tesoro.

—He empezado el papeleo para que puedas regresar. Me llevará mucho tiempo —murmuró—, la inspectora de Inmigración pensó que era un truco de última hora. Nos harán pasar algunas pruebas.

—¿Pruebas?

—Preguntas para ver si nos conocemos bien.

—¡Madre mía, parece una de las pelis de tarde de Sandra! —exclamé.

—La realidad supera a la ficción —apoyó su boca en mi mejilla—. Por ejemplo... ¿en qué lado de la cama duerme su pareja?

—Tú en los dos lados, yo en suspensión en una esquina.

—No pasaremos el examen —vi la sonrisa en sus labios—. ¿Sabes un secreto? Estuve a punto de pedirte que te casaras conmigo en Utah pero te caíste montaña abajo y perdiste la memoria. Lo planeé también estas Navidades pero se adelantó mi hermana y contrajo matrimonio con mi agente. Luego en marzo... y te fuiste a construir el hotel. El jueves esperaba que ocurriera cualquier acontecimiento imprevisible. Como no te caíste, ni nadie nos interrumpió y todo pareció salir bien, comencé a preguntarme si ibas a decirme que no.

—Y en ese caso, ¿qué hubiera sucedido?

—Se lo hubiera pedido a Scarlett Johansson.

Le empujé con el hombro. Y él a mí, con bastante más fuerza, por lo que me caí hacia atrás. Se rio mientras se tumbaba encima de mí, mi pelo rebozándose en la arena fresca de la madrugada.

—Oh, no señorita Sanabria. No te librarás de mí tan fácilmente. Hubiera seguido intentándolo, o quizás te hubiera emborrachado y arrastrado a alguna capilla de Las Vegas.

»Nunca pretendí casarme antes, ni siquiera con Andrea. Pero esta vez y contigo, quería... más bien deseaba que llevarás un anillo mío en ese dedo tan bonito —besó mi mano. Acarició mi cara, puso sus labios sobre los míos. Suaves, cálidos—. Un anillo que significara algo importante.

Su rostro a contraluz era bello, magnético. Alcé las manos y toqué sus pómulos, tracé la línea de su mandíbula hasta llegar a su boca. Y le observé en silencio. La luz anaranjada del amanecer filtrándose entre sus cabellos oscuros, el brillo de la mañana despuntando en sus pupilas.

Mi entereza se dobló ante aquella imagen. Tan hermosa, tan inverosímil. Pronto sería un recuerdo, pronto sería tan solo una imagen a la que aferrarme

mientras los días se convirtieran en semanas y puede que en meses.

Me percaté de lo mágico del momento y lo guardé a buen recaudo en mi cerebro.

—Te quiero, Sean —susurré. Y le besé con el ansia del que no sabe si volverá a vivir ese momento.

••

Dieciocho horas después, con un lío horario monumental en mi cabeza y una tristeza profunda, mi segundo avión aterrizaba en el aeropuerto de Madrid. El primer trayecto hasta Londres había sido un devenir de sensaciones, recuerdos y lágrimas. Pasadas seis horas, ya no me quedaba agua suficiente en el cuerpo para expulsar ni ganas de seguir asustando a mi vecino de asiento, que ya no sabía si tenderme un pañuelo o un rollo entero de papel higiénico.

Mientras el vuelo descendía sobre la pista madrileña, recordé cómo había sido el despegue. Pese a salir muy temprano de Los Ángeles, todos mis amigos de la ciudad estaban agolpados junto a la cola de control de pasaportes. Fue impactante. Parecía una convención de rubios guapos. El único discordante era Santo, mi guardaespaldas. Tan serio, tan cuadrado como una roca. Tendió su mano a modo de despedida y yo le abracé, dejándole algo descolocado.

—Cuídese —me murmuró.

—Gracias por todo, Santo. Y por favor, vigila a Sean. Se mete en problemas cuando yo no estoy.

Él asintió con un ligero movimiento de cabeza y dio un paso atrás para dejar que la avalancha de los Hilfiger se lanzara sobre mí como un auténtico tsunami humano.

Eché de menos a mi Sandra y a Mario. Pero al menos me marchaba con la buena noticia de que ella había hecho un pequeño pero gran avance en pro de su recuperación.

Tras muchos abrazos, besos y más abrazos, todos se apartaron, dejándome

a solas con Sean. A solas es un decir. Había un grupo entero de japoneses haciéndonos fotos a menos de un metro de distancia.

Santo y un par de agentes de seguridad del aeropuerto nos libraron momentáneamente de su acoso pero por si acaso se repetía, nos permitieron acceder por una zona reservada. Allí en un corto periodo de tiempo, realmente corto, me tuve que despedir de Sean. Aguanté heroicamente las lágrimas porque estaba segura de que regresaría en breve... quizás en meses o, a las malas, quizás en años.

Y me interné en el control, sola, angustiada y terriblemente apenada.

El comandante del avión dijo algo por la megafonía y me di cuenta de que lo hacía en español. Tuve que sonreír mientras el avión tomaba tierra en Madrid, un lugar que echaba de menos pero al que no me gustaba regresar obligada.

Eran las cuatro y media de la tarde del miércoles cuando recogía mi maleta de la cinta transportadora, exhausta tras todo un día de viaje, pero satisfecha por poder entender todos los carteles sin necesidad de diccionario de inglés.

El primer suceso inhabitual llegó tras cerrarse a mi espalda las puertas automáticas de salida. Busqué con la mirada a mi madre y me encontré con un objetivo fotográfico del tamaño de un misil apuntando a mi persona.

Supuse que algún famoso vendría en el mismo avión y que lo más probable, por no decir seguro, era que yo no le hubiera reconocido.

—¡Miriam! —mi madre me aplastó entre sus brazos, clavándome el bolso y metiéndome un ramo de flores por la boca sin que me diera cuenta.

—Hola —susurré notando que las lágrimas ya habían recargado el depósito y que tocaba dejarlas fluir.

—Mi pequeña —me depositó un beso en la frente que me supo a gloria. Como si con ese simple gesto, las pesadillas que me despertaban por la noche desaparecieran al instante, como si todo lo malo que había sucedido fuera a mejorar.

Sí, las madres tienen poderes sobrenaturales. Pero se empeñan en

camuflarlos como auténticas expertas.

Pasó su brazo por mis hombros y caminamos abrazadas hasta el aparcamiento sin decir ni una palabra más.

El Qashqai de mi madre olía como siempre, a una mezcla de pino y chicle de fresa. En el maletero había desde una silla plegable hasta un cuadro de la tía Elvira que aún no había enmarcado. Tres años después. Dejé la maleta al lado del botiquín de primeros auxilios, que en vez de una pequeña caja blanca, por estar en el coche de una enfermera, tenía el tamaño de un campo de fútbol... por si acaso le tocaba socorrer a un autobús escolar entero.

—Cuéntame —dijo, más bien ordenó, en cuanto tomamos la carretera de entrada a la ciudad.

—Me han deportado.

—¡Eso ya lo sé! ¡Lo otro! —exclamó mirándome de soslayo impaciente—. Algo que me ibas a relatar eufórica el jueves hasta que la pobre de Sandra cayó redonda a tus pies.

—Me ha pedido que me case con él.

—Lo sabía —rio.

—¿Tú? ¿Cómo? Va a ser cierto que tienes facultades sobrehumanas.

—Pues sí. Me dio una pequeña pista el que Sean nos llamara hará un mes para preguntar por tus gustos en cuanto a bodas. Ahí... digamos que empecé a sospechar.

—¿Sean os telefoneó?

—Estuvo hablando una hora con tu abuela. Imagínate la situación. Ya sabes que la abuela no entiende palabra de inglés y la vi decir *thank you* y *please* como si hubiera nacido en Oxford.

Solté una carcajada.

—Luego me tocó a mí —continuó ella—. Creo que le dije, o al menos intenté, que siempre te había gustado la capilla en Miravallis, el pueblo de la abuela Mercedes.

—¿Te acuerdas de eso?

—Como para no hacerlo. Siempre que visitábamos a mis suegros te oía suspirar con «si me caso, quiero hacerlo en esa iglesia». Y yo te tenía que repetir que primero debías terminar el colegio, el instituto y la universidad, y que, después, a lo mejor, podías hacer uso de esa capilla bajo supervisión estricta de tus padres.

—Eres una pitonisa —observé los edificios altos de Madrid, sus calles rebosantes de vida, su cielo claro.

—Bueno, se hace lo que se puede. Así que la abuela Mercedes ha reservado la iglesia del pueblo para el primer fin de semana de junio. Por si acaso Sean te lo pedía, por si acaso tú decías que sí.

Dos meses. Quedaban dos meses.

—¿Y Sean está de acuerdo?

—A tu chico le hubiera valido hasta un estanque lleno de ranas si esa fuese tu elección.

Media hora después, aparcamos el coche en el garaje de su casa. El ascenso hasta el cuarto piso del bloque me resultó tan familiar como extraño, el olor a tortilla me empapó la nariz en cuanto pisé el suelo de parqué, la gata se enredó entre mis pies buscando caricias.

—Te he preparado tortilla, que viene bien como desayuno, comida o cena —comentó mi madre mientras colgaba nuestros abrigos en el perchero.

Detuve los mimos a la gata al darme cuenta del rugido voraz de mi estómago. Si hacía un cálculo aproximado, para mí eran las nueve de la mañana.

—Me parece perfecto —hice una mueca—. Mamá, tenemos dos meses para preparar una boda, de las que lo desconozco absolutamente todo.

—Tú tranquila. Casi todo está listo.

Y aquella afirmación me dio bastante miedo.

Mi padre llegó tarde de trabajar porque tenía guardia en el hospital. Antes de siquiera abrazarme procedió a desinfectarse, como era de ley en aquella casa.

—Tres varicelas, un sarampión, una posible mononucleosis y diez gripes asesinas —me explicó con una sonrisa mientras abría el grifo de la ducha—. Los virus viven felices entre la contaminación. Dentro de poco tendremos que cederles el paso en los semáforos. ¿Y tú? ¿Bien?

Asentí lo justo antes de que me cerrara la puerta del baño en la cara y comenzara su recital de *La traviata* bajo el agua.

Mi hermana pequeña Sofía entró como un vendaval. Absteniéndose de saludar a mi madre, se lanzó a mi cuello. Después me revisó de arriba abajo como si yo fuera un código de barras que, con una pasada de su lector óptico, le revelaba toda mi historia.

—Veo entonces que dijiste que sí —señaló mi anillo—. Gracias a Dios. Hicimos una porra con los primos y recibiré veinte euros por confiar en ti. Mamá ha perdido, que conste.

Me reí viendo encenderse la cara de mi madre.

—Es que... vamos a ver —apuntó—. Siempre has sido un poco rara... Lo digo con cariño.

—Ya veo, cría cuervos y te sacarán los ojos —repliqué.

En ese momento apareció mi abuela materna embutida en unas mallas negras y con una cinta fucsia alrededor de la cabeza. Ya me habían contado que últimamente le daba al CrossFit más radical.

—¡Cielo! —me abracé a ella—. ¡Ya ha llegado nuestra inmigrante ilegal!

Y con toda mi familia reunida en torno a una buena sesión de embutido y tortilla, hablamos y despedazamos mi vida de los últimos meses hasta convertir lo malo en un vago recuerdo y lo irrealizable en seguramente posible.

Tardé casi un mes en acostumbrarme de nuevo a Madrid. Cuando abría la ventana de mi habitación siempre esperaba ver el océano al otro lado del cristal. Tras tres semanas, comencé a darme cuenta de que aquello ya no iba a ocurrir.

Volví a tomar el transporte público para moverme por la ciudad; volví a pasear por las calles, a perderme por el centro, a caminar por los parques. Recorrí museos, visité parientes, regresé con mis antiguas amistades. Todo con la intención de recuperar la sensación de que una vez pertencí a aquel lugar que ahora me resultaba extraño. Solo había estado fuera tres años y parecían una auténtica vida. Quizás porque los había vivido intensamente, quizás porque le había conocido a él.

Estaba divagando y debía devolver mi atención a las amigas del colegio. Tomábamos un café en el Paseo del Prado frente al Jardín Botánico en una tarde preciosa de principios de mayo.

—¿Y cómo es? —me preguntó Nieves—. ¿Qué se siente al salir con un actor?

Ya no era un secreto para nadie. Muchos conocidos habían visto la gala de los Óscar por la tele, o el resumen en algún informativo, y los que no lo habían hecho lo sabían por comentarios de los primeros.

—Es una persona muy normal —dije tímidamente. No quería ser el centro de atención de repente. Siempre había sido una más en mi grupo de amigas.

—Estabas guapísima —saltó Laura con una sonrisa inmensa en la cara—, hacéis una pareja tan estupenda.

—Pero la fastidiaste al hablar —tuvo que decir la racional Paqui—, ¿por qué le contestaste así a la reportera?

—Yo creo que no se enteró de lo que le preguntaba —salió en mi defensa Nieves—. ¿No?

—Estaba nerviosa —murmuré—, y tuve una pequeña confusión de palabras. Eso es todo.

—Fue horrible —Paqui puso cara de horror y después me sacó la lengua —. Pero da igual, te queremos con meteduras de pata incluidas. Eso sí, ¿cuándo nos vas a decir que nos invitas a tu boda?



Miravallis fue conquistado por el Imperio romano en el siglo I a.C. No era de extrañar. Mientras invadían toda la Península, los romanos no iban a pasar de largo de aquel pueblecito con las mejores vistas de la región. «Mira el valle», debió decir el general al frente de la misión, sorprendido por su belleza. Y con ese nombre se quedó el pueblo.

Poco había evolucionado el lugar desde entonces, aunque el diseño romano de una escueta retícula de calles perpendiculares se había trastocado en alguno de los muchos siglos transcurridos y varios callejones surgían irregulares ascendiendo hacia los picos, escondiéndose de la gente.

El pueblo tenía cuarenta y cinco habitantes con una edad media de ochenta años, aunque en verano y los fines de semana se llenaba de nietos y sobrinos, convirtiéndose en una ciudad de vacaciones rural, con dos pozas heladas en vez de mar y una pradera extensa en lugar de arena.

Subí la calle empedrada. Solo me topé con dos mujeres en todo mi ascenso hasta la iglesia. Ambas me saludaron corteses, seguramente ya sabían que era la nieta de Mercedes y el día y hora en que celebraría mi boda.

Les correspondí con una amplia sonrisa y apreté el paso, a pesar del cansancio, hasta la loma en la que, en el siglo XVII, se erigió una pequeña ermita de piedra con una torre de campanario. Allí seguía cientos de años después, inalterable al paso del tiempo y del viento, que soplaba huracanado en invierno. Me senté a descansar enfrente en un banco de piedra. Rodeando a la iglesia, una explanada de hierba con un sendero de gruesos cipreses comunicaba con el cementerio. Desde allí la vista del valle era impresionante: a un lado la sierra con sus picos abruptos y desnudos; abajo, los tejados de pizarra de Miravallis engullidos por el bosque.

Sin lugar a dudas, era el mejor rincón del mundo en el que celebrar cualquier acontecimiento con Sean. Su recuerdo se hizo vivo y saqué el móvil de la mochila para poder escuchar su voz. Sin embargo, la diferencia horaria le situaban muy probablemente en la cama durmiendo a pierna suelta, así que me limité a hacer una foto de lo que me rodeaba y se la adjunté a un mensaje que decía: «Este lugar tan idílico aún lo sería más contigo a mi lado».

Vale. Era un mensaje ñoño. Pero no podía evitar sentirme así.

Me levanté y dando pequeños saltitos hasta los tres escalones de piedra de acceso a la ermita, me colé en su fresca penumbra.

Me mantuve en la oscuridad, finos hilos de luz se filtraban por las diminutas ventanas incidiendo sobre los bancos de madera tosca, el viejo retablo de pintura desvencijada y el altar de piedra.

—Aquí está la niña —la voz de mi abuela Mercedes, sin ser demasiado enérgica, resonó ensordecedora en la quietud del lugar.

—Es perfecta —dije elevando las manos.

—Por supuesto —señaló la puerta con la cabeza—, la comida está lista. ¿Vienes o prefieres meditar un rato más?

Apresuré el paso hasta alcanzarla y enrosqué mi brazo al suyo. Era una mujer vestida de negro de pies a cabeza, delicada y aparentemente frágil. Las apariencias engañaban. Nunca había visto a nadie manejar un hacha como a ella. Cortaba troncos como yo hierbajos. Mercedes era el equivalente a Santo en la Sierra de Madrid, el mejor guardaespaldas, y encima cocinaba de muerte. Iba a pasar un par de semanas en su casa despejando mi mente, a la vez que organizaba lo que mi madre parecía ya haber organizado.

—Tienes que alimentar a ese pequeñín que llevas dentro.

La frase se quedó volando arrastrada por la brisa del exterior de la iglesia.

—¿Qué?!

Apuntó con su dedo índice mi tripa.

—Un niño —chasqueó la lengua—. Con las ganas de biznieta que tenía.

Apreté su brazo mientras descendíamos la calle hacia su casa. Sus

palabras resonaban en mi cabeza. Había realmente tres cosas que mi abuela hacía con auténtica maestría: cocinar, cortar troncos y... adivinar el futuro.

••

Oh, no.

Mientras la abuela terminaba de recoger la cocina, tomé su caja de costura y con la cintra métrica comprobé el contorno de mi cintura.

Oh, no.

Cogí el móvil y mandé un WhatsApp a Sandra.

«¿Cómo estás? Acabo de tomar mis medidas de nuevo, tal como me solicitaste».

Su respuesta tardó un nanosegundo en llegar desde el otro extremo del mundo:

«Te lo pedí hace dos días, pedazo de gandula. ¿Tan difícil es encontrar un metro en Europa? ¿Y?»

Le pasé cada dato que acababa de medir, algunos comprobados en dos ocasiones. Su respuesta fue aún más rápida que la anterior.

«¡Qué! ¿Qué demonios comes ahí? Eres la primera novia que en vez de adelgazar, engorda. Estés haciendo lo que estés haciendo con tu físico, para ahora mismo de hacerlo. Vas a tener un vestido inigualable de corte sirena, no uno de carpa de circo. Así que cuídate».

«A la orden. ¿Y tú? ¿Cómo sigues?»

Esta vez, su mensaje tardó más en llegar.

«Bien. Creo que estaré recuperada para junio. Hay alguien que me está cuidando mucho».

Escribí tres corazones seguidos.

Ella un puño golpeando.

Le mandé un beso y la conversación terminó. Mi abuela entró mientras yo seguía con el teléfono en una mano y la cinta alrededor de la cintura.

—¿Aún no me crees? —puso los brazos en jarras torciendo la boca—. Aunque no lo sepas, toda mi familia tiene un don especial para apreciar ciertos fenómenos que para otros pasan desapercibidos. Puede que tú también hayas heredado esa peculiaridad.

Negué con la cabeza.

—¿Seguro? —se colocó a mi lado. Era espigada y enjuta. Seguramente yo pesaba el doble que ella—. ¿Nunca has sentido presencias?

Mierda. Recordé el fantasma que venía de serie con mi habitación de Manhattan Beach.

—¡Ajá! —soltó mi abuela sobresaltándome—. ¡Lo sabía! Pues, cielo, te espera una noche movidita aquí. Tu abuelo Prudencio tiene la manía de pasear por los dormitorios sobre las tres de la mañana.

—El abuelo falleció hace diez años —murmuré.

—Hombre, ya lo sé. Pero díselo tú cuando le veas. No sabes lo cabezota que puede resultar a veces.

Me quedé en silencio. Empezaba a pensar que no iba a ser una buena idea pasar aquella semana en el pueblo. Sin embargo, me daba más miedo la abuela Mercedes si la hacía cambiar de planes que el pobre fantasma del abuelo deambulando por los pasillos.



# Mario

Había oído alguna vez que las cosas más terribles son las que no te esperas. El futuro que se abre ante una persona tiene muchas variables posibles, pero solemos trazarnos un camino para cada una de ellas. Sin embargo, de repente un hecho para el que no estás preparado sucede, un hecho que no debía ya ocurrir y que no tenía cabida en ese camino.

Mario se miró las manos y estiró los dedos. Desde pequeño pintaba, hacía bocetos como nadie, después comenzó a diseñar figuras y edificios. Era realmente bueno, quizás el mejor de toda la facultad de Arquitectura. Tenía un don en aquellas manos que no servía para nada, no era útil en la vida real. Él necesitaba aprender el verdadero significado de los sentimientos, saber exteriorizar sus emociones, explicar en palabras, o incluso solo en gestos, lo que le corría por las venas. Pero no sabía hacerlo y después de mucho tiempo, llegó a pensar que no es que le resultara imposible, es que no quería.

Si no tenía amigos, era porque no los necesitaba; si no tenía relación familiar, era porque no le resultaba gratificante; si no compartía su vida con nadie, era porque no le apetecía. Toda una gran y absurda mentira.

Se dio cuenta allí, en medio de un hospital, esperando a que el doctor que atendía a Sandra le diera las peores noticias, esperando algo que no quería escuchar, que le dolía solo imaginar, que no quería experimentar.

No. No estaba dispuesto a sentir dolor. Quería huir, alejarse de cualquier emoción, romper a correr como siempre había hecho. Pero aquella vez debía tener agallas, debía ser el que a Sandra le hubiera gustado. Debía ser valiente.

El doctor salió de la UCI con rostro grave. Mario apretó los puños, clavando las uñas en sus palmas. Unas manos que no servían para absolutamente nada en aquel fatídico momento.

Todo había sucedido demasiado rápido y desde luego no se lo esperaba. Miriam se había marchado un martes por la mañana. La había llamado para despedirse y después de intercambiar unas frases de cortesía se habían deseado buena suerte y asunto zanjado. Él iba a acompañar a Sandra en su primer paseo por los pasillos del hospital, después empezaría una especie de rehabilitación física y mental. Y ella le quería a su lado.

No era una imposición. No, no lo era. Más bien resultaba un ruego silencioso. Y para una vez que entendía lo que alguien quería expresar sin apenas palabras, debía llevarlo a cabo.

Ese día y los siguientes fueron de avance continuo. Hubiera jurado que el rostro de Sandra estaba recuperando su color, su forma. Y cuando sonreía... aquel momento resultaba... mágico.

—¿Sabes? —le dijo ella después de una de las clases de terapia—. Hasta eres buen tipo.

—¿Eso lo has aprendido hoy en clase?

—Puede —arrugó la nariz con picardía.

—Así que hablas de mí con tu doctor.

—Con mi terapeuta y bien macizo que está —sonrió e indicó con la mano el jardín—. ¿Salimos?

—¿Te ves con ganas?

—Claro. Desde que me he quitado ese horrible camisón, la vida es mejor.

El edificio del hospital rodeaba un pequeño parque arbolado con una buena extensión de césped, donde enfermos y parientes paseaban admirando desde la distancia las montañas y apreciando la calidad del aire que provenía de ellas.

Sandra tomó asiento en el primer banco que encontró. Llevaba un chándal blanco, el pelo recogido en una coleta alta, sin más ornamentación que sus propios ojos brillantes.

El sol danzaba por su cara entre nubes dispersas. Sus manos recogidas

sobre las piernas, entrelazadas en su regazo.

Mario se dio cuenta de que la observaba con demasiada atención y dirigió su mirada hacia unas palmeras puestas en círculo.

—¿Qué piensas cuando me ves así? —preguntó ella entornando los ojos por la luz—. ¿Sientes lástima?

—¿Lástima? No.

Ella esperó a que continuara pero Mario no estaba dispuesto a hacerlo.

—¿Pena? —continuó ella.

—Eso es un sinónimo.

—¡Y tú un tonto del bote!

Mario rio entre dientes.

—Me gusta cuando te cabreas. Sé que te encuentras bien.

Sandra recogió los pies sobre el banco y se giró hacia él. Tan próxima que lo único que les separaba eran sus piernas abrazadas con sus manos.

—Vaya, te gusta algo de mí... —se pasó la lengua por el labio inferior de modo involuntario. Aún los tenía resecos.

—Sí —Mario mantuvo la vista en su boca, quizás más de lo deseable.

—¿Y qué más te gusta? ¿Mi favorecedor conjunto mortecino?

—¿Necesitas halagos para recuperarte?

—Insultos desde luego que no.

Mario se revolvió el pelo con la mano y apoyó la cabeza sobre su palma.

—Solo diré una cosa buena tuya, no quiero que me quites el apodo del Negativo, y tú harás lo mismo conmigo.

—Vale. Desembucha.

—Me sorprendes —dijo, fijando sus ojos en los de ella—. Cada día que pasa me sorprendes aún más.

Ella tragó saliva. Su cuello delgado mostraba hasta el más mínimo

movimiento.

—Tú... —meditando todavía lo que iba a decir, Sandra empezó a hablar —. Tú...

—Lo sé. Pocas cosas buenas se pueden decir sobre mí. Te libero de la promesa.

—Tú... —elevó ella la voz interrumpiéndole—, eres un ángel.

—¿Un ángel? —Mario se señaló con las manos, media sonrisa en su rostro —. ¿Hablas en serio?

—Sí. Para mí lo eres. Me salvas continuamente —bajó el tono. Sus mejillas ruborizadas. Desvió la vista hacia el césped.

—Vaya —musitó Mario—, me esperaba cualquier cosa menos eso. Pero creo que podré soportarlo.

—No se lo digas a nadie.

—Por supuesto que no —él hizo una mueca—. ¿Quieres que mi popularidad caiga por los suelos? Ahora algo para subir la moral: ¿qué odias de mí?

—Pues simplemente eso, que resultas odioso. Muchas veces. Demasiadas. ¿Y yo?

—Que eres cabezota. Muchas veces. Demasiadas.

Ella sonrió. Ampliamente. La imagen a la que se aferraba Mario días después a las puertas de la UCI.

Extendió sus manos y tocó las de ella. Sandra le miró.

—¿Y sabes? —dijo él sin siquiera analizarlo—. He mentido. También me gusta que seas cabezota.

Ella abrió los labios. Pero cualesquiera que fueran sus palabras, no llegaron a salir. Mario dejó caer las manos despacio hasta el banco. Se mantuvieron en silencio un rato más, hasta que la temperatura comenzó a descender y regresaron al interior.

Fuera de las paredes del hospital, la vida seguía ajena a todo. Los Howard se encontraban pletóricos con los inicios de la construcción de su mansión y Mario disfrutaba en esos momentos de lo que le encantaba hacer.

Luego regresaba a la oficina, terminaba rápidamente lo que quedara y se marchaba raudo al hospital.

—Esa chica te da problemas —Miranda le siguió con la cabeza mientras él atravesaba a zancadas la estancia—, pero tienes mejor cara. Eres muy raro.

—Gracias, Miranda —Mario hizo una mueca y cogió el móvil de la mesa—. Te veo mañana.

—Aquí estaré, quieta como un loro.

Ya sabía todos los atajos para llegar al hospital sin pillar atascos, así que en menos de veinte minutos se plantó ante sus puertas, con un sándwich a medio comer y un refresco que debía terminar antes de acceder al lugar.

Aquel día era igual a cualquier otro. Comenzaba a hacer calor, pronto la humedad ascendería, los termómetros se pondrían nerviosos y puede que además hubiera un movimiento sísmico de poca envergadura. Los Ángeles era así, temperamental.

Sandra estaba en el jardín hablando con el terapeuta y sí, era un hombretón de lo más fornido. Dio un rodeo desinteresado observando plantas y arbustos, pensando en qué vegetación sería mejor para el césped de los Howard hasta que Sandra se quedó sola.

Se acercó lentamente. Su amiga tenía un libro en la mano. Se sentó en la hierba y comenzó a leerlo. Una sorpresa más.

—Cuando pensaba que ya nada me llamaría la atención... coges un libro —Mario tomó asiento a su lado y observó el volumen.

—Me hace interesante, ¿no crees? —ella le enseñó la portada: *Hamlet*.

—¿Shakespeare?

—Vaya pregunta. Claro que es Shakespeare.

—Se me hace extraño...

—Eres extraño. No le busques más explicación.

Mario soltó una carcajada que hizo que varios pacientes se volvieran hacia ellos sobresaltados.

—«¿Qué estáis leyendo, mi señor? Palabras, palabras, palabras» —recitó él con una sonrisa.

—«¡El mundo está desquiciado! ¡Vaya faena, haber nacido yo para tener que arreglarlo!» —añadió Sandra arrugando la frente—. Esa es la mejor frase y una verdad como un templo. Me dijeron en la biblioteca que era una comedia romántica. Piqué y ahora no puedo dejarlo.

—¿Te dije ya que me sorprendes?

—¿Te dije ya que eres realmente plasta cuando te lo propones? —dirigió la vista al frente, hacia las montañas. Una brisa cálida apartó unos mechones esparcidos por su cara.

—Un par de cientos de veces.

—Pocas me parecen —hinchó levemente las mejillas con aire.

Mario orientó su mirada hacia donde ella tenía fija la suya. La escasa nieve de la Sierra de San Gabriel centelleaba bajo los rayos del sol, el cielo tras ella se veía limpio, celeste.

Los dedos de ambos, apoyados cerca en el césped, se rozaron. Fue una sensación agradable. Mario dejó su mano resbalar hacia la de ella muy ligera, casi imperceptiblemente. Sandra no apartó la suya. Durante mucho tiempo se mantuvieron en silencio, observando las montañas con sus dedos entrelazados sobre la hierba.

De pronto, Sandra pareció despertar. Giró su rostro hacia él. Sus pupilas miraban directas, imperturbables.

—¿Qué pasa aquí, Mario?

Él la miró sin entender.

—¿A qué te refieres?

—Vamos a ver, tú eres el listo de los dos así que no te hagas el tonto — señaló el espacio que les separaba, sus manos juntas. La separó—. ¿Qué demonios sucede entre nosotros? ¿Por qué ese interés de nuevo en mí? De verdad que yo te agradezco que me acompañes, que me des tu apoyo pero no entiendo qué quieres.

Mario alzó las cejas incapaz de decir algo.

—¿Es porque soy el último recurso disponible? —continuó ella. No había amargura en su voz, solo curiosidad—. ¿Un segundo plato?

—Por supuesto que no —murmuró.

—Por si no te acuerdas, Mario, tú me dejaste —se levantó despacio abandonando el libro en la hierba—. Fuiste tú. ¿Por qué?

Recordar lo cabrón que había sido le escocía. Se frotó la cara con las manos.

—Te dejé porque creía estar... interesado por otra persona. No me pareció justo comportarme así contigo.

—No decidas por mí. Si me explicas las cosas, puedo tomar mis propias decisiones. Las rubias también hacemos esas cosas, ¿sabías? —comenzó a hablar con dificultad, agotada—. Y ahora... ahora, ¿qué? ¿Qué está sucediendo?

—No lo sé —Mario se incorporó buscando sus ojos, queriendo decir demasiadas cosas pero sin saber explicarlas.

—Claro que lo sabes. Pero Miriam se va a casar con otro en un mes, yo que tú iría moviendo el trasero y haría algo.

—Eso me da igual.

Ella apoyó la mano en su pecho e inspiró profundamente, agobiada.

—¿Te vas a dar por vencido? —musitó apenas audible.

—Estoy donde quiero estar.

—¿Y eso es aquí? ¿A mi lado? —murmuró ella. Su rostro se había vuelto

ceniciento.

Mario sabía que era el momento. El momento de no callar, de no poner mil excusas, de no esconderse, de hablar con el corazón. Abrió la boca.

Sandra se desplomó como un fardo ante sus ojos, antes de que pudiera decir nada cayó sin peso, sin vida. Mario pudo agarrarla en un último segundo y conseguir que su cabeza no diera contra el suelo pero fue como sujetar una muñeca de trapo.

Gritó su nombre, gritó pidiendo ayuda y mientras varios enfermeros se acercaban con rapidez, buscó un pulso inexistente en su cuello, en su corazón. Y ahí mantuvo una mano buscando un latido, una señal, mientras contemplaba cómo la vida se escapaba de aquel cuerpo que tanto le hubiera gustado abrazar.

07

# Miriam

*Sandra.*

Me incorporé en la cama con el corazón oprimido, sin poder respirar. Me erguí buscando un aire inexistente, sudando, sintiendo mil cosas a la vez y a cada cual, peor.

Me lancé a por el teléfono, que dormía dentro de mi zapatilla, y busqué la hora. La una de la mañana.

Sin apenas distinguir sus teclas mandé un mensaje a mi amiga.

«Hola... ¿estás bien? He tenido una pesadilla».

Esperaba una respuesta rápida diciendo algo así como «tú sí que eres una pesadilla y no la de Elm Street» pero durante una larga hora, no recibí ninguna.

Seguramente estaría en terapia, o paseando con Mario. Lo más normal es que no viera el mensaje hasta la hora de la cena, así que me volví a meter entre las sábanas de la casa de mi abuela y me cubrí con una manta. No pude evitar que el sueño me venciera pero fue un sueño tortuoso, difícil, donde un laberinto se abría y cerraba ante mí y en el que al final se encontraba Sandra, en un chándal blanco, con su coleta alta agitada por la brisa, con un rostro ensombrecido y muy preocupado.

••

Cuando me desperté pasadas las ocho, el sol entraba a través de la contraventana e incidía sobre el móvil, que ahora yacía en la mesita de noche. Busqué algo nuevo en él pero solo hallé varios mensajes de Infojobs ofreciéndome trabajo mal remunerado.

Suspiré y me froté los ojos somnolienta. Entre el temblor que me había producido dormir en la misma casa que el fantasma de mi abuelo Prudencio y la pesadilla angustiada, me encontraba más cansada que antes de ir a la cama.

Me levanté y abriendo la ventana observé las montañas detrás de las casas de piedra y pizarra. Sentía que algo malo había sucedido. No podía quitármelo de la cabeza.

Ahora sería medianoche en Los Ángeles, así que probé suerte con el teléfono de Sean. Este, afortunadamente, me respondió tras dos timbrados.

—Juro que estoy en la cama y juro que solo —soltó de carrerilla.

—Hola —musité con alivio al escuchar su voz.

—¿Estás bien?

—Sí, no. Me tomarás por loca pero...

—Dime.

—He tenido una pesadilla sobre Sandra. Le mandé un mensaje y aún no me ha respondido. Estoy intranquila.

Hubo un pequeño silencio.

—Te parecerá extraño pero mientras sufría en el gimnasio ayer por la tarde, escuche ruidos peculiares provenientes de la casa de Sandra. Y no era el Negativo. Él no estaba allí. Había empezado a pensar que tus paranoias me afectan también a mí.

—¿Puedes ir mañana a verla? —rogué aún más perturbada.

—Por supuesto. Tengo que pasar primero por los estudios y por la oficina de Inmigración a las once, pero la llamaré enseguida e iré a visitarla. Siempre existe la posibilidad de que me eche a patadas.

Sonreí.

—Esa sería una buena señal. Y entonces, dejaré que me llames chiflada durante un tiempo.

—Vale. ¿Todo bien? Las fotos que me enviaste de ese pueblo son espectaculares —bostezó sonoramente—. Y, sí, seguramente ganará en calidad

cuando yo esté allí.

—Eres un presuntuoso.

—Yo también te quiero.

Esboqué otra sonrisa de oreja a oreja.

—Buenas noches. A mí me espera un buen desayuno.

—Disfrútalo.

La conversación terminó dejándome un sabor agridulce. Si el fantasma del padre de Sandra había estado dando señales de alarma allí por la tarde, eso se correspondería con mi pesadilla. Demasiadas casualidades. Odiaba las casualidades.



Durante toda la mañana me mantuve en movimiento constante mientras íbamos a seleccionar las flores para la iglesia, mientras escogíamos el ramo.

—Parece que te ha dado el Mal de San Vito —decía mi abuela—. ¿Te estás haciendo pis o es que te encuentras nerviosa por la boda?

Me detuve quieta en el sitio.

—Tengo un mal presentimiento —reconocí al fin ante la sorpresa mayúscula de la amiga de mi abuela, que se encargaba de los adornos florales. Una de las rosas se le cayó al suelo.

—¿No te casas? —preguntó asustada.

—Claro que sí —afirmó mi abuela achinando los ojos para observarme con detenimiento—. Tú no te preocupes.

Me agarró del brazo y me sacó de la tienda.

—Creo que una amiga tiene problemas —me expliqué—. Aún no he podido hablar con ella y estoy preocupada.

—Desde aquí no puedes hacer nada —me dijo ella—. Vamos a terminar

los recados y después te enseñó lo que puedo hacer con las cartas.

—Espero que sea jugando a la brisca.

Ella rio. Y su risa quedó vibrando en la calle como la de una hechicera de cuento.



Después de que ya no quedara nada al libre albedrío y tuviéramos seleccionada desde la comida hasta la última decoración, mi abuela me sentó en una butaca junto a su mesa de costura. Liberó toda la superficie de elementos punzantes y largos ovillos de lana y corriendo las cortinas del salón, tomó asiento al otro lado de la mesa con una pequeña caja de madera oscura en sus manos.

La miré escéptica mientras sacaba una baraja de cartas de su interior.

—Lo del abuelo es una cosa; lo de leer el tarot, otra —murmuré.

—¿Tarot? Bah, tonterías. La baraja española es mucho mejor... y más económica —soltó una risita entre dientes—. A ver, niña. Cuéntame qué le pasa a tu amiga.

—Sandra está ingresada en un hospital de Los Ángeles por un trastorno alimenticio.

Ella desplegaba sus cartas en la mesa a la vez que yo hablaba, con una concentración total.

—¿Qué sentiste anoche? —preguntó ella.

—Que le sucedía algo. Soñé después que se encontraba al final de un laberinto.

—¿Uno como este? —señaló el dibujo que con los naipes había realizado ante mí. Un laberinto.

—Mierda —exclamé.

—No digas palabrotas.

—¿Cómo lo has sabido?

—Más sabe el diablo por viejo que por diablo —arrugó el entrecejo preocupada.

Pasé la vista de la expresión de su cara a la extraña alineación de las cartas.

—¿Qué sucede?

—Tu amiga no está en el laberinto. No la encuentro. Ella es el as de bastos, dura por fuera pero que se quema con una simple llama.

—Peleona —susurré yo—, como un garrote.

—Sí. Y no está. Aquí te encuentras tú, el as de oros, bella, fuerte, sincera; allí un as de espadas, afilado, cortante, dañino pero también noble.

—Mario —musité.

—Y ambos buscáis lo mismo en el laberinto. Pero lo que estaba, se fue. Desapareció.

Sin saber bien por qué los ojos comenzaron a llenármese de lágrimas.

—¿Sandra se ha ido? —pregunté levantando la vista hacia mi abuela, comprendiendo lo inexplicable, creyendo lo imposible—. Sandra ha muerto.

06

# Sean

—Corten. Perfecto. Sean, has estado genial. Necesito una toma más cercana, sí, ángulo derecho. ¡Iluminación! Más sombra detrás, quiero un rostro preocupado. Eso. ¡Silencio!

Sean se concentró en la mujer que se encontraba entre sus brazos. Lado derecho hacia la cámara, ojos sombríos, abrumados. Aquella mujer había muerto por lo que él como pirata representaba. Debía estar asqueado, debía sentirse como un incompetente, una mala persona.

—Bien. Así.

La voz del director volvió a resonar en el plató de grabación como una locomotora. Órdenes y órdenes. Aquel hombre era un auténtico loco.

Se levantó de un salto del suelo y ayudó a la mujer a hacer lo mismo. La pobre estaba embadurnada de sangre hasta las orejas.

—¿Y tú novia? —el director se había situado a su lado. La gorra de béisbol hacia atrás, como un quinceañero.

—Fuera del país.

—¿Volverá pronto? —puso cara de súplica—. ¡No me digas que tengo que buscar otra actriz para su papel!

—Te puedo asegurar que estoy tratando de que regrese lo antes posible.

—Más te vale. Quedan dos secuencias con ella —le apuntó con un dedo y después se marchó hacia un grupo de extras.

••

Sean se dispuso a abandonar los estudios después de comer. Condujo la

moto entre las calles evitando a curiosos y se despidió del guarda de seguridad de la puerta.

Tenía cita en Inmigración a las cuatro y no quería llegar ni un minuto tarde. Su abogado también estaría allí, aunque dudaba de que todo aquello sirviera para adelantar algo. La inspectora era más terca que una mula del Lejano Oeste.

Como esperaba, la sesión fue en vano. Cuando estuvieran casados y bien casados, tendría que adjuntar la documentación para poder considerar a Miriam un familiar, y así intentar traerla de vuelta al país lo antes posible. De tres meses en adelante.

Sean se frotó la frente con una mano y se reclinó en la incómoda silla del despacho de la inspectora.

—Puede que le acompañe un investigador a la boda —dijo ella con su hablar monótono.

—Así no necesitaré a mi agente de padrino —masculló Sean.

—Es una formalidad.

—Es una idiotez.

—Sean —le reprendió el abogado apoyando una mano en su antebrazo—. Lo entendemos —se giró hacia la inspectora—. No hay problema. Colaboraremos en lo que sea posible.

—Bien. Mañana quiero hacerle una serie de preguntas a las once —dijo ella con la vista clavada en Sean—. A solas.

Sean creyó intuir una chispa ilusionada en sus ojos.

—Aquí estaré —se levantó y salió al pasillo sin siquiera despedirse.

El abogado le siguió tras estrechar la mano de la inspectora.

—Esas formas —le dijo.

—Esa mujer me desespera. Y mañana, ¿qué? ¿Tratará de meterme mano?

—Te realizará un cuestionario y después el mismo a Miriam. A ver si os conocéis lo suficiente.

—Joder, Roger. Esto es increíble.

Sean se deslizó las gafas de sol hacia los ojos en cuanto comenzó a darse cuenta de que la gente miraba en su dirección.

—Sobre el asunto Samuel Perry, pasará en prisión un año y medio. Puede que con buena conducta algo menos.

Sean asintió con pesadumbre. Hubiera preferido la cadena perpetua para aquel individuo.

—Me voy a casa —comentó al abogado—. Gracias por tu ayuda.

Se despidieron en la calle y Sean se subió a la moto ofuscado. Todo parecía tan absolutamente difícil. Y como actor archifamoso, ¿no tenía derecho a algún tratamiento preferente?

Escupió una palabra malsonante y arrancó. El tráfico a aquellas horas era detestable, pero fue sorteando los coches con facilidad hasta llegar a Manhattan Beach. Aparcó delante de casa y se internó en ella esperando entrar y encontrarse a Miriam allí. Sonriente, feliz.

Sonriente, feliz y sin ropa. Puestos a pedir... Sonrió al pensar en ella, mientras tiraba la chaqueta a una silla y se bebía un litro de agua de la nevera en apenas un trago.

¡Cómo llenaba aquella chica la casa con su presencia! Y lo más increíble era que no se daba cuenta de lo que realmente significaba para él. Era su apoyo real, su cimiento, su amiga, su pareja perfecta.

Cerró el pensamiento a cal y canto y subió al gimnasio para masacrarse un poco y dejar de preocuparse.

Llevaba la tercera serie de abdominales con la voz de Ozzy Osbourne sonando como telón de fondo cuando escuchó el primero de los golpes.

*Screams break the silence. Walking from the dead of night. Vengeance is boiling. He's returned to kill the light. Then when he's found who he's looking for. Listen in awe and you'll hear him...*<sup>22</sup>

Se detuvo un segundo. Pero cuando volvía a reclinarsse en el suelo, sintió dos más. En las paredes, en el techo, en las ventanas. Se incorporó de golpe y

fue hacia su dormitorio atraído por el ruido que crecía en la pared que compartían con la casa de Sandra. Se apoyó en ella. Notaba la vibración en sus dedos. Y de pronto, se detuvo.

El silencio fue tan absoluto que los oídos de Sean se quejaron. Se puso una camiseta rápidamente y salió a la calle. Miró por la ventana de la cocina de Sandra y después aporreó la puerta. Nadie fue a abrir. Rodeó la casa tratando de ver algo del interior pero todo parecía en calma. Observó el salón desde el ventanal del porche, en el reflejo del cristal bailaban las densas olas del Pacífico. Se apoyó contra la pared extrañado. Miriam, aparte de soledad y tristeza, le había dejado sus singulares fantasías.



La situación no mejoró cuando, pasada la medianoche, recibió una llamada de Miriam. Ojalá hubiera sido para decirle cuánto le echaba de menos, pero la conversación giró sobre un presentimiento. Un presentimiento que él también tenía.

Más preocupado aún, trató de conciliar el sueño pero una y otra vez se despertaba con la sensación de que alguien le llamaba desde el otro lado de la pared. Le daba igual que se tratara del padre de Sandra o no; tener un fantasma pegado al dormitorio resultaba de lo más molesto.

Tendrían que buscar otra casa.

A las seis y media, harto de dar vueltas en aquella cama tan desierta, se levantó y se fue a dar un baño en el mar. Estaba realmente frío pero no le importaba, enseguida entró en calor luchando contra las olas.

Luego se coló en casa y se dio una ducha caliente a la vez que la música del baño le pedía ayuda.

*I'm feeling low, I'm feeling low. Help me Lord, I'm feeling low...*<sup>23</sup>

Mientras se afeitaba miró su reflejo en el baño. Observó a alguien ahora preocupado pero en general feliz. Unos años atrás hubiera dado un riñón por verse de esa forma. Esperaba que la fortuna no hubiera llegado a su fin.

Se vistió rápidamente y mientras desayunaba llamó a Sandra. El teléfono se encontraba apagado o fuera de cobertura, le advirtió una voz impersonal y fría. De todas formas le dejó un mensaje.

A la hora de comer podría estar en el hospital, deseando recibir algún impropio de su vecina.



La grabación del día se hizo pesada. Tuvieron que repetir una única toma al menos una docena de veces. Como tenía cita con la inspectora, se marchó en cuanto le fue posible.

Salió de la oficina de Inmigración con la misma desesperante pesadumbre. Aquello era tan absurdo como irreal. ¿Cómo demonios iba a saber la marca de crema corporal de Miriam? ¿Y su escritor favorito? ¡Pues todos! Vaya pregunta. ¿Y cuándo le venía la regla? Joder, ni que él fuera ginecólogo. Tuvo que hacer memoria y pensar en la última vez que Miriam se había tirado en el sofá con una bolsa de agua caliente con forma de oso panda espachurrado, porque le dolía la tripa. ¡Ajá! Eso fue antes de Hawái. Y desde entonces... ¿Ya habían pasado dos meses?

Dejó de darle vueltas a la cabeza y, de un salto, se subió a la moto. Le quedaba una buena distancia hasta el hospital.

Condujo entre endiablados embotellamientos hasta llegar a las puertas de aquel lugar. No parecía ningún centro sanitario, más bien un hotel de lujo a los pies de las montañas y a una buena distancia de la contaminación de Los Ángeles.

Aparcó entre un Maserati Cabrio de al menos 170.000 dólares y un Ferrari Spider que quería pedirse por Navidad.

Dejó de ojear los coches y se volvió hacia la fachada victoriana del hospital. La sensación que le devolvió la imagen fue realmente extraña. Ya había estado allí visitando a Sandra pero esta vez, todo parecía diferente, más sombrío.

Recordaba donde se encontraba la habitación. Subió dos plantas andando y giró por un amplio pasillo pasando una espaciosa sala de lectura, donde muchachas más escuchimizadas y lánguidas que Sandra charlaban vestidas todas con los mismos chándales blancos del hospital.

La habitación estaba vacía. La cama hecha.

Una enfermera se detuvo junto a Sean. Pareció reconocer quién era él pero solo dijo:

—La señorita Dylan está en la unidad de cuidados intensivos.

—¿Qué?

—Pregunte en la planta baja. Yo no puedo darle más información.

Con el pulso acelerado, Sean descendió las escaleras. Enseguida localizó la UCI. El pasillo que se encontró tras una gran puerta verde era tan amplio y aséptico como el de las habitaciones pero allí tenía un regusto diferente. Atemorizante.

Había una fila de sillas blancas alineadas. Una mujer se encontraba sentada en una de ellas, sus codos apoyados en las rodillas, su cabeza entre las manos. Lloraba en silencio.

Sean se sentó a su lado. No había nadie a quién preguntar.

—¿Sabe si Sandra Dylan está aquí? —murmuró suavemente.

Ella alzó sus ojos enrojecidos. Si no fuera porque aquel rostro tendría al menos veinte años más que el de Sandra, hubiera creído verla allí mismo.

—Soy Joan... su madre —musitó ella—. Sandra está...

Levantó un dedo delgado señalando una doble puerta batiente, enfrente.

—¿Qué ha sucedido?

—Hace dos días tuve un mal presentimiento —susurró ella—, he tardado cuarenta y ocho horas en llegar en autobús desde Virginia. Y como siempre, he llegado tarde.

Su cuerpo se contrajo en un espasmo. Un lloro reprimido. Sean no podía creer lo que oía.

—Pero...

—Su corazón estaba tan débil... ¿sabes? No comía, últimamente parece que sí pero llevaba mucho tiempo maltratando su cuerpo. Y eso no se queda sin consecuencias. Creo que ha sido un ataque cardiaco. La estabilizaron pero está en coma. Dicen que las primeras veinticuatro horas son muy importantes, que luego podrá haber daños severos. Pero ya han pasado. Hace una hora que se acabó el plazo.

Sean inspiró profundamente, se había quedado sin aire escuchándola. Puso su mano sobre la de ella.

—¿Se puede entrar? —preguntó afligido.

—Ahora está Mario con ella —Joan esbozó una ligera sonrisa. Sus ojos se iluminaron por un segundo—. Lleva un día entero sin separarse de ella, menos los ratos que la acompaño yo. Le han dicho que le cuente cosas, que tal vez puede escucharnos, y lleva todo ese tiempo hablando sin parar. Ya me sé su historia juntos completa... y es bonita, dentro de lo amargo de la situación.

Sean se levantó y caminó hasta la gran puerta. La parte superior estaba acristalada. Como era alto, podía ver perfectamente lo que sucedía al otro lado. No tardó nada en distinguir una cama con un bulto blanquecino conectado a varios tubos; a su lado, sentado en una silla y con la cabeza apoyada en la sábana, estaba Mario. Una de sus manos sujetaba la de ella.

Dio un paso adelante y la puerta se abrió hacia dentro, de forma silenciosa. Mario elevó la mirada. Puede que Sean jamás hubiera visto un rostro tan demacrado, tan perdido, tan desesperado.

—Hola —susurró.

Sean pasó la vista al cuerpo de Sandra, a su cara relajada, dormida.

—Hace una hora que acabó la cuenta atrás —murmuró Mario. Sus ojos estaban clavados en la delicada y lánguida mano de Sandra.

—¿Qué significa eso? —Sean tomó asiento a su lado. Una enfermera hizo el ademán de acercarse, él sabía que no tardarían en echarle de allí, pero otra la sujetó para que no acudiera.

—Le quitarán la sedación a ver si responde, pero puede que tenga otro

ataque o que simplemente... no despierte.

—Eso no será así —Sean negó con la cabeza—. La conocemos bien.

—Es muy testaruda.

—La que más. No se va a ir sin soltarnos muchas frescas.

Mario se frotó la cara con ambas manos.

—¿Quieres que me quede yo un rato? —preguntó Sean—. Me parece que necesitas descansar.

—No. Ahora no. Enseguida llegará el doctor —volvió a colocar su mano junto a la de Sandra, acarició sus dedos—. ¿Sabes una cosa? No tuve agallas para decirle lo que sentía por ella. Se ha ido antes de saberlo. Su última frase necesitaba una respuesta y no llegué a dársela.

—No te preocupes por eso ahora —musitó Sean—. Eso pensé yo cuando mi mujer murió, nuestra última conversación fue una pelea y de las gordas. No te martirices. Sandra saldrá adelante, lo sé. Y podrás decirle lo que quieras.

—Yo he perdido la esperanza hace unas horas.

—Miriam te daría una colleja por eso.

Mario esbozó una media sonrisa.

—Eso es verdad —retornó su atención a la mano.

—Te dejo. Regresaré en cuanto el doctor diga algo.

Él asintió con una leve inclinación de la cabeza y Sean salió de allí con el alma en un puño.

05

# Miriam

Si a la incertidumbre le sumaba la lejanía, la desazón comenzaba a hacerse inaguantable.

Sería la una de la mañana cuando recibí un escueto mensaje de Sean diciendo que todo marchaba bien. No le creí. Algo muy dentro gritaba que mentía. Alterné sueños con pesadillas y con ratos en vigilia.

Cerca de las cinco escuché pisadas en el pasillo y me levanté. Si mi abuela estaba despierta, podría hablar con ella y desahogar mis miedos.

Sin embargo, no había nadie.

Arrastré los pies por el suelo de madera hasta el dormitorio de mi abuela y me di cuenta de que estaba durmiendo, roncando como un oso polar. Un oso polar muy resfriado.

Deshice el camino. Y entonces, a medio paso de mi dormitorio, sentí algo, quizás vi algo. Una presencia. No era la misma que había sentido junto a mí en el dormitorio de Manhattan Beach pero, como aquella, tampoco resultaba incómoda, era más bien familiar.

Me mantuve en el sitio, enfrentada a lo que fuera que se situaba entre mi habitación y yo.

—Abuelo —susurré dándome miedo a mí misma—. ¿Eres tú?

Si alguien me hubiera contestado, juro que me habría hecho cualquier cosa encima. Pero, gracias a Dios, la presencia pareció disiparse y entré en el dormitorio con las piernas temblando y los ojos tan abiertos como los de un búho.

Me senté en la cama que gimió lastimera y me tapé con la manta hasta el cuello.

De nuevo tuve la misma sensación de compañía y me agarré a la manta con más ahínco. Justo delante, el colchón se hundió un poquito. Retrocedí hasta

tocar con la espalda el cabecero.

—Abuelo —murmuré—, estas no son horas.

Aquello que estaba sentado en mi cama no se movió. Comencé a pensar en serio en ponerme a gritar como una loca.

—Tengo que dormir —seguí—. Me caso en un mes.

Si no fuera porque era irremediablemente imposible, sentía que lo que se mantenía quieto a mi lado quería continuar escuchándome.

—Es un hombre increíble —me vi diciendo—. Seguro que te gustará.

Noté alegría enfrente. O quizás quise notarla.

—Me preocupa algo —murmuré—. Tengo una amiga enferma, creo que le ha sucedido una desgracia, puede incluso que haya muerto. ¿Sabes tú algo? Puedes mirar por ahí, por donde sea que estés y comprobar si se encuentra en tu... mundo.

Quedó tan ridículo a mis oídos como la misma contestación que percibí al instante:

*Yo no estoy muerto, leñe.*

Y la puerta se cerró con un sonoro portazo.

Pegué tal bote en la cama que a punto estuve de caerme de ella. Mi abuela llegó en breves segundos y me miró desde el rellano.

—Este Prudencio... —farfulló—. Te dije que no le gusta que le crean muerto.

—La he cagado.

—Esa boca.

—Me vais a volver más loca de lo que estaba.

Mi abuela se rio y haciéndose un hueco a mi lado, me apretujó contra ella. Allí nos quedamos las dos dormidas, mientras mi abuelo Prudencio caminaba por alguna parte de la casa bastante cabreado.

Mi hermana Sofía nos visitó a la mañana siguiente cargada de noticias. Mi abuela trataba de seguir su acelerada conversación, perdiéndose en ella demasiadas veces, casi como yo.

—Entonces vi al fotógrafo. ¿Os lo podéis creer? —decía.

—¿El de la boda? —preguntó la abuela.

—¡No! ¡Un reportero! —exclamó como si fuera obvio—. Bajé a tirar la basura y, ¿qué me encuentro? Un tipo cámara en mano escondido tras los cubos y oliendo a pescado rancio. Comenzó a hacerme preguntas a ritmo de ametralladora. Que si yo era Miriam... ¿Acaso nos parecemos? Vamos a ver, yo soy muuuucho más joven.

—Tres años.

—Tres y medio —puntualizó.

—¿Y? —la insté a continuar intrigada.

—Pues que se han enterado. Saben que vives en casa de nuestros padres y que tienes como novio a Sean Weller. Ah, y que te has escapado de Estados Unidos por agredir a un arquitecto.

—Toma ya.

—Lo peor —masculló—, es que me han sacado en una revista en zapatillas de estar por casa. ¡Mira!

Me tendió una de mis odiadas revistas de cotilleos, abierta por una página en concreto. No pude evitar soltar una carcajada.

—Genial. Qué hermana tan maja —gruñó.

Las fotografías mostraban a Sofía en zapatillas de Kitty con dos bolsas de basura. Lo que no nos había contado es que también llevaba albornoz. De Snoopy, nada menos.

—Pues se te ve muy guapa —comentó mi abuela poniéndose las gafas para mirar las fotos.

—Has hundido mi vida social, Miriam. Ahora seré el hazmerreír de todos mis amigos —pasó a la siguiente página—. Aquí tú llegando al aeropuerto, otra con Sean en los Óscar donde hablan de tu metedura de pata con una reportera.

—No me fastidies.

—Es que fue una cagada.

—Yo al menos no llevo zapatillas de Kitty.

—¡Basta! —saltó mi abuela—. No empecéis. Lo único bueno que veo en este asunto es que no dicen una palabra de la boda. Tendré que amenazar a mis amigas para que no digan nada y podamos celebrarla en la intimidad.

—Bueno... intimidad... —musité.

Sofía me lanzó una mirada de inspector de la CIA.

—¿Quién, aparte de tu familia cercana y amigos, vendrá? —preguntó.

Había que responder. Tarde o temprano lo averiguarían.

—Pues lo que tú dices, familia y amigos... también los de Sean.

—Ay madre —entendió ella de pronto—. ¿Va a haber famosos de Hollywood en las calles de Miravallis?

—Unos... cuantos.

—Mierda —agarró su móvil con rapidez y llamó—. Mamá, cambio de planes. Acepto tu regalo anticipado de Navidades, cumpleaños y de las siguientes Navidades. Necesito ir de compras a Serrano.

Mi abuela asintió divertida.

—Esto va a ser el acontecimiento más llamativo de Miravallis desde que nos conquistó el Imperio Romano.

••

Después de comer, mi hermana abandonó el pueblo a toda velocidad.

Quisiera o no, la prensa se enteraría de la boda, ella se encargaría de pregonarlo.

Sería por la mañana en California, así que llamé a Sandra.

Nada.

Después a Sean. Sus palabras sonaron como si llevara toda la noche sin dormir.

—Hola guapa —murmuró pausado—. Tenía ganas de escuchar tu voz.

—¿Cómo van las cosas? No he conseguido hablar con Sandra.

—No te preocupes. Todo está bien.

—Eso me dijiste ayer. Y no te creo.

Resopló y se hizo un largo silencio.

—Sean... —rogué—. ¿Qué sucede? Dímelo, por favor. Sé que estoy lejos y que no puedo hacer nada desde aquí, sé que no queréis molestarme ni hacer que me preocupe pero es peor saber que algo sucede y que nadie te diga nada al respecto.

—Sandra sufrió un ataque al corazón. Está en coma.

Las palabras cayeron como una losa de granito sobre mi cabeza. El teléfono tembló en mi oreja, se me hizo un nudo en la garganta, no pude hablar. Las rodillas se me doblaron y caí a cámara lenta hasta topar con ellas en el suelo.

—Anoche le quitaron la sedación —continuó Sean con dolor en la voz—. Podía haber tenido otro ataque pero se ha mantenido estable. Sin embargo, no se ha despertado. Los daños cerebrales pueden haber sido importantes.

—Pero... —conseguí articular.

—Estamos con ella. Mario lleva casi dos días sin dormir. Su madre ha venido también. Cuando se despierte se cabreará de vernos a todos alrededor.

—Cuando se despierte...

—Lo hará. Tú lo sabes.

Sentía un dolor fuerte en el estómago. Traté de contener la pena que dañaba mis entrañas.

—Sí. Sí lo hará —musité—. Y cuando abra los ojos, dile que me ha dado un susto de muerte y que eso no se hace a las amigas.

—Vale. Serán mis primeras palabras. Por favor, mantén ese optimismo que siempre te acompaña, lo necesitamos ahora más que nunca.

Asentí. El pesimismo no nos llevaba a ningún lado, solo al vacío, a la tristeza.

—Te quiero, Sean. Cuidaos mucho —añadí con más fuerza.

—Lo mismo digo, preciosa. Te llamaré si hay cualquier novedad.

Mi abuela me encontró de rodillas en mi dormitorio, el teléfono caído a mi lado, las mejillas llenas de lágrimas y el corazón oprimido en el pecho, pero no dispuesta a perder la esperanza. Era lo único que realmente nos quedaba.

04

# Mario

Desde que aquel doctor salió y le dio las malas noticias, las horas se sucedían lentas; a ratos volaban, y luego volvían a decelerar.

En un principio no resultaron tan malas; al fin y al cabo, cuando ella cayó al suelo, cuando Mario trató de encontrar su pulso y no lo halló, se temió lo peor.

Temía haberla perdido para siempre, temió tener que cargar con el dolor, temió no ser capaz de superarlo, porque sabía que no lo haría.

Ahora solo miraba las agujas de un reloj girar mientras hablaba. Comenzó hablando de lo que sentía, de lo que dolía tenerla delante ajena a todo, perdida en algún lugar lejano. Continuó ahondando en sentimientos, en emociones, en sensaciones, en lo que le producía abrazarla, en lo que pasaba por su mente al verla sonreír, en lo que le divertían sus respuestas, en que no podía dejar de pensar en ella. Después relató su vida en España, la mala relación de sus padres, la muerte de su madre, el odio que sintió por su padre. Le habló de su llegada a aquel país, sus años en la universidad, sus aspiraciones rotas, sus sueños frustrados pero también los realizados, porque conforme hablaba se daba cuenta de que su vida había sido buena. Pero él no la había aceptado.

Y se daba cuenta en el momento en que su existencia se volvía oscura, sin sentido.

Se turnó con la madre de Sandra en tres ocasiones para poder darle la oportunidad de estar con ella. Paseó por los pasillos como un fantasma, intentó tomar algo de comer pero lo vomitó. No estaba cansado, se encontraba simplemente acabado.

Cuando habían pasado las veinticuatro horas de rigor, entró el actor. Por primera vez no le molestó su presencia, incluso la apreció.

Después quitaron a Sandra la sedación. Se dio cuenta de que contenía la respiración. Sus uñas clavadas en las rodillas, las palmas sudorosas.

Esperaban lo peor. Un nuevo susto del corazón, que se encontraba totalmente agotado. Sin embargo, pasaron las horas sin que nada sucediera. Ni para bien ni para mal.



Llegaba el límite apocalíptico de las cuarenta y ocho horas, faltaban escasos minutos. Un diminuto reloj retrocedía en una cuenta atrás silenciosa en su cabeza.

Mario la agitó para liberarse. Joan y Sean se habían marchado a comer media hora atrás. Estiró la mano por la impoluta sábana blanca y alcanzó con la punta de sus dedos los de Sandra. Fríos, lacios... inertes. No le importó. Entrelazó su mano con la de ella, subió la mirada hacia su rostro bello y sereno. Una princesa de cuento que necesitaba un beso de amor para despertarse del encantamiento.

Apartó los cabellos que le caían por la cara con la otra mano, se estremeció al notar la fragilidad de aquel rostro. Parecía mirar a la muerte de frente.

—No te la lleves —se oyó susurrar.

Regreso a la silla y observó sus manos enlazadas. Una dichosa lágrima se deslizó por su mejilla. No recordaba haber llorado desde que murió su madre.

Impotencia. Sentía una tremenda impotencia.

—«Y si durmiendo terminaran las angustias y los mil ataques naturales herencia de la carne, sería una conclusión seriamente deseable —citó con la imagen del Hamlet que leía Sandra poco tiempo antes. Muy poco tiempo antes—. Morir, dormir: dormir, tal vez soñar...»

Bajó la cabeza y apoyó los labios en el dorso de la mano de Sandra.

—Sueña, Sandra —musitó—; cuando despiertes, estaré aquí contigo.

Cerró los ojos fuertemente. No quería volver a abrirlos jamás.

En ese momento notó una ligera presión en la palma. Dirigió toda su atención hacia ese lugar. La incredulidad se tornó escepticismo, después incertidumbre y nerviosismo.

Era verdad. Podía ser verdad. Quería que fuera verdad.

Sandra había apretado sus dedos en torno a los suyos.

Estaba cogiéndole de la mano.

03

# Miriam

Un mes más había rodado, las hojas del calendario se habían esfumado por la ventana abierta al agradable calor del cercano verano.

El bosque refulgía en diferentes tonalidades de verde, los tejados de pizarra brillaban por los rayos del sol, las chimeneas se habían apagado, los perros estaban tumbados en la sombra.

El mundo entero resplandecía. Nada era como el día anterior, todo resultaba mejor. Cada momento, una nueva experiencia, una nueva emoción. Y a cual más bella.

Quizás porque lo habíamos pasado tan mal en los últimos meses, nos merecíamos disfrutar con más intensidad de cada detalle y eso pensaba hacer.

Pese a cualquier inconveniente.

Y aunque estos fueran bastante desastrosos.

En primer lugar, me casaba. Sí, ese día por la tarde. Eso no me preocupaba, más bien me hacía ilusión. El problema radicaba en algo ajeno a mí. Los invitados procedentes de Estados Unidos habían comenzado a llegar aquella mañana. La abuela y yo habíamos reservado un precioso hotel rural a las afueras para ellos y casi todos descansaban allí en aquellos momentos.

Inconveniente 1: las maletas no les acompañaban. En el transbordo en Londres todos los equipajes se habían embarcado en dirección Moscú. Nada menos. Con lo cual teníamos unos treinta famosos de todos los calibres enfadados y en vaqueros, algunos en shorts.

Inconveniente 2: mi vestido de novia recién salido de la Boutique Alexandra Dylan iba con ellos. Directo a Moscú. Por lo que no tenía nada que ponerme.

Inconveniente 3: esperaba un bebé. Después de un arrebató imprevisto por mi lujuria desmedida en el gimnasio de casa y casi tres meses sin regla, había

que sospechar. Mi abuela, que además de buena cocinera, pitonisa y cortadora de troncos, era muy moderna, me dejó encima de la cama un test de embarazo. Tras leer sus instrucciones con el cuidado que tendría con las de un misil nuclear, lo llevé a cabo. Una raya bien rosa me indicó lo que mi abuela había predicho días atrás. Estaba embarazada.

Inconveniente 4: Sean había dicho en Hawái que no quería tener hijos. No quería averiguar si la genética de su padre estaba en él. No quería ser con sus hijos como aquel hombre lo había sido con él.

Quizás en otro momento estos inconvenientes hubieran constituido un auténtico horror para el día de una boda, pero debido a todo lo que había sucedido y lo que habíamos sufrido, me daban igual.

Pensaba casarme en un día precioso, con invitados en vaqueros, sin vestido de novia y con un bebé en la tripa que no tenía tique de devolución.

—Hola.

Sandra me miraba desde el umbral de la puerta. El sol resplandecía tras ella, y semejava una auténtica aparición.

La abracé tanto que comencé a pensar que podría romperla y la dejé respirar. Se sentó a mi lado en la cama, donde una vez puso sus fantasmales posaderas el abuelo Prudencio.

—¿Cómo estás? —pregunté de nuevo. Llevaba un mes haciéndole la misma pregunta por teléfono. Ahora podía interrogarla en persona.

—Muy bien, pesada. Con ganas de oírte decir el «sí, quiero». ¿Y Sean?

—Llega en una hora.

—Apurando al límite, es incorregible —sonrió mostrando sus perfectos dientes—. Gracias por posponer un par de semanas la boda.

—Te necesitaba al cien por cien de salud. ¿Y Mario?

Ella se encogió de hombros.

—No estoy muy segura de que venga, cielo. No sé si... no lo sé. Hace unos cuantos días que no hablo con él. Después de despertarme del coma, los médicos le dijeron que necesitaba reposo, tranquilidad, ninguna emoción

fuerte. Durante semanas hemos hablado de literatura, de viajes, incluso de películas, todo ciertamente sosegado.

—Bueno, no suena tan mal.

—¿Tan mal? ¡Es horrible! —rio—. Le he escuchado un tiempo interminable hablar de su vida, de lo que sentía por mí mientras pensaba que yo no podía oírle. Y ahora que estoy despierta y muy viva, ¡se calla!

—Pues échale una mano, mujer. Tú sabes bien como manejarte en este tipo de situaciones.

Ella se sonrojó.

—No creas. Cuando alguien te gusta en serio, te comportas de un modo tan absurdo como tú en tus inicios con Sean.

—Vale, gracias. Eres un encanto.

—Lo sé.

—Te he echado de menos lo inimaginable, Sandra.

—Y yo, cariño.

Nos dimos otro gran abrazo y la acompañé a la calle. Dos personas que me sonaban una barbaridad de alguna película pasaron por delante de la puerta y me dedicaron una sonrisa. Debía haber hecho los deberes y empollarme las fotos de los invitados. Otro nuevo inconveniente a mi creciente lista de ellos.

••

Después de una nueva llamada al aeropuerto y a la línea área, no me cupo la menor duda de que los equipajes no estarían de vuelta antes de la boda.

—Nada —murmuré a mi abuela—. Un desastre. Tengo a veintisiete estrellas de Hollywood y a tres cantantes famosos sin nada que ponerse. Y yo...

—¿Tú? Ya verás —me tomó de la mano. La suya delgada y callosa, fuerte y dulce.

Atravesamos el pasillo de la casa y subimos hasta la buhardilla. La abuela encendió la luz mostrando nuestro lugar de juegos de los veranos. Allí inventaba con mis hermanos mil historias de miedo entre objetos antiguos, muebles rotos y muchos más elementos fantásticos.

Abrió un gran baúl con una llave, nuestro cofre del tesoro pirata que nunca conseguimos abrir porque estaba cerrado con un candado.

—Hace unos días vi al abuelo subir aquí. Quería enseñarme el baúl. Creo que sabía de antemano que necesitaríamos lo que contiene.

—Abuela...

—Ni abuela ni pepinillos en vinagre, no me lo invento. Y lo sabes —sacó una tela doblada, preciosa, suave—. Lo he lavado por si acaso.

Extendió ante mí un sencillo vestido blanco, delicado, elegante.

—Mi traje de novia —sonrió—, sé que no es lo que soñabas, o lo que se lleva ahora pero puede servirte, si así lo deseas.

—Es precioso, abuela —dije realmente maravillada—, me encantará poder usarlo.

—A mí me hizo ser feliz tantos años como duró el pupas de tu abuelo —comentó con nostalgia—. Incluso después de él me ha seguido dando una vida plena.

—Será un placer llevarlo, abuela. De verdad.

—Pues vamos a ajustarlo, señorita —se secó una lágrima—. No nos queda nada de tiempo.

Miré el reloj asustada. Solo faltaban dos horas.

••

Entre mi abuela, Pilar la boticaria y Fina la de la floristería consiguieron amoldar el precioso vestido de mi abuela a mi cuerpo con cuatro puntadas perfectamente escondidas en sus suaves pliegues. Después me hicieron

quitármelo, sin siquiera habérmelo visto puesto, para plancharlo.

Justo en ese momento escuché una voz conocida. Alguien hablaba con mis padres cerca de la plaza del ayuntamiento y sus risas y comentarios rebotaban por las fachadas de piedra hasta llegar a la nuestra.

Mi estómago se hizo una albóndiga de la emoción y salí corriendo de la casa calle arriba hacia la plaza. Allí estaba mi familia charlando animadamente con un hombre del que solo podía ver su espalda, bien marcada dentro de una camiseta blanca de manga corta.

Mi madre me señaló, él se volvió hacia mí. Mi corazón botó en el pecho, por la carrera o porque quien tenía delante era la persona que más ansiaba encontrar.

Di un brinco de rana y me encaramé a sus brazos como si fuera un koala.

La risa de Sean brilló en el valle, la luz se hizo más intensa, el cielo más azul.

—Mi pequeña —susurró en mi oreja—, no sabes cuánto te he echado de menos.

Yo no podía hablar apretada contra su pecho, absorbiendo su olor, su cálido aliento en mi mejilla.

—Vale, vale —masculló mi padre—. Luego os achucháis, que queda muy poco para que comience el jolgorio.

Mi madre le dio un codazo en las costillas y él se quejó.

—Tiene razón —Sean me bajó al suelo. Sus ojos oscuros clavados en los míos como dos ascuas de carbón—. Tengo que ir a vestirme. He sido uno de los pocos afortunados que dispone de equipaje, así que debería usarlo.

Asentí con la cabeza incapaz de soltarme de él.

—Pero he de hablar contigo —recordé de repente.

—Luego —me guiñó un ojo—. Disponemos de mucho tiempo.

Nos separamos mientras mi madre, ya vestida y engalanada y oliendo a perfume a distancia, le mostraba a Sean la casa de mi tía Elvira, donde podría cambiarse de ropa.

—Había olvidado lo rematadamente guapo que es en persona —me susurró mi hermana Sofia sacándome la lengua—. ¿Qué habrá visto en ti?

—Calla, víbora.

Me dio un abrazo y un beso pegajoso de pintalabios en el moflete.

—En serio, soy muy feliz por ti. Te mereces todo lo bueno que te está pasando.

Y dejándome más contrariada que si me hubiera insultado se marcharon tirando de los diablillos de mis sobrinos hacia la capilla.

••

De nuevo recorrí la empedrada calle hasta la casa de mi abuela en un suspiro y con escasas reservas de aire en mis pulmones. En mi carrera saludé a los Hilfiger, que en vaqueros y camisetas de Gap (debería cambiarles el mote) lucían igual de esplendorosos que en un anuncio.

Les seguía una preciosa Kelly de la mano de mi antiguo compañero Indy... esto Eddy, en pantalones cortos de camuflaje.

Iba a ser una boda de lo más curiosa.

Entré en la casa ante la mirada seca de mi abuela.

—Aquí —me señaló el diminuto cuarto de la plancha donde había un gran espejo. Pilar la boticaria sujetaba el vestido entre sus manos como si se tratase del mayor de los tesoros—. Tú sigue dando esos brincos y vomitarás la comida.

—Estoy nerviosa.

—Más lo estarás si te digo que queda menos de una hora para vestirte, peinarte y maquillarte como si fueras a casarte.

Resoplé.

—Vale —me quité la ropa con rapidez—. Soy toda vuestra.

02

# Mario

La vio preciosa, perfecta. Se acercó sorteando una tabla de planchar gigante que habían sacado de la pequeña habitación para que pudiera vestirse. Se mantuvo en el marco de la puerta, sus brazos cruzados sobre el pecho mientras la contemplaba girar mirándose en un espejo, mientras colocaban en su cabello diminutas margaritas, mientras sonreía, mientras apretaba los labios con nerviosismo.

Las dos mujeres que estaban con ella la abrazaron y comenzaron a abandonar la sala topando con Mario. Miriam se dio cuenta entonces de que él estaba allí.

—Hola —susurró ella contenta—. Has venido.

—Estás... —comenzó a decir.

—Estoy hecha un desastre —esbozó una sonrisa intranquila—. ¿Y tú? ¡Mírate! Creo que vas a ser el invitado más guapo. Sobre todo sabiendo que solo mi familia va trajeada. Te aviso de una cosa: cuidado con mi hermana.

—Lo tendré en cuenta. Si tiene tus mismos genes, es preferible evitarla.

—Así se habla —se estiró el vestido y le miró—. ¿Qué tal?

—Perfecta.

—Gracias —pareció ruborizarse.

—Quería decirte una cosa —Mario dio un paso dentro de la habitación. En ese momento todo le pareció demasiado silencioso. Sus palabras quedaron flotando en el aire.

Ella no dijo nada. Sus ojos avellana se mostraron prudentes. Mario se aproximó hasta situarse enfrente.

—Sé muy feliz —esbozó una sonrisa—, por favor.

—Juro que lo seré —contestó ella radiante, satisfecha. Le pasó los brazos

alrededor del cuello y le abrazó—. Y tú también, cabezota. Deja que ese gran corazón que tienes hable de vez en cuando.

—Lo intentaré —vio que volvía una mujer—. Me voy, luego nos vemos.

Y le guiñó un ojo mientras daba marcha atrás y regresaba por donde había venido.

El sol le cegó al salir al exterior. La estrecha y pedregosa calle estaba llena de gente engalanada, otros en ropa de diario. Al fondo maniobraba un autobús para dejar más invitados en la plaza del ayuntamiento.

Caminó con las manos en los bolsillos hasta la iglesia. La explanada de césped que la rodeaba y desde el cual se podía ver todo el valle abajo, tenía mesas preparadas para el convite. En ese momento traían bebidas. Algunos aperitivos estaban dispuestos en ellas para aguantar la espera.

—Eh, tú —alguien llamó su atención—. ¿No vas a saludar?

Era Sandra.

Estaba sentada en una silla pero se levantó en cuanto él se acercó. Vestía vaqueros y una sencilla camiseta de rayas azules. Sus ojos agua marina lucían maquillados, los labios brillantes en rosa. Mario no pudo más que fijarse en sus mejillas, coloreadas en tono pastel pero también menos marcadas, menos huesudas.

Expulsó el aire con alivio.

—Hola —saludó satisfecho.

—Sí, yo soy una de las que ha perdido el equipaje y que va a tener que asistir a una boda con invitados famosos vestida de cualquier forma.

—No me había dado cuenta —contestó con sinceridad.

—Madre mía, Mario, vas a necesitar gafas. Menos mal que todos los que hemos venido de Los Ángeles vamos igual de vulgares que si no...

—Vas preciosa.

Ella elevó las cejas completamente sorprendida.

—Gracias —dijo al fin, tras observarle en silencio—, tú también. Sí, tú

mucho. Quería decir...

Sus mejillas se pusieron rojas. Mario soltó una risita.

—¿Te has quedado sin palabras, Sandra? Increíble.

Ella avanzó hasta él. Sus ojos chispeando bajo la luz del sol, un inicio de sonrisa indeterminada en su deliciosa boca.

—No, Mario —extendió ligeramente las manos hacia él y le tomó de los bordes de la chaqueta del traje—. Tengo muchas cosas que contarte pero ahora mismo solo quiero decir dos palabras: bésame.

El estómago de Mario se encogió súbitamente mientras repetía en su mente lo que acababa de escuchar. Pasó la mirada de su iris cristalino hacia sus labios.

—Eso es solo una palabra —murmuró cerca, muy cerca de ella. Respiró su olor a lavanda, a miel.

—Vale listo, pues... —sonrió—: Bésame ahora.

Y él lo hizo. Lo hizo con todas sus ganas, con las ganas que llevaba reprimiendo desde que toda aquella locura había comenzado. La estrechó contra él, sus manos en su espalda, su corazón latiendo desacompañado.

Tomó su cara entre los dedos, apartó los cabellos dorados que caían por ella, rozó sus pómulos. La miró. Las palabras salieron solas.

—Te quiero, Sandra.

Ella sonrió. Fue la mejor sonrisa, la más perfecta del universo. La que se le quedaría grabada para siempre.

—Y yo, tonto.

La música arrancó en aquel momento, sobresaltándolos. Se cogieron de la mano y entrelazaron sus dedos.

*'Cause all of me, loves all of you. Love your curves and all your edges. All your perfect imperfections...* <sup>24</sup>

Mario se pasó la lengua por los labios saboreando el gusto de Sandra en ellos. La sonrisa idiota no se le apeó del rostro. Giró su cabeza hacia ella.

—¿Luego seguimos? ¿Estará medicamente aconsejado? —musitó mientras los invitados comenzaban a acceder a la capilla.

—Por supuesto. Tengo que enseñarte donde he ganado un poco de peso, a ver si te parece correctamente distribuido —arrugó la nariz pícaro.

—Me encantará opinar —deslizó su mano hacia la delicada cintura de Sandra—. ¿Puede ser ahora?

Ella chasqueó la lengua, divertida, risueña y señaló con la cabeza la iglesia.

—Primero tenemos una boda. Vamos dentro, Casanova.

Y entraron en la capilla, a cual más dichoso.

01

# Miriam

Tomé con fuerza el brazo de mi padre y tragué saliva. A pesar de su férrea compostura, él estaba también nervioso.

—¿Vamos? —preguntó esperando a que le diera una negativa y pudiéramos escapar corriendo de allí.

La claridad del exterior, la belleza del valle a nuestro alrededor, una brisa cálida. Enfrente, las puertas de madera vieja de la iglesia abiertas de par en par, penumbra en su interior, figuras en la oscuridad.

—Sí, estoy lista —traté de esbozar una sonrisa inquieta que quedó igualita a la del Joker de Batman.

Dimos un paso y subimos los tres escalones de piedra. Escuché la música del órgano tocado por mi tía Elvira: el Canon en Re Mayor de Pachelbel indicó nuestra entrada. Inspiré profundamente. Las cabezas se giraron hacia nosotros.

—No puede ser peor que operar a alguien a corazón abierto —musitó mi padre.

—No puede ser peor que una gala de los Óscar —añadí yo.

Avanzamos despacio, muy despacio. A los lados comencé a distinguir caras conocidas, todas sonrientes, lágrimas de alegría, gestos de cariño. David, el agente de Sean, y su hermana Kim con el pequeño Justin mandándome besos, los Hilfiger con una... ¿pancarta? Evité restregarme los ojos. Estaba anonadada por leer el mensaje que decía “*I do*” en letras bien grandes. Les sonreí encantada.

Mis tíos, primos, mis amigas del colegio, mis hermanos con los sobrinos, mis dos abuelas prestándose pañuelos de papel, mi madre conteniendo a duras penas las lágrimas. Gente que quería con locura, otros que ni conocía.

En tercera fila, Sandra. Guapa a rabiar pese a no llevar ropa de marca ni

joyas. Feliz y pletórica junto a Mario. La mano grande de él enlazada a la de ella. Entendí lo que sucedía y no pude alegrarme más. Todo resultaba perfecto.

Levanté la mirada hacia adelante: el retablo suavemente iluminado, las figuras de la Virgen y Jesús que parecían instarme a acercarme, el párroco Don Fernando diminuto en comparación con el hombre que se encontraba junto a él.

Un hombre del que estaba perdidamente enamorada y que me miraba como si sintiera exactamente lo mismo que yo.

En ese momento todo desapareció y solo quedamos él y yo junto al diminuto párroco, con las últimas notas del canon de Pachelbel flotando entre los viejos muros de la capilla.

Tomó mi mano, que temblaba como una gelatina de fresa. Besó mis nudillos.

—Estás espectacular —murmuró.

Abrí los labios para decir algo pero el cura comenzó a hablar, con una energía que parecía no caber en su minúsculo cuerpecillo.

—He visto a Miriam crecer jugando en las calles de Miravallis —dijo—. Cada verano que pasaba, he podido darme cuenta de la mujer tan especial en la que se ha convertido. Una chica que animaba las nubes con su sonrisa, una niña que soñaba con convertirse en astronauta... o en pastora.

A su lado, un monaguillo comenzó a traducir, ante mi estupor, todo el párrafo al inglés. Hubo risas.

Sean esbozó una sonrisa tímida, su mano rozó la mía.

—Solo sé de este hombre —continuó Don Fernando señalando a Sean— lo que he visto en el cine. Sé que puede desactivar una bomba en tres segundos y acabar con una invasión extraterrestre antes de que concluya el día. Y lo más importante, sé que la hace feliz. Así que si no hay ningún inconveniente, me gustaría empezar la ceremonia para declararles marido y mujer.

El monaguillo tradujo con la habilidad de un intérprete de las Naciones Unidas. Mientras lo hacía, sentí un revoloteo en mi tripa. Y no eran los nervios. No.

—Tengo que decir una cosa —le interrumpí. No me di cuenta de que era yo la que había hablado hasta que el párroco y Sean me miraron con idéntico asombro.

Me giré completamente hacia Sean y traté de esbozar una sonrisa tranquilizadora.

—Sean... —comencé.

—Sean... —tradujo el monaguillo.

Le amonesté con la mirada y cerró la boca.

—Te lo iba a decir después, pero prefiero hacerlo antes de que des este paso —lo solté en inglés y de carrerilla. Él parecía no respirar—. Estamos esperando a un bebé.

Sean enarcó las cejas.

—¿Va a venir un bebé a la boda?

Me dieron ganas de tirarme de los pelos. ¿Por qué resultaba tan difícil hablar en un idioma diferente?

—No —señalé mi tripa—. Estamos esperando un bebé. Nuestro bebé.

—¿Estás...? —Sean era la sorpresa en su estado más puro.

—Sí.

El monaguillo soltó un silbido a nuestro lado. Don Fernando le dio una colleja.

—Pero eso es... —comenzó Sean. Apreté mi pequeño ramo de flores entre los dedos—. Eso es fantástico.

—¿Sí?

—¡Claro! —me abrazó. Los asistentes rompieron en aplausos.

—Un momento —rogó el párroco moviendo los brazos para apaciguar a la masa—. ¿Alguna noticia más?

Negué con la cabeza feliz.

—Bien, pues entonces comencemos o se hará de noche y nos atacarán los

mosquitos.

Miré de soslayo a Sean, él me devolvió la mirada. Sus ojos brillaban, quizás por la emoción, quizás porque me quería, quizás por la inmensa vela que tenía cerca. Movié los labios en un silencioso «te quiero».

Asentí encantada. Una lágrima danzaba perezosa por mi mejilla. Un sentimiento fuerte, grande, en continuo crecimiento. Un nuevo inicio que auguraba lo mejor del mundo. Para todos nosotros.



Cerré mi diario despacio, con tristeza, quizás con añoranza. Ya no podría dedicarle cada día unas líneas, porque apenas disponía de tiempo para dormir. Si una ducha era algo casi robado, escribir una palabra constituía un delito.

Ahora mi tiempo giraba en torno al pequeño bulto que, tumbado en su cuna, me clavaba la mirada, por si acaso desaparecía de la habitación, por si acaso me movía de la silla.

El sol entraba a raudales en su dormitorio, la brisa cálida se colaba por la ventana haciendo ondear las cortinas, dotando a la atmósfera de la esencia salina del mar. El cuarto que en un principio parecía sacado de una revista de decoración, con sus preciosos muebles lacados en blanco, su alfombra extremadamente suave (casi como pisar a un oso polar) y sus cuadros infantiles de animales de mirada enternecedora, había sido invadido por peluches gigantes, biberones, salpicaduras no identificadas, pañales, calcetines desparejados y un intercomunicador de alta tecnología, que lo mismo podría vigilar la vida en otros planetas como el sueño de un bebé.

—No me vas a dejar que vaya a ver a tus abuelos, ¿verdad?

Oía voces provenientes del piso de abajo. Mis padres pasaban una temporada con nosotros desde que me permitieron la entrada de nuevo en los Estados Unidos, un proceso que se había prolongado durante unos cuantos meses, pese a que el investigador de Inmigración que habían enviado para examinar la veracidad de la boda había dado su beneplácito sin la menor objeción.

El informe de aquel hombre no pudo ser más positivo: la ceremonia había sido real y auténtica, también —añadió— perfecta. Perfecta quizás porque el

flechazo que surgió entre él y nuestro amigo Michael fue instantáneo; quizás también porque todos los invitados disfrutaron de las actividades de paintball y piragua del día siguiente, con ropa prestada por los habitantes de Miravallis; perfecta porque durante mucho tiempo no se habló de otra boda en Hollywood que no fuera la nuestra, la acaecida en un pueblo perdido de la sierra madrileña, no en una mansión de la Toscana ni en un castillo de Escocia.

Escuché una risa clara, cristalina. Sandra. Mi corazón botó feliz. Jamás podríamos olvidar su enfermedad ya que seguiría latente en algún lugar de su cerebro, pero con Mario a su lado resultaría imposible que tratara de reaparecer. Jamás lo permitiría.

Ahora bien entrada la primavera en California, era muy difícil no remontarse a un año atrás, cuando las vidas de todos nosotros se vieron alteradas. Sin embargo, los malos recuerdos estaban siendo sepultados por otros nuevos, más hermosos, más importantes.

Mi pequeño gorjeó animado.

—Con que esas tenemos... muy bien, te leeré algo para que duermas como un angelito —miré el escritorio, una foto de la boda, la que habíamos enviado a revistas y periódicos para que nos dejaran tranquilos, otra de la primera ecografía... mi diario—. ¡Ajá! Esto seguro que te da sueño. Es un libro en el que hay algo de aventuras, de misterio, de guía de viajes, pero sobre todo se trata de una comedia romántica. Eso sí, me saltaré algunas partes, entiende que aún eres muy menor de edad.

Abrí de nuevo la libreta. Mantenía grapada a un lado la lista de objetivos que me había propuesto para mi llegada a Los Ángeles, cada uno de ellos tachado y conseguido en mi primera etapa en la ciudad. Eran tantos los recuerdos, tantas las experiencias. Respiré hondo, me aclaré la voz y comencé a leer bajo sus atentos ojos oscuros:

*Pisé el suelo de la soleada California en un día gris. Las nubes oscuras amenazaban con estropear las vacaciones de cualquier turista desde el primer al último momento, pero esperaba que al menos conmigo hicieran una excepción.*

*Al fin y al cabo yo llegaba para quedarme.*

Objetivo final: conseguido.

# AGRADECIMIENTOS

Qué difícil resulta terminar una trilogía y no sentir que se lleva un pedacito de tu ser entre sus páginas. Desde el año 2010 hasta ahora, *Manhattan Beach* me ha acompañado, me ha dado todo. Me ha hecho conocer gente maravillosa, me ha permitido crecer como persona, me ha permitido creer que los sueños se cumplen.

Pero sin vosotros nada hubiera sido posible y os lo agradezco desde el corazón:

A Guillermo por su sonrisa. Más que mil abrazos, más que mil palabras.

A Miriam y a David, mis pequeños fans.

A mi familia por ser mi aliento.

Todo mi agradecimiento para Diëresis, a José Ángel, Teresa y Valentina, por apoyarme y darme la oportunidad de finalizar esta trilogía.

A todos los amigos que me han acompañado a lo largo de estas historias, y que, quieran o no, son parte de ellas, especialmente a Sonia León por además crear sus portadas.

Para los clubes de lectura y las bibliotecas que animan y favorecen el crecimiento de la literatura entre jóvenes y mayores. Muy agradecida en especial a la de Castillo de Bayuela en Toledo, por su acogida y cariño y a las de Pozuelo de Alarcón, mi ciudad.

Las últimas palabras van para mis lectores, para los que he conseguido emocionar, divertir, animar o simplemente hacer pasar un buen rato, para los que me confortan con cada una de sus palabras, reseñas y comentarios, para los que me han hecho descubrir que soy escritora y que además, ¡me encanta serlo!

Mil gracias por injertaros en mi pequeño universo.

*Marzo 2018, Pozuelo de Alarcón*

# Notas

- 1 *Hay algo en ti que me hace delirar. Es difícil de saber si todo lo que dicen es verdad, y entonces el Óscar es para ti... (Gotthard – The Oscar Goes To)*
- 2 *Vamos, sígueme. Puedo estar loco, no me molestes... Chico, no hablemos demasiado. Agárrame de la cintura y ponme ese cuerpo encima... (Ed Sheeran – Shape of you).*
- 3 *Estoy enamorado de tu figura. Nos acercamos y alejamos como un imán. Aunque mi corazón también está cayendo. Estoy enamorado de tu cuerpo... (Ed Sheeran – Shape of you).*
- 4 *En algún lugar sobre el arco iris los pájaros azules vuelan y los sueños que soñaste, los sueños se hacen realidad, ooh, oh... (Israel Kamakawiwo'ole – Over the Rainbow).*
- 5 *La noche y tú y Hawái azul. La noche es celestial y tú eres el cielo para mí... (Elvis Presley – Blue Hawaii)*
- 6 *Oh, no te atrevas a mirar hacia atrás. Solo mantén tus ojos en mí. Dije: «Te estás conteniendo». Y ella dijo: «Cállate y baila conmigo»... (Walk the Moon – Shut Up and Dance)*
- 7 *Te dijeron que nunca volvieras aquí. No quieren verte la cara, será mejor que desaparezcas. El fuego está en sus ojos y sus palabras son muy claras. Así que lárgate, solo lárgate... (Michael Jackson – Beat It).*
- 8 *Así que lárgate, lárgate. Lárgate, lárgate, lárgate... (Michael Jackson – Beat It)*
- 9 *Vete, ¿no te vas? Vete, no vuelvas un día, vete, solo vete ya. Llévate tus cosas. Llévate todas tus preciadas cosas. Márchate ahora mismo... (Gloria Estefan – Go Away).*
- 10 *Es difícil creer que no hay nadie ahí fuera. Es difícil creer que estoy*

*completamente solo. Por lo menos tengo su amor, la ciudad me ama...*  
(Red Hot Chili Peppers – *Under The Bridge*)

- 11 *La ciudad de Ángeles solitaria como yo también lo estoy. Juntos lloramos* (Red Hot Chili Peppers – *Under The Bridge*)
- 12 *Llámame loca, loca, loca, loca. Soy tuya. No voy a ir a ninguna parte, eres mi soporte vital. Lámame loca, loca, loca, loca...* (Sevyn Streeter – *Call Me Crazy*)
- 13 *Sé que nos acabamos de conocer, quizás debería conocerte mejor. Pero cuando me miras de esa manera, hay algo dentro que está muy bien. No quiero perderte. Ni siquiera quiero decir adiós, oh, no...* (Tina Turner – *I Don't Wanna Lose You*)
- 14 *Tengo la sensación de que esta noche va a ser una buena noche. Que esta noche va a ser una buena noche...* (The Black Eyed Peas – *I Gotta Feeling*)
- 15 *Sé que lo pasaremos muy bien. Si nos derrumbamos y salimos y simplemente nos desprendemos de todo. Me siento estresada. Quiero dejarlo ir. Salgamos todos al exterior y descontrolémonos* (The Black Eyed Peas – *I Gotta Feeling*)
- 16 *Ciudad de estrellas. ¿Estás brillando solo para mí? Ciudad de estrellas. Hay tantas cosas que no puedo ver...* (Ryan Gosling y Emma Stone – *City of Stars*)
- 17 *Cuando veo tu cara, no cambiaría nada porque eres increíble. Tal como eres. Y cuando sonríes, todo el mundo se detiene y mira por un momento. Porque niña, eres increíble tal como eres...* (Bruno Mars – *Just The Way You Are*)
- 18 *Es una noche hermosa, estamos buscando algo tonto para hacer. Hey cariño, creo que quiero casarme contigo...* (Bruno Mars – *Marry You*)
- 19 *¿Es la mirada de tus ojos o es esta bebida que me hace bailar? A quién le importa, niña, creo que quiero casarme contigo...* (Bruno Mars – *Marry You*)
- 20 *Solo dí, sí quiero. Dímelo ahora, niña...* (Bruno Mars – *Marry You*)

- 21 *Nos vamos juntos pero aun así es una despedida. Y tal vez volveremos a la tierra, ¿quién sabe? Creo que no hay nadie a quien culpar. Estamos despegando. ¿Alguna vez las cosas volverán a ser igual? Es la cuenta atrás final. La cuenta atrás final. (Europe – The Final Countdown)*
- 22 *Los gritos rompen el silencio. Caminando desde la oscuridad de la noche. La venganza está hirviendo. Él regresó para matar la luz. Luego, cuando encuentre a quin está buscando. Escucha con asombro y le oirás... (Ozzy Osbourne – Bark At The Moon)*
- 23 *Me siento mal, me siento mal. Ayúdame Señor, me siento mal... (Bonnie Raitt – Hear Me Lord)*
- 24 *Porque todo de mí ama todo de ti. Ama tus curvas y todos tus bordes. Todas tus perfectas imperfecciones... (John Legend – All of Me)*

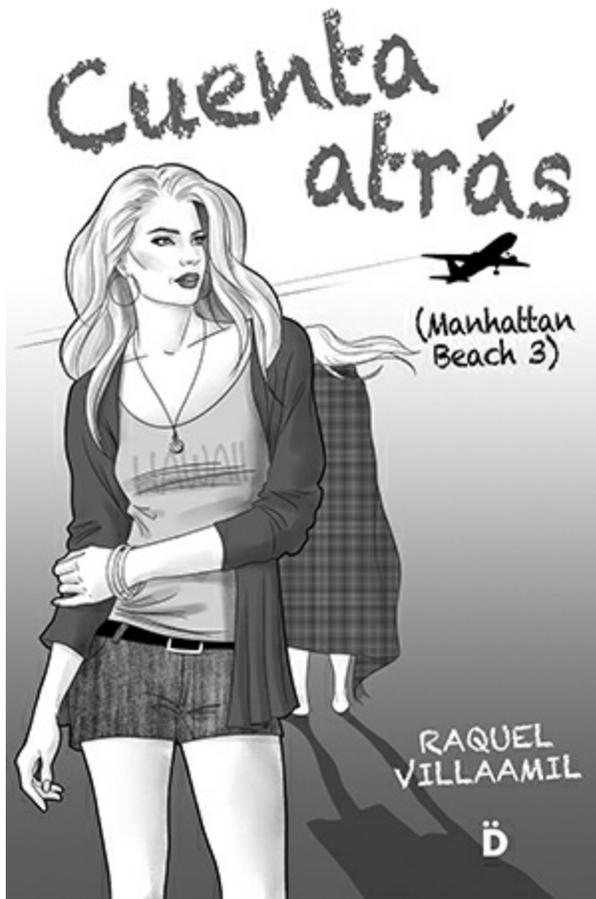
# TRILOGÍA MANHATTAN BEACH

Manhattan  
Beach



Đ





¡LEE TODAS LAS AVENTURAS DE MIRIAM SANABRIA EN LOS  
ÁNGELES!